BEATRIZ SÁNCHEZ OCAMPOS

ME LLAMO ALAN Y ESTOY MUERTO



Click
EDICIONES

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Agradecimientos

Biografía

Créditos

Click Ediciones

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora **Descubre** **Comparte**

ME LLAMO ALAN Y ESTOY MUERTO

Beatriz Sánchez Ocampos

Click
EDICIONES

Este libro es para ti, Sonia, la estrella que más brilla en el cielo

Capítulo 1



Ellos

Su elección para morir fue ingerir una caja de somníferos y amanecer sin vida en su cama, sin llamar la atención.

Sandra, Ana y Alba habían sido tres chicas elegantes y discretas. Sandra vivía en Navarra, Ana era de Barcelona, y Alba, sevillana.

Tres mujeres decían adiós el mismo día, por igual motivo, de idéntica forma, pero en distinto lugar y sin conocerse de nada.

Lucía era impulsiva, alegre y divertida, hasta que dejó de serlo para sumirse en un aislamiento del que nadie la consiguió sacar.

Cuando decidió morir, reunió todas las fuerzas que tenía para hacerlo a lo grande. Decoró el baño como si fuera un escenario de película, estaba impoluto. Un jarrón con lirios blancos colocado encima de una silla, con una gasa sobre el respaldo cayendo hasta el piso, daba un toque romántico a la escena. Repartidas por el suelo, las velas, con su vibrar danzarín, conseguían un efecto trágico, teatral, digno de una representación en el mismísimo Teatro de Rojas. Y en la bañera, su cuerpo desnudo cubierto de sangre. El rojo

era grandioso, impúdico, y destacaba con descaro en aquel escenario inmaculado.

Ya van cuatro.

El cuerpo de Erik no presentaba aún rigidez. Estaba echado sobre el césped del parque, como cualquier otro joven que tomara el sol, con la salvedad de que, a las seis de la mañana, nadie toma el sol, aunque sea principios de mayo en la bonita ciudad de Málaga. Una jeringuilla con restos de morfina, como determinarían los laboratorios forenses, indicaba que su cuerpo había sido conducido a una muerte prematura.

Brenda y Leticia optaron por lanzarse desde un acantilado, la primera, y desde la azotea de su edificio, la segunda.

Pocas mujeres deciden suicidarse de este modo. La coquetería lleva a pensar que hasta la muerte se debe mantener la belleza, y una altura de ocho pisos no le sienta bien a ningún rostro.

La pequeña localidad asturiana quedó sobrecogida cuando un senderista alertó a las autoridades de que allá abajo, entre las rocas afiladas que lindaban con el mar, un cuerpo de mujer teñía de rojo el paisaje.

Así se despedía Brenda.

Leticia subió a la azotea, esta vez sin el cesto de la ropa: no iba a tender la colada ni a charlar con las vecinas. Tampoco iba a fumar un cigarrillo. Simplemente, no iba a seguir viviendo.

Atravesó la terraza, pasando entre los tendales, respirando el familiar olor a suavizante y detergente. No saludó a nadie porque nadie estaba allí a las cuatro de la madrugada. Ni siquiera ella estaba allí, hacía meses que Leticia ya no existía.

Llegó al borde del edificio y continuó su camino. Ni por una décima de segundo pensó en dar marcha atrás.

La cálida noche cacereña continuó su descanso, la mañana sería agitada.

Zoraida era vigilante de seguridad. Aquella era la última noche del turno. Por lo general, le gustaba ese horario, era tranquilo y podía dedicar tiempo a navegar por internet. Vigilaba una sección de un polígono industrial a las afueras de León. Gran parte de la jornada transcurría en su garita. Cada hora, se daba una vuelta a pie por el sector y anotaba las incidencias: «Un gato se pasea frente al garaje 6», «El viento golpea un portón mal cerrado», «La luz del segundo piso del local 9 está encendida…». Pequeñas cosas que no tenían importancia, que cubrían un informe para demostrar que la ronda se había hecho.

Zoraida cobraba un plus por llevar arma; a sus amigos les parecía guay. Se había hecho varios *selfies* con el uniforme y la pistola, poniendo posturas sexis. Sabía que no podía colgar esas fotos en sus redes sociales porque sería despedida de inmediato; no obstante, tenía pensado cambiar de empleo a no muy largo plazo y no quería desaprovechar la oportunidad… Eso era antes, ahora ya no aspiraba a nada.

Salió a hacer su última ronda. Sacó el arma de la funda que colgaba del cinturón, le quitó el seguro y la colocó cuidadosamente contra la sien. Después de un par de segundos, rectificó la posición, metió el cañón en la boca y disparó. La detonación se oyó en todo el polígono. El compañero que se encargaba del sector sur no tardó en llegar. Zoraida estaba tirada en el suelo con la cabeza abierta y un charco de sangre como almohada.

Amanecía un 2 de mayo triste y sangriento.

Ocho suicidas.

Ocho ciudades.

Un motivo.

Sandra, Ana, Alba, Lucía, Erik, Brenda, Leticia, Zoraida.

Cada uno portaba una carta escrita de su puño y letra, redactada con diferente estilo, pero todas ellas enviaban el mismo mensaje: se autoinculpaban de la muerte de otra persona y afirmaban que dejaban este mundo para reunirse con Alan.

Esta es la historia de Corina, la novena víctima.

Capítulo 2



Alan

SIETE MESES ANTES

«Me llamo Alan, tengo 27 años y estoy muerto».

Estaba escrito a mano en la primera página del libro, como si se tratase de una dedicatoria. El texto continuaba, pero detuve mi lectura en seco, era demasiado prometedor para mal leerlo en el pasillo de una biblioteca.

Me dirigí al mostrador de la entrada.

Muchas bibliotecas disponen de un sistema automatizado de préstamo, comparable a sacar un refresco de una máquina del metro. Sin embargo, aquí continuaba Luis.

Era un hombre mayor, a punto de jubilarse, y mantenía su puesto de trabajo como lo haría el último soldado de una guerra perdida, sabiendo que iba a desaparecer, pero defendiendo con estoicismo y orgullo su atalaya.

El señor Luis me sonrió con complicidad al presentarle los cuatro libros. Eran muchos los años que llevaba visitando fielmente la

biblioteca cada mes. A veces, me quedaba charlando con el bibliotecario sobre alguna de las novelas que había leído. Teníamos puntos de vista y gustos dispares, lo que enriquecía enormemente aquellas improvisadas tertulias literarias.

—Buenas tardes, Corina. Veamos qué te llevas este mes. —Tras echarles un vistazo, separó uno—. Este no es de la biblioteca —afirmó tendiéndome el libro que tan intrigada me tenía.

—Sí, sí lo es —respondí extrañada—. Lo he cogido de aquel estante —expliqué señalando el fondo de la sala—. Estaba puesto encima de la balda, sin colocar; di por hecho que lo habrían estado mirando y lo habían dejado fuera de su sitio.

—Seguro que alguien se lo ha dejado olvidado. —Quedó un momento en silencio, buscando una solución; sin duda, había notado mi interés en la novela. Finalmente, añadió—: Hagamos una cosa, llévatelo, y si alguien lo reclama, yo te aviso y lo traes.

Le di las gracias, metí mis cuatro novelas en la bandolera que solía acompañarme a devolver y sacar los libros, y me encaminé a la salida.

Mientras me dirigía al coche, pensaba en lo positivo que sería pasarme al libro electrónico, porque el peso de la bolsa me iba destrozando el hombro. Con remordimientos, miré la bandolera y pude ver el lomo de uno de los ejemplares.

—Chicos, no lo pensaba en serio —les susurré, sabiendo lo ridícula que era mi actitud. Llegué al aparcamiento, abrí el coche, un Audi A3 del 97 que había comprado de segunda mano varios años atrás y del que seguía enamorada. Coloqué con cuidado la bolsa en el asiento del copiloto y arranqué.

El sol en octubre está muy bajo, tanto que evito conducir por ciertas calles a determinadas horas porque su luz me deslumbra a través del cristal y me ciega por completo.

Así conocí a Mirinda, mi compañera de piso, una preciosa gata que «me atropelló» el año pasado.

Una bola de pelo naranja voló, de manera inexplicable, por encima del capó de mi coche y me dejó sin respiración. Frené en seco, bajé tan rápidamente como pude y allí la vi. Estaba tirada en el suelo, conmocionada, sin moverse.

La providencia quiso que, en esa misma calle, hubiera una clínica veterinaria y, lo más asombroso de todo, aparcamiento. Tenía una pata fracturada, aparte de varias magulladuras.

Dos días más tarde abandonaba la clínica para instalarse en mi casa.

Desde entonces se ha convertido en mi mejor amiga y confidente. Juntas hemos vivido uno de los peores años de mi vida: la muerte de papá, la ruptura con el capullo de mi ex y las idas y venidas del trabajo al paro y del paro al trabajo.

Como siempre, al entrar en casa, me saludó restregándose contra mis piernas. Me persiguió hasta el salón, donde coloqué los libros sobre la mesa. Comenzó a olisquearlos con interés. Sin duda, sus anteriores lectores habían dejado decenas de aromas que la gata analizaba minuciosamente. Mientras tanto, yo me dedicaba a los quehaceres diarios, esperando la llegada de la noche, el momento de abrir aquel libro.

Cada noche, después de cenar, nos sentamos en el sofá del salón. Ella se acomoda en mi regazo y comienza a ronronear, igual que si fuera un mantra. Yo abro la novela que esté leyendo y me sumerjo en sus páginas.

Para esa noche reservaba una lectura muy especial.

Las pastas del libro eran verdes, desgastadas. No tenía ningún título, el cartón estaba decolorado, sin rastro de letras.

«Me llamo Alan, tengo 27 años y estoy muerto.

Te he escogido porque necesito un hogar. No he podido continuar mi viaje. Preciso seguir en la Tierra y, para ello, he de vivir con alguien.

Ni en tu mundo ni en el mío las cosas suceden al azar. Muchos pudieron coger este libro; solo lo hiciste tú».

Un escalofrío me recorrió la espalda.

Cerré el libro de golpe y lo lancé al otro lado del sofá. Estrujé a la pobre Mirinda contra mí, cogí el mando de la tele y la encendí para ver cualquier canal.

De vez en cuando, mi vista se deslizaba de la pantalla hacia aquel libro viejo, feo y desteñido que reposaba en el salón de mi casa.

La luz y el sonido de la tele consiguieron dar un aspecto menos tétrico a la estancia, de naturaleza oscura y desangelada. Imagino que fue la luminosidad de ese ambiente junto a la curiosidad lo que me llevó, en un alarde de valentía, a cogerlo de nuevo.

Con prudencia, saqué un pie de la manta y lo acerqué hasta el libro. Lo rocé levemente y, a través del calcetín, noté su tacto. Era un objeto, una cosa sin más, que no podía hacerme daño: un simple libro. Puse el pie encima y lo arrastré hacia mí.

Nuevamente lo tenía entre las manos.

Retomé la lectura en el punto en el que la había dejado.

«No recuerdo cómo fue, pero todo se acabó.

Tenía una familia y creo que era feliz, aunque ya sabes lo que sucede con los recuerdos: los buenos tienen la facultad de llevarse a los malos y de hacerse cada día más fuertes, más reales.

Estoy aquí, en algún lugar, en ningún lugar…

Mi querida C, debes ayudarme, necesito saber qué ocurrió, cómo viví, por qué morí y qué me retiene en este plano».

¿Qué significaba esa C? ¿C? ¿C de Corina? Una vez más leí la última frase.

Sí, allí estaba escrito «Mi querida C».

Cerré el libro y lo posé encima de la mesa con el mismo cuidado con el que hubiera depositado un recipiente rebosante de nitroglicerina.

Mirinda protestó por mis movimientos, estaba acostumbrada a que la lectura me mantuviese tan absorta que únicamente moviese las manos para pasar de página. La acaricié con ternura, más bien con angustia, porque en mitad de mi salón, de la tranquilidad de mi casa, de la seguridad de mi hogar, sentía miedo.

C.

La televisión continuaba ofreciendo imágenes cargadas de alegres colores y músicas pegadizas. Sin embargo, por mucho que intentase conectar con los estímulos que tan generosamente me brindaba, no consiguieron atraparme. Lo único que me retenía en aquel sofá era el pánico a recorrer el pasillo y meterme sola en la cama.

Sin poder evitarlo, fijaba la mirada una y otra vez en el libro, con intención de volver a leerlo, de saber qué me desvelarían sus páginas, pero no me atrevía a cogerlo. Lo haría mañana, a la luz del día, en el momento en que las brujas y los fantasmas duermen, cuando las películas y los libros de terror no asustan.

Finalmente, me fui a la habitación, no sin antes encender todas las luces que había a mi paso hasta llegar a la puerta, y así permanecieron toda la noche: una casa iluminada como una verbena, con una mujer y su gata metidas en la cama tapadas hasta los ojos.

Me levanté a beber agua. Una sombra al final del pasillo se fue acercando hasta mí y cruzó junto a la ventana del salón. Un pitido cada vez más intenso se oía en toda la casa.

—Hola, Corina, soy Alan.

El sonido del teléfono se reveló como el autor de aquel pitido y mi imaginación elaboró el resto de la pesadilla. Me levanté aturdida, con la boca seca, y caminé por el pasillo hasta el salón. El sol entraba por aquella ventana en la que había visto una sombra. Sabía que había sido un sueño; aun así, la miré con recelo. No había nadie.

Descolgué el teléfono.

—Buenos días, ¿quién es?

—La llamamos del departamento de objetos perdidos para notificarle que han traído un paquete en el que está escrito este número de teléfono y unas iniciales. Si pudiera pasar por aquí para identificarlo…

—No recuerdo haber perdido nada, y menos un paquete —respondí confundida.

—En el paquete viene escrito un nombre, unas siglas y este teléfono. ¿Podría facilitarme su nombre para ver si coincide con alguno de los datos?

—Corina Poverí Díaz.

—CPD y su número de teléfono, está bien. Quizá, cuando lea el nombre del remitente, lo reconozca. Cerramos a las dos —me informó la mujer.

—Gracias, pasaré en cuanto pueda.

Una ducha rápida y un café cargado me ayudaron a despejarme del todo.

Actualmente estaba en paro, así que mis días transcurrían entre anuncios de trabajo, entrega de currículos, visitas a la oficina de empleo y horas frente al ordenador navegando por la red.

Aquella mañana, un paquete misterioso cambiaba mis planes y, en lugar de visitar páginas y páginas de internet, me dirigí a la oficina de objetos perdidos.

En dos ocasiones anteriores había acudido a aquel lugar: una, para buscar unas gafas de sol que no recuperé, y otra, porque llevé un oso de peluche que encontré en un banco del parque.

La funcionaria que estaba tras el mostrador era la misma persona que había hablado conmigo por teléfono.

—Buenos días, soy Corina Poverí —me presenté.

—La recuerdo. Hablé con usted esta mañana. DNI, por favor.

—Diez, veinticuatro…

—No, no —me interrumpió moviendo un bolígrafo de un lado a otro con la mano en señal de negación—. Necesito el documento físico.

Se lo presenté, no lo miró siquiera y continuó con su automatizado recibimiento.

—Gracias. ¿En qué puedo ayudarla?

—Habló conmigo esta mañana… —repetí confusa.

—Hablo con mucha gente, señorita —indicó malhumorada.

Tenía que estar de broma, aunque su cara no lo reflejase.

—Perdone, señora, usted llamó para informarme de un paquete que habían traído con mi número de teléfono y las siglas de mi nombre.

—Ajá. Necesito una descripción del paquete.

Lo que necesitaba esa mujer era una camisa de fuerza.

—Verá —comencé a hablar armándome de paciencia—, lo cierto es que desconozco el aspecto que pueda tener. Cuando hablamos esta mañana, me pidió que pasara a recoger un paquete que tenía escrito el nombre de un remitente y, como receptor, figuraban las siglas CPD, de Corina Poverí Díaz, junto a mi número de teléfono.

Sus rizos castaños se movían al son del bolígrafo, que golpeaba rítmicamente sobre la mesa, lo que conseguía, además de que la punta entrara y saliera, aumentar mi grado de ansiedad.

—Bien. ¿Y puede decirme el nombre del remitente?

—¡No, no puedo! Hasta esta mañana desconocía la existencia de ese paquete.

—Señorita, tranquilícese, yo no tengo la culpa de que usted vaya extraviando cosas.

A su espalda, metidos en un gran cajón, había un montón de bultos de diferentes formas y tamaños. Identifiqué uno envuelto en papel de embalar marrón. En él pude ver cinco números que coincidían con los primeros dígitos de mi número de teléfono: 914 81; el resto estaba tapado por otros objetos. Me aventuré.

—Sí, sí, tiene razón, disculpe. Empiezo a recordar. El paquete era rectangular, más o menos de este tamaño —abrí los brazos unos treinta centímetros—, envuelto en papel marrón.

—Ahora nos vamos entendiendo. Vaya rellenando este impreso, por favor.

Mientras lo cubría, se dio la vuelta y sacó la caja que le había descrito. El nombre del remitente ahora era legible: Alan. No tenía apellidos.

No pude esperar a salir de la oficina para abrirlo. Me senté en una de las sillas que había a la entrada y comencé a desenvolverlo con más curiosidad que precaución.

Una caja de cartón, sin ningún tipo de distintivo, fue lo primero que descubrí al quitar el papel *kraft.* Con la ayuda de las llaves, corté la cinta adhesiva que sujetaba las solapas, las abrí y contemplé estupefacta lo que había en el interior.

Una muñeca de trapo; un cromo de Dory, la simpática pececita que buscaba a Nemo; dos alianzas de boda y un diario.

Miré hacia los lados buscando una cámara oculta, en espera de que alguien viniera a decirme que era la participante de algún concurso de la tele o algo similar. Nadie apareció.

Cerré la caja y salí a la calle.

La acera estaba concurrida, como es habitual. Había gente caminando con más o menos prisa, cargada con bolsas de la compra, estudiantes con carpetas, jubilados disfrutando de su tiempo… Una mañana normal y corriente en la que yo paseaba una caja que pertenecía a un muerto que me dedicaba libros y me hacía llegar cosas que no tenían ningún significado para mí.

Paré en mitad de la acera y la abrí nuevamente. Una pareja de adolescentes distraídos chocó conmigo, casi me tiran el paquete; no se molestaron en disculparse y continuaron su camino.

Saqué las alianzas y leí el grabado que figuraba en el interior: «La eternidad es nuestra. Alan», «La eternidad es nuestra. Clara». Las guardé en el bolso de la chaqueta y seguí andando.

No quería volver a casa y estar a solas con el libro y aquella caja, así que fui a un parque cercano, en el que, tiempo atrás, había encontrado el osito, y me senté en un banco.

Permanecí unos minutos mirando a la nada. La caja reposaba sobre mis rodillas. Cada vez parecía que pesaba más y más. Contenía, además de aquellos recuerdos ajenos, mi miedo y mi incertidumbre.

Saqué el diario, acaricié su tapa marrón de polipiel, adornado con una filigrana dorada en cada esquina. Con sumo cuidado abrí el pequeño cierre metálico, descolorido por los años, e inicié su lectura.

20 de octubre de 1996

Esta tarde hemos vuelto a discutir. Me hace la vida imposible. Ha pasado la noche fuera. Vuelve a casa oliendo a alcohol y se atreve a

besar a mis hijos. Iván, con sus 3 añitos, se da cuenta de que la situación no es normal. Hoy me echó en cara que siempre estoy triste. Procuro sonreír, pero no puedo, pienso en nuestro matrimonio y me deshago por dentro. Doy gracias a Dios porque la pequeña no es consciente de lo que sucede, bendita inocencia la de esta criatura.

29 de octubre de 1996

Hoy no he ido a trabajar. Sé que mi comportamiento es de cobardes. Debería romper con todo, pero no tengo fuerzas para tomar decisiones.

3 de noviembre de 1996

Otra noche fuera. Me quiere engañar con los turnos, yo sé que hoy descansaba. Con toda la desfachatez, me aseguró que tenía el turno de noche.

8 de noviembre de 1996

¿Cómo hacer para frenar mis sentimientos? ¿Cómo se puede dejar de querer a alguien por quien darías la vida? No puedo seguir así, no puedo.

Quisiera dar marcha atrás en el tiempo y emprender una nueva vida…

No, eso significaría renunciar a mis hijos y al amor que algún día sintió por mí, aunque ahora no sé si me habrá querido alguna vez.

Una pelota de varios colores llegó rodando hasta mis pies. Un niño de dos o tres años corría con torpeza tras ella, y su abuela le seguía a escasos pasos.

—Disculpe. —Sonrió la mujer.

Recogí el balón y se lo entregué al pequeño.

—¿Qué se dice? —le preguntó la señora, esperando que el chiquillo me diera las gracias. Para nuestra sorpresa, la respuesta del niño fue otra.

—¿Juegas? —repuso con inocencia. Ambas nos reímos de la ocurrencia.

—Otro día —le respondí.

Cogió la pelota entre sus manitas regordetas y la lanzó hacia el camino. La abuela se despidió de mí con un gesto amable y continuó disfrutando de aquella bonita mañana de octubre junto a su nieto.

No seguí pasando hojas. Cerré el diario y lo devolví a la caja de cartón.

¿Esos eran los recuerdos de la familia idílica que tenía? Pobre mujer, con dos niños y un marido infiel que nunca estaba en casa.

Me sorprendí pensando en él como si fuera real, como si lo conociera y me hubiera defraudado a mí. Supongo que cuando la mente no es capaz de procesar algo a través de la lógica, lo hace a través de lo absurdo.

Una vez más miré aquellos objetos. Lo hice con detenimiento, buscando respuestas que, lejos de hallar, solo consiguieron inquietarme aún más.

La muñeca estaba sucia, manoseada, dejaba al descubierto las muchas horas de juego que había compartido con alguna niña. Sus pies de trapo estaban desgastados, y su color rosa, apagado. Atusé sus mechones de lana amarilla y le ajusté el gorrito. Planché con la mano el delantal y la puntilla del vestido. La volví a mirar: sus dos ojos bordados parecían estar agradecidos.

—Así estás más guapa.

La volví a dejar con cuidado en la caja y saqué el cromo.

Tenía una esquina doblada, seguramente viajó en el bolsillo trasero de un pequeño pantalón. Buscando a Nemo. ¡Cuánto me gustaba esa película! Recuerdo que papá nos llevó a una amiga y a mí al cine a verla. Comimos palomitas, espirales de regaliz y un refresco de naranja, casi podía sentir las burbujas en mis labios.

De pronto, me vino a la cabeza una escena de mi pasado reciente. Estaba en la habitación de Sara, la hermana pequeña de mi ex. No era habitual que estuviésemos juntas, ya que, lejos de llevarnos bien, no nos soportábamos. Ramón aún no había terminado de arreglarse, y ella se había comprado un montón de trapitos. Me invitó a su cuarto con el único propósito de presumir.

La habitación podía ser la de una niña de 6 años. Conservaba sus peluches y muñecas de la infancia, que decoraban las estanterías, y su cama tenía dosel. En uno de los estantes, entre un pitufo y David el gnomo, estaban Dory y el pez payaso con su aleta cortita.

Lo vi claro, el cromo era suyo y, por supuesto, la muñeca sucia también.

Sí, sí, le pega mucho idear algo tan maquiavélico. Siempre supe que era una psicópata; la guapa Sara, la dulce Sara, la grandísima hija de… No encontraba el insulto adecuado para dedicarle a ese monstruo de color rosa.

No alcanzaba a comprender a cuento de qué venía, casi un año después de que su hermano y yo hubiéramos roto, gastarme esta broma tan pesada. Papá decía que había gente mala por naturaleza, que disfrutaba con el dolor ajeno. Así eran Sara y sus amigas. Las había visto, más de una vez, actuando como arpías.

Recuerdo una ocasión en la que una alumna de intercambio, que se alojaba en casa de una de ellas, fue humillada públicamente por Sara y su grupo de seguidoras.

Era una chica regordeta, feúcha y con un grave problema de acné. La víctima perfecta para esa cuadrilla de indeseables. Le hicieron creer que era una más del grupo, la adularon y la convencieron para que se pusiera el vestido de una de ellas. Era de una delicada gasa, tres tallas más pequeño de lo que necesitaba.

—Te empeñas en llevar esa ropa floja que te hace gordísima. En cambio, con este vestido, se ve a una chica *curvi* y sexy. ¡Estás preciosa!

—¡Guapísima! ¡Espectacular! —coreaban las demás.

Y ella las creyó. Quería creerlas, sentirse guapa, integrada.

En mitad de un *pub,* lleno hasta los topes, una de aquellas brujas se acercó a la chica con unas tijeritas e hizo un pequeño corte en el vestido. Igual que en el desbordamiento de una presa, sus carnes flácidas y abundantes comenzaron a agrietar la fina tela. Aquel género, sometido a una presión que superaba los límites de su resistencia, se rasgó con la misma facilidad que lo haría un globo lleno de agua al estallar contra el suelo. Quedó semidesnuda ante la mirada atónita de la gente que la rodeaba y las carcajadas de su grupo de «amigas». Todos la mirábamos. Ellas la señalaban, le hicieron fotos y vídeos que rápidamente colgaron en internet. Quise acercarme y ponerle mi cazadora vaquera por encima.

—¿Dónde vas? ¿Estás loca? Ni se te ocurra acercarte al ballenato —me retuvo Ramón. Ingrid, creo recordar que se llamaba, se fue corriendo, llorando. No la volví a ver. En buena lógica, después de aquello regresaría a su país con el recuerdo de una hospitalidad española que nunca existió.

Cerré la caja con brusquedad y me levanté del banco. Fui directa a casa, quería informar a Mirinda de que ya había aparecido la autora de nuestra noche de desvelos.

Capítulo 3



Grandesamigos.com

Metí el libro en la caja, junto al resto de los objetos, y lo bajé al contenedor.

Estaba furiosa con Sara. Me había hecho la vida imposible desde el mismo instante en que me la presentó Ramón.

—Esta es Sara, mi preciosa hermanita pequeña. —Siempre pensé que había un punto incestuoso en su relación—. Sara, ya te hablé de Corina.

—¿Así que tú eres Corina? No te pareces mucho a la descripción que Ramón hizo de ti. Se parece más… —miró alrededor e indicó con el dedo— aquella chica. —Señaló hacia una preciosidad morena que me sacaba un palmo y tenía unas curvas increíbles—. Pero todas sabemos que, cuando un hombre se enamora, ve princesas donde en realidad hay ranas.

El impresentable de Ramón se rio de su ocurrencia, la abrazó y le dijo:

—Tú sí que eres una princesa.

Gran parte de la culpa de nuestro fracaso la tuvo esa víbora, eso lo sabe todo el mundo. Mala donde las haya, pequeña bruja

consentida, zorra indeseable… Parecía que los insultos por fin brotaban.

Arrojé con tanta fuerza la caja al contendor que, al caer, se estampó contra una bolsa de basura con fruta podrida, que se abrió con el impacto y un tomate me salpicó la camisa. Olía realmente mal, me daban arcadas del asco. ¡Y todo por culpa de Sara!

Subí a casa, me cambié de ropa y fui directa al ordenador. Tecleé su nombre en la barra de búsqueda: *Sara Sarís Saray*, así se hacía llamar en las distintas redes sociales. Esperaba encontrar algún comentario jocoso sobre mí. Sara es de las que publica todo lo que hace durante el día, con su foto correspondiente.

«Comiendo en Miss Laury. Hummm, está todo tan rico…».
«A la puerta de clase. ¡Oh, qué aburrimiento!».
«Zapatos nuevos, *yujuuuu*».

Todo, absolutamente todo y más. ¿Estas chicas no se dan cuenta de que exponen su vida entera en la pantalla?

Hablaba como si fuera su madre y, la verdad, es que solo soy ocho años mayor que la Sarísima. ¿Solo? ¿Me estaría haciendo vieja? Sí, eso era, una vieja solterona. Con razón esta bruja me intentó liar con un muerto, no puedo aspirar a más.

Fui cerrando pestañas tras comprobar que todavía no había nada escrito sobre mí. Únicamente encontré cientos de fotos con poses ridículas, *selfies* y más *selfies,* frases tontas y poco más. Todo ello era un fiel reflejo de su personalidad: vacía, superficial y ególatra. Cabía la posibilidad de que estuviese esperando que le enviara algún mensaje a su móvil para hacer una captura de pantalla y colgarla. ¡De ningún modo lo haría! Otra cosa sería que me la encontrara por la calle y le arrancara los pelos de la cabeza. Me dediqué una sonrisa

condescendiente. Si la viera por la calle, cruzaría de acera y correría a esconderme en un portal para no tener que enfrentarme a su mirada despectiva y a sus aires de superioridad. ¿A quién quería engañar? Por algún motivo, Sara hacía que me sintiera inferior; me amedrentaba, y eso hacía que la odiase aún más.

Abrí Grandesamigos.com.

Esa página era mi consuelo diario. En ella había encontrado gente maravillosa que me aceptaba de manera incondicional. Me sentía a gusto con ellos, como si fuéramos amigos en la vida real, igual que si estuviera con Nacho en los buenos tiempos.

Sentí una punzada de culpabilidad al pensar en Nacho. Hacía mucho que no me acordaba de él. Me di cuenta entonces de lo egoísta que había sido. Él siempre tan pendiente de mí, y yo… Yo era la Sarísima de nuestra relación. De mañana no pasaba. Le llamaría y me disculparía por las veces que no estuve para él, por lo del último día que nos vimos.

¿De verdad existe una disculpa para eso? Le pediría perdón por todo; por casi quince años de amistad mal correspondida.

Pero eso tendría que esperar a mañana, ahora necesitaba el consuelo de gente anónima.

Volví a la pantalla, allí estaban ellas, mis nuevas conocidas. Los *nicks* de cada una ya decían mucho de nuestra personalidad.

Sirena: soñaba con conocer a un hombre rico y con el que tuviera sexo todos los días. Era superficial y presumida, pero sobre todo era muy graciosa; sus comentarios nos quitaban las penas rápidamente a todas.

Pastel: sensible, dulce, cariñosa. Una princesita, pero de las buenas, no como la zorra de Sara.

Calavera: la macarra del grupo; de cuatro palabras, tres eran tacos. Su condición sexual aún no la tengo clara.

Señorita: culta y reservada.

Galatea: soñadora. Como todas, sola; como todas, simpática. Siempre es fácil ser simpático a través de una pantalla.

Magiazul: con ella era con la que tenía mayor afinidad. Hablábamos con frecuencia por privado, nos habíamos convertido en amigas sin vernos las caras.

Yo soy Colonia. Mi apodo no dice nada de mí, simplemente, me gusta.

Grandesamigos.com contaba con diferentes salas de chats. Unos, abiertos, donde se podía hablar con cualquier usuario. Otros, cerrados. En estos casos, la página hacía firmar un acuerdo de confidencialidad al ingresar. Te comprometías a no compartir información, imágenes ni datos de los temas tratados fuera del grupo y, para admitir a un nuevo miembro, se requería el permiso del resto de los componentes. Mi grupo se lo tomaba bastante en serio, o simplemente estábamos tan preocupadas por hablar de nosotras mismas que no vulneraríamos la intimidad del resto por egoísmo. ¿Para qué hablar de ti pudiendo hacerlo de mí?

Cada chat se llamaba de una forma, dejando entrever la temática: *Solo hablamos*, *Te cuento un secreto, Más que amigos*, *Llámame y voy*, *XX*, *XY*. Poco a poco iban subiendo de tono, y aunque muchos entrábamos exclusivamente para hablar, era fácil acabar coqueteando por aquí y por allá; no dejaba de ser una plataforma de *ligoteo.* ¿Acaso alguna no lo es?

Los grupos cerrados se iban formando a medida que la gente cogía confianza. Cuando me invitaron al mío, contaba con cuatro miembros. Calavera y Galatea fueron admitidas poco después.

Nos conocíamos de leernos por los chats abiertos, y todas teníamos algo en común: durante el último año habíamos sufrido alguna pérdida, algo que nos había cambiado y que nos hacía

vulnerables. Yo me llevaba la palma: perdí a mi padre, a mi novio y mi trabajo, también la dignidad durante un par de meses, aunque esa parte me la guardé, no era necesario confesarlo.

Nos contábamos cosas, como la ruptura con nuestra pareja, y todas las componentes del grupo se dedicaban a despellejarlo sin compasión. Éramos una hermandad y nos apoyábamos de forma incondicional.

También teníamos conversaciones subiditas de tono. Cotorreábamos sobre cibersexo con Pollardo14, Arbolrobusto o Sensible's. Nos reíamos muchísimo, sobre todo, cuando eran Calavera o Sirena quienes lo contaban. La primera, por las barbaridades que soltaba, y la segunda, por la narración tan detallada. La animamos a escribir una novela erótica; sin duda, sería el libro del año.

Esta tarde estaban Pastel, Sirena y Galatea conectadas. Entré arrollando.

Colonia dice: *Atención a lo que me ha pasado. ¡No os lo vais a creer! ¿Recordáis a la hermana de mi ex?*

La respuesta fue unánime. Sara era uno de mis temas recurrentes.

Colonia dice: *Pues la muy zorra me gastó una broma que me tuvo toda la noche en vela. Me envió un paquete lleno de cosas asquerosas y un libro con una dedicatoria propia de una psicópata.*

Galatea dice*: ¿A cuento de qué? ¿Volviste con Ramón?*

Colonia dice: *¡Qué va! Yo creo que lo hizo porque tanto ella como sus amigas están locas, como una cabra, como un rebaño de cabras.*

A lo mejor hicieron una apuesta para ver quién era capaz de gastar la broma más pesada.

Pastel dice: *Quién sabe si Ramón volvió a hablar de ti, y ella, con lo mala que es, te atacó.*

Colonia dice: *Pastel, cielo, ¿crees que Ramón, con lo pichabrava que resultó ser, va a hablar de mí a estas alturas? Ese no se acuerda ni de mi nombre.*

Sirena dice: *Y nosotras acordamos no utilizar el suyo: Rata, para nosotras es Rata, como todos los demás.*

No pude evitar lanzar una carcajada.

Colonia dice: *Jajajajaja, Sirena, me muero de risa contigo.*

Sirena dice: *De eso se trata, bonita, de que te rías, para eso estamos aquí. Por cierto, ¿a que no sabéis con quién estuve chateando y algo más anoche?*

Fin de mi historia, la de Sirena apuntaba ser mucho más interesante.

Tras una hora leyendo las simpáticas guarradas de Sirena y Pollito69, Mirinda decidió que la hora de cenar había llegado. Con insistencia gatuna, se paseaba por delante de la pantalla, daba graciosos manotazos al ratón y se echaba sobre el teclado. Me despedí del grupo y nos fuimos juntas a la cocina.

—Mirinda, si supieras leer, estarías escandalizada con las aventuras de esa loca de Sirena.

No me avergüenza reconocer que hablo con mi gata. Me cuesta un poco más admitir que le pongo voz y me respondo a mí misma como si fuera ella. Sin embargo, lo peor, lo tremendamente peor es que a veces «sus respuestas» me hacen reír e incluso reflexionar.

Cenamos y nos sentamos, una noche más, en el sofá, con un libro en la mano y una mantita en las rodillas.

—Miri, esa arpía de Sara es posible que tenga razón al llamarme vejestorio. Aquí estoy con una manta escocesa, un libro de amoríos y un gato, no te ofendas. —Acaricié su cabecita.

La gata se puso a amasar mi regazo con sus patas delanteras, para enroscarse a continuación como si fuera una contorsionista del Circo del Sol.

Dejé de darme pena, abrí mi nueva novela y me sumergí en un mundo que no era el mío.

Una alerta del móvil me informó de que tenía un mensaje privado en Grandesamigos.com. Al abrirlo, comprobé que no era Señorita hablándome de una nueva novela, ni Magiazul comentando las aventuras de Sirena. El nombre de usuario era únicamente cuatro puntos…; la foto de su avatar, un primer plano de unos ojos verdes, y el texto contenía una sola palabra: «AYUDA».

Capítulo 4



La carta

Me desperté feliz.

La idea de llamar a Nacho, de retomar nuestra amistad y tener a alguien real otra vez en mi vida tenía mucho más peso que el último mensaje que ayer recibiera en mi móvil.

Nacho había sido mi mejor amigo desde la infancia. Empezamos juntos en la guardería del barrio, continuamos en el mismo colegio y ambos fuimos al instituto San Isidro. De modo frecuente íbamos uno a la casa del otro a jugar, a ver una película, a estudiar… Éramos inseparables, hasta que llegamos a la adolescencia y él quiso algo más que amistad, algo que yo no le pude dar. Siendo sincera, he de reconocer que deseaba enamorarme de él, pero siempre se interponía algún «chico malo» que me volvía loca y me arrastraba a su mundo de fiestas nocturnas, carreras de motos, entradas VIP a locales que eran inaccesibles para la mayoría… Yo sucumbía a esa vorágine de juegos prohibidos, de noches sin fin, de adrenalina, hasta que perdíamos el interés, ellos por mí o yo por la simpleza que

guardaban tras la fachada de hombres duros: no eran más que niños ricos sin dos dedos de frente.

Tras cada ruptura, Nacho recogía mis pedazos. Lo hacía con amor, creo que con la esperanza de conseguir que abriera los ojos y lo mirara desde otra perspectiva. Nunca lo hice.

El corazón es indomable y, por muy segura que estuviera de que él era la mejor opción, el único que conocía mi lado más oscuro, más caprichoso, en definitiva, el que conocía todos mis lados y aun así me amaba, no conseguía sentir por él más que un inmenso cariño.

Mis amigas, pocas, porque siempre tendí a llevarme mejor con los chicos que con las chicas, trataban de hacerme comprender que los cafres con los que salía no le llegaban ni a la suela de los zapatos. Lo sabía, de sobra lo sabía. Pero la estabilidad que me ofrecía me parecía tan aburrida en aquellos años… Quería comerme el mundo, experimentar cosas nuevas, y eso él no me lo podía dar. Amaneceres cogidos de la mano, películas en el sofá comiendo palomitas, tertulias interminables sobre cientos de temas, todo eso lo reservaba para Nacho, pero yo tenía un lado salvaje, rebelde, que él no podía satisfacer.

¡Qué distinto lo veía ahora todo!

Tenía la sensación de que, después de hablar con él, mi vida daría un giro de ciento ochenta grados y volvería a disfrutar de los pequeños placeres cotidianos: tomar unas cañas con amigos, charlar hasta las tantas de la madrugada, reírme con una persona de carne y hueso…

Desayuné con tranquilidad, a pesar de que seguía dándole vueltas a todo lo que me estaba sucediendo, a las locuras de la niñata de Sara y sus amigas, aunque haber averiguado que se trataba simplemente de una broma (una broma muy pesada, eso sí) me aliviaba.

Por ello dejé a un lado esos pensamientos y me recreé en la conversación que tendría con Nacho. Seguro que me recibía con los brazos abiertos, como siempre. Además, su temperamento equilibrado me vendría muy bien para esta nueva etapa de mi vida en la que tenía el firme propósito de cambiar el rumbo de las cosas.

Sería como Amelia, la protagonista de la novela que había comenzado a leer: autosuficiente, emprendedora, elegante. A partir de hoy se acabaron las camisetas descoloridas y el pelo recogido en una coleta. Sacaría mi lado más sofisticado, buscaría empleo con ganas y empezaría a vivir la vida, como siempre había hecho.

Veintiocho años son demasiados para continuar malviviendo de los ahorrillos que me dejó papá y recrearme en las miserias de mi vida. Hoy volvería a nacer, como el ave fénix que surge de sus cenizas, no me dejaría amedrentar por unas niñatas malcriadas. Hoy todo iba a cambiar.

Nacho estaba a mi lado incluso cuando no le dejaba. Él y su santa paciencia me habían acompañado siempre. Este último año, fatídico donde los hubiera, le resultó imposible. Me llamó, me envió mensajes, incluso me escribió una carta. Bloqueé su teléfono y no le permití acercarse a mí de ningún modo. No tengo explicación para ello, simplemente, no le quería cerca. Tal vez no deseaba que nadie me pusiera los pies en la tierra y me hiciera ver lo vacía que era mi vida; o puede que me recordase tiempos mejores, esos en los que papá era un hombre fuerte y sano. Nacho y él eran los pilares que evitaban que me desviara del camino correcto, y su presencia quizá me resultase demasiado dolorosa. No lo supe entonces y no lo sé hoy, pero Nacho no encajaba en mi mundo en aquellos meses.

El último día que se presentó en mi casa amenacé con llamar a la policía si no me dejaba en paz, grité como una loca, le insulté. Debí resultar muy convincente, porque conseguí que no se volviera a

poner en contacto conmigo. Sé que asistió al funeral de papá, su nombre figuraba en el libro de firmas, aunque no recuerdo que me diera el pésame en la iglesia. A decir verdad, con la cantidad de tranquilizantes que había tomado, tampoco me extraña.

Apenas dos tonos de espera fueron suficientes para que su voz llegase hasta mí.

—¡Corina, qué sorpresa! ¿Qué tal? ¿Ha pasado algo?

—No, no, nada. Estoy bien. Estoy mejor —rectifiqué—. Me gustaría verte.

—Me encantaría, pero no estoy en Madrid. Desde hace seis meses vivo en Lanzarote; me trasladé a las islas por motivos laborales.

—Oh, no sabía nada.

—La verdad es que hace mucho que no hablamos. Mira, ahora mismo me pillas bastante liado. Si quieres, te llamo en otro momento y charlamos.

—Claro, sí. Hablamos.

—Me ha alegrado saber de ti.

—Cuídate, Nacho. Un beso.

Colgué el teléfono decepcionada. Esperaba que estallara de felicidad, que dejara lo que estuviera haciendo y acudiera a mi llamada sin pensárselo. Por lo visto, dos mil kilómetros y un año sin hablarnos eran motivos suficientes para no quedar conmigo a tomar una cerveza.

¡Cuánto había cambiado Nacho!, pensé con sorna.

Vagabundeé por casa, recogiendo unas medias por aquí, un plato por allá, hasta que decidí salir. Tenía que rellenar la nevera, estaba tan vacía que hacía eco.

Impugnando mi reciente decisión de emular la elegancia de Amelia, me puse un pantalón vaquero viejo, unos tenis y una

camiseta de publicidad; ni me molesté en recogerme el pelo, total, para ir al supermercado…

Tras poco más de media hora comprando yogures desnatados, tarrinas de helado de chocolate, pan integral, bollitos de mantequilla y otras contradicciones similares, regresé a casa.

Mientras esperaba el ascensor, vi un sobre que asomaba en el buzón, lo cogí y me lo metí en la boca, costumbre muy poco higiénica, lo sé, pero era la única manera que tenía de poder meter todas las bolsas de la compra, sin tener que soltar ninguna, en el ascensor. Haciendo verdaderos malabarismos, presioné el botón del tercero con el codo y esperé que aquella antigualla de los años sesenta subiera.

Rituales, rituales, rituales.

Dentro de mi vida desorganizada, de mi anarquía natural, tengo normas. Jamás paso más allá del rellano sin quitarme los zapatos y nunca hago nada que tenga el más mínimo interés —como leer aquella carta, que sería probablemente de la comunidad o una de esas invitaciones para asistir a una charla en la que te venden aceite y te regalan un reloj— sin ponerme antes la ropa de andar por casa, más andrajosa si cabe que la que había usado para hacer la compra.

Llevé las bolsas a la cocina, metí algunas cosas en la nevera y dejé el resto en la encimera; ya lo colocaría mientras preparaba la comida.

Me puse una camisola de Mafalda, que no tenía menos de siete años, y cogí el sobre para leerlo.

Estaba en blanco, cerrado. Tenía la solapa de triángulo. Casi nadie utiliza ya sobres de esos, todos son alargados, con una tira adherente que los cierra. El lametazo había caído en desuso, seguro que, si el sabor del pegamento no fuera tan desagradable, se

continuaría utilizando. Estos pensamientos ocupaban mi mente mientras rasgaba el sobre.

Querida Corina:

La tinta se desliza sobre el papel y deja impresos mis pensamientos. Poco a poco, tu aliento me va haciendo más tangible; sin embargo, esa incredulidad que manifiestas no me permite avanzar. Sin duda, tu contacto con mis pertenencias, aunque breve, me ayudó a recordar algunas cosas.

Me has prejuzgado, Corina. Los dos nos necesitamos.

Alan

Hasta cuatro veces leí aquel papel, y cada lectura me enfurecía más y más. Antes de comenzar la quinta, me puse a buscar el número de Sara en mi móvil.

—Hola, te habla Sara —respondió una voz cantarina. Qué absurda manera de descolgar un teléfono.

—Sara, soy Corina.

No permití que respondiera, vomité todo lo que tenía que decirle sin opción a réplica.

—No tiene ninguna gracia el jueguecito que te traes entre manos. Estoy harta de ti y, si no me dejas en paz, te juro que voy a ir a la policía. ¿Te queda claro?

Utilicé el tono más autoritario que pude.

—Corina, advertí a mi hermano de que estabas fatal de la cabeza, pero esto me parece mucho incluso para ti. ¿De qué me hablas?

—Lo sabes muy bien, Sarita. No quiero volver a saber nada de Alan ni de ninguna de tus paranoias. ¡Olvídame!

—¿Qué dices? ¿Alan? ¿Qué pasa, pillaste a tu nuevo ligue mirando mis fotos en internet? —Soltó una carcajada y emprendió su ataque —. Mira, guapa, eres una celulítica premenopáusica que está celosa

hasta de su sombra. El único tío que se acercó a ti que merecía la pena fue mi hermano, y olvídate de volver a dar con otro como él. Sigue viviendo en tu mierda de casa, que huele a pis de gato, y pasa de mí, porque la que te va a poner una denuncia por acoso voy a ser yo, y sabes que a mi padre lo que le sobra es dinero para pagar un abogado y arruinarte la vida, aunque eso ya lo has hecho tú solita. No me vuelvas a llamar nunca.

Colgó el teléfono y me dejó con el estómago hirviendo de ira, la autoestima por los suelos y una carta en la mano izquierda para la que no tenía respuesta.

Fui al ordenador, aunque era probable que ninguna de las chicas de Grandesamigos.com estuviera conectada a esa hora; aun así, probé suerte, me urgía exteriorizar lo que sentía. Debía sacarlo o iba a explotar.

Transcurrieron al menos tres minutos hasta que el viejo PC arrancó y pude acceder a internet. Mi conexión es lenta, la más barata del mercado, mi economía no me permite costear otra. La ruedita que indica que tu página se está cargando giraba de manera hipnótica y yo la seguía con la vista, como una zombi, alelada.

El colorido encabezado de mi página preferida emergió en la pantalla. Las imágenes de gente sonriendo y las frases amigables que invitaban a entrar me calmaron como lo hubiera hecho el abrazo de una amiga; no, no nos engañemos, eso no es verdad, de ninguna manera es verdad.

Clic en mi cuenta, clic en mi grupo. Con gran, grandísimo regocijo, comprobé que Magiazul estaba conectada.

Colonia dice: *¡¡Hola!! Qué alegría que estés conectada.*

Magiazul dice: *Hola, Colonia.*

Colonia dice: *Necesito hablar con alguien y tú eres la persona más indicada.*

Magiazul dice: *No sabes cuánto me agrada oír eso. ¿En qué te puedo ayudar?*

Colonia dice: *Ten la mente abierta porque lo que te voy a contar no sé muy bien si pertenece a esta o a otra dimensión.*

Magiazul dice: *Uy, ahora sí que me tienes intrigada.*

Colonia dice: *¿Cómo te quedarías si te dijera que me acosa un muerto?*

Magiazul dice: *Pensaría que te has bebido una botella de vodka tempranera.*

Colonia dice: *Nicht.*

Magiazul dice: *Trata de explicarte un poquito.*

Colonia dice: *Te resumo. Encontré un libro en la biblioteca, aunque creo que lo correcto sería decir que él me encontró a mí. La primera página contenía un mensaje escrito a mano que decía, más o menos: «Me llamo Alan, tengo 27 años y estoy muerto. No he podido pasar al otro lado y necesito un lugar para quedarme».*

Magiazul dice: *De todos los ligues de los que nos has hablado, este es, con diferencia, el más raro, pero vamos, que eso lo ha escrito cualquiera. En mi carpeta del instituto había dedicatorias mucho peores.*

Colonia dice: *Espera, que la cosa continúa, lo raro de verdad viene ahora. ¿Sabes qué me despertó al día siguiente?*

Magiazul dice: *¡Qué sé yo! ¿Campanas? ¿Un aliento helado?*

Colonia dice: *Soñé con cosas similares. Lo que me despertó fue el teléfono. Me llamaban de la oficina de objetos perdidos para decirme que tenían una caja con mi número de teléfono y mis iniciales. Al recogerla, me enteré de que el remitente se llamaba Alan. Dentro de la caja había una muñeca, un cromo y un diario.*

Magiazul dice: *¿Qué dices? ¡No me lo puedo creer! ¿Y qué ponía el diario? Lo habrás leído, ¿no?*

Colonia dice: *Ojeé las primeras páginas. Decía mucho de ese Alan, y todo malo. Estaba casado y tenía dos hijos, pasaba de ellos ampliamente y le ponía los cuernos a su mujer.*

Magiazul dice: *¿Cuándo llevaron el paquete? ¿Lo preguntaste?*

Colonia dice: *No lo sé, no se me ocurrió. La mujer que me atendió no se mostró muy comunicativa, la verdad.*

Magiazul dice: *¿Tampoco preguntaste quién lo había dejado? ¿Cómo era, no sé…? ¡Algo!*

Colonia dice: *No, ya te digo que no tuve muchas opciones.*

Magiazul dice: *¿No sospechas de nadie?*

Colonia dice: *Sí, de hecho, ayer, cuando me conecté, os dije que estaba muy enfadada con la hermana de mi ex. Fue la primera persona que se me pasó por la cabeza.*

Magiazul dice: *Cuando entré, leí por encima el chat, vi que Sirena estaba entusiasmada contando una de sus aventuras y, la verdad, no miré la conversación anterior.*

Colonia dice: *No pasa nada.*

Magiazul dice: *¿A cuento de qué iba a ser ella? ¿Has vuelto a tener contacto con la Rata?*

Colonia dice: *No, no, qué va, no le he vuelto a ver. ¡Ni ganas!*

Magiazul dice: *¿Entonces?*

Colonia dice*: Me parecía una broma de su estilo, de mal gusto y cruel, muy en su línea. El caso es que esta mañana tenía una carta en el buzón.*

Magiazul dice: *¿¿¿Y qué ponía???*

Saqué una foto con el móvil al papel y se la envié al chat.

Magiazul dice: *Esa niña está muy loca.*

Colonia dice: *Eso mismo pensé yo. Así que, después de leer la carta, la llamé. Te juro que hubiera apostado cualquier cosa a que habían sido ella y su grupito de seguidoras. Estaba superenfadada, incluso la amenacé con ir a la policía. Y te aseguro que o es una actriz de Óscar o realmente no tenía ni idea de qué le estaba contando. He quedado como una auténtica histérica. Y, lo peor de todo, sin nadie a quien poder echar la culpa.*

Magiazul dice: *¿No me digas que te estás cuestionando que de verdad sea un muerto quien te escribe?*

Colonia dice: *Ya no sé nada. Además, no sé qué me da más miedo, pensar que es un muerto o un vivo. ¿Quién querría hacerme algo así?*

Magiazul dice: *¿Qué vas a hacer? ¿Vas a ir a la policía?*

Colonia dice: *No. Se lo dije a Sara para asustarla. Además, tiré el libro y la caja. ¿Quién me va a creer?*

Magiazul dice: *No sé qué decirte. No tires la carta por si acaso la necesitas en algún momento. Me da muchísima rabia dejarte así, Colonia, pero se ha hecho tarde y tengo que ir a trabajar.*

Colonia dice: *Ok, no te preocupes. Ya hablaremos. Gracias por haberme escuchado…, leído.*

Magiazul dice: *Gracias a ti por la confianza. ¿Puedo sugerirte algo?*

Colonia dice: *Por supuesto.*

Magiazul dice: *No comentes nada en el grupo, al menos, hasta que no sepas por dónde van los tiros.*

Colonia dice: *¡Eso mismo te iba a pedir! No creo que me dé buena publicidad tener una relación por carta y, mucho menos, con un muerto.*

Magiazul dice: *Jajajaja. Ya hablamos.*

Capítulo 5



El teléfono suena

La noche llegó puntual, indiferente a mis temores.

No podía quitarme de la cabeza aquella carta ni el libro ni todo lo demás. No comprendía lo que estaba sucediendo, ni siquiera tenía una conjetura o un candidato al que culpar. Nadie. Nada.

Además, después de la llamada a Nacho, había comprobado que, aparte de Mirinda y de mi grupo de lectura, formado por mujeres treinta años mayores que yo, no contaba con nadie de carne y hueso a mi lado. Me sentía sola. Y ese desamparo me perturbaba hasta tal punto que, por un instante, deseé que Alan existiera, que me necesitara, que, aunque fuera un fantasma, alguien me dedicase un pensamiento.

El libro abierto mantenía a Amelia estática, era incapaz de concentrarme en la lectura. Releía una y otra vez el mismo párrafo sin descifrar su contenido.

Sustituí aquellas páginas por la tele. «La caja tonta» la llaman, y recibe ese nombre por algo. Me dejé llevar por la trama de una serie cómica que tuvo la amabilidad de mantenerme entretenida durante

casi una hora. Después decidí meterme en la cama. En contra de lo esperado, tardé poco en quedarme dormida.

A las tres de la mañana, el teléfono sonó con estridencia. Salí de la cama deprisa. En mi subconsciente estaban grabadas aquellas ocasiones, de madrugada, en las que me avisaban desde el hospital de que algo no iba bien.

No perdí tiempo en encender una luz ni en calzarme. Atravesé la oscuridad del largo pasillo sintiendo el frío de las baldosas en los pies.

Frío y oscuridad, siempre lo mismo.

Llegué junto a la mesilla de largas patas francesas y madera oscura. Además del teléfono, sostenía una lámpara de sobremesa y una tétrica foto en blanco y negro de mis bisabuelos: ella sentada en una silla, vestida de negro, y él detrás, con su imponente bigote. De pequeña, me aterrorizaba aquella imagen, esas personas ya fallecidas, con sus lúgubres vestimentas y su porte serio. La tenue luz que entraba por la ventana, procedente de una farola, se reflejaba en el cristal del marco y concedía a sus rostros una apariencia aún más fantasmal. Ignoraba por qué continuaban ocupando un sitio en mi salón; mañana me desharía de aquella foto.

Descolgué el auricular.

—¿Quién es?

La línea trasladó hasta mis oídos unos ruidos desintonizados.

—¿Quién es? —repetí.

Una voz sombría y lejana respondió: «Soy papá».

A continuación, el pitido de la línea telefónica vacía sustituyó el de la voz.

Me quedé escuchando con la mente en blanco. Retumbando contra las paredes del cráneo, igual que si hubieran soltado una

pelota loca en una caja y la agitaran, así sonaban aquellas palabras: «soy papá», «soy papá», «papá», «papá»…

La nada más oscura y el dolor más desgarrador se instalaron en mi cuerpo. «Papá, soy papá».

Tenía el teléfono cogido con las dos manos, apretado contra mi pecho, esperando que del auricular salieran nuevas palabras. Deseaba con una fuerza sobrenatural que quien estuviera al otro lado de la línea fuera realmente mi padre y pudiera ir a buscarle a algún lugar. Papá, ¿dónde estás?

«Soy papá».

Las horas transcurrieron, no sé si rápidas o lentas, solo pasaron, y permitieron que mi mente estancada de manera incansable reviviera su muerte una y otra vez. Sus manos frías, los ojos hundidos, el color de su piel cada vez más grisáceo. Se iba. Siempre se iba y yo no podía hacer nada. Por mucho que se repitiese la escena, no podía salvarlo. Nunca podía.

El timbre de la calle me sobresaltó. ¿Sería papá? ¿De verdad había regresado?

Me levanté entumecida. Presioné el botón para hablar por el telefonillo y, con esperanza, pregunté:

—¿Papá, eres tú?

La respuesta fue una bofetada que me devolvió a la realidad.

—Publicidad personalizada. ¿Me abre, por favor? —contestó una mujer mascando chicle.

Colgué el auricular sin contestar. Papá se había ido otra vez.

Sin embargo, la ley de entropía moraba en mi cabeza, igual que un vertiginoso torbellino, y me arrastraba de forma recurrente hacia la misma idea. ¿Y si continuaba vivo?

No, eso no era posible. Lo sabía. No obstante, era un pensamiento tan consolador que me tenía atrapada. Me permití el

placer de fantasear sobre ello, sabiendo que me iba a hacer daño, igual que cuando se rompe una relación amorosa y escuchas una y otra vez la que fue vuestra canción.

Mamá murió cuando yo tenía 8 años. Tuvo un accidente de tráfico: tomó una curva a más velocidad de lo que permitía la carretera, el suelo estaba mojado y perdió el control del vehículo. Así que papá fue padre y madre al mismo tiempo, y supo hacerlo bien. Asumió con valentía mis primeros años de colegio, los deberes, los problemillas con mis amigas, las actividades extraescolares; la adolescencia, el instituto, los chicos; la universidad, mis primeros empleos… Ahora veo que se enfrentó a mi vida con mucho más arrojo que yo.

Nos sentábamos en el sofá cada noche, igual que lo hacía ahora con Mirinda. Entonces era yo la que se acurrucaba en su regazo. Reposaba la cabeza en sus piernas y le contaba cómo había sido mi día. Estoy pensando que muy pocas veces me preocupé por cómo había sido el suyo. Me aconsejaba, me escuchaba o se reía con mis historias. Lo que no hacía jamás era mostrarse indiferente. Le importaba cada detalle, y lo recordaba para interesarse más adelante por ello.

Nunca se planteó rehacer su vida con otra mujer, aseguraba que nadie le llegaba a mi madre a la suela de los zapatos, y entonces me comparaba con ella. Me regalaba los oídos diciendo que éramos igual de inteligentes y las mujeres más bellas del planeta, y que estando a mi lado era como si ella nunca se hubiera ido. Yo me emocionaba y le pedía que me contara historias de los tres juntos. Eran momentos felices.

Tras mis años de facultad, de locuras y fiestas descontroladas, llegó un periodo de calma. Trabajé aquí y allá, en pequeñas oficinas, para sacarme un dinerillo. Quería viajar por Europa. Papá me

animaba a hacerlo. Decía que la vida es como el Juego de la Oca: debías avanzar con cada tirada y, si caías en una que te hiciera retroceder, volvías a lanzar los dados para continuar en el juego y llegar a la meta.

—Tira los dados, Corina, aprovecha todas las oportunidades que te regala la vida.

En una de las empresas para la que trabajé, conocí a una chica, Marta. Le encantaba viajar y hablaba maravillas de todos los lugares en los que había estado. Nos hicimos buenas amigas, planeamos viajar juntas a Grecia, embarcarnos en un crucero por Santorini, Mykonos, Corfú… Lo más divertido de un viaje no es el plan en sí mismo, sino la ilusión con la que se prepara. Pasábamos horas mirando en internet los paisajes, fantaseando con lo que haríamos, organizando cada segundo de nuestro recorrido.

Cuando conseguí reunir el dinero, nos lanzamos a la aventura. Papá se empeñaba en pagarme parte del viaje, pero quería demostrarle —a los dos, en realidad— que era capaz de mantener un trabajo, proponerme un reto y cumplirlo. Necesitaba demostrarme a mí misma que había dejado atrás a la Corina infantil y había dado paso a la mujer.

Fueron unas vacaciones increíbles, con baños interminables, cenas maravillosas y baile hasta acabar rendidas.

Marta conoció, dos días antes de finalizar el crucero, a un guapísimo griego. Fue un flechazo a primera vista. Los dos últimos días se hicieron inseparables y no me importó, era feliz viendo a mi amiga radiante y no me faltaban actividades para hacer.

Cuando regresamos a España, siguieron hablando casi a diario durante dos o tres meses. Al final, Marta dejó la empresa y se fue a vivir con Alexandro a Chora. Prometimos continuar con nuestra amistad: yo iría a visitarla, y ella me llamaría cuando viniera a

Madrid, y así fue durante unos meses, pero las llamadas eran cada vez más espaciadas, hasta que, inevitablemente, se redujeron a felicitaciones por Navidad. Su tirada de la oca la alejó de mí, pero la llevó a la vida que deseaba, y para mí eso era un motivo de alegría.

La eché de menos, sobre todo, porque la directora de la empresa era una bruja de la que solíamos reírnos juntas, y sin ella en la oficina resultaba insoportable la oscuridad de mi despacho, el mal humor de la jefa y el ambiente tenso que creaba. No me había dado cuenta de nada de eso hasta que faltó mi amiga.

Por aquella época conocí a Ramón. Era un abogado recién licenciado que trabajaba en un bufete de renombre gracias a los contactos de su padre. Fue él quien me animó a dejar la oficina. Decía que yo valía mucho más y que no tenía que aguantar las insolencias de nadie. Echando la vista atrás, pienso que se avergonzaba de que su novia trabajase de secretaria en un despacho de recambios de fontanería.

Dejé el trabajo, convencida de que encontraría pronto otro puesto más acorde a mis aptitudes, como me decía Ramón. Incluso me insinuó que él podría enchufarme en su bufete, pero insistía en que no me diera prisa por volver a trabajar hasta que no diera con el lugar ideal, que me dedicase a cuidarme y a cuidarle. Aquello me originó ciertas dudas, no quería ser la mujer florero de nadie, pero no negaré que me dejé impresionar por la increíble casa en la que vivía, de sus padres; por el imponente cochazo con el que venía a buscarme, de su padre; y por el club, del que era accionista su familia, donde pasábamos la mayor parte del tiempo jugando al tenis, bañándonos en la piscina climatizada o disfrutando de la discoteca con entrada solo para socios. Lo sé, una vida cómoda, frívola, clasista y superficial.

Empecé a darme cuenta de lo necio que era cuando enfermó papá. Le molestaba mi aspecto descuidado tras haber pasado una noche en vela en el hospital o que no acudiera a las fiestas que se organizaban en el club.

Una tarde, tuvimos una pelea y, de una manera muy diplomática, me dijo que, si aspiraba a formar parte de su familia, tendría que aprender a comportarme, como lo hacía su hermana, a guardar las emociones y no llorar delante de la gente cada vez que me preguntaban por mi padre. «Lo hacen por cortesía, no porque les preocupe», me dijo. Le di un bofetón con todas mis ganas y me fui. Se quedó vociferando que me iba a denunciar por agresión. Evidentemente, fue la última vez que le vi. Pensé que debería darme otro a mí misma por haber aguantado a ese imbécil durante un año entero.

Tres meses después, papá falleció.

Hubo una frase, que pronunció el sacerdote que ofició el funeral de mi padre, que nunca olvidaré: «El Señor lo ha elegido por su bondad. El cielo necesita ángeles que velen por los que están en la Tierra».

Si hubiera tenido fuerzas, habría gritado hasta que se rompieran las vidrieras con mi voz. Yo necesitaba a mi padre y a mi madre. ¿Qué pasa, que soy tan indigna para el Señor que me tiene que quitar todo lo que amo? ¿Y elige llevarse a mi padre regalándole un cáncer de huesos, doloroso y despiadado?

Marta vino al funeral y pasó conmigo dos o tres días, aunque no soy capaz de recordarlo muy bien, tengo borrosas muchas imágenes de aquellos momentos. Cuando se marchó, me dijo que estaba embarazada y que su hijo se llamaría Esteban, como mi padre. Lo que sí recuerdo perfectamente fue el abrazo que nos dimos al despedirnos, largo, emotivo y sincero.

Ramón no me envió ni un triste mensaje, y Nacho, después de todos mis desprecios, presentó sus respetos de una forma reservada y elegante, como siempre había sido.

Mirinda se acercó a pedir comida. Podría jurar que lo hizo deliberadamente, para sacarme de aquellos pensamientos que habían pasado de ser dulces a tremendamente amargos.

Acompañada de la gata, me dirigí a la cocina, eché pienso en su comedero y serví una taza de café para mí. Tras el segundo trago, salí corriendo al baño a vomitar. Estaba mareada. Llegué a la habitación y me tumbé en la cama. Todo me daba vueltas, como si una mala resaca me estuviera pasando factura.

En algún momento me dormí.

Desperté cerca de las seis de la tarde con una terrible presión en la cabeza. Fui al botiquín a buscar un ibuprofeno, pero la caja estaba vacía. ¿Cómo es posible que siga haciendo esas cosas? Ya no hay nadie que vaya a reponerlo por mí.

Olía mal, a sudor y a vómito, así que me duché, confiando en que el agua se llevara por el desagüe la noche pasada, los recuerdos avivados y el dolor de cabeza.

Excepto el mal olor, todo se quedó dentro de mí.

Salí a comprar un analgésico. La farmacia quedaba a unos escasos trescientos metros de casa.

Entré en la botica y pensé en pedir «algo para olvidar», aunque eso no se vende en farmacias legales.

—¡Qué mala cara tienes! —exclamó la farmacéutica.

—No he dormido bien, y tengo un dolor de cabeza terrible.

—Tómate un sobre cada seis horas —me indicó mientras me mostraba un medicamento que había sacado de un cajón del mostrador—. Dilúyelo en agua y espera al menos un minuto antes de beberlo, así es más eficaz.

No sabemos nuestros nombres, pero el año anterior, con la enfermedad de papá, me hice clienta habitual. Ella es «la farmacéutica» y yo «la hija de Esteban».

Se había levantado un viento bastante desagradable que colaboraba a que aumentase mi jaqueca. Las sienes me latían a cada paso que daba, el estómago continuaba revuelto, y lo único que me apetecía era meterme en la cama.

Entré en el portal y, como sucediera el día anterior, vi un papel que sobresalía del buzón. Caminé hacia él despacio, sin apartar la mirada de ese trozo de papel blanco, apenas la esquina de un sobre, un simple pedacito de papel. Introduje la llave en la cerradura y abrí el casillero. Saqué un sobre grande con el logo de un centro comercial; sin duda, la publicidad personalizada a la que se refería la repartidora de esta mañana. Respiré aliviada, cerré la portezuela y giré la llave.

Sin preverlo, un sobre blanco, mucho más pequeño que el primero, se deslizó de mi mano cayendo con suavidad hasta el suelo. Había quedado adherido a la publicidad, camuflado, esperando hacer su aparición en el momento oportuno. Me agaché a recogerlo y comprobé que era idéntico al de ayer, con su solapa triangular. No tenía nada escrito.

Al contacto con el sobre, desapareció el dolor de cabeza, el segundero del reloj se paró, la Tierra dejó de girar; me olvidé de respirar y, cuando me quise dar cuenta, tuve que coger una bocanada de aire; estaba a punto de desmayarme por falta de oxígeno.

El saludo de un vecino me sacó de mi ensimismamiento.

—Buenas tardes, Corina. Cuánto tiempo sin verte. ¿Qué tal estás, hija? Ay, estas piernas me están matando.

Continuó con su retahíla de naderías que, en algún lugar entre su boca y mis oídos, se perdían.

Me dirigí al ascensor y abrí la puerta sin dejar de mirar el sobre. Se me pasó por la cabeza rasgarlo y abrirlo allí mismo, pero no quería ceder a la impaciencia, necesitaba prestar toda la atención a aquel nuevo mensaje y mantener mis rituales. Era el único control que tenía en esos momentos sobre mi vida.

—Espera un segundo, que miro el correo y subo contigo.

Con calma, el hombre se dirigió a los buzones. Se me antojó que recorría más de un kilómetro por el tiempo que invirtió en llegar hasta ellos. El manojo de llaves se le escurría entre los dedos torcidos por la artrosis. Atinó a encontrar la pequeña llave que abriría el buzón, pero, justo cuando iba a introducirla en la cerradura, se le cayó al suelo. Se agachó a recogerla con torpeza. La proeza se llevó a cabo sin más incidentes: abrió por fin el buzón y cogió el mismo sobre de propaganda que había sacado yo un par de minutos antes… ¿O serían unas horas?

—Perdona la espera, estas manos ya no funcionan como antes. ¿Sabes que de joven fui relojero? ¡Quién lo diría! Era capaz de ver las piezas más pequeñas sin lupa y no se me caía ni un tornillo. En cambio, ahora, ya ves, no me funcionan bien ni las piernas ni las manos, menos mal que aún me queda la cabeza.

Asentí de manera mecánica, sin prestarle atención. Lo único que me interesaba era aquel papel. Repasaba con los dedos los bordes del sobre que alguien había introducido en mi buzón, en mi vida. Un papel, un pequeño papel que me ahogaba, me angustiaba, me aterraba.

El ascensor paró en el tercer piso.

—Hasta luego —me despedí sin mirarle siquiera.

—Corina —me llamó, poniendo un pie en la puerta del ascensor para evitar que se cerrara—, si necesitas algo, María y yo estaremos encantados de recibirte. Tu padre era un hombre con el que siempre se podía contar. Me gustaría pensar que nosotros también podemos ser de ayuda para ti.

—Gracias, lo haré.

Me di la vuelta y abrí la puerta de mi casa. Ansiaba entrar, rasgar el sobre y leer su contenido.

Me descalcé. No acaricié a Mirinda cuando se acercó a mí, no podía, la carta me quemaba en la mano. Me cambié de ropa en la habitación, dejando la que llevaba puesta tirada en el suelo, y fui a la cocina con rapidez para tomar la medicación que me había dado la farmacéutica.

Eché agua en un vaso y añadí el medicamento. Separé una de las sillas de la mesa lo justo para poder sentarme, dejé el vaso con los polvos efervescentes delante de mí y apoyé la carta en el frutero. La miraba, esperando que el ibuprofeno se disolviese para, por fin, leer su contenido; unos segundos pueden durar una eternidad.

Apuré de un trago el analgésico, dejando que gran parte se cayera por las comisuras de los labios. Estaba lista para abrir el sobre.

Mirinda se subió a la mesa, la cogí con un brazo y la acerqué a mí, no quería estar sola. Despegué la solapa.

Querida Corina:

Has elegido el camino más largo. El recorrido es el mismo para todos, pero el tuyo será más doloroso. Debes estar preparada para lo que vas a oír.

El tiempo corre.

Alan

Las manos me temblaban mientras la releía en bucle una vez, otra, otra más.

Trataba de comprender, de buscar un sentido que no tenían aquellas palabras. Con cada lectura, mis pulsaciones se aceleraban más y más, «el tuyo será más doloroso», «el tiempo corre».

La doblé por la marca en la mitad que ya tenía y la guardé en el sobre. Al introducirla, me di cuenta de que dentro había otro papel: una foto.

Éramos mi padre y yo paseando por Salamanca. Aquel verano había cumplido 8 años. Fuimos a pasar una semana a casa de una tía de papá, una señora muy mayor que vivía en un pueblo cerca de la ciudad. Recuerdo ese día, el de la foto. Papá me llevó a conocer la ciudad. Paseamos por la plaza Mayor, me compró un helado; era grande y sabía a fresas de verdad. Le pidió a una chica que estaba sentada en una terraza que nos sacara una foto. Esa foto.

Dos meses después, mamá moría en aquel horrible accidente. ¿Por qué no había venido con nosotros a ver a la tía de papá? Seguramente estaría trabajando, no me acordaba.

Por detrás de la foto se habían molestado en escribir: «Tictac, tictac. El tiempo vuela». Quien lo hizo consideró que mi sufrimiento no era lo bastante grande y decidió añadir una guinda al pastel.

Sin darme cuenta, había ido apretando a Mirinda contra mí con tal fuerza que el pobre animal casi no podía respirar. Se escurrió entre mis brazos sin saber que con aquella huida me dejaba completamente desamparada.

Me levanté mareada, no podía frenar los pensamientos que iban y venían, a cual más funesto. Deseaba poner la mente en blanco, descansar y desechar todas las ideas siniestras que se habían instalado dentro de mí alimentándose unas a otras, creciendo y robándome la capacidad de razonar.

Fui al salón, me dejé caer en el sofá, encogida, en busca de consuelo en una posición ancestral, acunándome en un movimiento rítmico, tratando de acallar mi cerebro. Comencé a llorar y las lágrimas me aliviaron, liberaron parte de la tensión contenida, y con ella se fue una minúscula fracción de mi desolación.

Entonces pude levantarme, bebí un vaso de agua y busqué la forma de engañar a mi mente. Recurrí al mundo virtual. Necesitaba con desesperación hablar con alguien; si no, me iba a volver loca. La cordura, la poca que me quedaba, exigía salir. Si continuaba dentro, se formaría un cáncer como el de papá.

Magiazul no estaba conectada, así que le dejé un mensaje privado.

«Han sucedido más cosas, no estoy bien. Por favor, envíame un mensaje cuando te conectes».

Miraba la pantalla de manera compulsiva, comprobaba a cada minuto si Magiazul me había respondido. ¡Por Dios, conéctate!

Pensé en Marta, no sabía cómo explicarle nada de lo que estaba pasándome, pero su voz me calmaría. El teléfono estaba apagado o fuera de cobertura, seguramente, el pequeño Esteban estaría durmiendo y ella habría desconectado el móvil.

La casa me oprimía, las paredes se cerraban sobre mí asfixiándome. Abrí la puerta de la calle y salí. Iba en zapatillas y con la camisola de andar por casa. En un momento de lucidez, cogí un anorak que tenía colgado en el perchero de la entrada.

La noche estaba desapacible, el viento otoñal continuaba paseando por las calles, helando el aire y agitando mi melena. El pelo me tapaba la cara y yo ni siquiera me molestaba en apartarlo. Todo daba igual.

Caminé sin sentido, sin querer llegar a ningún sitio, imagino que intentando alejarme de mí misma, y eso era imposible.

Veía a mi padre en cada hombre que me cruzaba; los miraba fijamente y sonreía. Ponían cara de pocos amigos, de desconcierto, o miraban hacia atrás buscando al destinatario de aquella sonrisa perdida, una mueca más bien. Estaba desfigurada de tanto llorar, tenía los ojos hinchados y rojos, unas ojeras prominentes y la piel pálida como el papel.

La ropa que llevaba, el pelo despeinado y mi lenguaje corporal provocaban rechazo, me convertían en una vagabunda, una loca.

Deambulé de acá para allá, quería engañar a mi cerebro, conseguir que dejase de pensar un minuto, un segundo, un instante nada más; era imposible. De manera insistente, machacona, volvían una y otra vez: Alan, papá; papá, Alan.

En algún momento inicié el recorrido de vuelta a casa; estaba muerta de frío, agotada y sucia.

Vi en mi móvil dos llamadas perdidas de Marta, pero me encontraba demasiado cansada para contestar.

Busqué calor y refugio dentro de mi cama. Por primera vez en todo el día, el dolor, las lágrimas y el cansancio consiguieron desconectar finalmente mi cerebro.

Otra llamada, a la misma hora, con idéntica insistencia.

Descolgué el teléfono sin hablar. Sabía que, a quien estuviera al otro lado no le interesaba oír mi voz, tan solo que yo escuchase la suya.

—Corina, soy papá. Te echo de menos, nenita.

—Tú no eres mi padre. Déjame o llamaré a la policía, ¿me oyes? Voy a llamar a la policía.

Colgó el teléfono y me dejó llorando. Miré el número; era una llamada oculta. «En el cielo también tienen números ocultos», pensé con toda la tristeza que pueda soportar una persona.

De nuevo estaba acurrucada en el suelo, con el auricular entre mis manos, abrazándolo con fuerza y deseando que aquella voz sí fuera de papá y viniera a ayudarme.

Capítulo 6



Una rosa con espinas

Aún continuaba en la cama cuando la señora Pilar, mi vecina de enfrente, llamó a la puerta. Eran cerca de las cuatro de la tarde.

—Hola, Corina. Por equivocación dejaron este paquete a la puerta de mi casa. Es para ti, mira. —Señaló con su huesudo dedo índice mi nombre escrito a rotulador: Corina Poverí—. Lo vi cuando iba a salir de casa. Ni llamaron al timbre para que la sorpresa fuera mayor. ¿Tienes un admirador secreto? —Suspiró sin darme opción a contestar—. Chica, qué romántico. Ahora, con eso del internet y los móviles, es todo tan impersonal. En mis tiempos, sí que los chicos eran auténticos caballeros: flores, bailes, citas y más citas antes de que te dieran el primer beso. En cambi…

—Gracias, Pili —la corté—. Ya se sabe: «Cualquier tiempo pasado fue mejor».

Cerré la puerta, dejando a la señora Pilar con sus ensoñaciones románticas. Alguna vez había estado en su casa y las librerías del salón dejaban muy claro que el estilo literario de mi vecina era rosa

pasión: *Sorpresas de amor*, *Tequila rosa*, *Mejor amante que marido* y una larguísima retahíla de títulos similares mostraban sin tapujos una fogosidad oculta.

Abrí la caja sin querer hacerlo, porque me faltó valentía para tirarla a la basura sin más. Me encontré una rosa seca, de tallo largo, y una nota con la misma grafía que las recibidas anteriormente, en la que estaba escrito: «Una flor para otra flor. Deseo que tu belleza no se mustie como esta rosa».

La firmaba Alan.

De nuevo sentí ganas de vomitar. Corrí al baño. Mi estómago estaba tan vacío que no le quedaba nada por echar, devolví una bilis amarga. Salí del lavabo y me senté en el sofá del salón.

La caja reposaba sobre la mesa. Aunque tenía la mirada fija en ella, no la veía, estaba perdida entre una marabunta de pensamientos.

El móvil notificó, con su sonido de campanitas, que había recibido un mensaje. Mi mente tardó unos segundos en desandar el camino hasta el presente e interpretar aquella melodía como algo terrenal. Cogí el teléfono y descubrí con alegría que Magiazul me había contestado.

Magiazul dice: *Hola, Colonia. Siento no haberte respondido antes, llevo casi dos días sin internet. ¡Me van a oír los de la compañía telefónica! Estoy harta de ellos, cada dos por tres me dejan tirada. ¡Cuéntame! ¿Qué te ha pasado?*

Colonia dice: *Estoy viviendo un infierno. Llevo dos noches recibiendo unas llamadas telefónicas horribles. Hoy había otra carta en el buzón y una foto en la que estábamos mi padre y yo de vacaciones. ¿Cómo puede tener una foto de cuando era pequeña? También han dejado una caja con una rosa seca a la puerta de mi*

casa. Estoy aterrorizada, te juro que no soporto más esta situación. Me voy a volver loca.

Magiazul dice: *Me estás asustando. ¿Qué te dicen cuando te llaman?*

Colonia dice: *«Soy papá». Es despiadado. ¿Por qué me hacen esto?*

Magiazul dice: *Es siniestro.*

Colonia dice: *Lo es.*

Magiazul dice: *¿Y la carta? Envíamela.*

Saqué una foto y se la mandé.

Colonia dice: *Ahora sí que me siento amenazada. ¿Has leído la nota? «Que tu belleza no se mustie como esta flor». ¿Qué quiere decir? ¿Qué significa que el camino será doloroso, que el tiempo apremia? ¿QUIÉN ES? ¿QUÉ QUIERE DE MÍ?*

Magiazul dice: *No lo sé. Alguien que te está gastando una broma muy pesada, eso está claro.*

Colonia dice: *Sí, pero ese alguien lo sabe todo sobre mi vida: que mi padre murió, dónde vivo, mi teléfono. Incluso supo que tiré al contenedor el libro y lo demás. Me está observando. Me está acosando.*

Magiazul dice: *Sea quien sea, debe estar encantado viendo cómo te afecta. Seguro que, en el momento que comiences a ignorarle, perderá el interés. Necesitas ocupar tu mente en otras cosas, encontrar un trabajo, divertirte, dejar el puñetero ordenador y salir de copas con tus amigos. Por muy cruel que sea, esto no es más que una broma que al graciosillo o graciosilla, porque sigo pensando en la zorra de Sara, se le ha ido de las manos. ¿Has comido algo hoy?*

Colonia dice: *No, ni ayer. No tengo hambre.*

Magiazul dice*: ¡Lo imaginaba! No comes, no duermes… Seguro que lo ves todo peor de lo que es en realidad. Hazme caso: duerme, aliméntate como es debido, y luego lo verás todo diferente.*

Colonia dice: *Puede que tengas razón, pero esta rosa asquerosa está en mi casa, eso no me lo he imaginado.*

Magiazul dice: *Insisto, busca un trabajo que te mantenga ocupada durante el día y un novio que te canse por las noches* 😉*. Necesitas ordenar tu vida, hacer ejercicio, relacionarte con gente, no sé… Vivir.*😉. Necesitas ordenar tu vida, hacer ejercicio, relacionarte con gente, no sé… Vivir.

Hablamos unos minutos más y nos despedimos.

Sus palabras me hicieron reflexionar. Quizá Magiazul tenía razón y la bruja de Sara no estuviese equivocada al decirme que yo misma estaba hundiendo mi vida. No tenía amigos porque los había alejado de mí, jamás iba a las cenas que organizaban, no respondía a sus mensajes y, por supuesto, no me molestaba en llamar a nadie por teléfono. Con el tiempo dejaron de insistir y de contar conmigo.

Me aislé y ahora vivía en una especie de exilio. El único contacto que tenía con otras personas, además de mi grupo de Grandesamigos.com, era un club de lectura al que me había apuntado, por sugerencia de Luis el bibliotecario, pocos meses después del fallecimiento de mi padre.

—Corina, podría venirte bien —me sugirió con prudencia el buen hombre—. Además, vas a dejarlas impresionadas con tu cultura literaria. Es el sitio perfecto para ti.

Lo dijo con tanto cariño que me vi obligada a probar. Poco tenía que perder, y lo cierto es que me encontraba cómoda hablando de libros con otras mujeres, compartiendo nuestros puntos de vista,

haciendo y recibiendo recomendaciones de novelas de los géneros más diversos…

El segundo y el último martes de cada mes, nos juntábamos en una sala de la biblioteca un grupo de siete mujeres y hablábamos del libro que hubiéramos escogido o de los problemas de cada una o de algún cotilleo interesante. La mayoría rondaba los 50 años y me trataban como si fuera su hija, orgullosas de que alguien tan joven disfrutase con los ejemplares de papel. Me sentía a gusto con ellas, raro era el martes que no acudían con un bizcocho, pastas u otros dulces caseros. Además de ser un club de lectura, era un lugar de encuentro, un sitio donde poder abrirse a las demás, contar tus preocupaciones, compartir tus alegrías; en definitiva, una excusa para salir de casa y reunirnos con otras personas, con las que compartíamos afinidades comunes.

En la biblioteca tenían un tablón de anuncios donde se anunciaban las películas que proyectaban en el salón de actos. Normalmente, se trataba de cine en blanco y negro, del bueno, de ese en el que lo importante es la historia, no los efectos especiales, sino la vida que recrean los actores con la elegancia de la época, con sus peinados y su ropa perfecta, con diálogos cuidados y refinados. Para mí eran un deleite.

También colgaban panfletos de club de teatro, de música, de tertulias variadas, conciertos u obras de teatro.

Una tarde de finales de agosto, en un Madrid abarrotado de turistas y una Corina muerta de asco metida en casa, decidí asistir a una de esas obras de teatro que anunciaba la biblioteca. La compañía que la representaba se llamaba Guirigay, eso ya tuvo que darme alguna pista de que «la revelación del año», como se promocionaban, no sería del tipo que yo esperaba; sin embargo, el

título, *Aullidos de libertad*, me atrajo, aunque no sabía la literalidad que encerraba hasta que fui a verla.

Los actores eran tres amigos que se juntaron para hacer una pantomima impúdica, aburrida y difícil, si no imposible, de entender. Durante la representación se iban quitando una prenda de ropa que dejaban caer al suelo y decían una palabra: «pasión», «enfermedad», «comida», «vela»… ¡Cuarenta minutos tardaron en quedarse desnudos! Después empezaron a corretear por el escenario aullando como lobos.

Me resultó imposible aguantar la risa. El resto del público, muy digno, me chistó y me miró con desprecio. Todos menos una mujer regordeta con un atuendo tremendamente colorido que me miró con complicidad, sonriendo.

Al terminar la obra, pues no me atreví a irme antes por temor a un abucheo generalizado, me escurrí con rapidez hacia la calle. Allí di rienda suelta a mis emociones y solté una carcajada que me dejó a gusto. Creo que era la primera vez que me reía desde que papá no estaba.

La mujer de labios rojos y ropa colorida se acercó a mí. Sin mediar palabra, nos reímos juntas hasta que se nos saltaron las lágrimas.

Esa misma semana, mientras rebuscaba por las estanterías de la biblioteca mi nuevo lote de libros para el mes de septiembre, la vi por uno de los pasillos. Su aspecto era inconfundible. Nos quedamos mirando y se aproximó a mí. Una risa escandalosa precedió al saludo, ambas teníamos grabado a fuego aquellos culos corriendo y aullando a un foco que simbolizaba la luna. Me invitó a tomar un café en la cafetería de la biblioteca y acepté con gusto.

Rosi es el tipo de persona que hace que te encuentres cómoda. No sé si es cuestión de química o de simple empatía, pero desde el

primer momento congeniamos a las mil maravillas. Como tantas veces hiciera con Luis, el bibliotecario, improvisamos una tertulia literaria y cinéfila que me supo a gloria. Le propuse que se apuntase al club de lectura, ya que, por algún motivo, pensé que estaba tan sola como yo. De esa forma, en septiembre acogimos a un nuevo miembro y pasamos de ser siete a ocho las componentes del club.

Al terminar las reuniones, Rosi y yo solíamos prolongarlas en alguna cafetería, donde charlábamos sobre multitud de temas y, poco a poco, martes a martes, se fue forjando una pequeña amistad. Sus charlas siempre eran divertidas, porque, pese a la diferencia de edad, había una conexión especial.

De una forma muy sutil, Rosi entró en mi vida para convertirse en confidente, consejera y amiga. Dadas mis circunstancias, ella me aportaba calidez, ya que, además de reírnos, también habíamos llorado juntas. Yo estaba muy sensible, sin ganas de nada. Con papá se había ido mucho más que la persona a la que más había querido en mi vida, se había esfumado mi felicidad, mis ganas de vivir, y aquella estrafalaria mujer tenía el don de devolverme, por unos instantes, parte de mi alegría. Era como si pudiese transmitirme parte de su energía.

Ironías de la vida, coincidiendo con la obra de teatro, situación que creí que sería la más absurda que vería jamás, comencé a vivir mi propia representación teatral más irreal, descabellada e ilógica que cualquier aullido dado en aquel escenario.

Alan. Irracional, siniestro, aterrador. Allí estaba, invadiendo mi cabeza, mi casa, mi línea telefónica, incluso mi buzón.

Rosi se dedicaba a echar las cartas. Le apasionaba todo lo referente al mundo espiritual. Debatíamos sobre temas esotéricos, culturas ancestrales, religiones y su influencia a lo largo de la historia; era una biblioteca andante. La escuchaba embobada,

tratando de extraer algo de información que me ayudase a comprender lo que me estaba pasando. Pensaba que la providencia la había puesto en mi camino justo en el momento perfecto. Sin embargo, aún no me había atrevido a contarle nada de esas llamadas nocturnas, de las cartas de Alan. Eran un sinsentido que no podía expresar en voz alta. Magiazul era un nombre en una pantalla, pero Rosi era alguien a quien mirar a los ojos. Solo me atreví a comentarle que estaba pasando por un mal momento, y ella pensó que me refería únicamente al fallecimiento de mi padre.

No tenía dinero, porque ningún trabajo me parecía lo suficientemente interesante. Me cansaba de todo, y la situación laboral se había complicado tanto que ofertas que en su día parecían mediocres hoy serían la panacea. Tampoco salía, porque prefería leer en mis libros la vida de otras personas, de gente que ni siquiera existía.

Pensándolo bien, Sara, Magiazul y Alan me estaban gritando lo que nadie se atrevió a decirme antes: debo empezar a vivir.

Desde que papá enfermó me había convertido en una persona huraña, culpaba al mundo de mis desgracias, de todas mis pérdidas, no encontraba explicación a tanto infortunio y tampoco motivos para sonreír. Me había metido en una burbuja repleta de pensamientos funestos, me regodeaba en el dolor y sentía lástima de mí misma. Las paredes de mi burbuja cada vez eran más sólidas e infranqueables: yo no podía salir, y tampoco le permitía la entrada a nadie.

Fui a la cocina y me preparé un batido de fruta. Mi estómago lo aceptó agradecido, sus azúcares parecieron activarme.

Sin pensarlo dos veces, busqué en el zapatero unos playeros, me puse unas mallas, una camiseta y salí con la intención de comenzar una nueva etapa.

Era la segunda vez en dos días que me proponía cambiar de vida.

Caminé hasta el parque cercano a la oficina de objetos perdidos. Llevaba los cascos puestos y escuchaba una lista de Spotify de pop internacional. Sonaba una canción francesa que fui canturreando sin tener ni idea del idioma.

Veía a las personas pasear por la calle, tranquilas, como si el mundo girase sin más, y eso hacía que me encontrase mejor. Mi mundo se alejaba, a la par que esas vidas ajenas me acercaban a la normalidad. Era reconfortante.

Tardé unos veinte minutos en llegar al parque. Estaba bien iluminado y había bastante gente haciendo deporte.

Antes de empezar a correr, me descargué una aplicación para el móvil que me diría cuántos kilómetros había corrido y controlaría el tiempo. Al tener el registro de cada día, trataría de superarme.

A los quince minutos de comenzar la carrera, el flato hizo su aparición. Doblé la cintura y me cogí el abdomen con las manos.

—Camina, si no puedes seguir corriendo. Es lo mejor para recuperarte —me aconsejó un chico que, a juzgar por su forma física, era seguro que había salido a correr en más de una ocasión.

—Gracias. —Resoplé.

De mala gana, le hice caso y di otra vuelta al parque caminando. Milagrosamente, el dolor fue desapareciendo.

Mi cerebro, acostumbrado a la ausencia total de ejercicio, debía de estar produciendo endorfinas como un loco para evitar que tirase la toalla a la primera de cambio, porque, misteriosamente, me estaba planteando volver a correr al día siguiente. Además, el chico que me habló, como diría Sirena, tenía un culo estupendo, lo que era un aliciente para volver a verlo. Pensándolo bien, casi seguro

que la liberación de endorfinas tuvo más que ver con él que con mi lamentable galopada.

El móvil me mostró notificaciones nuevas de mis redes sociales. Varios amigos le dieron un «me gusta» a mi primera carrera con RunningGo. Ni me había dado cuenta de que era visible en mis páginas. Me abochornaban los datos que quedaban registrados, pero decidí que no los iba a borrar: tenía que intentar mejorar esos resultados, quizá mañana pudiese correr dieciséis minutos. Me reí.

—¿No estiras? —El chico del culo fantástico me estaba hablando otra vez.

—¿Perdona? —Le miré sorprendida.

—¿Es la primera vez que sales a correr? —se interesó.

—¿Tanto se nota? —Estaba avergonzada. Muy ridícula tuvo que ser mi carrera para que fuera tan evidente que no había hecho deporte en mi vida.

—Algunos errores de principiante te delatan —señaló en tono amistoso.

—Me has pillado. Es mi primer día, y me estoy planteando que va a ser el último.

—Creo que algo podría hacer por ayudarte… Si quieres, claro —se ofreció amablemente. No sé de dónde saqué el coraje para aceptar su propuesta.

—Si eso va a evitar que vuelva a sentir este dolor, estaría encantada —admití sonriente.

—Ahora me tengo que marchar —anunció mirando el reloj—. Pero si mañana estás por aquí a esta hora, podría darte algún consejillo. Date otra oportunidad.

—¡Acepto! —respondí sonriendo, sin ocultar mi agrado—. Hasta mañana…

—Álvaro, me llamo Álvaro —se presentó mientras echaba a correr hacia el otro extremo del parque.

—Yo soy Colonia, esto…, Corina —respondí atropelladamente.

Se rio de mi confusión y se despidió levantando la mano mientras continuaba su carrera. Al entrar en el portal, sentí una presión en el pecho. No quería regresar a mi apartamento. De todos los lugares del mundo, ese era el que me hacía sentir más insegura. Desconecté el teléfono fijo sacando la pequeña clavija de su caja y sentí un alivio inmediato. Esa noche nadie se colaría a través de aquel cable en mi casa.

Cené una sopa de sobre y un yogur.

Me tomé una pastilla para dormir y evité pensar en Alan y en papá al meterme en la cama.

Desperté sin recordar nada de lo que había soñado. Me sentía mejor.

Álvaro ocupó mi primer pensamiento. No porque albergara expectativas románticas, sino porque, tal como me dijera Magiazul, necesitaba gente real, ampliar mi círculo de amigos, que, en la actualidad, se reducía a desconocidos a través de una pantalla, a las pseudomamás del grupo de lectura y a Rosi, mi brujita particular.

El día transcurrió tranquilo: hice limpieza en casa, salí a la compra, me entretuve mirando ofertas de empleo por internet y avanzando en la lectura de *Amelia.*

El móvil sonó e hizo que saltaran todas las alarmas. Era Marta.

Estuvimos hablando de naderías una media hora. Agradecí que no hubiéramos podido contactar el otro día. Le habría contado más de lo que deseaba que supiera. Por eso, me limité a decirle que había empezado a correr y le dejé caer que había un chico que parecía muy majo; ella ya entonó campanas de boda. Nos reímos un rato de su fantasía desbordante y continuamos hablando de las proezas de

su pequeñín y de su vida en Grecia. Parecía feliz. Nos despedimos prometiendo llamarnos más a menudo y vernos pronto. Colgué el teléfono con una sonrisa. Me alegraba tanto por ella, pero… ¡cuánto la echaba de menos!

Pasadas las siete de la tarde salí de casa. Repetí la misma rutina del día anterior, me vestí con ropa de deporte, me puse los cascos, y el móvil reprodujo una lista de canciones animadas que iba tarareando mientras caminaba hacia el parque.

Álvaro ya estaba allí. Hablaba con un grupo de corredores, y eso hizo que me sintiera intimidada. Mi forma física distaba mucho de parecerse a la de aquella gente.

Alzó la mano cuando me vio llegar y, para mi alivio, se despidió del grupo y se encaminó hacia mí.

—Hola, Colonia —saludó alegremente.

Me saltaron todas las alarmas. ¿Por qué sabía mi *nick* de internet? Enseguida recordé que yo misma se lo había dicho cuando me trabé al hablar.

—¿Vienes con ganas de sudar? —me preguntó animoso.

—Vengo con ganas de cambiar de hábitos —respondí con sinceridad.

—Es la mejor respuesta que podías darme —manifestó casi con orgullo—. Comenzaremos con unos ejercicios de estiramientos.

Me enseñó lo que debía hacer y observó cómo yo los realizaba.

—Tienes mucha flexibilidad, eso es bueno —dijo al cabo de un par de minutos.

Me sentía bien, tranquila, con ganas de estar allí.

—Corina, te explico lo que vamos a hacer. Empezaremos con series cortas e iremos alternando carrera y paseo. —Hablaba como si realmente fuese un entrenador personal—. Vamos a procurar que ese flato tan incómodo no vuelva a darte la lata.

—Eres muy amable, ¿sabes? —Me sentía agradecida de verdad. Un desconocido estaba invirtiendo su tiempo en mí, en una persona que no conocía de nada. Me parecía asombroso.

—Bueno, a mí también me enseñaron —replicó con naturalidad—. La gente piensa que salir a correr consiste en ponerse unas zapatillas, vestirse como un subrayador fosforito y trotar por ahí. Luego vienen las lesiones y se pierde el gusto por el deporte.

Continuamos con el entrenamiento, que me resultó muy entretenido, y al terminar, Álvaro me invitó a tomar un café.

—La verdad es que sí, me gustaría. —Tenía ganas de seguir con él, de conocerle, de hablar de cualquier cosa y, sobre todo, tenía ganas de estar acompañada.

—Hay una cafetería justo en esa calle. —Señaló la salida más cercana del parque—. Suelo ir después de los entrenamientos. Así incluyo mi ración diaria de vida social.

Me hizo gracia su comentario, me recordó a los niños con las verduras.

—Pues vamos allá —le propuse con entusiasmo—. ¡Me muero de sed!

Caminamos a paso ligero, pues no era agradable pasear sudados con el frío de la noche, mientras charlábamos sobre los ejercicios que habíamos hecho y me comentaba alternativas y variaciones.

El local tenía una temperatura muy agradable. Era un bar cualquiera de barrio, sin elementos que lo hicieran especial; no había sido remodelado desde el día que se abrió, allá por los noventa. Sin embargo, algo tenía en su decoración arcaica que me pareció agradable, como si realizara un viaje al pasado.

Ambos pedimos un café antes de ocupar la mesa. Nos hizo gracia hacerlo al unísono.

—Me da mucha rabia que el camarero tenga que pasearse a la mesa una y otra vez: viene al sitio, le pido un café, trae el café, ahora quiero sacarina, luego un vaso de agua…

—¡Eres de los que toman sacarina!

Soltó una alegre risotada mientras me señalaba una mesa cerca de una ventana empañada por el contraste de temperaturas.

—Corina, cuéntame… Además de juzgar a los consumidores de sacarina y dedicarte a cambiar hábitos, ¿qué más haces?

—Poca cosa —contesté desganada—. Soy contable en paro, así que dedico mi tiempo a buscar trabajo, leer y hablar con mi gata.

—*¡Wow!* Tú sí que sabes venderte. —Rio con ganas—. Es lo más aburrido que he oído en mucho tiempo, o tal vez en toda mi vida, no sé, tendría que pensarlo.

Le di un manotazo en el hombro.

—Oye, no te rías. Mi gata tiene una conversación realmente interesante y sabe escuchar mejor que nadie —atajé con sorna.

El camarero se acercó a servirnos los cafés. Cuando se alejaba, murmuré con tonillo burlón.

—¿No le vas a pedir tu sacarina?

Cogió el pequeño sobrecito y lo agitó delante de mí.

—Es lo que tiene ser cliente habitual, que ya conocen tus gustos.

Rasgó el edulcorante y lo echó en el café. Mientras lo removía, insistió en la conversación que habíamos interrumpido.

—Me estabas contando que tu mejor amiga es una gata. Ahora me dirás que no tienes ningún novio esperándote. —Me dio la sensación de que su comentario era más una pregunta velada que un apunte inocente—. Lo digo para ver si cumples con todos los requisitos de mujer fatal: gato, novelas…

—La realidad es que tengo una lista tan larga de pretendientes que aún no me he decidido por ninguno —repliqué presumida—. Me

gusta estar segura de mis elecciones, y el hombre que elija será con el que envejezca. Así que escogeré uno cuando cumpla los setenta para que no arruine mis expectativas.

—Mujer sabia. Estoy descubriendo muchas cosas de ti.

—Cierto. Ahora deberías ser tú el que me contara algo… O mejor, déjame adivinar. ¿Entrenas duro porque eres un superagente de la TIA? —Me estaba divirtiendo. Tontear con él era tan refrescante, tan ajeno al resto de las cosas que me sucedían, que me dejé llevar.

—Yo soy más de Anacleto, agente secreto —contestó, simulando que me apuntaba con una pistola imaginaria cogida con ambas manos a la altura del pecho, al más puro estilo 007.

—Nunca lo diría. Entonces, ¿eres un espía que recluta chicas en el parque para convertirlas en agentes federales? —continué con el juego.

—Lo cierto es que no, aunque, si me hubieras sugerido eso hace unos años, habría cambiado el rumbo de mi vida sin dudarlo. Me parece mucho más apasionante tu versión que mi realidad.

—Hagamos una cosa entonces —le planteé—. Ya te he dicho que me gusta leer, y uno de los motivos es que, leyendo, puedes adoptar la vida de quien sea, puedes ser un pirata audaz, una científica que descubra la cura contra una pandemia zombi, un pintor bohemio… ¿Qué te parece si, a partir de ahora, para mí eres un agente secreto y yo para ti una posible recluta?

—… Que tiene la facultad de hablar con los animales —propuso, siguiéndome la corriente.

—Sí. ¡Me encanta! —respondí con entusiasmo—. Sin duda, sería uno de los poderes que pediría si fuera una superheroína.

—Tú sí que me encantas, Corina.

Me miró a los ojos, chispeando, vibrando, como hacía tiempo que nadie me miraba, y yo me sonrojé. Miré el reloj y se rompió el

momento.

—Es hora de irse. —Apuró su taza de café y se levantó. Yo le imité. Salimos de la cafetería y el frío nos golpeó con fuerza.

—¿Mañana nos vemos a la misma hora? —pregunté con ilusión.

—Te aseguro que nada me gustaría más, pero mañana tengo…

Le puse un dedo en los labios para evitar que continuara hablando.

—Tienes que cumplir alguna misión especial —le interrumpí—. Dejémoslo ahí. Recuerda: la verdad podría romper el encanto.

—Me ha gustado conocerte. —Hizo una pausa y afirmó—: Creo que eres bastante peligrosa, puedes ser adictiva.

Reí con coquetería. Estaba resultando un momento delicioso, y con él volvía a ser la Corina de antes, alegre, provocadora y divertida.

—Agente Anacleto, creo que me está adulando para reclutarme.

—Toda buena historia de espías tiene un toque romántico —añadió, dejándome un poco desconcertada.

—¿Sabes una cosa? Estoy deseando saber cuál va a ser el segundo capítulo de esta novela.

—¿Pasado mañana a la misma hora?

—Día H, hora zulú. —Sonreí y me encaminé hacia el parque. Él se fue en dirección contraria.

Y sí, como sucede en las comedias románticas, los dos nos volvimos mientras caminábamos y nos dijimos adiós con la mano.

El camino de regreso a casa lo hice recreando la tarde que había pasado con Álvaro. Llevaba una sonrisa tonta en la cara y una nube de mariposas se había instalado en mi estómago y revoloteaban alocadas.

Las luces de las farolas, las de los comercios, el bullicio de la gente que paseaba o regresaba a casa tras la jornada de trabajo,

todos aquellos sonidos e imágenes rutinarios, absolutamente normales, conseguían ensalzar aún más la sensación de euforia que sentía. Era una más, igual a cualquier otro transeúnte.

Álvaro me gustaba. Era un hombre guapo, muy guapo, y simpático. Cuánta razón tenía Magiazul al decirme que necesitaba relacionarme con personas de carne y hueso.

Abrí la puerta del apartamento y mi gata salió a recibirme. La subí hasta mi pecho, cogí sus patitas, cada una con una mano, y bailé con ella por el salón hasta que manifestó abiertamente su descontento y saltó de mis brazos.

Aquella noche no leí, no tenía ganas de vivir vidas ajenas. Lo que me había sucedido hoy me gustaba. Encendí la tele y paseé de cadena en cadena hasta topar con una película que se adaptaba muy bien a mi estado de ánimo: Tom Hanks y Meg Ryan y su inolvidable *Algo para recordar.*

Me quedé dormida en el sofá. Cuando desperté, la Teletienda se había adueñado de la pantalla. La apagué y me fui a la cama. Recordé el tonteo con Álvaro y sonreí y, con ese pensamiento tan dulce, volví a quedarme dormida.

Un horrible pitido comenzó a sonar a las dos y media de la madrugada.

Las mariposas que habían velado mi sueño se convirtieron en escorpiones que me envenenaban por dentro y me producían dolor. Quería huir a toda costa, pero no podía, estaba paralizada.

Con indescriptible pavor descubrí que me encontraba atada a las vías de un tren que avanzaba hacia mí a una velocidad endiablada y un sonido estridente anunciaba mi inminente atropello.

La fricción de las ruedas sobre los raíles producía un chirrido angustioso y yo no me podía mover, únicamente gritar.

Fueron mis propios alaridos los que me despertaron y me permitieron comprobar que el silbato que sonaba era, como ya me había sucedido en otras ocasiones, el sonido de teléfono.

Finalizaba mi pesadilla onírica y comenzaba la real.

Descolgué.

—Corina, soy papá, no me olvides.

El sonido de la línea se adueñó del auricular y, por toda la casa, por el universo infinito, se difundía ese pitido.

La noche pasada, cuando llena de valor conecté nuevamente el teléfono a la red, estaba segura de que volvía a tener el control. Con plena conciencia, introduje la clavija en el pequeño canal de la toma telefónica en un acto de rebeldía, de atrevimiento.

Me maldije por hacerlo, dejándome llevar por la felicidad del momento. Por pensar que no debía sentir miedo en mi propia casa. Por convencerme de que aquella broma pesada no era más que eso, una burla que no volvería a afectarme. Por tratar de retomar la normalidad.

Esta llamada me dejaba muy claro que todo continuaba igual y que yo no estaba al mando de mi vida.

El mundo ya no era de color rosa, volvía a tener un negro feo, intenso, aterrador.

Capítulo 7



Rosalenda

El sol de la mañana consigue que los fantasmas de la noche se escondan y lo que es un callejón oscuro y tenebroso, al amanecer, se transforma en una senda más o menos transitable.

Enfrentándome a mis problemas a la luz del día, analicé los hechos empleando la lógica. Magiazul pensaba que eran alucinaciones mías; sin embargo, el libro, el diario, las notas, la rosa, mi foto, ¡todo eran objetos tangibles! A partir de este momento, grabaría las llamadas, para que también quedara constancia de ellas.

Llegar a esta conclusión me tranquilizó, porque, si bien seguía sin imaginar quién podría estar detrás de todo, fui capaz de desdeñar la idea de que un fantasma me acosaba. Fuera como fuese, mi pesadilla tenía los días contados. Había tomado la decisión de acudir a la policía. Ellos se encargarían de averiguar quién era el psicópata y poner fin a aquella insoportable situación.

Toda la angustia de la noche anterior se iba disipando según pasaban las horas. El cielo lucía un espléndido color azul, el sol

brillaba y las ideas tormentosas naufragaban en un mar de ilusiones.

Continuaba dispuesta a cambiar el rumbo de mi vida. Lo haría por mí, pero también por papá. No sé si hay algo después de la muerte, quiero pensar que sí, y resultaría tristísimo que me estuviera viendo desde el otro lado desperdiciar mi vida de esa manera.

Me vestí, peiné y maquillé, me arreglé como no lo hacía en días. El reflejo que me devolvió el espejo me gustó. Me sentía guapa y más segura de lo que había estado en mucho tiempo. Con determinación salí a la calle, y una sonrisa tonta se dibujó nuevamente en mi cara, porque la prioridad de mis pensamientos no eran los muertos, sino solucionar problemas, y… Álvaro.

Mi mente evocaba el día anterior. ¿Cómo había dicho? «Tú sí que me encantas», con esa voz suave y al mismo tiempo varonil, y reviví cómo me había tocado la espalda durante el entrenamiento. Me estremecía recordando la forma en la que me miró en la cafetería. Si yo no hubiese apartado la vista para ver el reloj en aquel momento, ¿nos habríamos besado? Casi seguro.

Quería volver a verle. Era mucho mejor que los sobres que me había vendido la farmacéutica para el dolor de cabeza. Él hacía que me sintiera bien y que empezara a parecerme peligrosamente a mi vecina Pili. Me resultó imposible reprimir una carcajada. Suerte que Madrid está plagada de gente como yo, medio loca y algo rara, porque nadie pareció darse cuenta.

Había recorrido un par de manzanas, en dirección a la parada de bus que me llevaría a la comisaría. Iba sin prisa, disfrutando del sol de la mañana, recreándome en mis pensamientos, observando la calle con unos ojos nuevos, con una mirada que se remontaba a meses atrás, mucho antes de Alan, cuando mi padre aún estaba bien. Sentía que él estaba a mi lado, dándome fuerzas y animándome a recuperar el tiempo perdido.

El escaparate de una tienda de deportes llamó mi atención. «Es muy pronto para comprarme lencería pensando en Álvaro», pensé con picardía. En cambio, no lo era para mirar algún conjunto deportivo bonito. Decidí entrar y echar un vistazo.

—Hola, ¿puedo ayudarte?

Un chico de unos 20 años, con cara sonriente, se acercó solícito a mí.

—Te lo agradecería. Estoy buscando un conjunto para correr que siente bien…

—¿Para correr has dicho? ¡Me encanta! ¿Te cuento un secreto?

Estaba un poco desconcertada.

—Estoy cansado de vender ropa para hacer *runnig* o *trail running*. ¡Para correr! —proclamó rotundo.

Nos reímos juntos.

—¿Pues quieres que ahora te sea sincera yo? —repliqué resuelta —. En realidad, no lo quiero para correr, lo quiero para gustar al chico con el que he quedado para ir a correr.

—¿Cómo te llamas? —preguntó alegremente.

—Corina.

—Corina, me has animado la mañana. —Me cogió de la mano, como si fuésemos amigos de toda la vida, y me guio a través de los expositores de la tienda—. Vamos a buscar algo que deje a tu *runner* muerto.

Qué poco apropiada resultaba la expresión en ese momento, pensé con sarcasmo. Pasamos un buen rato probando varios conjuntos y, finalmente, me decidí por uno azul con unas bandas blancas en los laterales. Era increíblemente favorecedor, sexy y caro, pero me permitía pocos caprichos últimamente, de manera que, aun siendo consciente del derroche que suponía para mi economía, decidí comprarlo. Además, Jaime, mi nuevo asesor de imagen,

aseguraba que a él le encantaría ponerse algo así y deslumbrar a un barbitas que le traía loco en el gimnasio.

Al salir del comercio, me fijé en un cartel que había en la puerta solicitando una dependienta. Volví a entrar.

—¿Aún necesitáis a alguien? —consulté a Jaime, señalando el cartel.

—Sí. Nos han llegado varios currículos. Mi jefa —gesticuló con la cabeza en dirección a una mujer de unos 45 años, guapa y sonriente, que hablaba con unos clientes— no se ha decidido todavía. ¿Te interesa?

—Pues la verdad es que sí. —Me quedé sorprendida de mi respuesta.

Para nada era el perfil de trabajo que buscaba; sin embargo, me causó tan buena impresión el ambiente del comercio, lo bonita que era la tienda y la personalidad de Jaime que pensé que me encontraría cómoda trabajando en un sitio como aquel, además de quedar a tan solo una parada de bus de mi casa.

—¿Por qué no hablas directamente con ella? —me recomendó con la naturalidad que había mostrado hasta ese momento—. Es bastante simpática, se llama Candela.

Esperé a que terminara de atender a los clientes. Antes de que pudiera presentarme, Jaime me allanó el camino.

—Candela, te presento a Corina. Le gustaría trabajar con nosotros —soltó sin más.

—Hola, Corina —saludó bastante seca—. ¿Sois amigos?

Sin que me diera tiempo a abrir la boca, Jaime asintió.

—Nos conocemos de hace tiempo. —Me sonrió y se alejó con delicadeza a colocar las prendas que su jefa había estado mostrando a los clientes.

—No sé si Jaime te habrá comentado los pormenores del trabajo.

—No, la verdad es que no me ha contado nada —respondí con interés.

—En principio, sería para trabajar media jornada, y jornada completa en las épocas de más apuro: rebajas, vuelta al cole, Navidad… El horario es de diez a dos una semana, y de cuatro a ocho otra. Paga extra de Navidad y verano. Un mes de vacaciones. Cuatrocientos setenta y cinco euros mensuales los meses de media jornada; los de jornada completa, novecientos cincuenta, y quince días a prueba —expuso de un tirón—. Si te parece bien y Jaime te avala, el puesto es tuyo. Empezarías mañana —concluyó para mi sorpresa.

No podía creer lo que estaba pasando. Un completo desconocido había intercedido por mí para conseguir un trabajo que me daban sin presentar mi currículo, sin experiencia profesional ni credenciales.

—Me parece genial —asentí—. Mañana nos vemos… ¿A qué hora?

—A las diez. Comenzamos con el turno de mañana. Es más tranquilo, y así te dará tiempo a ponerte al día de todo. Por cierto, ¿has trabajado anteriormente en una tienda de deportes? —quiso saber, para mi disgusto.

—No. Soy administrativa, y siempre he trabajado en oficinas. —No contaba con la agilidad mental de mi «amigo» para improvisar respuestas adecuadas, así que opté por decir la verdad—. Le prometo que, si me da una oportunidad, me pondré las pilas con el trabajo. Tengo ganas de dejar los papeles, los números, los ordenadores y tratar con el público.

—¿Seguro? —Mi respuesta pareció dejarla un poco decepcionada —. Está bien, Corina, las dos tenemos quince días para comprobar si eso es cierto. Te veo mañana.

Extendió su mano y me dio un apretón que me pareció excesivamente fuerte.

Antes de salir, fui a despedirme de Jaime.

—Un millón de gracias. ¿Por qué lo has hecho? —quise saber.

—Porque a lo mejor te pido prestado ese conjuntito un día de estos. —Se rio—. Nos vemos mañana. ¡No me dejes mal!

—No lo haré. No te imaginas lo agradecida que estoy. —Le besé en la mejilla, como si realmente fuéramos amigos, y salí del comercio.

Seguía sin creer lo que acababa de ocurrir.

Miré la hora y decidí que iría a la comisaría más tarde. Estaba tan feliz por mi nuevo trabajo que preferí volver a casa y compartirlo con Mirinda, preparar algo rico para comer y disfrutar del momento.

Mi vida realmente estaba cambiando: tenía un trabajo con el que ganaría poquito dinero, pero que me sacaría de casa; empezaba a conocer gente de carne y hueso; incluso sentía un hormigueo en el estómago pensando en un chico.

Entré en el portal y comprobé que el buzón estaba vacío: otra alegría para sumar al día.

Mirinda salió zalamera a saludarme, la cogí en brazos y le resumí las novedades de la jornada.

—Pequeña pelirroja, tal vez las cosas comiencen a salirnos bien —le dije con esperanza.

Como tantas veces, había olvidado en casa el móvil. Una notificación de uno de mis grupos de internet parpadeaba en la pantalla. Era una petición de amistad de una mujer. Miré su perfil. Estaba lleno de *posts* con velas, conjuros y oraciones. Su foto era una bola de cristal sobre una mesa con unas cartas de tarot y su nombre: Rosalenda. Como suelo hacer, la acepté. Contaba ya con 435 amigos, ella hacía la 436.

Me gusta todo lo relacionado con la magia, lo esotérico, las cartas… Tenía agregadas a varias pitonisas, de esas que envían mensajes con brujitas adorables y sortilegios para atraer la fortuna. No puedo decir que creyera en ellos y, aunque confieso que probé suerte con alguno sin obtener ningún resultado, me divertía leerlos.

Necesitaba hacer visible el cambio que, desde hoy, se estaba produciendo en mi vida. Miré alrededor y observé la necesidad imperiosa de redecorar, tirar cosas, llenar de luz aquella casa, así que empecé por retirar la foto de mis bisabuelos y reubicar los muebles del salón. No tendría dinero para comprar otros nuevos, pero, con un poco de maña, sí podría reformar los que ya tenía y darles un toque… ¿Cómo se dice cuando algo está viejo y pintado a brochazos? ¡Ah, sí! Un toque *Shabby Chic*; sin brochazos es *vintage.*

El móvil me informó que tenía un mensaje. Era esa mujer, la pitonisa.

Rosalenda: «Hola, Corina. Soy Rosi. ¿Puedo hablar contigo?».

Corina: «¡Hola, Rosi! ¿"Rosalenda" es tu nombre de batalla?».

Rosalenda: «Algo así. Tengo un mensaje para ti y no puedo esperar dos martes para dártelo».

Corina: «Me estás asustando. ¿Cómo diste conmigo?».

Rosalenda: «Después de tantos cafés juntas, nunca nos dimos el teléfono. Simplemente, puse tu nombre en el buscador y ¡plaf! Magia. Aquí estás. Tengo algo que decirte, algo importante. ¿Podemos vernos?».

Corina: «Sí, claro. ¿Te doy mi número y me llamas?».

Rosalenda: «No, cariño, esto es demasiado importante para hablarlo por teléfono. Tengo que hablarte de Alan».

El pulso se me aceleró, el estómago se me encogió y el primer impulso que tuve fue apagar el teléfono y tirarlo junto con todas aquellas revistas que había apilado en una esquina del salón. Sin embargo, no era un día para ser cobarde, eso me había dicho a mí misma esa mañana.

Corina: «¿Qué tienes que ver tú con Alan? ¿Qué sabes?».

Rosalenda: «En persona, Corina».

Corina: «¿Cuándo y dónde quieres que nos veamos?».

Rosalenda: «¿Qué te parece en el mercado de San Miguel? ¿Esta tarde?».

Corina: «Me parece bien. Quedamos a las seis y media en la entrada norte».

Rosalenda: «Perfecto».

Me quedé mirando el teléfono, repasando la conversación, sin entender ni una palabra; estaba perpleja.

Traté de llenar las horas de espera aquietando mi mente, ocupándola con trabajo físico. Continué con la reorganización del salón, sin poder concentrarme en ella, porque la preocupación se había enraizado con tal fuerza que me resultaba imposible dejar de pensar en mi encuentro con Rosi.

El mercado de San Miguel, si se caracteriza por algo, es por la cantidad de gente que alberga de continuo, y eso me daba cierta sensación de seguridad.

Aunque ese año el veranillo de San Miguel había durado más de lo previsto, desde hacía un par de semanas, el frío al caer la tarde era más que considerable en la capital. Me puse un abrigo de lana color crema, una bufanda de cuadros roja y salí de casa. A las seis y veinticinco había llegado a la puerta del mercado.

Era una situación surrealista: estaba esperando a Rosi, a mi amiga con la que había hablado de cientos de libros y me había reído hasta la saciedad, pero ahora sentía terror por verla, porque, de alguna forma incomprensible, alguien que no conocía y que decía estar muerto le había dado un mensaje para mí.

Me había cansado de tener miedo, de vivir angustiada. Quería leer un libro tranquilamente en casa, con mi gata en el regazo, disfrutar de mi nuevo trabajo, de la ilusión que me producía pensar en Álvaro. Normalidad, exclusivamente normalidad, nada más.

La mujer gruesa, de unos 60 años, se acercó a mí.

—Hola, Corina. —Tenía el semblante serio. Fue a darme dos besos, pero, de forma instintiva, me alejé.

—Hola, Rosi, ¿o Rosalenda? ¿Cómo debo llamarte? —Estaba a la defensiva, ya no podía ver en ella a mi afable amiga. Se había convertido en una persona que no había sido invitada a conocer mis secretos.

—¿Te parece que demos un paseo mientras hablamos? —planteó señalando la concurrida calle—. ¿O prefieres tomar un café? —brindó como segunda alternativa.

La idea de encerrarme con ella en un lugar, aunque estuviera atestado de gente, como sucedía con todos los comercios de la zona, de repente me pareció terrorífica.

—Prefiero pasear —repuse sin dudar.

—Yo también. —Sonrió de forma conciliadora, sin obtener respuesta por mi parte.

Echamos a andar a la par, dejando una distancia entre ambas tal que entraría una tercera persona.

De pronto, todo su aspecto me producía rechazo. Como siempre, llevaba demasiado maquillaje, los labios rojos, los ojos con una sombra verde imposible y colorete como si fuera Heidi. Su ropa no

era mucho más discreta: se había puesto un pañuelo violeta anudado al cuello, sin ningún gusto, y su abrigo, estampado con vivos colores, ocultaba, sin éxito, algún tipo de indumentaria con unos faldones que sobresalían por la parte inferior del gabán. Parecía un personaje sacado de la película *El jorobado de Notre Dame:* mitad gárgola, mitad gitana con carromato. Nunca la había juzgado por su indumentaria, en cambio ahora la veía con otros ojos, con unos muy severos, analíticos y expectantes.

La mujer tomó la palabra.

—Corina, no sé cómo contarte de una manera delicada esta historia, así que lo haré de la forma más directa posible.

Hablaba con seguridad; en cambio, el continuo juego de sus dedos con un enorme anillo de plata dejaba entrever un nerviosismo que no quería transmitir.

—Estoy ansiosa por escucharte —respondí tajante.

—Bien. Pues allá voy. —Antes de empezar, tomó aire y se ajustó el fular al cuello—. Yo conocí a Alan. Era un chico encantador, vecino del barrio de toda la vida. Mi hermano y él eran amigos desde niños, fueron juntos al colegio. —Hizo una pausa, creo que para ordenar los pensamientos, y continuó hablando—. Dejó pronto el instituto. Comenzó a trabajar en un taller de coches como chico para todo; ahora venden móviles y cosas de informática. ¡Qué poco queda del pasado! —observó—. Pasaba allí muchísimas horas para ganar una miseria. Gran parte del sueldo se lo entregaba a su madre. Con él, la pobre mujer podía comprar comida y pagar las facturas. Era una familia poco afortunada: el padre, bebedor y jugador de máquinas tragaperras, dilapidaba todo lo que caía en sus manos. Si no fuera por el dinero que aportaba Alan, creo que les hubieran quitado la casa. —Hablaba con tristeza—. La madre era una mujer buena que tenía la autoestima tan pisoteada que le costaba caminar con la

cabeza erguida. Adoraba a su hijo, él era su única razón para vivir. De hecho, cuando Alan murió, no tardó en fallecer. Hubo muchos rumores al respecto: la versión oficial fue un paro cardíaco; la divina, imagino, que un corazón roto; y la real, una sobredosis de cualquier medicamento.

Rosalenda se tomó un respiro antes de seguir.

El ruido de los zapatos sobre el empedrado de la calle, unido al bullicio de distintas voces, convertían la plaza de San Miguel en un lugar acogedor, un sitio siempre agradable por el que pasear y en el que disfrutar de una cerveza en cualquiera de sus terrazas. Sin embargo, la presencia de Rosi lo había transformado en un espacio frío y desapacible.

Sin mirarme a la cara, amparándose en el juego con aquel anillo absurdo, reanudó su incómoda conversación.

—Recuerdo que su coche se caía a pedazos. No era difícil subirte en él y quedarte con la manilla de la puerta en la mano. —Una sonrisa melancólica acompañó aquel recuerdo.

No permití que continuase. Esa mujer me estaba hablando de Alan como quien habla de un amigo en común, como si compartiésemos recuerdos de nuestro pasado. Para mí, la palabra «Alan» significaba exclusivamente «miedo».

—Perdona. ¿Formas parte de esta broma? ¿Me seguiste a aquella obra de teatro para hacerte mi amiga? —Mis acusaciones sonaban tan absurdas como la perorata que me había soltado sobre Alan, lo sabía, pero no me podía creer que fuera algo casual—. ¿Qué te he hecho yo para que participes de esta mierda de burla? ¿Sabes el daño que me está haciendo?

Sin pretenderlo, hablaba a voces, estaba tan alterada que no vi a una mujer que paseaba con su carricoche y choqué con ella. Me increpó y ni me molesté en disculparme.

Rosi levantó una mano conciliadora a modo de disculpa que me molestó considerablemente.

—Corina, por favor, déjame terminar y después decide si creerme o no. Además, pocas opciones vas a tener de conocer la verdad.

Eso era innegable. Aquella mujer era la única persona que corroboraba que yo no estaba loca, que Alan existía y que, de alguna manera, estaba conectado conmigo.

La miré con desprecio por haberme acorralado de esa forma.

—Continúa —la apremié.

Con el mismo tono tranquilo, retomó la historia.

—Como ya te dije, Alan y mi hermano eran muy amigos. Alan venía con frecuencia a casa, incluso se quedaba algunas noches a dormir. Eso era cuando eran unos críos, claro, tendrían catorce o quince; puede que dieciséis años. Luego llegó la época de salir por la noche y de conocer chicas. Era guapo, pero guapo de verdad, de los que podrían protagonizar una película y todas las niñas se fijarían en él. Alto, con ojos verdes, una nariz perfecta y una sonrisa… ¡Yo estaba enamorada de él! —Se llevó las manos al corazón para enfatizar el sentimiento—. Muchas veces, mis amigas venían a casa porque sabían que Alan estaba allí. Éramos más pequeñas que él, nos tenía embobadas y, consciente de ello, nos dedicaba alguna palabra amable que nos dejaba encandiladas.

»Así pasaron los años de la adolescencia. Después conoció a Clara. —Pronunció el nombre de la mujer con desprecio—. No se parecía en nada a él. Era estudiante de enfermería. Su familia tenía dinero, y ella era una niña bien. Le habían regalado un Golf, que era el sueño de cualquier veinteañero de la época, algo inalcanzable para los chicos del barrio. Vestía con ropa de marca, no como nosotros que, como decía mamá, "no serán Levis, pero están limpios y te quedan muy bien".

»Clara era altiva y antipática. No pintaba nada en nuestro mundo. Creo que Alan era tan guapo que debió de considerar que sería un buen complemento, igual que un bolso caro o unos zapatos. Él, por su parte, se enamoró perdidamente de su cultura, de su estatus, de su familia perfecta. Imagino que el mundo de Clara era tan inalcanzable para Alan que no fue capaz de ver más allá, de sospechar que ella no era una buena persona.

Sin poder evitarlo, me sentí identificada con él recordando alguna de mis relaciones.

Rosalenda hablaba ahora con fuerza, parecía que aquellos recuerdos continuaban doliéndole como lo hicieron en su momento.

—Cuando Alan anunció su boda, mi hermano llegó a casa echando pestes. Decía que Clara le trataba como un pelele y que le haría la vida imposible. Hacía tiempo que Alan había dejado de salir con la pandilla y, cuando lo hacía, era poco más que a escondidas de su novia, porque le había dejado muy claro que «esa gente» no le convenía.

—¿Y qué tengo yo que ver con todo eso?

Las palabras de Rosi habían conseguido interesarme y estaba deseando escuchar más de aquella historia. Estaba ansiosa porque llegara al punto de unión con el momento actual, ese en el que yo entraba en el juego.

—Ten un poco de paciencia —me rogó—. Enseguida lo sabrás.

Pasamos al lado de una chocolatería que despedía un olor delicioso; disponía de terraza con estufas exteriores. Rosalenda me preguntó si quería sentarme.

—Rosi, no quiero chocolate, quiero que esta conversación termine lo más pronto posible.

No se mostró ofendida por mi rechazo; en realidad, creo que lo esperaba.

—Lo entiendo. —Un profundo suspiro precedió a la narración—. Mi hermano no se equivocaba. Clara lo trataba mal, menospreciaba su falta de estudios, presumía de ganar más dinero que él. En cuanto ella terminó la carrera, empezó a trabajar en un centro médico, mientras él seguía con su puesto de auxiliar de mecánico. Sus burlas eran constantes. «Cariño, no hay duda de que estás sobrado de belleza; ahora, estilo, lo que se dice estilo, por ese barrio está claro que pasó de largo. Si no fuera por mí, te parecerías al "vaquilla", con ese pelo y esa ropa». Lindezas por el estilo eran las que tenía que soportar y, por ende, todos sus amigos.

Hizo una gran pausa.

—Corina, ahora viene la parte más delicada. —Aminoró el paso, buscaba las palabras adecuadas para continuar su relato—. Como te dije, voy a ir al grano.

—Pues cualquiera lo diría, porque llevas un buen rato contándome un culebrón. Así que suéltalo ya —espeté con grosería.

—Lo siento, cielo, era necesario ponerte en contexto para que te resultase más fácil entenderlo —se disculpó—. El centro médico en el que Clara trabajaba era el mismo en el que también lo hacía tu madre como auxiliar de enfermería. Ellas se conocían, y también le presentó a tu padre. Clara era una competidora nata y una ganadora. Acumulaba triunfos de todo tipo: las mejores notas, los modelitos más exclusivos, las vacaciones más caras y los hombres más guapos, que, si además estaban casados, suponían un reto extra.

Rosalenda se paró en mitad de la calle. Por primera vez me miró a los ojos y sostuvo la mirada con agallas. A continuación dejó caer la bomba.

—Corina: Clara y tu padre tuvieron una aventura.

Me reí con desprecio.

—Hay que ser muy valiente o muy estúpida para quedar con alguien a quien consideraba una amiga y soltarle algo así. No te rompo la cara porque me dejarías la mano llena de pintura. ¿Quién te crees que eres? —Estaba enfurecida, realmente quería pegar a aquella mujer que no había sentido pudor al soltarme a la cara la más absurda de las ideas—. ¿No piensas parar? ¿Cómo te atreves a hablar de mis padres, a decir que él le puso los cuernos a mi madre? Te he hablado de mi padre, de cómo me educó, del amor que me daba. ¡Él adoraba a mi madre! Cuando mamá falleció, casi se muere de pena, solo tenía palabras de amor para ella, la tenía en un pedestal. Mi padre jamás estaría con otra mujer…

Mientras la increpaba, había deslizado la mano dentro del bolsillo de su abrigo y la sacaba con algo cogido entre los dedos, un papel.

La mano extendida de Rosalenda mostraba una foto en la que mi padre besaba en la boca a otra mujer. Se veía claramente que era él. Reconocía su pelo, el reloj de la muñeca, incluso recordaba aquel jersey de rayas, un Privata blanco y azul que le regalamos una Navidad.

—Eso…, eso es un montaje —tartamudeé aferrándome a la primera respuesta que me vino a la cabeza—. Papá no haría eso a mamá, no me lo haría a mí. —Le defendí y, sin querer, empecé a llorar con rabia.

—Ven, sentémonos en ese banco. —Sacó un paquete de pañuelos de papel y me limpió la cara como lo haría una madre—. Corina, estoy aquí para ayudarte. Te prometo que es lo que quiero, ayudaros a ti y a Alan.

Esa mujer que odiaba me abrazó y yo dejé que me rodeara con sus brazos.

Lloré hasta agotar mis lágrimas, y ella no me soltó ni un solo segundo. Recogía mi dolor y trataba de transformarlo en calma, en

entendimiento.

Con la paz que se produce tras soltar a gritos, a llantos, a golpes la desesperación, la miré a los ojos y Rosalenda volvió a ser Rosi.

—¿Ahora podemos hablar? —me preguntó sin soltar mi mano.

—Sí, Rosi, ahora podemos hablar.

Capítulo 8



Premonición

La resaca de malas noticias es infinitamente peor que la de tequila. Es más pesada, pastosa y, desde luego, tarda muchísimo más en desaparecer.

Madrugué, procurando centrar toda la atención en prepararme para ir a mi primer día de trabajo.

Me había fijado en que tanto Candela como Jaime llevaban un pantalón y una camiseta de la empresa, así que supuse que me darían un uniforme al llegar. No obstante, decidí que mi atuendo sería informal, acorde al tipo de mercancía que se vendía en el comercio. Escogí unos pantalones negros, de esos que tienen bolsillos por todas partes, y una camiseta verde de algodón.

Procuré disimular con maquillaje el sueño que reflejaba mi cara, utilicé antiojeras e iluminador como si fuera a pintar a una manada de osos panda.

El aire fresco de la mañana me ayudó a despejar la cabeza. Tenía tantas cosas que no comprendía metidas allí dentro que, por

momentos, parecía que iba estallar. ¡Boom! Mil pedazos de pensamientos esparcidos por toda la ciudad. Pero no, todo quedaba guardado, registrado y protegido, repartido entre el hipocampo, el neocórtex y la amígdala.

Mientras caminaba, rebuscaba entre mis recuerdos recientes, quería evocar algún momento que alejase de mí aquella vorágine de locura que me envolvía. Jaime y Álvaro acudieron al rescate, poco podría imaginar el papel tan importante que ambos jugarían en mi vida en pocas semanas.

Jaime sonrió cuando me vio llegar.

—Buenos días. ¿Vienes con ganas de empezar? —preguntó risueño.

—Con muchas ganas. —«Con infinitas ganas» hubiera sido más correcto, porque ansiaba ocupar la mente con algo que no fuera Rosi y su asquerosa fotografía, o Alan, el fantasma enamorado, o las cartas o las llamadas o las pesadillas o… Demasiados «o».

—Perfecto. Es un trabajo fácil si eres agradable con la gente y tú lo eres. —Me guiñó un ojo y, con un gesto de la cabeza, me avisó de que se acercaba Candela.

—Buenos días, Corina. —Su bienvenida fue más fría que la de mi compañero—. En el almacén te he dejado el uniforme. Puedes cambiarte allí si quieres, o en los probadores. Espero que sea de tu talla.

Continuó de largo, dedicada a los múltiples quehaceres de la rutina diaria.

—Candela parece seca al principio —me explicó Jaime, fijándose en la expresión que tenía dibujada en el rostro tras su saludo—, y razones no le faltan. Por la tienda han pasado muchas chicas y está un poco cansada de que la dejen tirada a los cuatro días, así que se muestra distante. Si le das tiempo, verás que es muy simpática.

Fui al almacén y me puse el uniforme. Me quedaba como un guante, me favorecía.

Jaime se encargó de explicarme en qué consistía el trabajo.

—Lo principal es atender al cliente con una sonrisa. Queremos que se sienta a gusto, porque vender un producto está bien, sin embargo, conseguir un cliente fijo es nuestro objetivo. Tú, empleando esa voz tan dulce y luciendo esa preciosa melena rizada, ya tienes ganado al cliente. —Enroscó un dedo en uno de mis tirabuzones y dijo con admiración—: ¡Qué pelazo!

Tras indicarme cómo estaba colocada la mercancía en el almacén, darme una clave para poder cobrar en la caja y algún que otro pormenor, atendí a mi primera clienta. Era una chica más o menos de mi edad, que quería unos gatos de escalada. Jaime estaba pendiente de mí y se acercó para ayudarme.

—Corina empieza hoy a trabajar, eres su primera clienta —anunció haciendo que me sintiera bastante incómoda—. Corina, ella es Sonia y creo que viene a comprar aquí desde que se abrió la tienda. Puede enseñarte mejor que yo dónde está todo. —Ambos se rieron.

Sonia tomó la palabra.

—Dejemos que Corina haga su trabajo y me enseñe unos pies de gato con suela rígida, talón reforzado y tiras cruzadas. No te asustes —me susurró con complicidad—, yo te diré cuáles son.

La mañana transcurrió rápidamente. Como había pronosticado Jaime, el trabajo resultaba grato, aunque más complicado de lo que parecía *a priori:* había demasiados deportes diferentes con complementos específicos que desconocía por completo. Atender a tantos detalles y retener toda la información requería de toda mi atención, y eso era exactamente lo que necesitaba.

Me ofrecí a quedarme por la tarde, no por hacer méritos, sino por tener ocupadas unas horas más. Para mi decepción, no lo consideraron necesario.

Al llegar a casa, fui directa al cajón en el que había guardado la foto que me había dado Rosalenda la tarde anterior. La saqué y volví a mirarla. Escudriñaba cada detalle de la imagen, buscando algún indicio que advirtiera que había sido manipulada, pero, por más que la examiné, no encontré nada. Era una sencilla foto de dos personas besándose, una pareja cualquiera, dos enamorados sin más, con la única salvedad de que el hombre era mi padre y la mujer no era mi madre.

Me corroía la duda de quién habría tomado la foto y con qué intención, porque los amantes adúlteros no son muy dados a sacarse retratos en los que se les vea cometer su infidelidad.

Después de enseñármela, Rosi me explicó que la encontró una tarde ojeando viejas fotos. Al principio, no supo quiénes eran y no le dio importancia, entonces fue cuando llegaron las visiones.

Cuando iba al instituto, me divertía con mis amigas mirando los horóscopos, jugando con las cartas a adivinar el futuro o leyendo la palma de la mano con la guía de una revista juvenil. Nada más eran eso, juegos.

Desconozco si hay algo de cierto en las visiones de las pitonisas, en la brujería o en la magia. Lo único que sé es que últimamente recibo cartas y llamadas extrañas, y dudo mucho que en el más allá dispongan de servicio postal o de compañías de telefonía. Así se lo hice saber la pasada tarde a Rosi, quien me rebatió la idea con argumentos que no me convencieron.

—Poco importa qué creamos o qué no. Las bacterias también son invisibles y, en cambio, no pones en duda su existencia. En el siglo XVII, un científico fue motivo de mofa cuando afirmó que existían

animales diminutos flotando en el agua. Seguro que, dentro de unos años, será la propia ciencia la que dará explicación a todos los fenómenos que hoy llamamos «paranormales», y la gente se asombrará de que nos pareciese brujería.

—No tiene nada que ver. El ojo humano no puede ver los microorganismos, para ello inventó el microscopio. No hay ningún microscopio que nos muestre a los fantasmas —razoné.

—Discrepo. Existen máquinas capaces de captar cosas que no percibe el ser humano. Por ejemplo, se pueden registrar sicofonías en una grabadora. Hay multitud de archivos en los que se aprecian sonidos o voces que el oído humano no percibe sin la ayuda de una máquina adecuada. Por internet te puedes comprar una máquina, la Spirit Box. No tiene un nombre muy original, la verdad, pero recoge ondas que nuestro oído no es capaz de escuchar. Los espíritus y los humanos podemos compartir un mismo espacio y no ser conscientes de ello, porque emitimos en frecuencias distintas y eso nos impide vernos u oírnos. La cámara Kirlian es otro ejemplo de un aparato que puede captar imágenes de un plano astral.

—Como dices, da igual lo que nosotras creamos. Lo que sí es cierto es que hay alguien atormentándome, y ahora llegas tú con esa foto. ¿Me estás diciendo que mi padre era un adúltero que se acostaba con la mujer de un muerto? ¿De verdad quieres que digiera algo así? —escupí las palabras con desprecio.

—Corina, no puedo ni imaginar por lo que estás pasando. Yo estoy aquí para ayudarte, nada más. Desde niña he tenido visiones premonitorias y, por desgracia, la mayoría son escenas que quisiera no haber visto. No sé por qué las personas que tenemos este don vemos siempre desgracias: nos adelantamos a las catástrofes naturales, a accidentes de tráfico o aéreos, a muertes violentas… Bueno, sí lo sé. —Recapacitó—. El amor es la energía más potente

que hay. Cuando se produce una desgracia y muere una persona, su partida casi siempre rompe el corazón a alguien. Un corazón roto por la pérdida de un ser querido es una fuente de energía tan poderosa que es capaz de liberar, de forma muy violenta, su fuerza y se percibe con más facilidad que cualquier otra.

Había tristeza en sus palabras, y necesidad, por mi parte, de creer en algo, de aferrarme a cualquier persona que me brindara ayuda, así que permití que Rosi continuase hablando.

—No juzgo lo que sucedió entre Clara y tu padre. Siento enormemente haberte enseñado esa foto, de veras. No obstante, has de admitir que, si no llega a ser por ella, no me habrías escuchado. Necesitabas algo tangible para creerme, y yo te lo di, y ahora lo lamento —musitó con voz temblorosa. Sus ojos llorosos confirmaban el arrepentimiento que transmitían sus palabras.

Se mantuvo cabizbaja, como yo también lo estaba. Por primera vez contemplaba la posibilidad de que su historia fuera cierta.

Ver a papá con aquella mujer en una fotografía fue horrible, pero ese papel amarillento era lo único que me vinculaba a Alan, de una forma retorcida, desde luego, pero real. Llevaba semanas con la sensación de tener alucinaciones o algún tipo de esquizofrenia que me llevaba a ver y oír cosas ficticias. Esa foto la podía sujetar con las manos, era algo material, igual que el libro, que la rosa, que las notas. Demasiadas cosas palpables para ser una historia de fantasmas.

Rosalenda retomó la conversación.

—Desde hace unas dos semanas tengo visiones, imágenes borrosas. Veo a Alan envuelto en una niebla que no me permite saber qué hay a su alrededor. Tiene mal aspecto, está ojeroso y pálido. Extiende sus brazos hacia mí y me suplica: «Rosi, encuéntrala. Necesito su ayuda». —Cogió mi mano entre las suyas y,

sin apenas voz, añadió—: Hace dos días te vi. Corina, eras tú, sin ninguna duda. Te apareciste con la misma claridad con la que te estoy contemplando ahora. Estabas detrás de Alan, a lo lejos.

Un respingo recorrió toda mi columna. Ella apretó mi mano con fuerza, tratando de reconfortarme.

Continuó hablando.

—Ayer, Alan regresó. Llevaba consigo esa foto —señaló con la mirada el pequeño cartoncito que sostenía en mi mano libre—, y tú estabas con él. Un teléfono sonó, lo cogiste, y tu cara cambió por completo. A través de la línea oíste a un hombre que decía: «Corina, soy papá, no me olvides».

Nuevamente, mi cuerpo se estremeció al oír aquellas palabras, las mismas que escuché la noche pasada. Lloré sin reprimirme, sin apartar la mirada de Rosi, sin pudor.

—Sigue, por favor —acerté a pedir.

Con infinita dulzura continuó.

—Te derrumbaste en el suelo, y Alan se agachó para consolarte, pero, aunque estaba a tu lado, no podías verle. Entonces me miró fijamente y gritó: «Tienes que ayudarla. Su nombre es Corina. ¡Búscala!».

Un silencio necesario nos dio el respiro que ambas necesitábamos. Rosalenda soltó mi mano y sacó un pañuelo de papel del bolsillo de su abrigo.

—Anda, niña, limpia esa cara, que pareces un payaso de Halloween con todo el maquillaje corrido. —Me reí sin ganas, pero agradecida—. El resto de la historia la conoces. Busqué la foto en mi caja. Me di cuenta, al verla, de que todo había comenzado el día que la encontré. Era la misma que me había enseñado Alan. A continuación te busqué. La opción más rápida para localizarte me

pareció que sería poner en internet tu nombre. Como todos, estabas en la red, no podía esperar a verte en la biblioteca.

—Y ahora tú estás aquí. —Acaricié la mejilla de ese rostro regordete que tan desagradable me resultara unas horas antes—. ¿Qué vamos a hacer? No sé qué puede querer Alan de mí, no tengo ni idea de cómo puedo ayudarle. Recibí un paquete con cosas suyas: sus alianzas de boda, un cromo, una muñeca y el diario de Clara. ¿Sabías que ella pensaba que Alan le era infiel? Esa mujer estaba pasando por un… —de mis labios se cayó la última palabra— infierno. —Acababa de darme cuenta de que la frase ya no tenía sentido. El diario era de él, al igual que los lamentos y el sufrimiento que describía—. Rosalenda…, el diario no era de Clara, era suyo. Lo tuve en mis manos y lo tiré. Di por hecho que él era el infiel, y ella la pobre mujercita abandonada que tenía que cuidar de sus hijos. Qué necia. ¡Mierda de estereotipos!

Capítulo 9



Con sabor a fresa

Álvaro había llegado cuarenta y cinco minutos antes que yo al parque y había comenzado su entrenamiento.

—Hola, Corina. ¡Qué guapa vienes! —exclamó nada más verme.

Pensé en lo acertada que había sido mi decisión de acudir al parque. Había estado debatiéndome todo el día entre la tristeza que me oprimía el corazón, la cólera por la infidelidad de papá, el miedo ante la posibilidad de que Alan fuera realmente un espíritu y las ganas de ver a Álvaro. Finalmente, me obligué a estrenar el conjunto que había comprado expresamente para ese día y salí a la calle.

—Gracias. —Sonreí complacida.

—Tengo preparado un entrenamiento muy divertido, te gustará —comenzó a hablar animoso—. Vamos a hacer carreras cortas, cambiando ritmos, distancias y pavimento. Verás cómo se pasa la hora sin que te enteres.

Su última frase no me gustó demasiado, porque yo quería enterarme de todo, sin perder un detalle. Llevaba dos días

esperando ese momento y no deseaba que pasara rápidamente, «sin enterarme».

Comenzamos el calentamiento como si fuésemos una alumna y su profesor. Álvaro se tomaba muy en serio el entrenamiento y me explicaba el porqué de cada movimiento, de los tiempos de reposo, de un millón de cosas que me costaba asimilar, porque, siendo sincera, toda la atención que había puesto durante los primeros minutos hacía rato que había desaparecido. En su lugar, fantaseaba con estar con él en otro sitio más cálido, más romántico. Nos veía a los dos corriendo por la orilla del mar, bañándonos en alguna playa de agua verde y arena blanca.

Mis ensoñaciones no tenían sentido, aunque tampoco estaba interesada en buscárselo, apenas le conocía; sin embargo, necesitaba tanto vivir momentos bonitos que me dejé llevar.

—¡Ahora! —gritó.

—¿Qué? —Salí de mis fantasías de un salto. Álvaro soltó una risotada.

—Ya me parecía que no estabas muy atenta. Nos quedan tres series y terminamos. Te decía que tenías que comenzar la carrera, pero si estás cansada y prefieres dejarlo, no hay problema.

—No, no, está bien. ¿Hasta dónde tengo que ir?

Volvió a estallar en carcajadas, me abrazó por la cintura y me susurró:

—Hasta donde quieras. Pero esta vez llévame contigo.

Entonces nos miramos, el mundo dejó de girar, las estrellas mantuvieron su luz fija, el todo y la nada se hicieron uno. No sé cómo expresar lo que pasó en esa décima de segundo. Sin saberlo, en esa minúscula fracción de tiempo, cambió el rumbo de mi vida, aunque tardaría varios meses en descubrirlo.

Nos besamos.

Nos besamos de una manera tan deliciosa que hasta sentí cómo una ola de mi playa paradisiaca nos salpicaba. Poco después descubrí que no había sido mi imaginación, sino otro corredor que pisó un charco y nos llenó de barro.

—Recluta Corina, es usted un peligro público —musitó mirándome a los ojos, apartándome el pelo de la cara y cumpliendo con todos los clichés adorables que requería la situación.

Me reí feliz.

—Tenía ganas de verte —declaró sin soltar mi cintura.

—Yo también. Eres un buen entrenador, además de barato. —Sin pretenderlo, me escudaba en la ironía para evitar lo que mi corazón pedía a gritos: vivir ese romance maravilloso, permitirme ser feliz.

—Mañana estaré por aquí a la misma hora —comentó mientras se agachaba a recoger su bolsa de deporte.

—¿Ya te vas? —balbuceé sin poder ocultar mi decepción.

—No, no —se apresuró a aclarar—. Es por si luego se me olvida decírtelo —bromeó. Nos encaminamos a la cafetería como si estuviera acordado de antemano.

—¿Sabes? Creo que sería una buena idea que nos diéramos los teléfonos —sugerí atrevida—. El mío es muy fácil, es casi capicúa —recité los números de memoria mientras él se apuraba a sacar su móvil para anotarlo—. Buenos reflejos, agente.

—Una oportunidad así no se puede desaprovechar. A ti te lo pondré más fácil. Te hago una llamada perdida.

El teléfono sonó sin sobresaltarme.

Continuamos caminando, atravesando el parque, que estaba iluminado por farolas de luz anaranjada. Tenía una considerable diversidad de árboles y arbustos. En primavera, además, contaba con una espléndida colección de flores que adornaban diferentes rincones, como si fueran muchachas victorianas con sus recargados

vestidos y peinados. Durante las estaciones frías era más sobrio; pese a ello, no menos hermoso. Esa noche lo encontraba especialmente bello.

—¿Te ha pasado alguna vez ver a alguien y sentir que os conocéis de toda la vida? —me preguntó enigmático—. Cuando te vi el otro día, tuve esa sensación. Por eso me dirigí a ti. No suelo ser tan abierto.

—Es una suerte que tuvieras esa impresión. ¿Crees en el destino? —Ignoro por qué le hice esa pregunta.

—¿El destino? ¿Entendido como la fuerza sobrenatural que nos conduce a algún sitio de manera irremediable? —Gesticulaba como si fuera un hechicero echando un conjuro.

—Bueno, no, más bien como una casualidad. —Simplifiqué el concepto.

—Creo en las casualidades, pero también creo en la química. Las personas nos atraemos o nos rechazamos, muchas veces, sin motivo aparente. Seguro que alguna vez te ha pasado lo contrario: conocer a alguien y sentirte a disgusto a su lado.

Con cierto remordimiento, pensé en Rosalenda.

—Ayer, sin ir más lejos. Estuve con una persona por la que sentí un rechazo absoluto, más que por ella, por las cosas que me contó. Pocas horas más tarde, me estaba abrazando y hablábamos de asuntos bastante personales.

—Qué intriga…

—Te lo contaría encantada, pero entonces te darías cuenta de que estoy completamente loca y no te volvería a ver. De manera que prefiero esperar un poco antes de dejar que descubras mis facetas más oscuras —contesté enigmática, aunque sin pretenderlo.

—Seguro que no es para tanto. Además, todos estamos un poco locos. Míranos, jugando a espías como si fuésemos a la escuela.

—En realidad, nuestro juego es más de seducción que de espías —respondí insinuante.

—Queda confirmado: señorita, es usted una amenaza para la salud pública. La Fundación Española del Corazón la tiene en una lista negra.

Entramos riéndonos en la cafetería, pedimos dos cafés y nos sentamos en la misma mesa que la vez anterior.

—¿Qué tal está tu gata? —Haciendo un ejercicio de memoria, añadió—: Mirinda, se llama así, ¿verdad? ¿O era Fanta?

—Mirinda —le confirmé—. Está entusiasmada. Desde ayer tiene la casa para ella sola durante unas horas todos los días. Empecé a trabajar en una tienda de deportes.

—¿Por eso vienes tan guapa? —acompañó el halago con un movimiento de manos señalándome de arriba abajo.

—Estoy de estreno. —Me sonrojé al confesarlo—. Mi compañero es un asesor de imagen estupendo. ¿Te das cuenta? Tengo entrenador personal, estilista…

—¡Eres una *influencer* total!

Solté una carcajada.

—Sí, total. —Sabía que no podía hacerlo, pero sentía la necesidad de compartir con él cosas de mi vida. Escogí las confesiones más asépticas que podía revelar—. La verdad es que estoy haciendo muchos cambios en mi vida.

—¿Ah, sí? ¿No será por haberte llamado aburrida el otro día? —preguntó chistoso.

—Álvaro, si supieras cómo es mi vida desde hace unas semanas, no la describirías como «aburrida». —Una vez más, parecía misteriosa sin quererlo.

—Cada vez me tienes más intrigado —declaró con una entonación seria.

—Como primicia, ya te conté que empecé a trabajar en una tienda —le recordé, intentando parecer despreocupada—. Nunca había trabajado de cara al público, siempre estuve sentada tras una mesa, enterrada en papeles.

—¿Y qué te parece el cambio?

—Acabo de empezar, pero lo he pasado bien.

—Eso es fundamental en un trabajo. Cuanto más lo disfrutes, mejores serán tus resultados. —Me dio la sensación de que debía de ser el gerente de alguna empresa privada por su forma de referirse al trabajo.

—¿Y tú, a qué te dedicas? —me interesé, en un intento por alejar la atención sobre mí y comprobar si estaba en lo cierto sobre mis especulaciones.

—No desviemos el tema. Hablar de ti es mucho más interesante —insistió—. Cuéntame, qué más cambios has introducido en tu vida. Ya tenemos deporte, trabajo…

—Estoy redecorando mi casa. Necesita una mano de pintura y algunas mejoras.

—No me digas que la vas a pintar tú —exclamó asombrado.

Asentí con orgullo.

—¡Esta chica vale para todo!

—Ya ves, soy un chollo —dije con sorna.

—Continúa, eres una caja de sorpresas —me animó.

El camarero se acercó a nosotros con los cafés y una bandeja de pinchos de tortilla. Ambos cogimos uno y nos lo comimos con gusto.

Las tazas de café tuvieron en algún tiempo un blanco brillante. Ahora, su porcelana casi sin esmalte dejaba al descubierto las muchas horas de servicio que habían dado. Lo mismo sucedía con el barniz de la mesa y con las desgastadas baldosas del suelo. El conjunto en sí era una especie de máquina del tiempo, capaz de

trasladarte al pasado, a una de esas cafeterías de barrio con azulejos y olor a fritanga en la que todo el mundo se conocía por el nombre. Por un instante pensé en mis padres. Ellos habrían estado en un bar parecido treinta años antes, cogidos de la mano y tonteando, exactamente igual que yo.

Bebí un trago de café, estaba delicioso.

—He conocido gente nueva. —Extendí una mano hacia él, señalándolo.

—Me incluyo entre ese grupo de honor —contestó haciendo una elegante inclinación de cabeza.

—Hacía tiempo que no conocía a personas de carne y hueso. Ya sabes, internet y este nuevo mundo hacen estragos en las relaciones personales.

—Cierto —confirmó, dando a entender que sabía de qué hablaba —. La comodidad del sofá y la seguridad del anonimato tienen su atractivo.

—Sí, lo tienen.

Ambos guardamos silencio.

—Me gustó que me besaras —le dije mientras revolvía, de manera innecesaria, el café con la cucharilla.

—Lo hubiera hecho el otro día —declaró, empleando una sugerente voz grave.

—También me hubiera gustado —admití mirándole a los ojos. Solté la cucharilla y acaricié su mejilla.

—Me tienes confundido. Por momentos pareces frágil; luego haces algún comentario o algún gesto —me cogió la mano y volvió a ponérsela en la cara— que denota seguridad. ¿Cómo eres en realidad, Corina?

—Supongo que como todos: a veces delicada, y a veces dura. Ya sabes, la «dualidad del ser».

Me cogió las manos y las besó con ternura sin dejar de mirarme a los ojos.

Descubrí que realmente deseaba estar con él, que quería formar parte de su mundo y salvarnos el uno al otro de los problemas que repartía la vida. Sentía la necesidad de demostrarme a mí misma que era digna de ser amada, de vivir mi propio cuento de hadas, de cerrar la novela de terror que protagonizaba y saltar a la estantería de las historias bonitas, de los romances, de los finales felices.

El calor de sus manos en las mías me transmitía serenidad y excitación a partes iguales. No quería que aquel momento terminase.

—Me encantaría saber en qué estás pensando.

Me sonrojé y él sonrió, dándome a entender que el rubor de mis mejillas le había dado una pista de cuáles eran mis pensamientos.

—Pensaba que me gusta estar contigo. —No añadí más, no era necesario.

La atractiva sonrisa de Álvaro se dulcificó; parecía un niño, un niño feliz al que le han hecho un regalo.

—Exactamente lo mismo que pensaba yo —manifestó con franqueza. Inconscientemente, retiré mis manos de las suyas y me froté los ojos.

—Pareces cansada.

—Lo estoy —asentí, dándome cuenta de que, de nuevo, mi subconsciente me había saboteado—. Últimamente no duermo las horas que debiera.

—¿Qué te preocupa?

—Como ya te dije, mi vida se ha puesto patas arriba. ¡Hay mil cosas que me preocupan! —respondí riéndome, con la intención de restarle importancia. Me pareció oportuno cambiar de tema—. Ahora sí deberíamos hablar de ti.

—Prefiero hablar de nosotros.

—¿Nosotros? ¿Ya hay un nosotros? —Empleé un tono coqueto; al menos, así me lo pareció, pero lo que conseguí fue que Álvaro se sintiera incómodo.

—Corina, pensé que… Perdona, me he precipitado. Es que me parece conocerte de toda la vida, no sé qué me ha pasado. —Se mostraba visiblemente avergonzado.

—No, no, perdóname tú. Me encanta que pienses en «nosotros» —me apresuré a decir—. Pero es que últimamente siento que he perdido el control de mi vida. Parece que todo es un desastre, y tú no encajas en ese desastre. ¡Eres todo lo contrario a un desastre! Me asusta la idea de aferrarme a ti y que desaparezcas. —Estaba a punto de llorar, notaba las lágrimas agolpándose en los ojos, me sentía tan frágil y tan expuesta que ansiaba huir de allí.

—Poniendo esa mirada, te pareces bastante al gato de Shrek —bromeó en un intento de eliminar la tensión que se había creado.

—¡Serás tonto! —Reí aliviada, había conseguido que me recompusiera.

—No sé qué te ha pasado. Si quieres contármelo, puedes hacerlo. Si está en mi mano, me gustaría ayudarte, y si no puedo, al menos quisiera servirte de desahogo. Uno de mis sueños era ser agente secreto, y por un par de días se ha cumplido. El otro sueño que tengo es ser un pañuelo lleno de mocos y lágrimas; puedes ayudarme a conseguirlo.

—Eres un tipo divertido. Un chico muy completo: deportista, guapo, simpático, tienes una conversación interesante y sabes a fresa.

Igual que un colegial, Álvaro enrojeció al oír el último comentario.

—Entonces, espero que te gusten las fresas.

—Con yogur, con nata, con azúcar, solas… ¡Me encantan las fresas!

Sin importarnos el lugar, nos volvimos a besar.

—Vamos a dar un paseo —propuso de pronto—. ¿Te apetece?

—Me apetece muchísimo.

Nos despedimos del camarero con una sonrisa y salimos del local. Al notar el frío de la noche, Álvaro me pasó la mano por los hombros y yo me apreté mimosa contra él.

Paseamos con tranquilidad, sin importarnos la hora ni la temperatura. *Carpe diem.*

Hablamos de lo mismo que hablan todas las parejas que se están enamorando: de lo bonita que es la luz de la luna, de lo maravilloso que sería estar en un lugar en el que no hubiera luz artificial para ver las estrellas en su plenitud, de la música que nos gusta y de nuestras películas preferidas. Hablamos, hablamos, y de vez en cuando nos volvíamos a besar y a mirarnos a los ojos. Yo sentía que aquella persona era exactamente lo que necesitaba, incluso más que el oxígeno que me entraba en los pulmones.

Sin que ninguno lo deseara, llegó la hora de la despedida. Me acompañó al coche y, antes de irme, nos dimos un último e interminable beso.

—Estoy deseando que llegue mañana para verte de nuevo —susurró en mi oído.

De manera fugaz pensé en invitarle a subir al coche y llevarle a mi casa, pero no, las historias como la nuestra deben ir despacio para saborear el antes, el durante y el después de cada instante.

Capítulo 10



Los ojos verdes de Alan

—Tengo algo que contarte —cuchicheó Jaime cuando nos vimos por la mañana—. Adivina quién me ha invitado a cenar esta noche.

—¡Tu barbitas culturista!

—Sí —contestó eufórico—. Y sin ponerme transparencias ni mallas ajustadas —añadió con picardía.

—Pues yo también tengo una supernoticia. ¿Adivina a quién besaron anoche a la luz de la luna?

—Hasta yo te habría besado con lo bien que te queda ese conjunto. Lo llevabas, ¿no?

—Por supuesto —afirmé poniendo cara de mujer fatal.

Un cliente nos pidió que le enseñásemos unas camisetas térmicas, lo que interrumpió nuestras confesiones.

Tres personas habían entrado en mi vida en los últimos meses: Jaime, Rosi y Álvaro. Y, en los tres casos, la relación que se había establecido era asombrosamente cercana. El universo supo escuchar mis necesidades y me envió un amigo con el que compartir confidencias, una madre postiza y un hombre del que enamorarme.

Al salir del trabajo, llamé a Rosi.

—Hola, bonita —saludó cariñosa—. Esperaba tu llamada. ¿Cómo estás?

—Asimilando nuestra conversación.

—¿Qué te parece si vienes a verme esta tarde? Seguro que tienes mil preguntas rondándote la cabeza.

—Sí, sí, me encantaría —asentí con franqueza.

—Tengo dos clientas después de comer. A partir de las cinco, ya estaré libre. Te envío la ubicación de mi casa.

Malcomí un sándwich vegetal y, a sabiendas que no me daría tiempo a volver a casa para cambiarme, metí la ropa de deporte en una mochila.

Rosalenda vivía en un barrio que mezclaba construcciones viejas con pisos nuevos de protección oficial. El suyo era un diminuto apartamento de un edificio de los años sesenta. El portal olía a humedad, no tenía ascensor y había varios desconchones en las paredes. En cambio, su casa transmitía unas sensaciones muy agradables gracias al aroma de las esencias que Rosi tenía en la entrada, a la calidez de los colores de la decoración y al uso de las velas aromáticas, de forma excesiva, eso sí, como todo lo que rodeaba a aquella mujer. Aun con la sobredosis de aromas, colores y adornos era acogedora.

—Mi querida niña, bienvenida.

—Rosi, no me asustes —bromeé—, pareces la bruja de Hansel y Gretel.

—Pues no te pongas a temblar cuando saque la bandeja de galletas que he preparado. Prometo que no son para engordarte y comerte después —replicó con gracia.

Pasamos a una salita con una alfombra que ocupaba prácticamente toda la habitación. Decorando las paredes, encima de un pequeño sofá, colgaban unos tapices de llamativos colores y

formas geométricas. El centro de la estancia lo ocupaba una mesa camilla, igual que la de cualquier película en la que aparece una vidente. Los mazos de cartas, las velas y diversas estampitas colocadas sobre la misma no dejaban lugar a la imaginación: aquella habitación era la destinada a echar las cartas, hacer conjuros o lo que fuera que hiciese Rosalenda.

Mi cara de asombro no le pasó inadvertida.

—¿No es lo que te imaginabas?

—Sinceramente, pensé que todo este atrezo era cosa del cine. ¿Qué haces? ¿Echas las cartas? ¿Lees la bola de cristal? —Curioseé, ignorante por completo sobre su profesión. En las muchas charlas que habíamos mantenido sobre temas esotéricos, nunca me contó lo que hacía realmente. Sabía que echaba las cartas, pero pensé que era más una afición que un trabajo.

Se sentó en una raída butaca, a la par que me invitaba a acomodarme en el sofá que tenía al lado.

—Baraja española y tarot. También leo las líneas de la mano, deshago el mal de ojo y, sobre todo, escucho a la gente —expuso para mi asombro—. La mayoría de las personas que llegan a mí quieren oír algo muy concreto y tratan de llevarme hasta su respuesta. Infinidad de veces, las cartas me están diciendo una cosa y mi cliente busca excusas, da rodeos y justifica lo injustificable para que yo le diga, ni más ni menos, lo que quiere oír.

—¿Y lo haces? ¿Les dices lo que desean o lo que te dicen las cartas? —quise saber, aunque quizá resulté un poco impertinente.

—Hay gente que no está preparada para oír la verdad. En esos casos, le aconsejo que vuelva otro día. A veces pongo como pretexto un dolor de cabeza que no me deja concentrarme; en otras ocasiones, les digo que el futuro no está preparado para ser revelado a todo el mundo. Así que escucho, consuelo y me muerdo

la lengua, pensando lo fácil que sería que mandara al carajo al sinvergüenza de turno, aprendiera a decir no o, simplemente, saliera a buscar trabajo en lugar de quedarse en casa lamentándose.

—Si ves algo malo, ¿lo dices también? —Mi curiosidad no tenía fin.

—Es necesario, si no, su angustia se anclaría en mí, me quedaría dentro —declaró llevándose las manos al pecho, como si quisiera interponer un escudo protector entre aquellas supuestas energías y su corazón—. No puedo cargar con el dolor de mis clientes, estaría enferma siempre.

—Y también hablas con los muertos —observé tímidamente.

—Como ya te comenté, he tenido algunas premoniciones. Hace tres años hubo un accidente de tráfico terrible justo en esta calle. —Señaló la ventana que tenía a su derecha—. Un conductor borracho perdió el control del coche y chocó con un autobús escolar. Murieron cinco niños, y hubo muchos heridos. Yo lo había visto cuatro días antes. Hace dos navidades, también tuve una premonición en la que tres obreros morían en una obra de rehabilitación que se estaba llevando a cabo en el barrio. Tres días más tarde, el andamio en el que estaban subidos se rompió, tres hombres cayeron desde una altura de cuatro pisos, cuatro en total murieron en el acto, y otro, camino del hospital. Estas son las más recientes, pero he tenido otras. De niña, también tenía presentimientos, aunque no eran tan intensos: la muerte de una mascota, de algún anciano del barrio, pequeños accidentes domésticos… Fue un tiempo más tarde cuando me di cuenta de que eran anuncios de algo que iba a suceder.

—¿Siempre son a través de sueños?

—¿Sueños? —Parecía extrañada—. No, nunca. Estoy despierta. Después de tener esas visiones, me quedo vacía, se llevan toda mi energía. Lo peor de todo es que no puedo hacer nada para evitarlo,

solo puedo esperar que haya sido un error; es una sensación descorazonadora.

—¿Y todas las premoniciones que has tenido son tan…?

—¿… Tan dramáticas? —completó—. Sí. Como ya te expliqué, el dolor es un canal muy potente. Partiendo de la base de que el tiempo es flexible, simplemente veo cosas que, en realidad, ya han ocurrido. Ese es uno de los motivos por los que no puedo impedir que sucedan. El ejemplo del tren y el coche es bastante gráfico y te ayudará a entenderlo. Si vas en tren a cien kilómetros por hora y un coche conduce en paralelo a tu ventana a la misma velocidad, parece que está parado. ¿A qué velocidad va el coche, a cero kilómetros por hora, que es lo que tú percibes, o a cien, como marca el cuentakilómetros? El día a día es igual. Seguro que has vivido horas que te han parecido minutos, y minutos que te han parecido días. Sustituye «kilómetros» por «minutos». Todos viajamos en el mismo tren, y, en cambio, vemos cosas distintas desde nuestras ventanillas.

—Jamás pensé que las brujas estudiabais a Einstein —contesté fascinada por su explicación.

Rosalenda soltó una escandalosa risotada.

—Ven, voy a enseñarte algo.

La seguí hasta su habitación. En la pared se exhibía una orla con el título de licenciada en Psicología, lo que me demostró lo atrevida que es la ignorancia y lo fácil que es equivocarse con las personas.

—Como ves, las brujas, como tú dices, también tuvimos que hincar los codos durante nuestra juventud.

—Perdona, no paro de hacerte preguntas, y no demasiado inteligentes —me disculpé—. Es que me tienes desconcertada.

—Pregunta, pregunta. No hay preguntas tontas, sino tontos que no preguntan. Además, haces que me sienta como una famosa en

una interviú —expresó con aire socarrón.

—¿Cómo decidiste dejar tu carrera y dedicarte a esto? —Inmediatamente, me di cuenta de mi torpeza y traté de enmendar la pregunta—. No me malinterpretes, no lo digo de forma despectiva, solo estoy intrigada.

No pude evitar mirar alrededor. Su casa, aunque acogedora, evidentemente tenía grandes deficiencias, y el barrio era bastante pobre.

—¿Crees que merecía tener un gabinete importante en el que ganara mucho dinero? —Era evidente que se había percatado de mi indiscreción.

—No es eso, Rosi, es que resulta difícil entender que alguien que se ha esforzado en sacar una carrera viva de echar las cartas a cuatro marujas.

—Cielo, tú eres licenciada en Económicas y vendes calcetines para jugar al tenis.

—*Touchée.*

—Y ahora, sin prejuicios, si quieres, te cuento cómo comencé a «echar las cartas a marujas».

Regresamos a la singular salita y tomé asiento de nuevo. Rosalenda dio unos pasos más en dirección a la cocina para buscar las anunciadas galletas y una taza de té. Regresó con una bandeja que desprendía un delicioso aroma a vainilla y mantequilla. Con cuidado para no derramar el té, la posó sobre una mesita supletoria y me pasó una taza humeante.

—¿Azúcar? —Negué con la cabeza—. Así tienes ese cuerpecito; yo, como mínimo, dos cucharadas. En fin. —Suspiró con resignación, basculando una más que generosa cantidad de azúcar en su té—. Como te podrás imaginar —comenzó—, mi carrera como tarotista no surgió de la noche a la mañana. Es cierto que siempre me atrajeron

las ciencias ocultas, lo sobrenatural, la parapsicología… Recuerda nuestras conversaciones. Aunque resulte paradójico, creo que todas las personas con inquietudes científicas nos sentimos atraídas por estos temas. Unas tratan de demostrar que no existen, y otras procuramos adentrarnos en ellos para constatar lo contrario. He leído mucho sobre diferentes modos de adivinación: runas, numerología, *I ching*, distintos tipos de cartas, oráculos… Podría seguir durante horas.

»Recuerdo que mi primera baraja de tarot vino de regalo con una revista de moda. Jugaba con mis amigas, casi todas lo hicimos, ¿verdad? —Asentí con empatía—. Me di cuenta de que me resultaba fácil entender el significado de cada carta y las variables que tenía según las que la acompañaban o la posición en la que estaban dentro de la baraja. Realmente, las cartas me hablaban y, simplemente mirando a la persona, podía "saber cosas". Tanto mis amigas como yo estábamos asombradas porque los pronósticos se cumplían, y, poco a poco, se fue corriendo la voz. Cuando quise darme cuenta, tenía las tardes ocupadas con gente que conocía a otra gente a la que le había echado las cartas. Gané mucho dinero —hizo una pequeña pausa y se confirmó a sí misma— y pude ganar mucho más. Un día, mi conciencia hizo una especie de "clic" y me frenó.

—No te entiendo. Dices que acertabas, no las estabas timando.

—No, no, desde luego que no —me confirmó—. Al menos, nunca lo pretendí. Por naturaleza, soy una persona intuitiva, observadora, y seguro que mis estudios de psicología y un máster en sociología —apostilló— me ayudaron a conocer un poco a las personas que acudían a mí. Pero no te puedes imaginar la cantidad de gente que se engancha a esto. Hay personas que pierden el criterio y, para elegir cualquier nimiedad de su día a día, piden una consulta.

Necesitan que les digas qué camino tomar, y eso no es la videncia, porque el futuro, como diría Einstein —me guiñó un ojo—, ya es pasado. Aun así, cuenta con tantas variables que siempre se puede modificar. Tenía clientes que venían dos veces por semana, sin trabajo, pasando verdaderas necesidades. Estaban tan enganchados a las cartas como lo puede estar un ludópata al juego o un drogadicto a la heroína.

—Rosi, tú no tenías la culpa… —observé, tratando de comprender.

—Sí y no. Muchas veces no les cobraba, por lástima. Daba igual, porque sabía que esas cinco mil pesetas (hace muchos años de eso, todavía no se había impuesto el euro) —matizó— irían a parar al bolsillo de otra tarotista. Una de mis clientas habituales era madre de dos niños. Por aquel entonces, tendrían cuatro y seis años. Recuerdo una mañana en la que me llamó y me suplicó que le diera una cita urgentemente. No hacía ni una semana que le había hecho una lectura. Estaba convencida de que su marido le era infiel. Esa misma mañana vino a mi casa y volví a repetirle lo mismo que le había dicho unos días antes. Me pagó otras cinco mil pesetas, bueno, tres mil, porque le hice una rebaja, y se fue. Por la tarde, salí a dar un paseo y la vi junto a sus hijos revolviendo en unas bolsas de basura. Me quedé sin palabras. Estuve un rato observándola de lejos. De una bolsa sacó los restos de un bocadillo que algún otro niño no se había terminado y se lo ofreció a su hijo mayor. El niño partió el bocadillo mordisqueado por la mitad y lo compartió con su hermano. En menos de una semana se gastó ocho mil pesetas en mi consulta ¡y no tenía para dar de comer a sus hijos! Ese fue el detonante para cambiar el modo de enfocar mi trabajo. Conclusión: empecé a ser muy selecta con mis clientes y ahora gano el dinero que necesito para vivir desahogadamente, sin grandes lujos —

extendió las manos mostrando su modesto apartamento—, pero con la conciencia muy tranquila.

—Es una historia horrible. —Me quedé pensativa unos instantes—. Rosi, entonces, ¿afirmas que se puede adivinar el futuro?

—Pues claro, cielo. Cualquiera puede adivinarlo, solo hay que observar un poco. Mira, te voy a hacer una demostración, sin cartas ni nada. Has venido con una mochila de deporte, pero estás maquillada; puedo deducir que, al salir de aquí, irás a hacer ejercicio y que algún chico te interesa lo suficiente como para preferir tener los poros cerrados al sudar que ir desarreglada. Desde luego, puedo adivinar que hay algo que te preocupa, si no, no vendrías a la consulta de una tarotista. Y, por el número de galletas que llevas comidas, también puedo profetizar que hoy no cenarás.

—Rosalenda —posé mi sexta galleta, ya mordisqueada, en el plato con cierta vergüenza—, no me refiero a ese futuro, hablo del futuro de verdad, de lo que va a suceder dentro de un año, por ejemplo.

—Lo sé, lo sé —confesó divertida, mientras me ofrecía de nuevo el plato con las sabrosísimas galletas a la vez que sonreía—. Eso es más complicado, Corina. Tras estudiar, leer y escuchar a infinidad de personas entendidas en el tema, sigue siendo un misterio sin resolver. Yo conozco mi realidad. Sé que hay personas que me transmiten sensaciones, incluso imágenes de cosas que o bien han sucedido o van a suceder. Después de tantos años ejercitando esta técnica, me resulta cada vez más fácil hacerlo. Las cartas, la mesa redonda, como bien dijiste antes, es atrezo, más bien un apoyo. Mi verdad es que, al coger la mano de la gente y mirarla a los ojos, puedo ver cosas. Hay veces que son figuras abstractas, colores, incluso sonidos. En cambio, en otras ocasiones veo claramente una secuencia de imágenes.

—Debe resultar agotador meterse en la mente de otras personas —reflexioné, tratando de ponerme en su piel.

—Lo es, por eso no siempre lo hago. La mayoría de las veces, les cuento lo de la bolsa de deporte, deducciones lógicas que les dejan satisfechos. Otras veces, me apoyo en las cartas, eso no me desgasta. En cambio, hay ocasiones en las que veo tanta necesidad de verdad que me dejo la piel en tratar de ayudarles, en intentar viajar con ellos en su vagón y mirar por todas las ventanillas que pueda. Ya te dije que no todo el mundo está preparado para saber su futuro; en realidad, muy pocos lo necesitan.

—¿Y la comunicación con espíritus? —retomé el tema por el que había ido a verla.

—Eso es tan nuevo para mí como para ti. Cuando lo mencionaste antes, te respondí que había tenido premoniciones, no que hablara con los muertos. No lo hago, al menos, no hasta Alan. —Realmente, parecía tan sorprendida como yo ante aquella nueva faceta.

—¿Teníais una relación muy cercana? —traté de averiguar.

—Ya te dije que era el amigo de mi hermano. A mí me trataba con cariño, para él era la pequeña Rosi, no una amiga. Venía a casa con mucha frecuencia. Se encerraban en la habitación de Leo, y yo entraba de vez en cuando mendigando un poco de atención. No sé si tienes hermanos. —Negué con la cabeza—. Pues los hermanos mayores no hacen mucho caso a las hermanas pequeñas. En cambio, el mío casi no iba a su casa. El hogar de Alan no era un lugar agradable. Siempre pensé que se avergonzaba de su familia, de cómo estaba su casa, sucia, mal atendida y, sobre todo, de los números que montaba el padre si llegaba bebido o había perdido mucho dinero jugando.

—¿Has hablado con tu hermano de todo esto?

—No le he contado nada. Mi hermano no se encuentra demasiado bien. Leo padece alzhéimer, cada vez recuerda menos cosas. Por eso, le llevo fotos antiguas, para tratar de mantener alguno de sus recuerdos. Así descubrí la foto de Clara y de tu padre.

—Creí que Alan te la había enseñado y la habías buscado en tu caja —respondí con suspicacia.

—Bueno, esa fue una versión reducida de los hechos. Está resultando muy doloroso ver cómo Leo se pierde más y más, y no me agrada hablar de su deterioro. —Rosi me transmitía la angustia que sentía al hablar de su hermano enfermo. Hizo un silencio—. No puedo decirle que su amigo del alma ha regresado de entre los muertos para… No sé para qué. ¿Para qué ha regresado, Corina? ¿Qué quiere Alan de ti?

—¿A mí me lo preguntas? —respondí desconcertada—. La única conexión que existe entre nosotros es que su mujer era la amante de mi padre. —Lo solté con rabia, como si, al pronunciarlo, pudiera hacerle daño a mi padre. Quería castigarle por ello, pero lo único que conseguía era abrir mi herida, la de nadie más.

—Tengo aquí la caja de fotos. En muchas sale Alan. ¿Te gustaría verlas? Quizá te sirvan para algo…

Vacilé unos segundos. Ponerle cara a un fantasma era convertirlo en alguien real. Aunque, ¿qué podía ser más real que estar allí sentada con Rosalenda, recibir llamadas y cartas? Vuelta a lo absurdo de mi vida.

—Sí —musité no sin temor.

Sacó una caja metálica, de las de galletas María antiguas, del cajón del mueble que teníamos al lado. Imagino que ya contaba con enseñármelas y las tenía preparadas.

Me pasó una fotografía en la que se veía a un chico sentado en el capó de un coche, sonriendo. Tal y como lo había descrito la otra

tarde, Alan era un hombre espectacular: alto, guapo, con unos ojos verdes preciosos y una sonrisa capaz de hacer que las fotos cobraran vida.

Rosalenda hablaba sin parar, me contaba detalles de cada foto y se reía de manera estridente recordando anécdotas.

Empecé a encontrarme desorientada, confundida. Aquellas fotos, aquel hombre, aquella sonrisa… Imágenes y sonidos se mezclaban en mi cabeza.

—¿De qué era el té que me has dado? Me encuentro mareada.

—Relájate, cariño —me recomendó con voz zalamera—. Seguro que no has dormido lo suficiente estos días, aquí estás a salvo de todo, descansa.

Desperté aturdida en una cama que no era la mía. Traté de incorporarme, pero, al hacerlo, sentí una punzada tan intensa en la sien que desistí.

Enseguida apareció Rosi.

—Ya te has despertado. ¿Qué tal te encuentras?

—Estoy fatal, me duele muchísimo la cabeza. No recuerdo nada, ¿qué me ha pasado?

—Te pusiste muy pálida. Fui a la cocina a buscarte un vaso de agua, y cuando regresé, estabas dormida.

—¿Y me trajiste hasta la cama tú sola?

—Cariño, eres un peso pluma, y yo estoy fuerte como un toro, no me costó trabajo.

Intenté levantarme nuevamente, resultó inútil.

—Descansa. Es demasiado tarde para que te vayas a tu casa, puedes quedarte aquí esta noche. Yo cuidaré de ti.

—Álvaro. Habíamos quedado —balbuceé con los ojos cerrados.

—Álvaro lo entenderá. Tómate esta pastilla para esa migraña, te encontrarás mejor por la mañana.

Tomé la pastilla y bebí un sorbo de agua del vaso que me ofrecía. Me dejé caer con cuidado sobre la almohada y ella me arropó. El dolor de cabeza remitió a los pocos minutos.

Me encontraba a gusto. El calor de las mantas, la tranquilidad del silencio y una ligera fragancia a lavanda me embaucaron para dejar que mi mente reposara sin preocupaciones, sin miedos.

—Descansa, Corina —acerté a oír antes de quedar profundamente dormida.

Una mano, segura y fuerte, me cogió por la cintura. Giré el cuello esperando ver a Álvaro; en su lugar, unos ojos verdes se clavaron en los míos. Con la otra mano me acarició la mejilla de manera tan dulce y sensual que todo mi cuerpo se estremeció.

—Sígueme —ronroneó en mi oído. Al sentir su aliento, noté cómo una ola de deseo se apoderaba de mí.

Cogidos de la mano, nos adentramos en un hayedo de árboles centenarios con abrigos de musgo que cubrían parte de los troncos. Una senda, cubierta de hojas secas, nos invitaba a pasear mientras admirábamos aquella belleza natural y serena. La sutil brisa que soplaba acariciaba mi piel con delicadeza; el aroma de la tierra húmeda y de la hierba fresca liberaba esencias que se introducían en mí con descaro. Y el sonido del agua fresca, proveniente de algún arroyo cercano, junto al crujir de las hojas bajo nuestros pies nos acompañaba de forma discreta.

Se detuvo. Me miró a los ojos y me hizo una promesa.

—Corina, te ofrezco la eternidad. Podrás reencontrarte con tu padre, volverás a ver a tu madre. Puedo estrecharte entre mis brazos y dejar que se detenga el tiempo. Juntos llevaremos el mundo de los sentidos a su estado más sublime. Estamos en el paraíso y, a tu lado, no necesito nada más. Estoy preparado para

abandonar la tierra si tú decides abandonarla conmigo, juntos, para siempre.

Me besó como si nadie me hubiera besado antes, igual que si mi boca conservara su virginidad. La primera vez, la magia de la primera vez.

A las seis de la mañana me desperté desorientada. De nuevo, Rosalenda entró en la habitación.

—¿Qué tal estás?

—Mucho mejor, pero he de irme a casa. Tengo que cambiarme de ropa para ir al trabajo. —Me senté al borde de la cama—. Tenemos que hablar de lo que ha sucedido esta noche.

—Permíteme que te dé un consejo: déjate llevar, el camino siempre será más fácil si no te empeñas en poner trabas.

Capítulo 11



Te ofrezco el paraíso

En mi móvil había tres llamadas y un mensaje bajo el mismo número, el de Álvaro.

> Siento que no nos hayamos visto hoy, te eché de menos. Espero que todo vaya bien. Hasta el viernes de la próxima semana no vuelvo a tener una tarde libre. Llámame.

Mi cabeza se debatía entre la sonrisa de Alan y la realidad de Álvaro. Sentía el beso que Alan me había dado con la misma intensidad que el de Álvaro, y ansiaba que llegara la noche para volver a soñar con él del mismo modo que anhelaba ver a Álvaro y pasear cogidos de la mano.

Pero Alan no existía.

De camino al trabajo pensé en llamar a Rosi, necesitaba que me explicara lo que sucedió el día anterior. ¿Me dio algún brebaje que hizo que perdiera el conocimiento, que originara esos sueños?,

¿estimuló mi subconsciente hasta el punto de que Alan cobrara vida y viviéramos aquella escena idílica?

—Uy, morenita, qué mala cara tienes hoy. ¿No fue bien la cita de ayer con tu *runner*?

—Jaime, ayer no hubo cita. Fui a casa de una amiga y me quedé a dormir allí.

—Ay, nena, no sabía que le dieras a la carne y al pescado.

—¡Jaime! No le doy a nada. Casi soy vegetariana.

—*Uyuyuy,* de qué malos pelos nos hemos levantado. Bueno, pues muérete de envidia con lo que tengo que contarte. Mi cena con el barbitas terminó con postre, otro postre y otro más, a cuál más rico.

—Jaime, eres, eres…

Era simpático, alegre, descarado, pícaro, desvergonzado, no fui capaz de encontrar la palabra para definir todos esos adjetivos a la vez.

La mañana transcurrió entretenida. Nos despedimos, prometiendo buscar el momento de quedar para continuar con los detalles más morbosos de su historia.

—Hasta el lunes, rompecorazones.

Le lancé un beso desde la puerta y me despedí de Candela saludando con la mano. Creo que aprobaba nuestra relación, porque, lejos de afectar al trabajo, convertía la tienda en un lugar relajado, divertido y agradable, incluso algún cliente se lo había hecho saber.

Un mensaje hizo vibrar mi móvil en el bolsillo del abrigo. Otra vez el teléfono de Álvaro.

No pude evitar hacer una captura de pantalla y enviársela a Jaime.



No tardó en contestar con un montón de emoticonos graciosos. Respondí con caritas sonrientes y un corazón.

El móvil vibró de nuevo.

Jaime: Aún no lo has añadido a tu agenda. ¡¡Eres una desalmada!!

Corina: Tienes razón… Es que no sé qué nombre ponerle, ¿qué me sugieres?

Jaime: Uy, se me ocurren muchos. Pensándolo bien, la mayoría te metería en un compromiso si tu chico los leyese.

Me reí intuyendo la clase de nombre que me propondría.

Corina: ¿Qué te parece Álvaro?

Jaime: Soso, aburrido, literal y predecible.

Corina: Razones, todas ellas, de peso para ponérselo.

Nos despedimos con varios emoticonos de besos y, a continuación, añadí el teléfono de Álvaro a mi agenda con un nombre tan previsible como el suyo propio.

La tarde se presentaba aburrida, y no solo la tarde, el fin de semana al completo. Tenía muchas ganas de ver a Álvaro, y su mensaje había acrecentado ese deseo. Le llamaría por la noche.

A quien no me apetecía demasiado ver era a Rosalenda. Debía hacerlo, necesitaba una explicación sobre lo que había sucedido en su casa, pero no era necesario que fuera ese día. Todavía debía procesar un millón de cosas.

Determiné que lo mejor era quedarme en casa y avanzar con mi proyecto de renovación del salón. La actividad física me vendría bien.

A las seis de la tarde, ya me había cansado de tirar trastos y mover muebles de un lado a otro. Mirinda, en cambio, estaba disfrutando como si la hubiera llevado a un parque de atracciones. Cada mueble que movía era motivo de olisqueo, acecho y conquista, no había dejado un cajón en el que meterse, ni un altillo al que subir.

Encendí el ordenador y me fui directa a Grandesamigos.com, quería informar a Magiazul de las últimas novedades.

Colonia dice: *Necesito hablar contigo, Magiazul. Es importante.*

Tenía que explicarle que, en este par de días sin conectarme, mi vida había dado un giro inesperado: había encontrado trabajo, un chico y, sobre todo, a Rosalenda, que se había cruzado en mi camino para explicarme tantas cosas…

En menos de diez minutos, mi amiga internauta estaba conectada.

Magiazul dice: *Hola, Colonia. Me tenías preocupada. ¿Qué tal va todo?*

Colonia dice: *Tengo tanto que contarte que no sé por dónde empezar.*

Magiazul dice: *¿Qué tal de menor a mayor importancia? Me gusta dejar para el final lo más sabroso.*

Colonia dice: *Bien. Pues comienzo. Empecé a trabajar de dependienta en una tienda de deportes, nada que ver con mis anteriores trabajos.*

Magiazul dice: *¿En un centro comercial?*

Colonia dice: *No. Es una tienda de barrio: Deportes Candela. Nada que ver con esos comercios gigantes.*

Magiazul dice: *Me alegro. Yo trabajé hace años en uno y no sé cómo sobreviví: continuamente con luz artificial, gente y más gente. Salía todos los días de mal humor y agotada.*

Colonia dice: *De momento, parece un sitio muy agradable para trabajar. Además, tengo un compañero que es un amor, simpático, divertido…*

Magiazul dice: *Uy, se huele un romance en el ambiente.*

Colonia dice: *Se huele, se huele, pero no con él. Jaime está embobado con un «cachas» de su gimnasio, no soy su tipo para nada… Al menos, hasta que no me deje crecer la barba y algún que otro atributo masculino, ja, ja, ja.*

Magiazul dice: *Ja, ja, ja. Bueno, casos más extraños se han visto. Te recuerdo que hace una semana pensabas que te acosaba un muerto.*

Colonia dice: *Aún no he llegado a esa parte, ese es el postre.*

Magiazul dice: *No me puedo creer que esa historia continúe. Sigue contándome.*

Colonia dice: *He conocido a un chico.*

Magiazul dice: *Dime, por favor, que es de carne y hueso.*

Colonia dice: *Lo es, lo es. Una carne muy apretadita y unos huesos muy fuertes. ¡Santo culo tiene el muchacho!*

Magiazul dice: *Espera, que te sale la vena literata de Sirena y tenemos relato tórrido.*

Colonia dice: *No, no, yo soy una buena chica: comedida y muy obediente. El último día que hablé contigo me «echaste la bronca» por no tener vida social, ¿lo recuerdas? Pues, con las mismas, me puse unos playeros y fui al parque a correr a la pista finlandesa.*

Magiazul dice: *Alguna notificación me saltó en el móvil, es verdad. Bueno, ponía los registros de tu carrera, no hablaba nada de culos fantásticos.*

Colonia dice: *Tampoco me extrañaría, con el control que tienen las apps sobre nosotros, no sabía que se publicaban los datos hasta que no me llegaron los* likes.

Magiazul dice: *Me alegra que hayas encontrado a alguien y, sobre todo, que salgas de casa y te despegues del ordenador. Eres una vieja de los gatos prematura.*

Colonia dice: *¡Un respeto a Mirinda!*

Magiazul dice: *Seguro que las cosas raras que te estaban pasando ya han desaparecido.*

Colonia dice: *Ahí te equivocas. «Las cosas raras» siguen su rumbo. Además, no te imaginas a qué velocidad. Prepárate para lo que vas a leer. Se puso en contacto conmigo una mujer, Rosalenda. Que resulta que era mi amiga Rosi, del club de lectura. Creo que te hablé de ella alguna vez. Se dedica a echar las cartas, pero es una persona tremendamente culta e inteligente. Conocía a Alan, era íntimo amigo de su hermano. Ella me confesó algo…, algo que no sé*

si quiero contarte, ni a ti ni a nadie, porque, en el momento que lo diga en voz alta, ya está, será una realidad.

Magiazul dice: *Haz lo que te pida el cuerpo. Ten en cuenta que las realidades no las forjan las palabras, sino los hechos.*

Colonia dice: *Me enseñó una foto en la que la mujer de Alan y mi padre se estaban besando. Mi padre engañaba a mi madre.*

Magiazul dice: *¿Por qué sabes que esa mujer era la esposa de Alan? ¿No pudo ser una novia anterior a tu madre? ¿O una foto tomada desde un ángulo que dé lugar a error?*

Colonia dice: *Es difícil de explicar, pero no hay lugar a duda. Por lo visto, mi padre y esa lagarta vivieron un romance.*

Magiazul dice: *¿Te has puesto en contacto con ella?*

Colonia dice: *Ni se me había pasado por la cabeza. Tampoco sabría qué decirle: «Hola, señora. Usted engañó a su esposo hace años, y ahora su marido muerto me lo viene a contar».*

Magiazul dice: *A mí me lo estás contando tal cual. Pero sí, sería raro.*

Colonia dice: *Tenían dos hijos. A ellos me resultará más fácil encontrarlos, todos estamos en la red, no puede ser tan complicado. ¿Qué te parece si los busco?*

Magiazul dice: *Ten cuidado. No hay ninguna base sólida para lo que te está pasando, y no creo que ninguna familia de este país reciba con los brazos abiertos a una mujer que les llegue con esa historia. Otra cosa…, no me cuadra nada la historia de esa pitonisa. Te conoce desde hace meses y ahora te cuenta esta película, no tiene ningún sentido.*

Colonia dice: *Lo sé, eso mismo pensé yo. Incluso la acusé de seguirme para hacerse mi amiga. Nunca le hablé de Alan, solo lo sabes tú. Te va a sonar tan descabellada la historia que contó que mejor me lo callo.*

Magiazul dice: *No, cuéntamelo. Creo que hacemos un buen equipo: tú te crees todo lo que te cuentan, y yo lo desmantelo.*

Colonia dice: *Pues me dijo que tuvo una visión de Alan en la que salía yo también y le pedía que me ayudara.*

Magiazul dice: *¡Por Dios! Colonia, ¿y tú te tragas eso? ¿Que tu padre fue infiel a tu madre y que eres la salvadora de un muerto? ¿Has vuelto a tener noticias de ella?*

Colonia dice: *He dormido en su casa esta noche.*

Magiazul dice: *Sin palabras, estoy sin palabras. Siento dejarte, entro ahora a trabajar. Cuídate mucho y limítate a hacer cosas normales, por favor: mirar el culo a los tíos, correr por el parque y tener amigos gais. Punto. Cuando salga del trabajo, me sigues contando. ¡No puedo con la intriga!*

De nuevo, Magiazul me había hecho dudar. Dudas razonables. ¡Más que razonables! Había creído sin más a Rosalenda. Pero ¿qué interés podría tener en engañarme? Ni ella ni nadie. ¿Qué había hecho yo para que me quisieran mentir de ese modo?

Saqué el teléfono y me debatí entre llamar a Álvaro o a Rosalenda. Ganó Álvaro.

Hablamos unos veinte minutos que supusieron un auténtico bálsamo para mí. Coqueteé con él hasta la saciedad, escuché sus halagos y continuamos con nuestro jueguecito de espías que cada vez se iba poniendo más picante.

Anhelaba verle, abrazarle, besarle, mirarle a la cara y encontrarme unos preciosos ojos marrones, reales.

Colgué el teléfono y me fui con Mirinda a la habitación. El salón era un batiburrillo de trastos y muebles con muy poco atractivo.

—¿Me echaste de menos esta noche, rubiales? Pues, lejos de lo que puedas pensar, no estuve de fiesta. Me quedé dormida en casa

de una señora bastante rara.

Me tumbé en la cama y Mirinda se acomodó encima de mí. No tardamos en quedarnos dormidas.

Mi amante platónico regresó esa noche.

Una brisa ligera soplaba, despeinándome la melena; unos mechones de pelo me cubrieron la cara y una mano galante los apartó.

—Deseaba verte —declararon unos labios perfectos—. Acompáñame.

Alan me cogió de la mano y me guio a través de un camino empedrado que conducía a una plaza solitaria. Bancos de madera y forja bordeaban la plazoleta, y una espléndida fuente reinaba en el centro. El agua brotaba serena, incansable, ajena a la visita que recibía.

Elegimos uno de los bancos y nos sentamos.

—Fíjate en aquella pareja que camina hacia nosotros.

Por una senda, diferente a la que habíamos recorrido, paseaba una pareja abrazada. Les observé con curiosidad. Se detuvieron unos metros antes de alcanzar la plaza para besarse. No fue un beso fogoso ni apasionado. Era un acto de amor, de confirmación.

—¿Ya has adivinado quiénes son?

La luz era escasa, y la distancia considerable; sin embargo, podía intuir que eran ellos, papá y mamá.

Quise levantarme y correr a su encuentro. Alan me retuvo.

—Esto es lo que te ofrezco. Mira a tu alrededor. —La noche era serena; el cielo, estrellado; el lugar, sacado de un cuento infantil, y mi corazón irradiaba felicidad—. Es la perfección. Tus padres son jóvenes, están sanos y se aman. Tú y yo estaríamos juntos para siempre. —En ese momento, me besó y volví a estremecerme como lo hiciera la noche anterior.

El sonido del teléfono me despertó. La reacción de mi cuerpo fue la misma de siempre: se me encogió el estómago al oírlo. Otra vez tenía que escuchar esa voz, de nuevo quedaría aterrada apoyada contra la pared. Encendí la luz y crucé el pasillo despacio. Igual que me sucedió con la caja de la rosa, no quería descolgar aquel auricular; sin embargo, me faltaba coraje para dejar de hacerlo.

Todo era recurrente.

Estaba delante de la mesita escuchando aquel horrible sonido. Por fin, me armé de valor y cogí el aparato.

—Déjame en paz, hijo de la grandísi…

Un hombre susurró con sensualidad.

—Te ofrezco la eternidad.

Arranqué el cable de la pared, ya no volvería a sonar.

Regresé a mi cuarto. La habitación olía a lavanda, mis labios notaban el sabor de otros labios…, y el teléfono repetía lo que Alan me prometía en sueños.

Esa noche no lloré.

Envié un mensaje a Rosalenda, sin importarme la hora.

Corina: Mañana quiero explicaciones.

El domingo por la mañana, un jovial mensaje de Rosi me sacaba de la cama.

Rosalenda: Hace un día precioso. ¡¡Salgamos a comer fuera!! Paso a buscarte a las doce.

Envié mi ubicación a modo de respuesta afirmativa.

Me pareció una idea fantástica. Cualquier cosa menos enfrentarme a los botes de pintura que, imperturbables, aguardaban en el salón para ser utilizados.

Tenía muchas dudas que únicamente podría resolverme ella. Pese a la desconfianza que le inspiraba a Magiazul, había sido la única

persona con la que podía hablar de Alan y no sentirme una tarada mental. Lo conocía, existió, fue una persona de carne y hueso, y había conseguido hacer una conexión conmigo a través de ella.

A las doce menos cuarto, Rosalenda llamaba al timbre.

—Sube, aún no estoy lista.

Se presentó con un mantecado que tenía una pinta fabulosa.

—Chica, a mí me encanta cocinar, y con este cuerpo que Dios me dio, no puedo comer nada de dulce. Así que, aprovechando que tú estás tan escuchimizada, con todo mi cariño, me recreo cocinando dulces para ti.

Cogí el manteado y la invité a pasar.

Llevé el bizcocho a la cocina, corté un pedacito y lo probé. Al igual que las galletas, estaba delicioso.

Desde el salón la oí decir.

—¡Santo cielo! Si lo llego a saber, hubiera venido mucho antes. Pintar esto juntas no nos llevará ni tres horas. —Viendo la cara que ponía al hacer su propuesta, me animó—. Venga, no seas perezosa, hasta lo pasaremos bien.

Accedí. Nos llevó todo el día poner la cinta de pintor, pintar, colocar los muebles, tirar cosas inútiles que iban apareciendo por los cajones… A mediodía paramos para comer algo.

—Gracias por ayudarme con esto. No se me ocurre mejor manera de estropear un domingo.

—A mí no me parece que esté resultando tan aburrido.

—No, la verdad es que entre las dos se hace de otra manera. —Respiré hondo antes de abordar el tema que me había llevado a quedar con ella—. Rosi, quisiera preguntarte: ¿qué pasó la otra noche? No es normal que me quedase dormida de esa manera, ni tampoco el sueño que tuve.

—No sé qué habrás soñado. Y no veo nada raro en que te quedases dormida. Hace tiempo que no estás acompañada. Imagino que tu cuerpo bajó todas las defensas; simplemente, se relajó y permitió que tuvieras un sueño reparador, por no hablar de la panzada de galletas que te metiste. Con el frío que hacía fuera, la barriga llena, calentita y protegida, ¡estabas en la guarida de mamá osa! —Me pellizcó la mejilla como si fuera una niña pequeña.

—Soñé con Alan. Me besaba.

—¿Y eso te extraña, niña? ¿Has visto alguna vez en tu vida un hombre más guapo? Estuvimos viendo fotos y hablando de lo maravilloso que era. Muy cansada tenías que estar para que en el sueño «únicamente» te besara. —Traviesa, me guiñó un ojo.

—Esta noche volví a soñar con él. —Por algún motivo, me guardé la llamada que había recibido.

—He traído más fotos. En alguna sale mi hermano, y en otras está con Clara. ¿Quieres verlas?

Ya había sacado de su bolso el sobre que las contenía y me las estaba mostrando, sin darme opción a decidir. Cogí el taco de fotos y empecé a pasarlas una a una.

Desde luego, la mirada de Alan era magnética, y su sonrisa conseguía dar vida al papel.

—Voy a preparar un té mientras las miras. No tardo nada.

Con la misma confianza que tendría una amiga de toda la vida, entró en mi cocina y se puso a trastear.

—Esta mujer me suena —declaré, mostrándole una de las fotos—. Podría jurar que la he visto en algún sitio.

—Es Clara, como te imaginarás. Puede que alguna vez tu padre y ella se encontraran estando tú presente.

—No imaginas cómo me repugna la idea, Rosalenda. ¿Sabes algo de sus hijos? Podríamos contactar con ellos.

—Los tengo completamente perdidos. Pero igual que te encontré a ti, si quieres, los encontraremos a ellos. El niño se llamaba Iván; la niña, Laura, y serán de tu edad.

—¿Cómo se apellida Alan?

—No lo recuerdo. Seguro que, si su nombre fuera más común, lo sabría. En todas las clases había un Pablo Fernández y Pablo Suárez, o Ana Rodríguez y Ana Álvarez. Alan era único; de hecho, no he conocido a nadie más que se llame así, de manera que su apellido no era necesario para diferenciarlo en el barrio.

—Seguimos sin saber qué quiere Alan de mí. Y los sueños que estoy teniendo con él no dan muchas pistas.

—¿Aparte de besaros, no te dice nada?

—Sí, me dice que el lugar en el que estamos es el paraíso, y que si accedo a quedarme con él, abandonará la Tierra. También me dice que puedo volver a ver a mis padres. De hecho, esta noche los vi. Se les veía tan enamorados…

—Me estás asustando, Corina —manifestó alarmada.

—¿Por qué? Quizá no sea tan mala idea. Total, aquí lo único que tengo es un trabajo de mierda…

—Con el que estás encantada y te lo pasas muy bien.

—Una casa que se cae a pedazos…

—¡Porque llevas años sin mirar por ella, y las cosas hay que cuidarlas!

—Mis amigos no son reales…

—¿Álvaro no es real? ¿Yo no soy real? Tu amiga con la que te fuiste a Grecia…, no recuerdo su nombre, ¿no es real? Corina, llevas mucho tiempo encerrada en una burbuja muy tóxica. Ahora estás comenzando a salir de ella y no puedes permitir que nadie te lo impida. Alan está muerto, y tus padres también. Mentiría si no te dijera que es completamente normal que tengas esos pensamientos.

Deseas volver a verlos. Quizá, por ese motivo, Alan sostenía que necesitabas ayuda. Quién sabe, a lo mejor es tu ángel de la guarda. —Dio un giro a la conversación, con la intención de cambiar mi estado de ánimo—. De momento, organicemos el desastre que tienes en casa, eso ayudará a que aclares tus ideas, es lo más básico del *feng shui.* En mi última mudanza, creo que aparecieron hasta herramientas de sílex. —Se rio a carcajadas y se levantó del sillón dispuesta a continuar con la tarea.

Rosalenda habló, habló y habló toda la tarde, hasta que mis oídos dejaron de escucharla. Me encontraba exhausta. Habíamos trabajado duro. La salita estaba pintada, con un resultado bastante aceptable, y los muebles ordenados. Quedaban algunos detalles que, debido a la diferencia de estilos, prefería dejar para cuando estuviera sola.

Cuando Rosalenda se fue, mi casa parecía otra, más fresca y alegre. Juntas habíamos conseguido quitar años y recuerdos a aquel salón.

Se había dejado las fotos encima de la mesa. Me senté en el sofá, con sus nuevos cojines de alegres colores, saqué las fotografías del sobre y volví a ojearlas.

En varias de ellas veía a Alan con un muchacho moreno, Leo, según me explicó Rosi. Eran unos críos y se estaban divirtiendo: saltaban desde una piedra a un río; mientras uno lavaba el coche, el otro le mojaba con la manguera; en otra, se veía a Leo trepar a un árbol y, entre risas, Alan le bajaba los pantalones. Retratos de momentos que no volverían, pero que existieron, y sus risas casi se hacían sonoras en el silencio de mi casa. Ahora, Leo estaba enfermo, la peor de las enfermedades, la que te roba lo único que te queda al final de la vida: los recuerdos; y Alan estaba muerto, sin obtener la tranquilidad de los que viven el sueño eterno.

Guardé las fotos en el sobre y las dejé sobre la mesa; se las devolvería a Rosalenda el próximo día que la viera. No quería tenerlas, y para ella eran recuerdos de un tiempo mejor, una época en la que su hermano estaba sano.

A pesar de su verborrea, continuaba sin saber nada de él. Ni cómo murió ni cuándo, ni siquiera dónde estaba enterrado. Tampoco sabía si Clara seguía con vida.

¿Cómo era posible que no supiera nada de sus hijos, qué habían estudiado, dónde vivían? La próxima vez que la viera, iría con una libreta y una lista con todas mis dudas. Sin respuestas no podía avanzar.

Los ojos se me cerraban, estaba tan cansada… La pintura que compré, tal y como me garantizó el vendedor, no dejaba nada de olor, pero el sopor que me estaba entrando me hizo dudar de que alguno de los químicos que contenía no me hubiera afectado.

Debería llamar a Álvaro. Bostecé. Mañana lo haría, sí, mañana sin falta.

Fui camino del baño con la intención de ducharme, lo pasé de largo y me tiré directamente en la cama. Cuando el cuerpo dice «basta», no hay quien lo frene.

Me despertó el frío de la mañana. Aproveché para desvestirme y meterme en la cama al calor de las mantas y seguí durmiendo un buen rato. Comenzaba mi turno de tarde, de manera que podría dormir durante la mañana, al menos hasta que Mirinda lo permitiera.

A las ocho en punto, persistente, mi adorada gatita exigió su desayuno. Me levanté a dárselo mientras le explicaba que volvería a la cama y cerraría la puerta para que no pudiera molestarme.

Una de las fotos de Rosalenda estaba tirada junto a la puerta de mi habitación. Era el retrato de una mujer.

El corazón comenzó a latirme con fuerza, dando una señal de alarma a todo mi organismo, que quería gritar, llorar, acabar con todo de una vez. No hice nada de eso; me quedé mirando la foto de manera hipnótica. Luego, me agaché y la cogí con cuidado, como si me fuera a quemar.

¿Cómo había llegado esa foto al pasillo? Quise buscar un motivo racional: una corriente de aire no había podido ser, todas las ventanas estaban cerradas; ¿habría sido Mirinda al jugar con ellas? Tampoco, el resto de las fotos permanecían guardadas en el sobre en el que las había traído Rosi.

Miré el retrato, obnubilada tanto por su hallazgo, en mitad del pasillo, como por los recuerdos que me evocaba.

Era ella, Clara, ayer la vi, y hoy conseguía recordarla.

¿Cómo es posible que la mente almacene y borre recuerdos a partes iguales?

Era la mujer que nos había sacado la foto en la plaza Mayor de Salamanca. Papá se sentó a su mesa y estuvo charlando con ella mientras yo jugaba con otros niños. Nada fuera de lo común: dos padres que hablan mientras sus hijos juegan. Estaba prácticamente segura de que Clara había ido a Salamanca.

¿Sería la causa por la que mamá se quedó en casa? ¿Habría descubierto el engaño? Rezaba para que no lo hubiera hecho, eso le habría roto el corazón.

Recogí la foto, la metí en el sobre junto a las demás y lo cerré con celo.

Mirinda insistió en su petición de desayunar, su rutina no entendía de fantasmas. Como un autómata, fui a la cocina.

Eché el pienso en el cuenco de mi gata y la acaricié mientras comía. Clara seguía en mi cabeza.

Capítulo 12



Nacho

Cuando vi el nombre del contacto que hacía sonar mi móvil, me embargó una ola de felicidad: Nacho. Me di cuenta de que era la persona que más necesitaba. Tenía que hablar con alguien que formara parte de mi pasado, que me recordara cómo eran las cosas antes de que todo se volviera una locura, de que viviera con muertos, de que descubriera la infidelidad de mi padre, de que recibiera llamadas del más allá y cartas amenazantes.

Había llegado por la mañana a Madrid. Quedamos a las nueve y media de la noche en la cafetería donde nos reuníamos siempre con Paloma, Nuria, Alfonso… La pandilla al completo.

Salí a las ocho del trabajo y fui con rapidez a casa, no tenía mucho tiempo. Sonó el teléfono de nuevo y pensé que me llamaba para anular la cita. Era Rosalenda.

—Lo siento, Rosi, tengo mucha prisa. He quedado con un amigo al que hace tiempo que no veo y aún tengo que vestirme.

—Niña, estás muy solicitada. ¡Ay —suspiró—, quién volviera a ser guapa y joven! ¿Dónde vais a ir? Conozco un asiático que es una auténtica maravilla.

—Quedamos en una cafetería del barrio, Luna Llena, era nuestro lugar de encuentro habitual. Después iremos a La Tortillería de Max. Pero envíame el nombre del restaurante, suena interesante.

—Ahora te lo envío. Pásalo bien. Besos.

Puse especial interés en vestirme y maquillarme. Pretendía que me viera guapa, que mi apariencia denotara que estaba bien, aunque fuera mentira. Iba a hablarle de Alan, el muerto acosador, y quería que mi aspecto desaliñado no le ayudara a preconcebir una idea equivocada de mi equilibrio mental.

Estaba nerviosa, como si acudiera a una primera cita. Tenía tanto por lo que disculparme, tanto que agradecerle y contarle que no creía que fuera a terminar de hablar nunca. Lo vi sentado a una mesa, tras la cristalera de la cafetería. No se entretenía mirando el móvil, no, me esperaba a la antigua usanza, pendiente de la ventana. Levanté la mano y le devolví la sonrisa que me dedicó. Se levantó y se dirigió a la puerta para recibirme.

No hubo «hola» ni «me alegro de verte» ni ningún otro saludo tipo. Nos fundimos en un abrazo que acortó lo que tenía que decirle a una décima parte, porque allí, en la cafetería de siempre, todo continuaba en el punto en el que habíamos quedado. Con Nacho siempre había un punto y seguido.

—He pedido una cerveza, ¿qué vas a tomar tú?

—Una cerveza está bien. —Ladeé la cabeza y le pedí al camarero que estaba en la barra que me pusiera una caña—. ¿Hace mucho que llegaste?

—Apenas cinco minutos.

Nos quedamos en silencio, mirándonos, sonriendo por volver a estar juntos. El camarero dejó la jarra en la mesa. Aparté la mirada de la suya y la dirigí a la espumeante bebida.

—No sé cómo empezar.

—Pues empieza desde ahora, olvida el pasado.

—No, no puedo hacer eso, Nacho, no te lo mereces. Debo pedirte perdón, tienes que saber cuánto siento las cosas que te dije, cómo te traté… —Intentó cortarme, no se lo permití y continué hablando —. No tienes ni idea de cuánto te necesito. Sé que suena raro. Hace mil años que no te llamo y ahora aparezco diciendo esto. Cuando vi tu nombre en la pantalla del teléfono, sentí que todo estaba bien, que no tenía que preocuparme por nada, que había una esperanza para mí.

Su mirada cambió, pasó de ser conciliadora a ponerse en modo alerta.

—¿Qué pasa? Sé cuánto me quieres, sé lo arrepentida que estás. Hablaremos de ello, seguro. Ahora dime, ¿qué te pasa?

Un buen trago de cerveza me ayudó a arrancar.

—Nacho, me estoy volviendo loca. —Bajé la mirada; resultaba menos incómodo mirar la mesa que sus ojos—. Desde hace unas semanas recibo cartas, libros, muñecas… Llamadas a las tantas de la madrugada. Son de una persona que se ha muerto, dice que se llama Alan y que necesita mi ayuda.

—Corina…

—Espera, no me interrumpas, por favor, deja que termine, porque cada cosa que te cuente te va a parecer aún más absurda que la anterior. Alan estaba casado, y su mujer y mi padre eran amantes. Yo soy algún tipo de conector entre el mundo de los muertos y este. Quiere que le ayude a pasar al otro lado, aunque últimamente he

soñado con él, y lo que me pide es que nos vayamos juntos a un paraíso idílico donde podré volver a ver a mi familia.

Empleé un tono mordaz, con la intención de reconocer el sinsentido que suponía lo que le estaba narrando. Continué.

—Al principio de esta historia, imaginaba que era una broma pesada de Sara, la hermana de mi ex. Ahora ya no sé qué pensar, Nacho. Mi vida está patas arriba. He conocido a una mujer. Ella es quien me ha contado lo de mi padre y su amante, incluso me ha enseñado fotos.

Nacho cogió mis manos y me miró fijamente a los ojos.

—Corina, hay veces en las que nos encontramos más débiles mentalmente, y entonces todo lo que consideramos malo: los remordimientos, los deseos reprimidos, las pulsiones, la ira, todo eso que está contenido nos origina un conflicto interno. Proyectamos nuestros miedos hasta el punto de hacerlos reales. —Hablaba con serenidad, procurando transmitirme sosiego—. Sin pretenderlo, somos como un imán para otras personas que se encuentran en situaciones similares o, peor aún, para gente que disfruta aprovechándose de las debilidades ajenas. Nos acercamos a ellas, de manera que la pelota va creciendo y creciendo. Nos enriquecemos con sus miserias, y ellos con las nuestras. Nos sentimos protegidos, comprendidos. En realidad, lo que estamos haciendo es retroalimentar esa ansiedad, llegando incluso a ver cosas donde no las hay. La baja autoestima, los sentimientos de culpa y el exceso de tiempo libre consiguen que nuestra mente sea capaz de proyectar cualquier tipo de miedo y lo llegue a materializar.

—Nacho, esa teoría no me vale. Las llamadas y las cartas existen. ¡De verdad que existen! Esa foto de mi padre besando a otra mujer es una realidad. —A estas alturas, ya no podía contener las lágrimas.

—Pues si existen, habrá que averiguar de dónde salen. Yo conocí a tu padre y a tu madre y, aunque éramos muy pequeños cuando tu madre murió, recuerdo la atmósfera que había en tu casa, bastante distinta a la que se vivía en la mía, donde mis padres se pasaban la vida echándose cosas en cara y discutiendo. Por eso, me encantaba ir a tu casa, formabais una familia que se quería, y mucho.

Aquella confesión me dejó helada, nunca me lo había contado, y yo no me había dado cuenta de nada. Echando la vista atrás, es cierto que Nacho insistía en quedar en mi casa en lugar de la suya. Otra vez yo, siempre yo; los demás eran meros actores en mi vida, personas que giraban en torno a mí.

Nacho hablaba con la sensatez que le caracterizaba, y tras un largo trago a la cerveza, continuó con un tono mucho más desenfadado.

—Quiero que me hables de cosas más alegres. Ahora no podemos solucionar nada, de manera que vamos a hablar de las cosas positivas que te hayan pasado, seguro que no todo son problemas y lágrimas. Por cierto, deja de llorar, porque el camarero está a punto de venir y darme un bandejazo.

Terminamos la cerveza y salimos del local. Me abrió la puerta y me cedió el paso, cruzó su brazo por mi hombro y me llevó abrazada. Agradecí el calor que me daba. La noche era fría de veras, casi estábamos a las puertas de diciembre y las heladas nocturnas eran frecuentes.

Fuimos a cenar a un pequeño establecimiento del barrio en el que hacían, desde tiempos inmemoriales, la mejor tortilla de patatas del mundo. La acompañamos con unos chatos de vino dulce, que entraban con más facilidad de la aconsejable, y nos reímos como si el mundo girase de derecha a izquierda y no como una bola loca, que era como se movía para mí.

Le hablé de Jaime, de las ocurrencias que tenía y de la relación que se había forjado entre nosotros en tan poco tiempo. No volví a mencionar a Rosalenda, ya había dado el tema por zanjado, y tampoco le hablé de Álvaro, sentía que era volver a las andadas quedar con él para contarle mis problemas e irme a la cama con otro. *Pagafantas* se había llamado a sí mismo en varias ocasiones.

—¿Cuánto tiempo vas a estar en Madrid?

—El viernes tengo el vuelo de regreso. Podrías venir a pasar unos días. Seguro que el clima y la tranquilidad de las islas te viene fenomenal.

—Te olvidas de que soy una mujer trabajadora. Y *cuatrocientoseurista.* —Me reí.

—Yo volveré pronto. Además, aún nos quedan tres días por delante para desenmascarar a tu fantasma y recolocar esa cabecita.

Estábamos felices por estar juntos de nuevo, y bastante achispados por el vino. Habíamos bebido una cantidad considerablemente imprudente.

Salimos del local cogidos de la mano, ambos necesitábamos el contacto físico, habían pasado demasiados meses sin vernos y demasiadas cosas en ese tiempo.

El mismo frío que sentimos al salir de la cafetería se hizo presente al abandonar el restaurante. Nacho soltó mi mano, me cogió por la cintura y me besó.

Respondí de forma inocente. Era el tercer chico que me besaba en una semana, dos reales y uno del más allá.

Últimamente estaba abonada a la santísima trinidad: tres amigos nuevos, tres besos nuevos, tres cartas de un muerto…

Nos miramos a los ojos y nos reímos. Habían transcurrido muchos años desde que nos conocíamos, coqueteando, jugando…, pero

nunca nos habíamos besado, jamás traspasamos esa línea, yo no lo permití.

Álvaro acudió a mi mente durante unos segundos y me sentí mal; me gustaba mucho y quería estar con él, no con Nacho.

¿Sería ese beso uno de los remordimientos de los que me había hablado antes, una pulsión reprimida?

A lo mejor la infidelidad era algo hereditario, quizá fuera un rasgo propio de los Poverí y yo no podía luchar contra ella, como tampoco pudo papá.

Los efectos del alcohol acudieron prestos a paliar mi sentimiento de culpa: había sido un beso, nada más.

Continuamos nuestro paseo sin prisa, recordando momentos divertidos.

Tomamos un par de copas, quizá alguna más, en un pub cercano. Bailamos y continuamos con aquel flirteo inofensivo el resto de la velada.

Disfrutando de la noche madrileña cargada de alcohol, alegre y llena hasta rebosar de buenos recuerdos…, nos dieron las cuatro de la madrugada.

Emprendimos el camino a casa, cansados, pero con pocas ganas de dar por finalizado aquel encuentro.

Cuando llegamos a mi portal, miró alrededor como si no se hubiera dado cuenta de dónde se encontraba.

—Cuánto tiempo hacía que no estaba en tu casa.

—Demasiado. ¿Te gustaría ver los cambios de los que te he hablado? —Jamás lo reconocería, pero en mi fuero interno sabía que aquella pregunta era, en realidad, una insinuación, una invitación abierta con una intención oculta.

Subimos sin hablar en el ascensor. Creo que ambos íbamos sopesando lo que sucedería al entrar en casa. La respuesta no se

hizo esperar.

Abrí la puerta y pasamos al salón. Estábamos uno frente al otro, mirándonos fijamente. Fue él quien tomó la iniciativa. El beso de la calle se convirtió en algo mucho menos inocente e infinitamente más deseable de lo que hubiera pensado.

Desatando toda el ansia contenida, nos acariciamos, besamos cada centímetro del cuerpo del otro, dejamos que el deseo que sentíamos se hiciera realidad sin pensar en las consecuencias, sin pensar en el mañana, sin pensar en Álvaro.

—¿Estás bien? —me preguntó al terminar, acariciándome dulcemente la cara—. Siento que, al final, después de tantos años, me he aprovechado de ti. Estás en un estado muy vulnerable. No debería haber sucedido, no puedo decirte que lo sienta, porque no es verdad. Sabes, igual que yo, que te deseaba desde el instituto.

—No ha sucedido nada que no quisiéramos los dos. Estoy bien. Contigo todo es fácil.

—Me gustaría quedarme a dormir. ¿Te parece bien?

—Me parece bien. Mis noches no suelen ser demasiado tranquilas últimamente. Si recibiese una de sus llamadas, comprobarías que no estoy loca.

—No creo que estés loca. Te repito lo mismo que te dije en la cafetería. El último año de tu vida ha sido un desastre, y el anterior fue aún peor, porque tuviste que luchar y sufrir la enfermedad de tu padre. Así que llevas dos años en los que un día normal para ti es recibir malas noticias, verte sola o tener recuerdos dolorosos. Es lógico que estés sensible.

Hablaba con ternura, acompañando sus palabras de caricias suaves y delicadas.

—Eso justificaría que tuviera pesadillas, que viera sombras, incluso que escuchase voces. Nacho, yo te hablo de cosas palpables.

Ni su lógica ni sus carantoñas me disuadieron para levantarme de la cama y llevarle las cartas y las fotos que había guardado.

—Mira, a esto me refiero. —Arrojé encima de la cama un puñado de fotos y notas—. Aquí no hay estado de ánimo que valga: esto es real, lo estás tocando, leyendo. Y qué lástima que el resto de las cosas las tirase a la basura.

—¿Qué cosas? —preguntó mientras ojeaba las fotos.

—Un libro que encontré en la biblioteca, con él empezó todo. Tenía una dedicatoria dirigida a mí. No me llamaba por mi nombre, sino como «Querida C», y me decía que estaba muerto y necesitaba mi ayuda. —Hablaba de manera atropellada, las palabras conseguían que mi discurso sonara incoherente y más alocado aún de lo que ya era de por sí—. Luego me llegó una caja de la forma más extraña que te puedas imaginar. Contenía un diario, del que apenas leí un par de páginas, unos anillos de boda y unos juguetes. Como te dije, creí que era una broma de Sara y lo tiré a un contenedor de basura. Ahora me arrepiento: pienso que tanto el libro como el diario tendrían información suficiente para averiguar quién anda detrás de esto.

—¿Y esta foto? ¿Cómo la pudieron conseguir? —Se refería a la imagen en la que papá y yo estábamos juntos.

—No lo sé, pero sí sé quién nos la sacó. Fue la mujer de Alan. Cuando Rosalenda me enseñó las fotos, pensé que ella era una cara conocida, y ayer recordé cómo papá se sentaba a la mesa de esa mujer después de que nos hiciera la foto. No sé si fue el día que se conocieron o ya estaban liados y fue una pantomima para estar juntos. Era muy pequeña, no tengo más recuerdos de ese día, no sé qué sucedió después.

—¿Cuántos años tenías, siete, ocho? Es imposible que recuerdes a una mujer que viste menos de un minuto. Tu mente te está jugando

una mala pasada.

No supe responder a eso. Podía tener razón. Dejé apartado ese pensamiento para cavilar sobre ello más tarde.

—Y esa Rosalenda —continuó—, que te conoce de veros un par de veces al mes en un club de lectura, te cuenta que tu padre había sido infiel a tu madre, a quienes nunca conoció… ¡Vamos, Corina, sé lógica!

—Ella conocía a Alan. Me habló de él, me contó cómo era, me enseñó fotos y me ha prometido ayudarme en todo lo que pueda.

A medida que hablaba, me daba cuenta de lo idiota que sonaba, así que lo mejor que podía hacer era callarme. Pecado de omisión. Pero Nacho, ya sea por un defecto o una virtud, no dejaba nunca un tema a medias. Como prueba, lo que acababa de suceder entre nosotros: era algo pendiente desde la adolescencia.

—Corina, ¿no te parece raro que aparezca de repente en escena una persona que, curiosamente, conoce al fantasma, tiene fotos en las que sale como un actor de cine y que a sus manos llegara una foto de tu padre con otra mujer?

—¿Y qué hago? ¿Me limito a decir «son tonterías, no puede ser verdad» y rompo cada carta que me llegue, cada flor mustia, cada mierda que me manden? —ladré con frustración.

—Chiss. No te alteres. —Me puso el dedo índice en los labios—. Estás mucho más guapa cuando ríes que cuando lloras. Corina, averiguaremos qué sucede, no lo dudes. Ahora mismo no podemos hacer nada, así que procura mantener la calma, cierra los ojos y descansa.

Posó las fotos en la mesita de noche, apagó la luz, me arropó y se abrazó a mí. Me susurró palabras bonitas, promesas imposibles, elaboró un mundo perfecto que cabía únicamente en aquella cama y en aquel momento.

—Esta es la noche más feliz de mi vida. Hoy no habrá fantasmas ni pesadillas. Solo quiero verte dormir. Respira tranquila, estaré velando tu sueño toda la noche. —Me atusaba el pelo con suavidad, eran tan agradable, tan relajante…

Nos quedamos dormidos, abrazados espalda con pecho, me sentía segura entre sus brazos. Mirinda se acurrucó a mi lado, creo que también ella se sentía protegida.

Capítulo 13



La oveja se comió al lobo

En cuanto entré por la puerta de la tienda, Jaime supo que tenía algo que contarle.

—Traes cara de cansada y de culpable. Una combinación delatora donde las haya.

—¿Cómo lo puedes saber?

—Uno, que tiene un currículum extenso en noches locas y días mustios. ¿Te apetece quedar a las ocho y charlar un rato?

—Miedo me da quedar contigo y acabar besándote también.

La risa de Jaime se oyó en toda la tienda y era tan fresca y sincera que un par de clientes empatizaron enseguida con nosotros, mirándonos y riéndose también, sin saber de qué iba el tema.

—Creo que sabré mantener tus manos alejadas de este cuerpazo —musitó mientras bajaba las manos por su cuerpo en plan diva de los años cuarenta.

—Anda, Rita Hayworth, vamos a trabajar un poco.

Me guiñó un ojo y comenzamos la jornada laboral.

Bendecía cada minuto que pasaba en la tienda, porque me ayudaba a tener la mente ocupada en otros asuntos, y eso era un verdadero alivio.

Por momentos, me venía a la cabeza alguno de los muchos frentes que tenía abiertos.

¿Cómo le explicaría a Álvaro lo que había sucedido con Nacho? ¿Cómo volvería a rechazar a Nacho diciéndole que, al igual que en mil ocasiones anteriores, había otro? ¿Y Alan? Soñaba con él, pensaba en él, anoche imaginé en más de una ocasión que era con él con quien hacía el amor. El hombre perfecto, guapo, tierno. Muerto.

Comenzaba a valorar la posibilidad de ir a un psicólogo o a un psiquiatra. A lo largo de la tarde, decidí que lo mejor sería un espiritista. Lo que necesitaba era hablar con Alan, y eso no me lo iba a dar ningún profesional de la medicina.

Aplacé mi cita con Jaime. No pareció muy decepcionado. Sabía que su rutina diaria era ir al gimnasio al cerrar la tienda, y tenía poderosas razones para no perderse ni una sesión, al menos, mientras su cachitas *hipster* rondara por la sala.

Me fui a casa, me apetecía hablar con Magiazul. A veces resultaba demasiado seca, cortante, aunque era comprensible: la historia que le iba contando a fascículos no era fácil de digerir.

Como si me hubiese leído el pensamiento, el móvil vibró en mi bolsillo; tenía una notificación suya.

Magiazul dice: *¿Cómo van las cosas? Me tienes abandonada.*

Guardé el teléfono y aceleré el paso. Quería hablar con ella con tranquilidad; además, hacía tanto frío que no atinaba a escribir bien

en el móvil, tenía los dedos medio congelados. Me acordé del cuento de la Reina de las Nieves y pensé que quizá se me estuviera helando el corazón, por eso me comportaba así con Nacho y Álvaro.

Llegué al portal y, como siempre hago al entrar, miré al buzón. Una pequeña esquina blanca de papel asomaba. El corazón empezó a latirme con fuerza. Caminé hacia él sin apartar la mirada de la minúscula esquina, de aquella maldita porción de papel que iba a conseguir que me diera una taquicardia. No me molesté en abrir la portezuela, simplemente tiré del papel que asomaba y enseguida pude comprobar que mi pulso se había acelerado con razón.

Un sobre pequeño, como los de las tarjetas de visita, tenía escrito «De Alan para Corina». Lo cogí con tanta fuerza que quedó encerrado en mi mano, hecho una bola dentro del puño. No esperé al ascensor, subí caminando, acelerando el paso escalón a escalón. Al llegar a mi rellano, resoplaba como un caballo de carreras. Abrí la puerta, me quité los zapatos y dejé la bola de papel encima de la mesa de la cocina. Tampoco hoy rompería mis rituales. Me cambié de ropa y, mientras, fui informando a Mirinda de que teníamos una nueva carta.

—Rubita, no sé cómo sería tu vida antes de que te atropellase con el coche. Empiezo a pensar que, por muy dura que fuera la calle, seguro que sería más tranquila que este follón en el que estamos metidas.

Mirinda ronroneaba subida a la cama, buscando mi mano para que la acariciase. La comparaba con un diminuto toro de lidia embistiendo contra mí, con la diferencia de que ella buscaba y recibía amor, y los pobres toros, dolor y humillación.

—Tenemos que abrir el sobre. Lo haremos juntas, así me resultará más fácil. —La cogí en brazos y entramos en la cocina—. Bien, pequeña, veamos qué nueva tortura me tienen preparada.

Saqué el papel del sobre, que venía sin cerrar. Procuré plancharlo con las manos, tratando de quitar las arrugas que se habían formado para facilitar la lectura de unas letras escritas a mano con tinta azul.

Solo puedo pensar en ti.

Te espero esta noche en nuestro lugar secreto. Te amo.
Alan

Unos, dos, tres… ¿Siete minutos, tal vez? No podría decir con exactitud el tiempo que tardé en reaccionar.

Y, de pronto, sin más, empecé a reír. Esa fue la respuesta fisiológica que mi cuerpo escogió para descargar la tensión, para reducir la ansiedad y el miedo. Autodefensa pura y dura. Resiliencia.

—Mirinda, ahora sí que la he liado de verdad. Tengo tres amantes. Ni Magiazul ni Rosalenda ni un psicólogo ni un médium… Esto tendría que hablarlo con Pili y su colección de novelas rosas.

Encendí el ordenador. Mientras se cargaba, hice una foto a la nota, la introduje en el sobrecito y la guardé junto con el resto de las cosas de Alan.

Colonia dice: *[Foto de la última nota de Alan].*

Magiazul dice: Wow, *sí que empiezas fuerte.* 😂 😂 😂 😂

Colonia dice: Wow, *no; mejor, auuuuuu. Estoy hecha una loba. Ay, Magiazul, si supieras en la de líos que me estoy metiendo últimamente.*

Magiazul dice: *Desde que dije que tu vida era aburrida, parece que le has dado un giro de 180 grados.*

Colonia dice: *Pues mejor lo daba de 360 y volvía a la tranquilidad de mi sofá.*

Magiazul dice: *Vamos a hacer una cosa: nos preparamos un café y, en 5 minutos, nos vemos en la pantalla. Creo que tu historia bien*

se merece un cafetito.

Me pareció una excelente idea. Puse agua a hervir para hacerme una infusión y di un poco de leche sin lactosa a Mirinda.

El teléfono vibró, tenía cinco mensajes sin leer. Dos de Álvaro, dos de Nacho y uno de Rosalenda.

Álvaro:
¿Qué tal tu día? El mío, intenso, ya sabes: los agentes secretos vivimos al límite, incluso un aburrido martes de noviembre.

No me había dado cuenta de que era el último martes del mes. Faltaba a la cita del club de lectura, seguro que mis adoradas mamis se preocuparían.

Álvaro: ¿Preparamos algo para el fin de semana? Podríamos hacer una escapada a Aranjuez, aún no he ido desde que estoy en Madrid.
Nacho:
Perdona que no te haya escrito ni llamado en todo el día. Cada vez que vengo a la Península por trabajo, tengo ocupado el tiempo casi minuto a minuto.
¿Podríamos vernos?
Aunque tenga los minutos ocupados, has estado presente durante todo el día en mis pensamientos. ¿Ya te pregunté si podríamos vernos?
Rosalenda:
Hola, niña. ¿Cómo has pasado el día? Te eché de menos en la biblioteca. Espero que estés disfrutando de tu nuevo saloncito; nos ha quedado precioso. Por cierto, cielo, no encuentro una sortija que llevaba con una esmeralda. Creo

que la dejé por tu casa. Si la encuentras, me avisas y quedamos, ¿te parece?

Respondí a Nacho el primero:

Corina: Me resulta imposible quedar hoy, lo siento. ¿Nos vemos mañana?

Al instante, llegó la respuesta:

Nacho: ¿No hay ninguna posibilidad? Tengo muchas ganas de verte.

Insistí:

Corina: Lo siento de veras; mañana buscamos un hueco. Besos.

Contundente, pero dulce.
Después fue el turno de Álvaro.

Corina: Las dependientas de ropa deportiva también vivimos al límite. Suena bien el plan de Aranjuez. Vamos hablando.

Dejando la puerta abierta…

Rosalenda y su anillo, que sí había aparecido en una estantería del mueble del salón, tendrían que esperar. La tetera ya había sonado hacía un par de minutos y la infusión estaba prácticamente lista. Además, Magiazul me esperaba al otro lado de la pantalla.

Colonia dice: *Pijama, infusión y mantita. Lista para hablar.*

Magiazul dice: *Me da la sensación de que estoy igual de sexy que tú, añado coleta despeinada.*

Colonia dice: *Lo veo y subo un gato encima del teclado.* 🐱 🐱 🐱

Magiazul dice: *Tengo un perro con la cabeza apoyada en mis pies, podría servir…*

Colonia dice: *Podría, jajajaja. Bueno, empiezo a relatarte los últimos acontecimientos de mi «aburrida» vida. Hay mucho que contar.*

Magiazul dice: *Me tienes intrigadísima.*

Colonia dice: *Empezamos por Álvaro, el chico del…*

Magiazul dice: *¿… culo espléndido?*

Colonia dice: *¡El mismo! Nos besamos, caminamos cogidos de la mano a la luz de la luna y me acaba de enviar un mensaje para ir el fin de semana a Aranjuez. Es guapo, divertido, atento, besa que te mueres…*

Magiazul dice: *Ya veo, ya veo, te tiene loquita. ¡Me alegro! Piensa que los muertos son malísimos para calentarte los pies en la cama en el invierno.*

Colonia dice: *Jajajajaja, sí, sí, Álvaro tiene grandes ventajas respecto a Alan. No me ha declarado su amor tan abiertamente, aunque me ha dicho que le gusto.*

Magiazul dice: *Anda que la Sarita de las narices se las trae.*

Colonia dice: *¿De verdad sigues pensando que es ella? No sé qué decirte. ¿Te conté que he visto fotos de Alan?*

Magiazul dice: *¿Las que te enseñó la bruja loca esa? No me fío ni un pelo de ella. ¡Ni un pelo! Y esa mujer otra cosa no tendrá, pero pelos le sobran. ¡Tiene más bigote que mi padre!*

Colonia dice: *¡Pero si no la has visto en tu vida! No podemos negar que Rosalenda es rara y que su* look *es terrible, y sí, tiene pelos en el bigote. Pero si la conocieses, te darías cuenta de que es una buena mujer. Con decirte que me ha ayudado a pintar el salón de casa…*

Magiazul dice: *¿La has metido en tu casa? Eres una inconsciente. De verdad que empiezas a preocuparme seriamente. ¿Dónde está la Colonia que yo conocía?*

Colonia dice: *No te pongas así, que aún hay mucho más, y si me vas a reñir por todo…*

Magiazul dice: *Perdona, perdona, sigue.*

Colonia dice: *No sé si te hablé alguna vez de Nacho. Era mi mejor amigo, bueno, él era mi amigo, y yo su amor imposible.*

Magiazul dice: *¡Cuánta modestia en una sola mujer!*

Colonia dice: *No seas boba.*

Magiazul dice: *Continúa, diosa del amor.*

Colonia dice: *Jajajajaja. La última vez que nos vimos fue bastante desagradable. Yo estaba completamente descabalada por la muerte de mi padre y le insulté, le grité… Me porté como una auténtica gilipollas. Hace unas semanas le llamé para disculparme. Me dijo que vivía en Lanzarote, aunque solía venir con frecuencia a la Península por trabajo. Esta semana estuvo aquí.*

Magiazul dice: *¿Y os visteis?*

Colonia dice: *Quedé con él ayer. Lloramos, reímos, bebimos y… acabamos en la cama.*

Magiazul dice: *¡Colonia! Vaya con la mosquita muerta. ¿A ti qué te pasa últimamente?*

Colonia dice: *No sé, chica, estoy desatada. El caso es que ya tenía bastantes problemas con mi fantasma particular y ahora tengo una relación con dos chicos a la vez.*

Magiazul dice: *Está claro que estás hecha un lío, pero no tienes una relación seria con ninguno, de manera que disfruta de la vida lo que puedas. Llevas demasiado tiempo encerrada.*

Colonia dice: *Respecto al tema de Alan, tengo alguna novedad; más bien, sobre su mujer y mi padre.*

Magiazul dice: *¿Alguna vez escuchaste el refrán «La mierda huele más cuando se remueve»? Si todo esto es la bromita de alguien, debe estar riéndose de lo lindo, porque estás siguiéndole la corriente como una trucha. Si tienen la intención de hacerte daño, llevan todas las de ganar. Déjalo, Corina. La vida de tus padres, sus problemas, sus infidelidades o sus momentos íntimos no le pertenecen a nadie más que a ellos.*

Áspera, contundente y acertada, así era Magiazul.

Colonia dice: *Según tú, ¿qué debo hacer ahora? Por la tarde estaba decidida a ir a un espiritista, para tener línea directa con Alan y que me dijera de una vez qué quiere.*

Magiazul dice: *¿Sabes qué te digo? ¡Hazlo! No pierdes nada. Me encantan los temas esotéricos, pero de ahí a intentar solucionar un problema de acoso haciendo una güija…*

Colonia dice: *¿Ahora sí piensas que es acoso?*

Magiazul dice: *Ahora pienso que una mujer se ha colado en tu vida, en tu casa, y te ha metido unas ideas en la cabeza que empañan el recuerdo de tu padre. No sé qué está pasando ni quién está detrás, pero, si yo fuera tú, pondría distancia con esa bruja.*

El móvil vibró nuevamente.

Rosalenda, como si supiera que estaba intentando ser derrocada, insistía en hablar conmigo.

> Rosalenda: Cielo, veo el mensaje leído. ¿Estás bien? No quiero ser pesada, me tienes preocupada. Besos.

No me quedó otro remedio que responder.

Corina: Todo bien. Estoy cansada. Tengo tu anillo: Mi tesooooro. Ya hablamos mañana.

Casi de forma inmediata recibí respuesta:

Rosalenda: La bruja de la casita de chocolate, Gollum… Niña, ¡¡un respeto!! Cuídate, cariño.

Lo cierto es que la compañía de Rosi era agradable. Pese a tratar de ocultarlo con su ropa y maquillaje, era una persona culta, inteligente y con mucho sentido del humor. Magiazul hablaba sin conocerla, solo por cuatro datos que le había dado y por sus fotos de internet. Se equivocaba con ella. Rosalenda no tenía familia, que yo supiera, únicamente a su hermano enfermo. Creo que ambas suplíamos nuestras carencias maternofiliales.

Colonia dice: *Me has dado mucho en qué pensar. Te iré contando. Ahora me voy para la cama, estoy cansadísima.*

Magiazul dice: *El que va de romería se arrepiente al otro día, jaja.*

Colonia dice: *Te ha dado por los refranes, pareces una abuela, jajaja. Pero tienes razón, la noche fue intensa y necesito descansar.*

Magiazul dice: *No hagas ninguna locura. Al menos, antes pásate por aquí y cuéntamelo, así te das un tiempo de reflexión. Y ahora duerme.*

Me senté en el sofá y me recreé viendo el salón; estaba lindo de veras. Un ruido en la habitación me sobresaltó.

—Mirinda, Mirinda, ¿eres tú, gatita?

No era ella. Mirinda seguía durmiendo en la mesa del ordenador. La cogí en brazos y fuimos a la habitación. La foto del día de la boda de papá y mamá estaba en el suelo. Parecían dos niños, tan jóvenes y guapos. Mamá tenía tan solo 19 años. y papá 21. La recogí y comprobé que el cristal se había roto.

Con estrépito, el teléfono fijo sonó. Me sobresaltó de tal manera que el retrato volvió de nuevo al suelo. Había quitado la clavija, la había arrancado y, sin embargo, ahí estaba vociferando su rin-rin, transformando el sonido en señales eléctricas que se introducían a través de mis oídos hasta taladrarme el cerebro.

—¿Quién es?

—Te espero esta noche en nuestro lugar secreto.

La llamada se cortó; aun así, insistí.

—No cuelgues, por favor, no cuelgues.

Sentía tal desolación que no quería pasar la noche sola. Sin importarme que fueran las once de la noche, envié un mensaje a Nacho.

Corina: ¿Aún tienes ganas de verme?

No le conté mis motivos para pedirle que viniese. Es muy distinto llamar a alguien deseando estar con él que hacerlo por no soportar la soledad.

Hicimos el amor. En realidad, él lo hizo conmigo y yo con Alan, porque, al cerrar los ojos, pensaba que aquellas caricias, las palabras prohibidas y los besos eran suyos, no de Nacho.

Se despertó temprano.

—Tengo que ir a trabajar. Nos vemos por la tarde.

Me besó en la frente y se fue. Me sentía culpable por lo mal que estaba actuando con Álvaro y, sobre todo, con mi amigo de la infancia. Muy mal. Una vez más, me aprovechaba de sus sentimientos. Con Nacho estaba atrapada en una rueda sin fin en la que él me ayudaba y yo le defraudaba. Siempre era igual: pasaran los años que pasaran, vivíamos en un eterno día de la marmota en el que él se entregaba y yo le apuñalaba por la espalda.

Me resultó imposible volver a dormir. Di vueltas en la cama hasta que me levanté, me vestí con ropa de deporte y salí a caminar. Inocente de mí, debía de pensar que sudando expulsaría por mis poros no solo toxinas, sino también la culpa.

Anduve a paso rápido más de una hora. La calle estaba concurrida, es lo que conlleva vivir en una ciudad grande, casi siempre compartes tu espacio con otras personas. Procuré fijar mi atención en ellos, solía funcionarme el truco de imaginar cómo serían sus vidas para escapar de la mía.

Ese miércoles y el jueves Nacho también vino a mi casa a dormir.

Me había jurado a mí misma que el último día aclararía las cosas con él. Le explicaría que esta semana no suponía el inicio de una relación. Para mi sorpresa, fue Nacho quien habló.

—Corina, no me siento orgulloso de lo que te voy a decir. La verdad es que llevo toda la semana pensando cómo hacerlo; no encontré el momento oportuno sin que ello supusiera estropear una situación maravillosa. Ya no puedo seguir ocultándote que tengo una pareja esperándome en Canarias. No quiero que te sientas engañada, porque de sobra sabes lo que siento por ti. Si viviera en Madrid o tú te trasladases a Lanzarote, las cosas serían muy distintas.

Estaba desconcertada. Llevaba todo el día preparando mi discurso, nerviosa por la situación a la que me tenía que enfrentar, triste por su sufrimiento, angustiada por decepcionarle, y ahora… Ahora era yo la víctima de esta tórrida semana. No sabía qué decir.

—No te voy a negar que estoy sorprendida. ¡Muy sorprendida! —enfaticé—. Esta semana ha estado bien, pero tenemos que darle el valor justo que tiene: sacarnos una espinita que teníamos clavada. Para mí está perfecto como está.

Por primera vez desde los 15 años, yo no era la mala de la película.

—Como te dije, volveré pronto y me gustaría que nos viésemos.

—Desde luego, sentados a una mesa tomando una cerveza, a ser posible sin alcohol —puntualicé.

Ambos nos reímos y nos dimos un abrazo.

—Mi vida contigo sería perfecta.

—Tu vida es perfecta, no te busques complicaciones ni idealices cosas que no son reales.

Muy a mi pesar, lo dije con resentimiento.

—Tenemos pendiente el tema de tu amigo el fantasma.

No había vuelto a hablarle de Alan, no sentía que me entendiese ni tampoco que me hubiera creído.

—Lo tengo controlado. Como ya te dije, estoy casi segura de que la hermana de Ramón y sus amigas quieren pasar un buen rato a mi costa. Le pega mucho a esa niñata y su grupo de seguidoras.

—Si tienes problemas, llámame; salen vuelos a diario.

—Vete ya, las despedidas son incómodas. —Le besé en los labios, un beso casto, casi un roce, y me di la vuelta.

No podía evitar pensar que era la primera vez que servía de segundo plato a Nacho. ¡A Nacho! Toda una vida venerándome y justo caigo rendida a sus encantos cuando hay otra mujer esperándole en casa. No puedo negar que, por una parte, noté un tremendo alivio al no ser yo la que, una vez más, le partía el corazón o le defraudaba. Por otro lado, me sentía dolida, engañada, aun sabiendo que no tenía razón, que en ningún momento hablamos de tener una relación, de ser novios. Me di cuenta de la ruindad de mi postura, y, si soy sincera, no me sirvió de consuelo.

Las luces de Navidad ya iluminaban las calles madrileñas. Convertían la ciudad en un lugar mágico, en un cuento de hadas

donde todos los deseos y las ilusiones se podrían cumplir. Casi cada rincón de la ciudad formaba un bellísimo espectáculo: escaparates majestuosos, artistas, acróbatas, actores disfrazados de personajes infantiles, músicos tocando con maestría melodías que me envolvían. Mientras caminaba de regreso a casa, como era ya costumbre, me fijaba en la expresión de las personas con las que me cruzaba. Algunos sonreían, varios llevaban un semblante serio, otros parecían tristes, cada uno tenía su historia.

Yo tenía la mía, y en la «Historia de Nacho y Corina» la oveja se comió al lobo, así de simple; al menos se lo comió bien, pensé granuja.

Capítulo 14



Corina, Corina

Llegaron las primeras nevadas de la temporada, unidas a los avisos de tráfico pidiendo que se extremaran las precauciones en la carretera. El viento gélido y siempre desagradable también hizo su aparición, y todo ello consiguió que el viaje de fin de semana a Aranjuez quedase aplazado. Fue sustituido por el paquete estándar de las parejas: CCC, es decir, cine, cena y copas (la cuarta C, de cama, tendría que esperar).

Álvaro me vino a recoger a las siete. Me envió un mensaje al móvil comunicándome que estaba en el portal. Pensé en lo fácil que hubiera sido llamar al timbre sin más, pero los viejos hábitos estaban siendo sustituidos a una velocidad vertiginosa y lo cotidiano había pasado de moda.

Me había puesto un vestido granate con unas botas negras altas y un precioso colgante que había comprado el verano anterior en un mercadillo: un gato de plata decorado con unos ojos de tigre hermosos, y el mismo abrigo que llevaba el día que conocí a Rosalenda. Él había optado por unos pantalones vaqueros, un jersey

verde botella que le favorecía mucho y un grueso chaquetón de aire militar. Estaba muy guapo.

—Estás preciosa —exclamó con verdadera admiración al verme.

Caí en la cuenta de que era la primera vez que nos veíamos con ropa de calle. Hasta el momento, nuestros encuentros siempre habían sido en el parque, ataviados con ropa deportiva.

Nos subimos al coche y tomamos rumbo al cine.

—He mirado la cartelera. Podemos escoger entre terror, romance o aventura.

Optamos por una película de aventuras, en consonancia con nuestra fantasía de ser agentes secretos.

Compramos unas palomitas y las compartimos como quinceañeros.

Sin duda, era un hombre adorable. Podría adjetivarle hasta quedar sin vocabulario con decenas de lindas palabras, porque se las merecía, todas y cada una de ellas.

En el otro lado de la balanza estaba yo: una estafadora que vendía la imagen de una chica dulce y encantadora cuando, en realidad, me había convertido, de la noche a la mañana, en una mentirosa con doble vida. Esto no tenía nada que ver con aquella temporada loca, porque los tíos con los que me enrollé entonces ni me importaban ni yo a ellos. Era pura diversión. En cambio, a Álvaro sí le importaba, me lo había dicho, se había expuesto abiertamente, como pocos hombres lo hacen.

Salimos del cine y fuimos a cenar a un italiano tranquilo. Álvaro me había propuesto comida india. La rechacé porque resultaba demasiado fuerte para mi paladar, por ello me decanté por la tradicionalidad de la comida italiana, que nunca defrauda.

El restaurante era espléndido; a ambos nos sorprendió que no estuvieran todas las mesas reservadas. Tanto la decoración como el

servicio y la comida eran perfectos. Incluso la compañía lo era, sin embargo, yo no era capaz de apreciarlo.

Álvaro me hablaba y sonreía, le brillaban los ojos, me cogía las manos y las acariciaba. Fantaseaba con planes para futuros fines de semana, con mil historias hermosas y románticas, y yo… Yo me había pasado la semana acostándome con otro. Y, lo peor de todo es que, mientras me hablaba, solo podía pensar en Alan, en su sonrisa perfecta, en la sensualidad de sus labios y sus ojos inmensos, profundos, verdes como un mar caribeño.

Suspiraba por irme a casa, meterme en la cama y soñar con él otra vez. Disfrutar de sus caricias, de sus promesas de vida eterna, feliz, sin preocupaciones ni miedos.

No obstante, tenía que ser coherente y darme cuenta de que quien estaba a mi lado era una persona real, alguien con quien sí podía hacer planes de futuro, a quien besar, tocar y sentir el calor de su piel. Era amargo ver cómo la magia que había surgido entre nosotros la semana pasada ya no estaba. Quería confiar en que no hubiera desaparecido del todo, esperaba que estuviese oculta, agazapada detrás de alguno de mis remordimientos.

Terminamos de cenar y decidimos ir a la zona de copas. Entramos en un bar en el que nunca había estado. Arcadia o algo similar se llamaba. La decoración era fascinante, se entremezclaban frescos de escenas fantásticas por el techo y las paredes con juegos de luces que conseguían dar vida a aquellos seres mitológicos de las pinturas. Era un deleite para la vista y un reto para la mente, a la que le costaba desenmascarar las ilusiones ópticas.

La música también jugaba un papel importante en el decorado. No eran las canciones que estaba acostumbrada a escuchar en la radio o en mi lista de reproducción del móvil. Básicamente, sonaba

una música instrumental que mezclaba estilos muy diversos, y me pareció otra genialidad igual a la ambientación.

El local estaba abarrotado. Mirase donde mirase, veía gente riendo, bailando o levantando su copa. Me gustó sentirme arrastrada por aquella masa, sin que diera lugar a conversaciones profundas ni miradas personales. La cena había sido una prueba de fuego para mí, escuchando sus palabras bonitas y sus miradas románticas, mientras yo callaba mi semana de pecado.

Cuando conseguimos llegar a la barra, después de sortear gente y más gente, pedimos unas copas.

Y, de repente, allí, en mitad de la multitud que invadía el pub de moda, entre todas aquellas personas que reían, hablaban a voces y bailaban las canciones que pinchaba el DJ, para mí se hizo el silencio y apareció él mirándome fijamente.

Posé mi vaso en la barra y, como una autómata, caminé hacia Alan dejando a Álvaro con la palabra en la boca. La gente me impedía el paso. Un grupito de cuatro veinteañeros coreó un «oléé» cuando pasé. Sé que algo más me piropearon, pero mi cerebro no lo recogió. Tenía una misión, y era encontrar a Alan. Le perseguiría hasta los confines de la tierra, hasta el mismo infierno si fuera necesario. No pude hacerlo. Miraba de un lado a otro, apartaba a la gente sin cuidado alguno, trataba de avanzar a través de ellos, pero lo había perdido.

No debió transcurrir ni un minuto cuando Álvaro me cogió de la mano.

—¿Estás bien? ¿Qué te ha pasado, dónde ibas?

—Perdona, creí, me pareció ver… Olvídalo. Confundí a una persona con alguien a quien conozco. Voy al servicio, ahora vuelvo.

—Empiezo a pensar que quieres escapar de mí.

—No, no es eso. —Apreté su mano con fuerza y después la deslicé con suavidad para soltarla.

El aseo estaba lleno de chicas maquillándose, esperando para entrar en el cuarto de baño, charlando. Yo no tenía ninguna necesidad, al menos no fisiológica. Lo único que ansiaba era exactamente lo que Álvaro suponía: alejarme de él para encontrarme con Alan y que fuera real, que me llevase a ese paraíso que me había prometido donde papá y mamá seguían juntos y felices. Quería formar parte de esa vida, me gustaba mucho más que la que estaba viviendo. Deseaba que Alan me besara de nuevo y me abrazase con fuerza. Necesita encontrar la forma de reunirme con él, en este mundo o en otro…

Álvaro me esperaba en una mesa que había quedado libre cerca de la entrada del servicio. Me hizo señas con la mano para indicarme dónde se encontraba.

—¿Te encuentras bien, Corina? La luz no es que sea muy buena, pero diría que estás pálida.

Me brindó la oportunidad perfecta para escapar.

—La verdad es que no, no me encuentro bien. ¿Salimos a tomar el aire?

—¿A tomar el aire? Ya supuso un mérito llegar hasta aquí con el vendaval que hay. ¿Quieres subir a mi casa? No vivo lejos. Te prometo que no incluye una invitación deshonrosa. —Hizo una rocambolesca reverencia que consiguió sacarme una sonrisa.

—Se lo agradezco, noble caballero, mas esta dama desvalida y con un dolor de cabeza atroz preferiría ir a sus propios aposentos.

—Sea pues.

Me cogió en brazos y me sacó del pub en volandas. Antes de posarme en el suelo, me besó, pero aquel beso no me llenó el

estómago de mariposas ni me devolvió la magia. Me miró a los ojos y preguntó.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde estás, Corina? Llevas toda la noche ausente. Para mí, hoy era un día especial, porque durante toda la semana estuve pensando en ti, en verte y pasar juntos tiempo para conocernos, para mirarte, para reírme contigo. Me he encontrado solo con la carcasa: lo de dentro —me tocó la sien con los dedos— no está. ¿Qué ha pasado?

Le cogí la mano y echamos a andar hacia el coche.

—Te advertí que mi vida, en estos momentos, es muy complicada. Recuerdo que te dije que, si te contara por lo que estoy pasando, pensarías que estoy loca.

—¿Y he de suponer que ahora estás en pleno brote psicótico o, simplemente, que te han abducido unos extraterrestres?

—Lo segundo se parece más a la realidad, aunque lo primero tampoco lo descarto.

—Corina, Corina… —Suspiró, y a continuación cantó un fragmento de la vieja canción de Ray Peterson—*. If you see Corina, send her home to me* («Si ves a Corina, envíala a casa conmigo»).

—Me llamo Corina por esa canción. A mi madre le encantaba. —Una oleada de nostalgia me invadió. La gélida noche trajo a mi mente recuerdos de mamá: su olor, sus manos suaves—. Antes de acostarme, mirábamos juntas por la ventana y me preguntaba: «¿Dónde nos vemos esta noche? ¿Qué te parece en aquella estrella que está a la derecha de la luna? ¿O en ese árbol del parque, en el que vive la pareja de ardillas?». Y yo me dormía tranquila pensando que mamá estaría en mis sueños, esperándome en una nube o junto a la luna.

—Es un recuerdo precioso, Corina. Eres afortunada de tenerlo.

—Pues lo había perdido. Tú me lo has devuelto cantando esa canción. ¿Sabes una cosa? Nadie me había hecho nunca un regalo tan valioso.

Me abrazó y, como si un hada hubiese roto el maleficio, sentí de nuevo, por un instante, las mariposas revoloteando en mi estómago. Aunque fue breve, supe que podría recuperarlo.

Apuramos el paso para llegar pronto al coche y refugiarnos de la lluvia, que caía cada vez con más intensidad.

Entramos en el vehículo. Las gotas de agua me corrían por el pelo, estábamos completamente empapados. Del asiento trasero, Álvaro cogió una mochila, sacó una toalla y me la ofreció.

—Sécate un poco —dijo sin dármela. La sostuvo en la mano y se quedó mirándome—. Estás preciosa con el pelo mojado.

Nos besamos otra vez.

Al abrir los ojos, a través de su ventanilla, al otro lado de la acera, lo vi. Se llevó dos dedos a los labios y me envió un beso; después se marchó caminando. Entre la gente con paraguas y la lluvia cada vez más fuerte desapareció, se confundió con los demás transeúntes, pero sin duda, sin ningún tipo de duda, era Alan, y era real.

Álvaro me entregó la toalla, arrancó el coche y puso música.

—Quítala, por favor —le supliqué—. Creo que el frío ha acentuado la jaqueca.

—Llegamos enseguida. —Cogió mi mano con cariño, como todo lo que hacía este hombre maravilloso que el destino había puesto en mi camino y yo me empeñaba en perder—. Me gustaría que confiaras en mí, que me contaras qué te pasa y que me dejases ayudarte.

Me reí con tristeza.

—¿Sabes una cosa? A mí también me gustaría. Sería una liberación. Se lo confié a dos personas. Ambas me dijeron que

estaba cansada, que necesitaba dormir y mejorar mi alimentación. No quiero resultar desagradable, pero no soportaría escuchar de nuevo unos consejos tan banales.

Las calles estaban casi vacías, el temporal mantenía los locales llenos y, seguramente, mucha gente había optado por no salir. Llegamos en menos de veinte minutos a mi casa. Aparcó en doble fila delante del portal, no había un sitio libre en toda la calle y la lluvia continuaba cayendo con fuerza.

—Quisiera verte mañana.

—Mañana nos veremos —respondí sonriendo más con los ojos que con los labios.

Me hubiera gustado pedirle que subiera conmigo, que nos abrazásemos en el sofá y que me acompañara durante toda la noche. Pero la imagen de Alan me lo impedía. Lo había visto con la misma claridad que ahora miraba a Álvaro, sabiendo que iba a dejar que se marchara. Y me aterraba la idea de desear con tanta fuerza que un fantasma del pasado, un hombre que estaba muerto, me llevase con él. Sentía pánico de mí misma, de mi cordura, que estaba a punto de desaparecer para siempre.

—Nos vemos en unas horas, pero asegúrame que mañana no te vas a escapar como hiciste hoy.

—Solo fue para poner a prueba mis dotes de camuflaje. Ahora ya ves que soy un desastre. Tendremos que entrenar más ese campo. Todo buen espía debe saber confundirse con el paisaje.

—Aún no te he dicho cuál es mi verdadero trabajo.

—¡Ah! ¿Tienes otro? —La puerta del coche ya estaba abierta y había empezado a sacar una pierna.

—¿Sin beso de despedida?

El camión de la basura tocó el claxon, dejando claro que ese beso tendría que esperar.

—Mañana nos vemos. —Lancé un beso al aire y salí corriendo hacia el portal. Álvaro se quedó mirando cómo entraba. El conductor del camión se mostró insistente, pero él hizo caso omiso y no se puso en marcha hasta que no me perdió de vista.

Cuando abrí la puerta, Mirinda estaba esperándome. Se restregó contra mí, se dejó acariciar un par de veces y regresó para enroscarse en el sofá.

Eran más de las tres de la mañana.

El silencio de la noche, cuando no se puede dormir, se convierte en un auténtico festín de ruidos, sonidos misteriosos que perturban a cualquiera.

Yo había visto dos veces a un fantasma. Era él, el mismo chico con el que soñé, el que vi en las fotos que me enseñó Rosalenda, el que me pedía que lo acompañase, por el que sentía un deseo irrefrenable.

Hurgué en mi dolor, en mi sufrimiento, y saqué las fotos y las notas que había recibido. La última decía: «Te espero en nuestro lugar secreto». Era similar al juego que tenía con mamá, y sentí un alivio inmenso de no haber recuperado ese recuerdo tan tierno con su carta, sino con la canción que me cantó Álvaro.

—Alan, este punto es para él. —Lo dije en voz alta, era una forma de romper el tormento del silencio.

No tenía ninguna gana de acostarme, así que encendí el ordenador. Vi varias notificaciones que no había leído durante la noche. Al entrar en una de mis redes, observé que el nombre de Rosalenda tenía un puntito verde.

Le envié un mensaje:

Corina: «¿Qué haces conectada a estas horas?».

La respuesta fue casi inmediata.

Rosalenda: «Lo que casi todos los sábados: disfrutar de una vida loca, ja ja ja ja. ¿Y tú, por qué no estás con algún chico guapo?».

Corina: «Hoy ha sucedido algo realmente increíble».

El teléfono sonó al momento.

—Cuéntame, ¿qué te ha pasado? ¿Cómo estás?

—He visto a Alan. Y él me ha visto a mí. La primera vez fue en mitad de un bar lleno de gente.

—Corina, pudo ser una confusión. Supongo que habría poca luz y…

—Pudo ser —contesté cortante—. Pero la segunda vez no hubo lugar a confusión. Lo vi a menos de dos metros y me lanzó un beso.

Empecé a llorar; por fin la tensión que tenía acumulada encontraba una vía de escape.

—¿Sabes una cosa? Voy para tu casa ahora mismo. Esta no es una noche para pasarla sola.

—Sí, Rosi, ven, por favor —supliqué llorando de manera desgarradora.

—Quédate tranquila, en media hora estamos juntas.

Cuando Rosalenda colgó el teléfono, supe que jamás podría estar tan agradecida a nadie.

Realmente necesitaba estar acompañada, no había otra forma de calmar el pánico que sentía a estar sola en esa casa. El pavor a quedarme dormida y verle en sueños, a fantasear con él; el espanto a oír el teléfono, a mirar el largo y oscuro pasillo, a tomar una decisión que no tuviera marcha atrás. ¡Sería tan fácil acabar con todo, comprobar si realmente existe otro lugar, otro mundo paralelo al nuestro, estar de nuevo con papá y mamá! ¿Qué tenía que

perder? ¿Un trabajo de dependienta, una casa que se cae a pedazos? ¿Un amor que no creía que pudiera corresponder?

Mirinda abrió los ojos y me miró con desprecio gatuno.

—Lo siento, pequeña, no te dejo dormir. —Me levanté para acariciarla y se dejó, no sin protestar mordisqueándome las manos —. Tú eres el motivo que me retiene aquí.

Esa frase lanzada sin pensar desde lo más profundo de mi corazón me abrió una puerta. Ella era mi motivo para levantarme al día siguiente. Alguien dependía de mí. Para muchos, un nido de pulgas, una bola de pelo, un bicho sin pedigrí, un gato callejero. Para mí lo era todo.

—Tú —apoyé mi dedo índice en su cabecita— eres mi familia. Te quiero, pelirroja. —Me senté junto a ella en el sofá.

El enorme anillo de Rosalenda, colocado en una de las baldas de la librería que tenía justo enfrente, llamó mi atención. Era casi una desconocida y, sin embargo, a las tres y media de la madrugada dejaba el calor de su casa para venir a la mía.

Esta misma semana, Nacho había acudido a mi llamada con unas intenciones muy distintas a las de Rosi, desde luego.

Mi mente se distrajo con ese pensamiento. Durante mucho tiempo me atormentó lo egoísta, incluso cruel, que había sido con él. Esta semana había comprendido que no fue así, que él siempre quiso de mí lo que obtuvo esas noches. Ni una sola vez se interesó por el tema de Alan, lo dejó zanjado el primer día que nos vimos. Tampoco le preocupó que hubiera cambiado de idea la noche que le llamé para que viniera. Ni siquiera me había enviado un triste mensaje desde que se había ido.

Hicimos el amor, sin complicaciones, sin hablar de temas incómodos. «Nacho, tantos años sintiéndome mal por ti y, al final, querías acostarte conmigo, nada más. Tenacidad no te faltó, no».

La oscuridad de la noche sirve para dos cosas: para conciliar el sueño de los justos y para remover la conciencia de los culpables. Yo cargaba con la culpa de varios hechos, pero acababa de liberarme de uno que llevaba acarreando a mis espaldas durante años.

El móvil me sobresaltó; tenía un mensaje un nuevo.

Álvaro: Gracias por esta noche. Hasta mañana,
Corina, Corina.

Mi dulce Álvaro. Cuánto me gustaría dedicarle toda la atención que hoy no tuvo, cogerle de la mano y pasear, aunque lloviera, aunque se cayera el mundo. Cómo ansiaba poder enamorarme de él.

Corina: Esta cita no ha sido de las mejores, lo siento, pero tendremos muchas noches para compensarla. Dulces sueños, Álvaro.

El timbre del portal sonó.

Abrí sin preguntar, solo podía ser Rosalenda.

Apenas unos segundos más tarde, unos golpecitos en la puerta anunciaron que ya había subido.

No era ella.

Capítulo 15



Una luz en la noche

Estaba allí, delante de mí, a escasos centímetros.

Alan me miraba desde el otro lado de la puerta, sin moverse, solo me miraba. Se llevó un dedo a los labios y me indicó que guardase silencio.

El timbre de la calle sonó nuevamente y, de manera instintiva, miré atrás. Mirinda también se había asustado y salió corriendo de la habitación tirando a su paso la lámpara que iluminaba el pequeño recibidor, lo que me dejó a oscuras. Cuando volví la vista a la puerta, Alan ya no estaba, se había esfumado.

Rosalenda abrió la puerta del ascensor y me encontró en el rellano de la escalera, descalza, en pijama y con una expresión que supo entender como nadie lo habría hecho.

—Entra en casa, vas a morir de una pulmonía. Deja que te prepare una infusión caliente. —Me llevó al salón, me sentó en el sofá y me tapó con la manta que colgaba del respaldo.

—Ha estado aquí.

—Lo sé, yo también lo he sentido.

—Yo no lo he sentido, lo he visto. Estaba en el felpudo, mirándome, me indicó que no hablara y luego se esfumó, sin más.

Hablaba con rotundidad para no flaquear y pensar que había sido una alucinación.

—Cariño, ¿le has contado a alguien más lo que te está sucediendo?

—Sí. Se lo he contado a dos personas. Ambas piensan que estoy ociosa y tengo exceso de fantasía.

—Alan te está pidiendo que no hables con nadie sobre él.

—¿Viene un fantasma a la puerta de mi casa y tu sugerencia es que quiere que no le cuente a los demás que veo espíritus? ¿Qué piensas, que voy a convocar una rueda de prensa o una reunión de vecinos para informar de la llegada de un nuevo inquilino? Rosalenda, por Dios, que Alan lleva toda la noche apareciéndose y ahora ha llamado al timbre y ha subido a mi casa.

La infusión humeaba en la taza y despedía un agradable olor.

—Tranquila, cariño, no quería decir eso. Hay veces que los espíritus necesitan comunicarse con nosotros de manera imperiosa. Yo tengo mis premoniciones, tú…

Impidiendo que continuara hablando, la interrumpí.

—Yo tengo libros, cartas, llamadas. ¡Yo soy el desván de los muertos!

La escandalosa risa de Rosalenda invadió mi salón.

—Perdona, aun con todo lo que te está sucediendo, eres capaz de hacerme reír. —Me acarició la mejilla afectuosamente—. Anda, bébete la infusión. Te iba a decir que tienes unas facultades que hasta ahora desconocías. ¿Sabes qué son los médiums?

—Rosi, yo esperaba que vinieses, abrazarnos, llorar en tu hombro, que me dijeras que no pasaba nada, y aquí estás, riéndote de mí y

preguntándome… ¿Me estás preguntando si soy médium? Olvídate de infusiones y vamos a tomarnos un chupito de vodka.

—Niña, este tema es muy serio, déjate de chupitos.

No me había dado cuenta de que Rosalenda estaba sin maquillar. Iba vestida con un pantalón negro y un jersey blanco de cuello alto.

—Estás guapa. ¿Por qué te empeñas en ocultarlo con tanto maquillaje y esa ropa estrambótica?

—Corina, que aún no te has tomado el chupito y tienes la lengua desatada.

—Sí que me he tomado alguna que otra copa. No vayas a pensar por ello que estoy borracha ni algo parecido. Simplemente, no entiendo que una mujer trate de esconderse como tú lo haces. Eres guapa así, al natural.

—Gracias, niña. ¿Sabes qué? No me parece que sea tan mala idea lo de tomar ese chupito. Quizá sea el momento de llorar, reír o lo que sea que te pida el cuerpo en lugar de tener conversaciones trascendentales. Lo importante debe dejar paso a lo urgente.

Saqué una botella de vodka de fresas. La compré en su día para adornar, porque era una botella preciosa, que permitía ver el color rosa chicle del contenido y estaba decorada con una *catrina mexica.* La había abierto en una ocasión para hacer un brindis con unas amigas, pero las cuatro llegamos a la conclusión de que lo mejor era dejarla en su sitio, porque teníamos una tarde cargada de responsabilidades y aquel brebaje rosita entraba como el agua. En cambio, hoy estaba libre de obligaciones: tan solo un fantasma que me perseguía y una amiga treinta años mayor que yo que estaba dispuesta a acompañarme.

La sortija con la esmeralda, que se había dejado olvidada el día que me ayudó a pintar, estaba colocada al lado de los vasos, en el mueble del salón. Se la di.

—Toma, tu anillo de pitonisa —dije con sorna.

—¡Mi anillo! Gracias. Aunque no lo creas, es un talismán muy poderoso.

—Estoy segura —respondí intentando mostrarme seria, pero yo solo veía un pedrusco verde, engastado en un aro, que parecía sacado del tesoro de Tutankamón: enorme, feo y pasado de moda—. ¡Brindemos por vuestro reencuentro!

Eché el delicioso líquido rosa en los vasitos, los levantamos con solemnidad y bebimos de un trago.

—¿Te gustaría que te echara las cartas? —me propuso Rosalenda risueña.

—Hagamos una cosa —sugerí—. Por cada acierto, beberé un chupito; por cada fallo, beberás tú.

—Dulce Corina, prepárate a tener una resaca de escándalo mañana. —Rio desafiante.

Rosalenda sacó una bolsita de raso violeta de su bolso; guardaba unas cartas visiblemente gastadas.

—Este es el tarot de Marsella. Ya te hablé de él, es el más conocido. Aunque tiene más cartas, hoy vamos a jugar con los veintidós arcanos mayores. ¿Estás preparada?

—¡Lo estoy!

Barajé las cartas, corté la baraja y se la tendí a mi amiga, tal y como me explicó que hiciera.

Miró la carta del corte.

—El colgado —me informó—. Cuenta la leyenda que el hombre que aparece boca abajo en la carta es el dios nórdico Odín. Estuvo días colgado para entender el verdadero significado de las runas escandinavas. Es una carta cargada de paradojas, de contradicciones y sinsentidos. Una de sus máximas es que la admisión de nuestros temores nos dará el valor suficiente para conquistarlos. También dice

que el dolor te llevará al conocimiento interior, y ese viaje, que nos conducirá a la sabiduría, debe ser estático.

—Bebe —ordené—. No es cierto que cuando admita mi miedo solucionaré mis problemas. ¡Vivo aterrada! Lo digo gritando si hace falta, y todo sigue igual, ¿ves?

—Si sabes que tienes una enfermedad, actuarás en consecuencia y buscarás solución. El miedo es exactamente igual: debes echarle un pulso y ganarle, no basta con decir «tengo miedo». Debes actuar. Es un sentimiento que te paraliza, hace que te detengas, que te sientas pequeña e indefensa, y tú no eres así. Te he visto enfadada, y de florecilla silvestre tienes bien poco. Es una batalla personal que debes librar. Además —me miró seria—, aún no te he dicho nada. Te explicaba el significado de esta carta. Déjame continuar.

Rosalenda extendió las cartas, con la agilidad que otorgan los años, sobre la mesa del salón. Las toqueteó, las separó y señaló elementos del dibujo del naipe, hasta que finalmente habló.

—Veo muchas pérdidas en tu vida: seres queridos, decepciones con amigos, pérdidas de trabajo. Eres muy fuerte para llevar sobre tus espaldas tanto dolor. Se aproximan tiempos de cambio, Corina, de estabilidad a muchos niveles. Profesionalmente, tendrás una subida de sueldo.

—Todo eso te lo he contado yo, Rosi. Respecto a la subida de sueldo, comenzamos la campaña de Navidad. A partir del lunes, trabajo la jornada completa.

—Sea como sea, es lo que dicen las cartas, y lo de la campaña de Navidad no me habías comentado nada, así que ¡a beber! —exclamó Rosalenda divertida.

—De acuerdo, pero beber sola es lo peor. ¡Anda, acompáñame!

—Acabo de darme cuenta de que no avisé a las chicas del club de lectura de que no iré este mes.

—De eso me encargo yo, aunque sin ti me resulta bastante aburrido ir… Creo que yo también me tomaré un descanso.

Nos servimos otro chupito y brindamos chocando vaso con vaso.

—Venga, sigue diciéndome qué te dicen esas chivatas de mí —balbuceé por los efectos del licor, señalando los naipes.

Sacó otra carta, la muerte.

Las dos quedamos en silencio.

—No hay que ser literal, Corina. Esta carta significa un nuevo comienzo. La muerte no es más que volver a nacer, pero, para que quedes más tranquila, ¿sabes qué te digo? —Se quitó el anillo-talismán de la mano y me lo ofreció—. Quiero que te lo quedes.

La miré sorprendida, no encontraba relación entre la carta y la sortija.

—De ninguna manera. Es tu *protocter*, *prococtor*, ¡protector! —conseguí pronunciar—. Qué difíciles son algunas palabras mezcladas con vodka.

—Insisto, te lo regalo. Sé que no es de tu estilo, pero le tengo mucho aprecio y está cargado de energía positiva. Será tu amuleto de la suerte.

—Suerte… A día de hoy, la suerte no me sirve de mucho, preferiría respuestas.

—Sabiduría antes que fortuna, eso siempre —respondió con solemnidad.

Le dolería si lo despreciaba, de manera que acepté la enorme joya. Al ponerla en mi mano, las dos estallamos en risas: me quedaba gigante.

—¿Lo ves? Tu anillo no me quiere —protestó mi cerebro ebrio.

—Déjalo en la estantería. Tendrá el mismo efecto que si lo llevas puesto. —Se levantó y ella misma lo colocó al lado de unas velas—.

Aquí le dará la luz que entre por la ventana; verás qué destellos más bonitos.

No quise contradecirla, al fin y al cabo, en la estantería no quedaba tan mal.

—Brindemos por mi nuevo amuleto —declaré, buscando una nueva excusa para seguir bebiendo.

Continuamos con el juego cerca de una hora, consiguiendo de ese modo distraer el tiempo.

—Rosi, ¿cómo murió?

Un silencio incómodo ocupó el lugar de las risas que aún vagaban por la sala.

—Dijimos que nada de conversaciones serias.

—Cuéntamelo. ¿Cómo murió? —insistí.

—En un accidente de coche.

—Igual que mamá.

—No solo igual que tu madre, sino el mismo día.

—¿Cómo sabes cuándo murió mi madre? No recuerdo habértelo dicho. —Por alguna razón, me seguía molestando que Rosalenda hablara de mamá, que la relacionara con Alan y con su mujer y con… No podía ni pensarlo…, con la infidelidad de mi padre.

—Bebe, cariño. Bebe un buen trago. Porque ya se sabe que las penas con alcohol son menos, y lo que te voy a decir… En fin, lo que te voy a decir no es fácil de asimilar.

—Esta noche he visto un fantasma en mi puerta, creo que pocas cosas pueden sorprenderme ya.

—Alan no iba solo en el coche; de hecho, ni siquiera conducía él.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que Alan murió el mismo día que tu madre, en el mismo coche.

Rosalenda me cogió las manos; las solté con furia. Me puse de pie y comencé a gritarle.

—Lo sabías desde el primer día, cuando quedamos en el mercado de San Miguel, y no dijiste nada. Creo que juegas conmigo. Me das información a cuentagotas, información que yo no puedo contrastar. ¿A quién le pregunto si eso es verdad? ¡Tenía ocho años! No me queda nadie. ¿Te das cuenta de que lo único que tengo son recuerdos y encima tú los emborronas? Increíblemente, es posible convertir la muerte de mi madre en algo aún más doloroso y transformar el recuerdo de un padre perfecto en el de un hombre completamente desconocido para mí. ¿Por qué lo haces?

Rompí a llorar con rabia, me tiraba del pelo, me arañaba la cara. Necesitaba sentir dolor físico, porque el otro, el del alma, me comía las entrañas.

Intentó abrazarme. La empujé.

—Vete, vete, por favor. Márchate de mi casa, de mi vida, y no vuelvas a aparecer jamás. —Tenía la cara llena de lágrimas. Estaba fuera de mí.

Rosi cogió un pañuelo de papel de la mesa del salón, y, como hubiera hecho no mucho tiempo atrás, sentada en un banco de la calle, me limpió la cara. Me resistí sin fuerza, sin ganas, hasta que acepté que Rosalenda y su pañuelo de papel eran, una vez más, lo único que tenía.

Subí las piernas al sofá, rodeé con los brazos mis rodillas y me hice un ovillo. Comencé a mecerme al son de una melodía triste que se había convertido en la banda sonora de mi vida. Más alto o más bajo, llevaba semanas sonando en mi interior un *blues* funesto, cargado de las notas disonantes de una línea de teléfono vacía, acordes de palabras llenas de veneno, cartas delirantes, vivos y muertos juntos, sinsentidos.

—No me voy a ir. No te voy a dejar. Esta no es una buena noche para que te quedes sola con Alan.

Un escalofrío descendió desde mi nuca a lo largo de la columna. Deshice la fortaleza que había construido enroscándome como un armadillo y la miré. Me devolvió la mirada y, casi susurrando, me dijo algo que me heló la sangre.

—Alan te quiere con él, viene a por ti.

—¡Alan está muerto!

Sin dejar de mirarla, exigí:

—Quiero ver su tumba y comprobar que está enterrado. Tengo que encontrar a sus hijos, a su mujer, hablar con ellos. No puedo quedarme de brazos cruzados, es preciso que averigüe todo lo que pueda de él.

—No. Lo que debes hacer es alejarte de él. Corina, estamos permanentemente rodeados de espíritus. Almas de este tiempo y de tiempos pasados. Algunos son buenos, fueron buenas personas en vida y continúan siéndolo después de fallecer. Sin embargo, esos infelices no son conscientes de que están muertos o se han perdido y no consiguen cruzar al otro lado. También hay entes que fueron personas despiadadas y envidiosas. Ellos quieren lo que tú tienes, tu vitalidad, tu juventud, porque siguen siendo seres infames y malignos, algunos, incluso, mucho más que en vida.

—Me aseguraste que Alan era una buena persona. —Me aferré a esa idea buscando protección.

—Alan no pretende hacerte daño, simplemente está perdido y no sabe cómo cruzar al otro lado. Por algún motivo piensa que podrá hacerlo si tú vas con él. Eres como una luz en mitad de la noche, atraes a los espíritus perdidos. Pero, cariño, Alan no está solo, y tu luz es muy potente. Junto a él hay otras ánimas que buscan una

puerta, una rendija por la que colarse y regresar a la Tierra. Si les das paso…

—¿Si les doy paso…?

—En ese caso, serás tú la que esté perdida y no habrá nadie que te pueda traer de vuelta.

Capítulo 16



Sombras

Mi amiga se fue a las siete de la mañana.

Acordamos visitar a un conocido suyo, alguien que podría orientarnos. «Tiene un don —me garantizó—, maneja la *mediumnidad* como tú un ordenador».

Me relató la historia de Daniel, otra forma de permitir que el reloj recorriese su camino hasta llevarnos al nuevo día.

Daniel fue un niño sin amigos, era el raro de la clase. A veces, sus compañeros le sorprendían hablando solo, sonriendo a la nada o llorando sin más. Se reían de él, le insultaban. «Danielito el rarito, con el diablo hablo», coreaban mientras le empujaban.

Durante los recreos solía quedarse leyendo en la biblioteca, se sentía más seguro que en el patio a merced de los demás niños. Le gustaban los libros de magia, de mundos irreales, de brujas y seres fantásticos.

No entendía por qué los demás se extrañaban de su conducta o le insultaban cuando les señalaba a la persona con la que estaba hablando. No lo entendía, porque no sabía que el resto de la gente

no podía verlos. Poco a poco, ellos se convirtieron en sus únicos compañeros de juego, ya que no le insultaban ni le menospreciaban.

Sus padres no le dieron demasiada importancia al hecho, al menos al principio. El psicólogo del colegio les dijo que muchos niños, sobre todo si eran hijos únicos, tenían amigos imaginarios, y eso formaba parte de su desarrollo. Les tranquilizó poniendo fecha a su conducta: «Hacia los ocho años, se dará cuenta de que la pertenencia al grupo es más importante que el mundo que se ha forjado y, seguramente, de un día para otro se olvidará de todo». No fue así. Daniel era listo y comprendió que, por algún motivo, los demás realmente no podían ver a sus amigos, de manera que dejó de hablar con ellos delante de los demás.

El día de su undécimo cumpleaños, uno de aquellos amigos imaginarios le musitó al oído: «Daniel, alguno de nosotros no lo sabe, pero estamos muertos. Todo te resultará más fácil si guardas el secreto». Daniel acarició la cabeza de un perro que no existía para nadie más y, con tristeza, reconoció: «Ahora os tengo miedo».

Tras aquella afirmación, las voces desaparecieron durante un tiempo, también las sombras.

La adolescencia fue más fácil que la niñez. Era un muchacho agradable, buen estudiante, y los chicos que vivían en la nueva ciudad a la que habían trasladado a su padre desconocían las historias que se contaban de él en su antiguo colegio.

Una tarde, vio cómo una mujer era atropellada por un coche. La mujer saltó por los aires y cayó contra el suelo dejando una horrible mancha de sangre en torno a su cabeza. Para asombro de Daniel, la mujer se levantó, le miró y se dirigió hacia él. Cuando Daniel volvió a mirar el lugar del accidente, vio que un corro de personas rodeaba el cuerpo sin vida de aquella que caminaba a escasos tres metros de él.

—¡Qué golpe me he llevado! —le dijo la mujer con total normalidad, y continuó andando, siguiendo el camino que llevaba antes del atropello.

A partir de ese día, Daniel recuperó su facultad para ver y oír a los que están en otros planos. Descubrió que había muchas almas interesantes y buenas, y que, si se regía con rectitud y actuaba con bondad, ellas eran las que le visitaban. También aprendió que hay que estar permanentemente en alerta, porque los revoltosos, los que quieren colarse por las rendijas, están pendientes de encontrar un momento de flaqueza, un portal medio abierto.

Daniel continuó con sus estudios y se apoyaba en ellos para descubrir todo lo que pudiera sobre otras formas de vida, sobre otras esferas.

Hoy en día es un reconocido espiritista, según explicó Rosalenda, por la comunidad espírita española y tiene la facultad de encontrar el canal necesario para comunicarse con el espíritu deseado. Eso es muy complicado, ya que no siempre es fácil que acuda a tu llamada el ente que buscas, bien porque no quiere, no puede (porque se encuentra en otro plano) o simplemente porque el médium no consigue hacerle llegar el mensaje.

Un par de meses atrás, esta historia me habría hecho reír. Hoy pensaba en Daniel como una solución a mis problemas.

No dormimos en toda la noche: hablamos y guardamos largos silencios.

—Me dijiste que eras capaz de «sentir» a los demás solo con darles la mano. ¿Por qué no me dices qué te hago sentir?

—Porque ya lo he hecho y me asusta. No entiendo lo que siento. No lo sé interpretar, solo sé que me asusta.

—Dímelo. Lo que sea, como sea, pero dímelo.

—Simplemente, no veo nada. Es como si tu futuro estuviera borrado.

—Eso solo se puede interpretar de una forma. ¿No tengo futuro?

—No he dicho que no tengas futuro. Digo que no puedo verlo. Quizá me bloquees de una forma inconsciente. Noto una presencia a tu lado que aparenta ser buena, pero, en realidad, es una sombra oscura. Es lo que me permites ver.

—¿Te había pasado alguna vez?

—Corina, nunca había conocido a nadie como tú. Así que no, no me había pasado anteriormente. Desde que entraste en mi vida, estoy vivenciando experiencias nuevas e inexplicables. Dejemos que las cosas sigan su curso, hay veces que no se puede hacer otra cosa.

—¿Pero esa sombra…?

—¿Has conocido recientemente a alguien?

—Sí, ya lo sabes. Álvaro, Jaime, mi jefa…, aunque con ella no tengo demasiada relación, y tú. Ninguna puede ser una sombra oscura.

—El diablo no viste de negro y enseña los cuernos. Las malas personas suelen mostrarse cercanas y confiables.

—Tengo un amigo que se mostró así durante muchos años. Me llevé un chasco con él esta misma semana —confesé acordándome de Nacho.

—No, no. Esta sombra no pertenece a tu pasado, es de alguien muy reciente —insistió.

—Estaré atenta. Tal y como me explicaste, el tiempo es relativo y puede que sea alguien que vaya a conocer próximamente.

—Alumna aplicada —manifestó orgullosa. Comenzaba a amanecer cuando nos despedimos.

—Hemos sobrevivido a una noche de pesadilla. —Empleé un tono sarcástico, aunque estaba convencida de que así había sido.

—Lo hemos hecho. Pero necesitamos ayuda, Corina. —El suyo no tenía nada de irónico, y la seriedad que empleó fue lo que más me asustó esa noche.

—Estoy aterrada. Necesito ese valor del que hablaba el colgado para superarlo.

—Sabes que reconocer un problema es la base para solucionarlo. Vamos por buen camino; además, estamos juntas.

—Rosi —la abracé—, no desaparezcas de mi vida.

Nos mantuvimos unidas largo rato. En sus brazos me sentía como en el regazo de una madre: querida y protegida. Me acariciaba el pelo y me arrullaba con palabras tranquilizadoras.

—Trataré de contactar con Daniel hoy mismo. En cuanto tenga novedades, te aviso. Cuídate, niña, mantente alerta. Si Alan vuelve, no intentes acercarte a él, espera a que Daniel te guíe.

Me besó en la frente y se fue. Al cerrar la puerta, sentí que una corriente helada invadía toda la casa.

Mirinda estaba en la cama; me acosté junto a ella y su calor me reconfortó. Froté mi frente contra la suya con suavidad y comenzó a ronronear. Por un instante, me sentí feliz.

Un mensaje de Álvaro me despertó cuatro horas después.

Álvaro: Hace un precioso día de lluvia. ¿Te apetece salir a coger una pulmonía conmigo esta tarde?

Hice un esfuerzo en contestar. Sabía que quedarme en casa no era una buena opción, y él conseguía que me sintiera bien mientras estábamos juntos.

Corina: Soy fan incondicional de las neumonías.

La respuesta fue inmediata, creo que ya la tenía escrita antes de que le contestara.

> Álvaro: Te paso a recoger a las 5. Me debes un beso de despedida que espero recibir nada más llegar.

Aproveché para levantarme a dar el desayuno a Mirinda e ir al baño.

Regresé a la cama, puse el despertador a las cuatro de la tarde e, inexplicablemente, continué durmiendo, como si la noche anterior hubiera salido de fiesta con una amiga y no como si me hubiese enterado de que soy una médium que no tiene futuro y a la que rodean espectros errantes.

Capítulo 17



Roto

Gran parte de la tarde estuvo llena de coqueteos, risas tontas y divertida carga sexual.

—Me gustas de veras, Corina. Hace meses terminé una relación de años, nos habíamos convertido en dos desconocidos acomodados. Ya no éramos las mismas personas de un tiempo atrás. La rutina te envuelve y te dejas llevar. Incluso estuvimos a punto de casarnos. Era una buena persona que no se merecía pasar el resto de su vida junto a un hombre que ya no la quería. Y, a decir verdad, creo que tampoco yo merecía renunciar a lo que siento al estar contigo.

—Los comienzos siempre son bonitos. Todos pensamos que nadie puede tener una relación tan especial como la nuestra.

—El romanticismo no es tu fuerte, está claro.

—Perdona —me disculpé—. No quería estropear el momento, parece que ese sí es mi fuerte.

—La sinceridad es una de las cosas que más me gustan de ti. Es bueno decir lo que uno piensa.

—¿Le fuiste infiel?

—Sí. Varias veces. Ahora me arrepiento. Tenía que haber dejado la relación antes de que ocurriera.

—Entonces, no fue únicamente la rutina y el haberos acomodado.

—Sí lo fue. Pero suena muy diferente explicado de una forma u otra. No quiero que pienses que soy un picaflor que anda de romance en romance.

—¿Picaflor? —Corina soltó una carcajada—. Pareces mi abuela. En cualquier caso, es una manipulación de la realidad. ¿Te estás vendiendo?

—Corina, ¡qué difícil me pones las cosas! No veo la necesidad de hablar de mis flirteos con otras mujeres o de mis infidelidades. Tal vez tengas razón y me esté vendiendo, pero ni soy perfecto ni he pretendido aparentarlo; sin embargo, me encantaría que me compraras.

Sonrió, con un brillo en sus ojos que me hizo dejar el tema.

Me mantuve en silencio, pensando en Nacho, en la vida tan poco convencional que llevaba últimamente y, más que en las mentiras contadas, en las verdades no dichas.

Álvaro lo acababa de hacer, me había resumido su relación anterior omitiendo algo que sabría que me haría pensar mal o dudar de él.

—¿Realmente no sientes curiosidad por saber en qué trabajo? ¿Dónde vivo? No sé…, lo normal cuando dos personas se conocen.

Había un ligero tono de reproche en sus palabras.

—Lo cierto es que me gusta todo lo veo, al menos, hasta el momento. No necesito más, Álvaro.

—¿Y no te has parado a pensar que a lo mejor yo sí necesito compartir contigo algunos detalles? Ya sabes, cosas insignificantes, como qué tal fue mi día en el trabajo, si me surgió algún contratiempo o si estoy feliz porque hoy es mi cumpleaños.

—¿Hoy es tu cumpleaños? —pregunté con sorpresa.

—No, no lo es. Faltan seis meses.

—Está bien ir preparando el terreno. —Reí de forma burlona—. Estoy pensando en encargar una supertarta para salir de ella. ¿Qué te gusta más, el chocolate o la nata?

Álvaro no se rio.

—Te voy a ser completamente sincero, Corina. Ya te dije que me gustas, y mucho. Quisiera que esto funcionara, pero no sé si tú estás en la misma sintonía. Si no es así, dímelo. No quiero volver a perder el tiempo ni hacérselo perder a nadie. Me lo pones muy difícil. Entre los horarios de trabajo que me impiden verte todo lo que quisiera y ese halo de misterio que te empeñas en mantener, parece que estoy teniendo una relación prohibida.

—Deja que las cosas fluyan. Puedes contarme todo lo que quieras, estaré encantada de escucharte.

—Corina, no quiero que estés «encantada de escucharme» —repitió enfatizando mis palabras—. Quiero que estés interesada. ¡Yo quiero saber todo sobre ti!

—Sabes dónde vivo, que trabajo de dependienta en una tienda, que mi gata se llama Mirinda y que beso muy bien. ¿No te parece suficiente? —Añadí una sonrisa pícara y un beso en los labios—. ¡Incluso sabes por qué me llamo Corina! Eso sí que no lo sabe todo el mundo.

—Ay, Corina, Corina, creo que contigo voy a desarrollar toda la paciencia que mi madre siempre dijo que no tenía —suspiró.

—Te echo una carrera hasta la puerta de aquella cafetería —le reté de manera impulsiva.

Justo en ese momento estaba cayendo un verdadero aguacero y el viento hacía que los paraguas fueran elementos inútiles, más armas de matar al prójimo, al voltearse y salir volando con todas las varillas desnudas, que objetos para protegerse de la lluvia.

Sin más, eché a correr. Desde la acera de enfrente, absolutamente empapada, me reí y le incité a imitarme.

Cruzó la calle corriendo y nos besamos bajo el aguacero. Fue sensual, erótico. Le deseé.

—Creo que deberíamos ir a tu coche y secarnos con esa toalla que guardas en el asiento de atrás.

—Creo que deberíamos ir a mi coche y hacer uso del asiento de atrás como los adolescentes.

Ambos soltamos una carcajada mientras el agua continuaba cayendo sobre nosotros. El coche se encontraba en un aparcamiento pocas calles más abajo.

—Cuando te propuse coger una pulmonía, no pensé que fuera literal.

—Ya ves, nunca juegues con una mujer que trata de conseguir un puesto de agente secreto: está dispuesta a todo.

—Siento defraudarte, preciosa, pero la realidad es que no soy espía ni reclutador de agentes, soy representante de joyas —soltó sin más—. Viajo prácticamente toda la semana. Cuando estoy en Madrid, me dedico a ordenar y completar el muestrario, organizar papeleo en la oficina, albaranes, cartas a los clientes…

—La próxima boda a la que vaya te pediré prestado un collar de esos que llevan las famosas, llenos de zafiros y brillantes, para ir espectacular.

—No te haría falta; con vaqueros y un jersey, ya lo estás. —Acompañó el piropo con un gesto de la mano señalándome de arriba abajo—. Me gustan los gatos. Sobre todo, los naranjas que llenan de pelitos las camisetas —aseveró mientras me quitaba uno del hombro —. Y no tengo uno porque no podría atenderlo como debiera, pero me gustaría mucho que me presentaras a Mirinda algún día.

—Uy, la cosa se pone seria. Estamos hablando de conocer a la familia. —Me costaba hablar por el frío que tenía, casi tartamudeaba.

—Estás tiritando.

—Es que estoy congelada. —Estaba calada hasta los huesos y sentía un frío horrible. La idea de la carrera no había sido demasiado buena.

—Hoy no tengo toalla con la que secarnos. ¿Te apetece ir a mi casa y darte una ducha caliente? Puedo dejarte algo de ropa seca.

—Sí, la verdad es que me apetece. —De sobra sabía lo que aquella invitación conllevaba, y quería hacerlo, me apetecía estar con él. Había conseguido suscitar mi interés por su vida, su casa, sus costumbres. Consideraba que era lo más sano: aferrarme a la vida y olvidarme de los muertos. Quién sabe si el anillo de Rosalenda era realmente un amuleto de la suerte y por eso Álvaro estaba en mi vida.

Arrancó el coche y condujo algo más de media hora hasta unos apartamentos de una zona residencial. Era una zona cara de Madrid, tranquila y muy bonita.

Un guardia de seguridad nos abrió la barrera de acceso al recinto y nos saludó cortés.

Su apartamento estaba impoluto. Decorado con tonos ocres y grises, era elegante y masculino.

—¿Vivías aquí con tu ex? —curioseé ante la ausencia de elementos femeninos.

—No. Vivíamos en un adosado en otra urbanización. Ella se quedó con la casa, y yo me mudé a este apartamento más pequeño y céntrico. ¿Te gusta?

—Mucho. Es un reflejo de ti. Ordenado, estiloso y bonito.

—Mira que me han llamado cosas, pero bonito, nunca. —Se rio—. Quítate esa ropa mojada y pasa al baño si quieres —me ofreció mientras me ayudaba a quitarme el chaquetón.

Me acompañó al baño, una enorme estancia con una preciosa y espaciosa ducha en la que entraríamos sin problema nosotros dos y mis dos amantes.

—Ahora te traigo ropa seca.

Sin esperar a que saliera, comencé a desnudarme. Se quedó mirándome, apoyó el hombro contra la pared, cruzó los brazos y puso una media sonrisa que le confería un aspecto muy seductor.

—¿No ibas a por ropa para cambiarme? —dije juguetona.

—Cambio de planes. Prefiero disfrutar del paisaje. Continúa, por favor.

Me quité la camiseta y la dejé caer al suelo. Me desabroché el pantalón y lo bajé lentamente.

Estaba en mitad de su precioso baño vestida únicamente con la ropa interior.

—Sigue —ordenó sensual.

Obediente, llevé las manos al esternón y desabroché el pequeño broche situado entre las copas del sujetador, que se abrió dejando al descubierto mis pechos.

—Sigue —repitió sin moverse.

Su voz, su pose y, sobre todo, esa seguridad con la que me exigía que continuase era de lo más erótico.

Eché los hombros ligeramente hacia atrás, permitiendo que los tirantes del sujetador resbalasen por ellos. Me sentía sexy y excitada. Deseaba que me tocase, pero continuaba sin moverse, solo me miraba, aumentando con ello mi deseo.

—Corina, acarícíate.

Le obedecí. Acaricié mis pechos, despacio. Había cerrado los ojos para sentirme más segura, menos intimidada.

—Quiero que me mires, abre los ojos y dime todo lo que sientes.

—Estoy excitada. Te deseo.

—Debes ser más precisa, quiero que me digas exactamente qué quieres.

Aquel juego me estaba volviendo loca de deseo por lo inesperado, por lo incitante, por lo apetitoso que parecía el siempre correcto Álvaro, convertido en un hombre tan seguro de sí mismo y dominante.

—Quiero que seas tú quien termine de quitarme la ropa. —Jugueteaba con mis braguitas sin apartar la mirada de él.

Se rio de una manera que hizo que me estremeciera pensando en el placer que me esperaba.

—Te consideraba más imaginativa.

Avancé hacia él y le besé con toda la pasión que sentía. Me cogió en brazos, con mis piernas rodeando su cintura, y me llevó al dormitorio. Allí continuamos con nuestro impúdico juego. Me gustó cada cosa que me hizo, cada palabra pronunciada con lujuria, cada castigo consentido y cada caricia. Me gustó tanto que olvidé que mi vida era una mierda, y aquella noche deseé, con cada poro de mi cuerpo, vivir para siempre en su cama, entre sus brazos.

—¿Cuándo te volveré a ver? ¿Viajas esta semana?

—La primera quincena de diciembre hay mucho trabajo; aunque solía haber más del que hay, no me quejo. Siempre queda algún

cliente de última hora que quiere hacer un pedido extra, solicitar condicionales… Hasta el día veinticuatro no tengo descanso. Después, me tomo unas vacaciones de una semana, día arriba, día abajo.

—Yo comienzo también a trabajar a jornada completa. Así que estaremos bastante liados.

—¿Te gusta la Navidad?

—Dentro de tres semanas hará un año que murió papá, tres días antes de Reyes. Para mí no es una buena época. Cuando él vivía, las cosas eran diferentes. Echábamos de menos a mamá, pero estábamos juntos; además, también estaban los abuelos. El año pasado fue nuestra última Navidad. Él ya tenía muchos dolores. Había adelgazado tanto que hubiera podido cogerlo en brazos como a un niño, la enfermedad se lo había llevado semanas antes de morir.

No pude evitar emocionarme, me detuve para recomponerme, no quería llorar.

—Corina, lo siento.

—Lo sé. —Guardé silencio un instante fugaz en el que se me pasó por la cabeza sincerarme, hablarle de Alan y de su propuesta: irme con él y recuperar mi vida feliz, mi familia. En lugar de hacerlo, ahogué las palabras y formaron un nudo doloroso en la garganta—. Estas navidades compraré una lata de gato especial y Mirinda y yo brindaremos con leche sin lactosa. —De nuevo usé el humor para desembarazarme de la realidad—. Y tú, ¿cómo celebras la Navidad?

—Me voy al pueblo de mis abuelos, en Asturias. Sería maravilloso que Mirinda y tú os vinierais.

—Lo sería. Pero es la primera Navidad sin papá, no quiero estar fuera de casa. De alguna manera me parece que voy a estar más

cerca de él si me quedo en nuestro hogar. Como la canción de Maná, la de *El muelle de San Blas*. Bobadas mías.

—Solo tienes que decírmelo y me quedaré.

—¿Y renunciar a ver a tus abuelos? ¡Estás loco! Piensa una cosa, Álvaro: el tiempo y las enfermedades te roban a tus seres queridos. Aprovéchalos mientras puedas, porque algún día serán un recuerdo. Vete a Asturias, bésales, abrázales, mantén su olor en tu recuerdo. Mira cada cana de su cabello, cada arruga de su cara. Memoriza el sonido de su risa, de su voz. Algún día no estarán, y esos recuerdos serán lo único que te quede.

—Suena triste.

—Es la realidad. A mí no me queda nadie. Supongo que algún primo lejano de esos que ni recuerdas el nombre. —Miré el reloj, no quería continuar esa conversación. Había llegado el momento de huir—. Se hace tarde, será mejor que me lleves a casa.

—Déjame que te prepare el desayuno.

—No. Ha sido todo perfecto, dejémoslo así.

—Para mí también lo ha sido.

El trayecto en coche fue corto. Lo amenizamos con música de los noventa. Los dos estábamos de acuerdo en que fue una época dorada para la música española. A gritos, fuimos cantando en el coche *Pájaros de barro*.

… En los mapas me pierdo, por sus hojas navego.
Ya no subo la cuesta que me lleva a tu casa,
ya no duerme mi perro, junto a tu candela…
Hoy son pájaros de barro que quieren volar.

Ese día sí hubo beso de despedida, promesas de un nuevo encuentro y de una semana cargada de llamadas y mensajes.

Lástima que, a mediados de semana, Álvaro, el hombre perfecto, recibiera un mensaje que le mostrase la cara de la verdadera Corina y arruinase lo mejor que me había sucedido en mucho tiempo.

El miércoles no se produjo la ansiada llamada de las diez de la noche en la que nos contábamos cómo había ido nuestro día y cuánto nos echábamos de menos. En su lugar, Álvaro me envió una foto en la que me estaba besando con Nacho en plena calle. Pude mentir y decirle que no era yo, que era una chica que se parecía. Pude contarle que era de antes de conocerle. Pude…, pero no lo hice.

Corina: Lo siento.

No alcancé a decir más.

Álvaro: ¿Lo sientes? No entiendo qué significa esta foto. ¿Quién me la ha enviado? ¿Por qué?

Corina: No lo sé, Álvaro, pero te aseguro que ese chico no es nadie importante. Una espinita del pasado que me quité. Él vive en Lanzarote, no le volveré a ver, y aunque viviese en el portal de al lado, tampoco querría verle de nuevo. Todo sigue igual.

Álvaro: ¿Para quién sigue igual, Corina? Nos conocemos desde hace muy poco tiempo. No somos novios formales con planes de boda ni nada por el estilo, no me debes nada, ni yo a ti. Puedes estar con quien quieras. Simplemente, me equivoqué, y las reglas de tu juego son distintas a las del mío, o, directamente, nuestros juegos son diferentes.

Corina: ¡No digas eso! Me gustan tu juego y tus reglas. Me gustaría explicarte muchas cosas,

pero lo que más me inquieta es saber quién sacó esa foto, cómo consiguió tu teléfono y qué intenciones hay detrás.

Álvaro: Corina, no creo que pueda seguir tu ritmo de vida. Sospecho que tenías razón al decirme que no era un buen momento para conocerte.

Una punzada de dolor me atravesó el corazón, así, tan dramático como suena. Me llevé la mano al pecho pensando que me estaba dando un infarto.

Corina: Álvaro, no tires la toalla, dame una oportunidad. La otra noche significó mucho para mí.

Acababa de comprender que Álvaro me importaba mucho más de lo que pensaba. Marqué su número, quería hablar con él, rechazó mi llamada; en cambio, me envió otro mensaje.

Álvaro: Hagamos una cosa. Cuando regrese de las vacaciones, hablamos. Mientras, puedes sacarte todas las espinitas que quieras. Probablemente, yo también lo haga.

Me pareció un mensaje infantil, poco apropiado para un hombre como él. Desde luego, no se lo hice saber; entendía que estaba herido, decepcionado. Tenía derecho a contestarme de esa forma.

Corina: Hablaremos a tu vuelta. Realmente lo siento y te suplico que me dejes explicártelo.

No hubo contestación.

Me quedé sentada en la cama, examinando la foto. La habían sacado en la puerta del restaurante donde cenamos. Se veía perfectamente el rótulo con el nombre del local. Si se ampliaba, a

través del ventanal, se podía ver la tele. Estaban retransmitiendo un partido de la Copa del Rey. Quien hizo la foto quiso cerciorarse de que no pudiera mentir sobre el día que fue tomada. Me sentí aliviada al no haber optado por engañar aún más a Álvaro y negar que se tratara de una imagen reciente.

No podía llorar. Por lo visto, las lágrimas las tenía reservadas para dramas mayores. Me sentía triste y avergonzada. De ninguna manera quería perder a Álvaro. Pero la magnitud de mis problemas era tal que aquello era un minúsculo granito de arena. Lo que me preocupaba era que me hubiesen seguido, me fotografiaran, consiguieran su teléfono y le enviasen esa foto.

Ojalá supiera cómo actuar.

Me acordé de Magiazul. Hacía semanas que no entraba en Grandesamigos.com.

Colonia dice: *Buenas noches, chicas.*

Calavera dice: *Creíamos que te habías borrado del grupo. ¿Qué es de tu vida?*

Galatea dice: *¡¡¡Bienvenida de nuevo!!!*

Calavera dice: *Cada vez quedamos menos. El mundo real os absorbe. Con lo bien que se vive a través de la pantalla. Sexo caliente, seguro y sin compromisos.*

Galatea dice: *Anda, loca, calla, ¿me vas a comparar el sexo real con el cibernético?*

Calavera dice: *¡Ni se me ocurre! El cibersexo es infinitamente mejor. Solo necesitas unos cuantos juguetes.*

Galatea dice: *Mira que eres* guarrona. 😂 😂 😂

Colonia dice: *Pues yo tengo un problema causado precisamente por el sexo real.*

Calavera dice: *¡Estás preñada!????*

Galatea dice: *Tú tan comedida como siempre. ¿Qué te ha pasado, Colonia?*

Colonia dice*: Tuve un* affaire *con un antiguo amigo y alguien se ha tomado la molestia de sacarnos una foto y mandársela al chico con el que estoy empezando una relación.*

Galatea dice: *Ahí lo tienes, la tecnología hundiendo el amor.*

Calavera dice: *No, guapa, ahí lo tienes, «la Colonia» dándose un gustazo a dos bandas.*

Las tres enviamos emoticonos riéndonos.

Calavera dice: *¿Y quién te ha hecho esa cabronada?*

Colonia dice: *Ni idea. Pero no sabéis el disgusto que tengo.*

Sirena dice: *Hola a todas. ¿Es cierto lo que leo? ¿Hay historias de cuernos y sexo y ni Calavera ni yo somos las protagonistas?*

Colonia dice: *Mea culpa.*

Galatea dice: *Hace un tiempo leí que la hermana del Rata te había liado una muy gorda. ¿Será ella otra vez?*

Colonia dice: *Puff, no sabría qué decir. ¿Cómo pudo conseguir el teléfono de mi chico?*

Calavera dice: *Eso tuvo que ser alguien que tuviera acceso a tu móvil, no le des más vueltas. Hay mucha zorra* anorgásmica*. ¿Cómo están de buenos tus ligues?*

Sirena dice: *Jajajaja. Eso es, Calavera, a lo práctico. Y ya puestos, como tiene dos, que nos pase uno.*

Calavera dice: *¡Coño! No lo había pensado. Colonia, decídete por uno y pásanos el otro.*

Galatea dice: *¿Qué tal estás? Aparte de enfadada.*

Colonia dice*: Preocupada. Es muy fuerte esto que ha sucedido.*

Galatea dice: *¿Has pensado en que la foto se la pudo enviar el propio chico con el que te enrollaste?*

Colonia dice*: Ni se me había pasado por la cabeza. Además, no le encuentro sentido. En ningún momento, le dije que tenía una relación; en cambio, el último día que estuvimos juntos, él sí me confesó que vivía con su novia.*

Calavera dice: *Mirad, chicas, se habla de la globalización, del calentamiento terrestre, de la explotación infantil, de la violencia de género y nadie habla de la «cabronalización a nivel mundial». Y esa es la causa de tooooodos los demás problemas, grandes y pequeños. La gente se ha vuelto tan hija de puta que lo único que tiene en mente es joder a los demás. Ya sea desertizando bosques o rompiendo relaciones.*

Galatea dice: *¿Es necesario ese vocabulario? De verdad, Calavera, que eres tremenda. No me extrañaría que Pastel y Señorita se hubieran ido por no leer tus barbaridades.*

Colonia dice: *¿Se han ido?*

Sirena dice: *Eso parece, hace mucho que no entran.*

Colonia dice: *¿Y Magiazul? Necesitaba hablar con ella.*

Sirena dice: *No tardará en incorporarse, suele entrar hacia las once. Mientras, os voy a contar lo que me pasó hoy por la tarde con una dependienta de una tienda de bolsos.*

Dejé la pantalla, no tenía ganas de escuchar la vida de Sirena; además, ellas tampoco parecían tener mucho interés en escuchar la mía.

Envié un privado a Magiazul contándole lo que había sucedido, porque supuse que no se pondría a leer la conversación cuando entrara, y quedé a la espera de recibir un mensaje que no llegó.

El trabajo me tenía agotada, aun así, me estaba costando conciliar el sueño. No dudé en recurrir a la química, necesitaba descansar para rendir en la tienda. Estábamos en plena semana de Nochebuena y la gente acudía en masa a buscar regalos para sus amigos o familiares.

Jaime estaba especialmente feliz: su romance iba viento en popa, disfrutaba del trabajo, tenía una pandilla de amigos tan divertidos como él, era joven y la vida le sonreía. En parte, me contagiaba ese ánimo cuando estábamos juntos. Al llegar a casa, me encontraba sola y eran las pastillas para dormir las que me ayudaban a sobrellevar mi vida. Ellas conseguían que las noches discurriesen sin sueños perturbadores ni desvelos.

Álvaro seguía sin contestar a mis mensajes y tampoco a mis llamadas, cada vez más escasas.

Corina: Eres muy importante para mí. No te vayas de mi vida, por favor.

Esperé un par de minutos a que llegara una contestación conciliadora, pero fue en vano, ya que ni siquiera aparecieron los *ticks* que indicaban que el mensaje había sido leído.

Acaso estuviese quitándose su espinita, pensé con resentimiento.

El día antes de Nochebuena, Rosalenda me llamó. Quería ofrecerme su compañía en esas fechas. La rechacé con cariño y me dio la sensación de que le supuso un alivio.

En Nochebuena cerramos a las siete y media. Me ofrecí a quedarme para recoger la tienda. Me miraron como si fuera un bicho raro y me enviaron para casa.

Jaime estaba radiante, tenía un regalo muy especial para su novio y se lo iba a dar esa misma noche. Después de cenar con la familia, quedarían y le entregaría un original cofre que contenía el estudio grafológico de ambos con sus compatibilidades y gustos más

secretos. Rubricalia se llamaba el inusitado regalo. El nivel de compatibilidad era altísimo y había descubierto algunas facetas de su chico que le tenían completamente arrebatado. Candela, por su parte, seguía manteniendo las distancias conmigo, pero al terminar la jornada, me sorprendió con un gesto inesperado, se aproximó a mí y me susurró al oído: «El año que viene será más fácil y, el siguiente, todavía más». Me dio un beso en la mejilla y dejó caer en mi mano un colgante de plata en forma de flor.

—Es una rosa celta. Simboliza el renacimiento, la alegría y la esperanza.

—Candela, no sé qué decir. —Los ojos se me empañaron, me pareció un gesto precioso, más necesario de lo que hubiera imaginado. Sería el único regalo que tendría esa Nochebuena.

—Me lo dio una amiga hace años. Lo necesitaba, no sé si tanto como tú, pero desde luego, estaba pasando por un momento complicado y daba la sensación de que nunca iba a encontrar un motivo para ser feliz. El día de mañana quizá se lo puedas regalar a otra persona que también lo necesite.

Estaba tan sorprendida por su generosidad que solo atiné a darle las gracias. No era consciente de que se hubiera percatado de mi situación, y mucho menos de que estuviera preocupada por mí.

Cerramos la tienda deseándonos una feliz noche y cada uno tomó el rumbo que le llevaba a casa.

Caminaba despacio, mirando los grupos de gente, casi todos de adolescentes, que se reían y hablaban a gritos, festejando esa noche tan especial. Qué afortunados eran de tener motivos para celebrarlo.

El móvil vibró en mi bolso. Lo saqué tan rápidamente como pude, deseando que fuera un mensaje de Álvaro.

> Álvaro: Os deseo una feliz Nochebuena a Mirinda
> y a ti. Disfrutad de la leche sin lactosa.

Corina: Igualmente. Te echo de menos, mucho más de lo que te puedas imaginar.

Álvaro no respondió, aun así, agradecí su felicitación. No era uno de esos horribles vídeos virales que se envían a todos los contactos. Ese mensaje fue pensado y escrito para mí.

Antes de llegar al portal, el teléfono volvió a vibrar. Esta vez era una foto muy subida de tono en el sofá de mi salón con Nacho.

Un texto acompañaba la imagen.

¿Crees que le gustará a Álvaro?

Quise contestar, pero no hubo forma. El número me tenía bloqueada, no era posible saber quién había mandado esa porquería, ni tampoco despacharme a gusto hablando con él o ella.

Se la reenvié a Nacho.

Corina: ¿Tienes algo que ver con esto?

Nacho: ¡Por supuesto que no!

Casi de inmediato volvió a escribirme.

Nacho: Revisa tu salón. Alguien te ha puesto una cámara oculta. No me envíes cosas así al móvil. Si lo hubiera cogido mi mujer, habría sido una Nochebuena para olvidar. Siento mucho que te estén haciendo la vida imposible, pero no me involucres. Yo tengo una vida feliz y muy tranquila.

No podía creer lo que estaba leyendo.

Corina: Tan feliz y tranquila que te estuviste tirando a otra una semana entera. Siento haberte molestado. Te pido, por favor, que no se la envíes a Álvaro, como hiciste con la otra. Si lo

haces, te juro que me presento en Lanzarote y recorro la isla palmo a palmo para conocer a tu mujercita. Feliz Navidad, «querido amigo».

Lo siguiente que hice fue bloquear el contacto. No quería saber nada más de él. Ahora ya no era una chica con la que vivía, ni siquiera su novia; resulta que estaba casado. ¿Qué más secretos me había ocultado todos los años de supuesta amistad?

Al entrar en casa, me puse a buscar por el salón algo que pudiera ser sospechoso, algún objeto que estuviera fuera de lugar, que me resultara llamativo. No vi nada. Con la tecnología de hoy en día, podía ser desde un mechero hasta un bolígrafo, cualquier cosa serviría para ocultar una cámara. ¿Y quién si no él pudo hacerlo? Asqueroso pervertido. Nos sacó fotos y ahora se las quería enviar a Álvaro. Seguro que, durante la noche, me miró el móvil. Qué razón tenía Jaime de escandalizarse cuando descubrió que no lo tengo con contraseña de inicio. Eso sí que es servir la venganza en plato frío. Nacho, el amigo fiel, que solo quiso meterse en mi cama y después hacerme pagar por cada vez que le rechacé.

Llegué a mi portal sin darme cuenta; los pasos me llevaron hasta allí, sin más. En el buzón, de tapa traslúcida, se veía un sobre. Me lancé sobre él, abrí la pequeña cerradura y encontré una postal de mi amiga Marta. Era una foto con Alexandro y el pequeño Esteban bajo el árbol de Navidad. Sonreí con cariño. Qué felices se les veía a los tres. Era una maravillosa familia que en una noche tan especial me tenían en su recuerdo. Abracé la postal y lancé un deseo de felicidad plena para ellos. A continuación envié un mensaje a su móvil.

Corina: Feliz Navidad, mi adorada amiga. Que se cumplan todos tus deseos para el nuevo año.

No hubo respuesta. La imaginé atareada en la cocina con los últimos preparativos para la cena. Deseé estar allí, en aquella casa cálida, rodeada de adornos navideños y esperando la llegada de Papá Noel.

Mi Nochebuena sería muy distinta. Me entretuve cinco minutos dando la cena a Mirinda, y luego me tomé una dosis extra de pastillas para dormir y me acosté.

Esa noche, cargada de buenos recuerdos, de luces y villancicos, la noche más mágica del año, es, en realidad, la peor de las torturas para los que sufrimos de soledad, para los que hemos sido infieles, para los atormentados… «Podría escribir una canción al más puro estilo de Sabina», me planteé con resolución. Nuevamente, mi humor negro hizo su aparición. Creo que mi sentido del humor reside en la parte del cerebro más ancestral: lucha y huida. Mi amígdala se defiende de los ataques externos a través de la sátira, como un aprendiz de Quevedo.

El día de Navidad desperté con la boca pastosa y mareada por la elevada dosis de somníferos.

En el salón había un paquete para mí. Estaba cuidadosamente envuelto, con un llamativo lazo y una tarjeta en la que estaba primorosamente escrito: «Corina Poverí».

Capítulo 18



El regalo

Me senté en el sofá, con una taza de café en una mano y el teléfono en la otra. No sabía a quién llamar, no tenía ni idea de cómo enfrentarme a esa preciosa caja que alguien había dejado dentro de mi casa durante la noche, mientras dormía. Llamé a la policía.

—Buenos días. Me llamo Corina Poverí y en el salón de mi casa hay un paquete a mi nombre.

—Señora, si esto es una broma, es de muy mal gusto. Tenga muy claro que yo preferiría ver cómo mi esposa abre el paquete que le dejé bajo el árbol a estar aquí atendiendo a graciosos.

—No, no es ninguna broma. Alguien ha entrado en mi casa durante la noche y ha dejado un regalo para mí.

—Señora, ¿la puerta o las ventanas tienen signos de haber sido abiertas a la fuerza?

Me acerqué a la puerta a mirar.

—No, lo cierto es que no.

—¿Ha mirado el contenido del paquete?

—No, está sin abrir. Tiene un lazo rojo y una tarjeta con mi nombre escrito.

—Pues entonces solo caben dos opciones: Papá Noel se coló por su ventana o algún amigo le ha querido dar una sorpresa. Que tenga unas felices fiestas.

Colgó el teléfono.

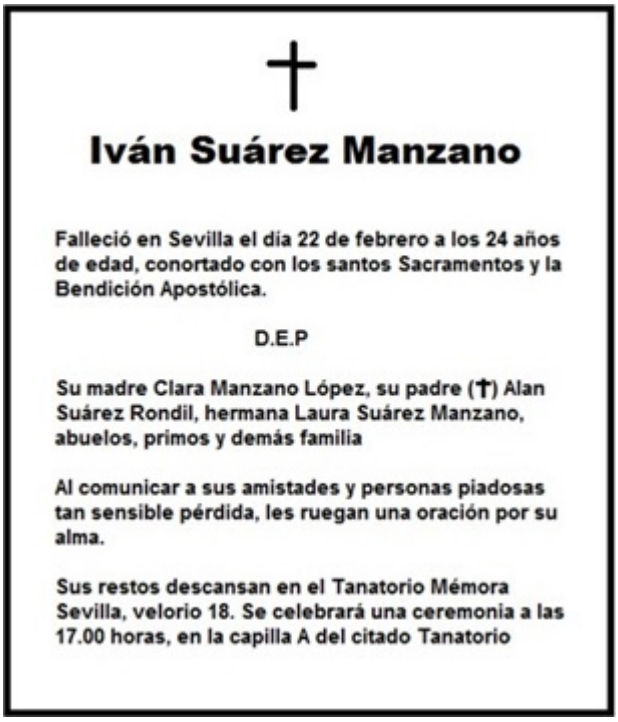
Continué sentada en el sofá. Mirinda, en cambio, se acercó a olisquear el paquete.

La llamé. No quería que se acercara a aquella caja, pero los felinos no atienden a las órdenes de los humanos.

Saltó encima de ella y mordisqueó el lazo.

En un arranque de valentía, me levanté y lo desenvolví. Era de cartón, de un tamaño semejante a la de la oficina de objetos perdidos.

Apenas pesaba. Dentro había una esquela.



†

Iván Suárez Manzano

Falleció en Sevilla el día 22 de febrero a los 24 años de edad, conortado con los santos Sacramentos y la Bendición Apostólica.

D.E.P

Su madre Clara Manzano López, su padre (†) Alan Suárez Rondil, hermana Laura Suárez Manzano, abuelos, primos y demás familia

Al comunicar a sus amistades y personas piadosas tan sensible pérdida, les ruegan una oración por su alma.

Sus restos descansan en el Tanatorio Mémora Sevilla, velorio 18. Se celebrará una ceremonia a las 17.00 horas, en la capilla A del citado Tanatorio

Acompañando a la esquela, se encontraba una jeringuilla desechable, de las de insulina, también usada por los yonquis para meterse heroína; una barra de labios gastada, de color rojo, que tenía escrito con rotulador indeleble un nombre: Laura; y un espejo de tocador plateado completaba el regalo. En el cristal había un mensaje: «Clara es una asesina». Estaba escrito con pintalabios, seguramente, el mismo que estaba en la caja.

Miré el contenido como si fuera una bomba con la cuenta atrás activada. Llamé a Rosalenda.

—Feliz Navidad, niña —anunció con alegría antes de que pudiera siquiera decirle hola.

—Feliz Navidad, Rosi.

—Sé que son fechas delicadas para ti. ¿Cómo estás?

—Ahora mismo, sorprendida, como poco. Me encuentro delante de un paquete que apareció en el salón de mi casa esta mañana, como si el mismísimo Papá Noel lo hubiera traído desde Laponia.

—No me digas más: el ligue ese que te echaste.

—Pues no, no ha sido Álvaro. Cosa que tampoco tendría explicación, porque no tiene las llaves de mi casa.

—Ahora la desconcertada soy yo. —Su tono risueño se había tornado serio, preocupado.

—Es un detallito de Alan, supongo. Este chico es muy apuesto y sería un encanto en vida, pero hay que reconocer que tiene un gusto pésimo para los regalos.

—Explícate —apremió mi amiga.

Le describí el contenido de la caja y la llamada que había hecho a la policía antes de abrirla.

—Es imperativo que veas a Daniel.

—Según lo que nos enseñan en las películas, los espíritus pueden mover cortinas y poco más. En ningún sitio nos cuentan que hagan

preciosos paquetes con lazos.

—Ya, y también nos dicen que, si alguien sufre una hipotermia, hay que frotarle con fuerza. Si lo hiciéramos, conseguiríamos romperle los tejidos. ¡Ah! Y que el amor verdadero existe, y aquí me ves, con dos divorcios a mis espaldas. Deja la caja donde está, procura no tocar nada ni llevarla a otras habitaciones. Deja que Daniel vea dónde la dejaron. Voy a llamarle ahora mismo.

—Rosalenda, hoy es el día de Navidad. Creo que, excepto tú y yo, el resto del mundo tendrá gente esperándoles para celebrarlo.

—A mí también me espera alguien, Corina; sin embargo, esto es importante.

Deseé no haber dicho aquellas palabras. No sé por qué di por supuesto que Rosalenda estaba tan sola como yo. Me había olvidado de Leo.

—Perdona.

—Te llamo ahora con la respuesta de Daniel.

Esperé con el móvil entre las manos, ansiosa porque sonara y escuchar que todo tenía una explicación racional. O despertarme, de pronto, en la cama de un hospital tras haber estado en coma un año entero y descubrir que tanto la muerte de papá como la presencia de Alan habían formado parte de una siniestra pesadilla.

Transcurrió media hora larga antes de que el teléfono sonara. Mis deseos no habían sido escuchados: seguía en el salón de mi casa y Rosalenda no tenía una explicación inmediata para lo sucedido.

—Esta tarde, a las seis, estaremos en tu casa.

—Os estaré esperando. Rosi —vacilé unos instantes—, gracias.

—Gracias a ti, niña. Me estás dando la oportunidad de adentrarme en una esfera que me era inalcanzable. Te veo en unas horas. ¿Estarás bien?

—Lo estaré.

Mentía, evidentemente. Nadie podía estar bien en semejante situación.

Estaba aterrorizada viendo aquella caja en mitad del salón, con la esquela de un muchacho, la sugerencia de que la pequeña Laura tenía problemas y con la rotunda afirmación de que Clara era la responsable. Los hijos y la mujer de Alan. La familia perfecta que, en realidad, era una familia rota. Con un padre que volvía desde el más allá porque descubría que toda su vida había sido una mentira. Que sus hijos estaban muertos, y culpaba a la mujer, por la que había abandonado a sus amigos, su familia, su barrio de siempre. La mujer con la que se casó y le engañó, no solo siendo infiel con otros hombres, sino vendiéndole una imagen que nada tenía que ver con la realidad, una apariencia falsa que todos los que estaban a su alrededor fueron capaces de desenmascarar y él no les quiso creer.

Pero ¿por qué yo? ¿Por qué me había elegido a mí cuando yo también había sufrido la pérdida de mi madre, de mi padre? Al escogerme, había conseguido hundirme, convertir mis recuerdos en un saco de basura, lleno de mentiras, de mugre. ¿Pensaría Alan que mi madre era la culpable de su muerte? Mi padre era el amante de su mujer, y mi madre le mató en aquel accidente. ¿Sería esto su venganza? Fuera como fuera, no entendía que me atormentara a mí y no a Clara.

Clara, la mujer perfecta, guapa, rica, con estudios. Un lujo que no estaba al alcance de nadie en aquel barrio pobre. Exclusivamente Alan, con un físico de revista, como había dicho Magiazul, igual que un modelo de perfume, había conseguido llevarse el pastel. Pastel que resultó ser un fraude; aunque por fuera pareciera un dulce delicado y delicioso, por dentro estaba podrido.

¿Cómo engatusaría a papá? Mamá era una mujer guapa. Es cierto que carecía de esa elegancia que tienen algunas personas, como

Clara, sin duda. Ella era sencilla, sin grandes pretensiones. Era esposa y madre ante todo. Trabajadora, cariñosa. Provenía de una familia humilde que le había inculcado unos valores sólidos de respeto a sí misma y a los demás. Ese es el recuerdo que tengo de ella, la idea que papá me forjó a lo largo de los años.

Mis abuelos maternos vivían lejos, en Gallur, un precioso pueblo de Zaragoza al que iba cada verano de visita una semana. Ellos venían a Madrid también de vez en cuando. Me contaban historias de cuando mamá era pequeña. Decían lo mismo que papá, que yo era su fiel retrato, y a mí me llenaba de orgullo.

Hubo una Navidad en la que nos reunimos todos: los abuelos maternos, paternos, papá y yo. Tenía 15 años, en plena edad del pavo, pero me sentía como una niña con la familia al completo en casa.

Ya se fueron. Todo el que está a mi lado, al final se marcha, al final muere.

A las seis en punto de la tarde sonó el timbre del portal. Daniel y Rosi habían llegado.

Aunque la Navidad no se celebra en todo el mundo, la globalización y el consumismo la han extendido a casi un tercio del planeta. De un modo u otro, con más o menos sentimiento religioso, la Navidad es una de esas épocas del año en la que la Tierra se vuelve más colorida, más luminosa. «Una bomba energética para el cosmos», como nos explicó Daniel.

Abrí la puerta, esperando encontrar un personaje semejante a Rosalenda. Puede que un hombre amanerado, tal vez un anciano con collares y anillos, quizá con un fular y gafas de montura extravagante. En su lugar, me encontré con un hombre que vestía un elegante traje de marca, llevaba un maletín en la mano y un corte de pelo clásico; hasta su perfume me resultó impropio para la

imagen que había ideado. Rosalenda venía acompañada del director de un banco, no de un médium.

—Pasad, por favor.

Extendí mi mano cuando Rosalenda nos presentó. La cogió entre las suyas, apretándome con fuerza. Agachó levemente la cabeza y cerró los ojos. No duró más de unos segundos, lo suficiente para incomodarme.

—Corina, veo que tienes mucha compañía a tu alrededor. Debemos abrir una puerta para invitar a salir a algunos de estos visitantes a los que seguramente no hayas llamado.

Me estremecí al oír sus palabras.

Capítulo 19



Sesión espiritista

—Voy a dejar esto en la cocina —dijo Rosi, levantando ligeramente una mano que trasportaba una bolsa grande.

Mientras la mujer desaparecía, Daniel y yo nos sentamos en el sofá.

—Rosi me ha puesto al corriente de los hechos que se han producido durante los últimos meses. Sé que tienes algunos elementos tangibles, como esa caja y alguna carta; más tarde necesitaré trabajar con ellos. Antes de comenzar la sesión, me gustaría saber unas cosas. Cuanta más información tenga, más fácil me resultará invocar al espíritu que deseamos, porque, como te dije al entrar, te encuentras rodeada de presencias. Algunas simplemente se han acercado a ti por curiosidad, al ver que lo hacían otros espíritus. En cambio, hay entidades que han venido expresamente para aprovecharse de ti, de tu energía y del nivel de vibración en el que te encuentras.

»Tanto en nuestro plano como en otros, hay seres que quieren aprovecharse de nosotros. En el plano físico, algunos pueden quitarte el dinero, la casa, a tus amigos… En el plano astral sucede algo parecido. Es un reservorio de átomos manipulables a través del pensamiento y del deseo. Ellos no van a quitarte el dinero; en cambio, sí todo lo intangible, incluso las ganas de vivir. Son ladrones de energía, de felicidad. No sabes cuántas personas con ansiedad o depresión, en realidad, lo que tienen es una carga de ánimas rodeándolas, más bien, acorralándolas hasta no dejar que puedan ni respirar.

»Ahora mismo te encuentras entre un mar de almas que quieren distintas cosas. Alan, tu padre, tu madre, tus abuelos intentan llegar hasta ti para ayudarte, pero les resulta muy difícil porque les apartan, les cierran el paso. De manera que puede que parte de los mensajes que has recibido no sean meramente de Alan. Él te pidió ayuda a través del libro de la biblioteca; al tirarlo junto con sus pertenencias, le diste la espalda, pero el portal ya estaba abierto y por él han ido entrando esencias de todo tipo.

Daniel se había sentado a mi lado en el sofá y me había vuelto a coger las manos. Hablaba con sosiego, mirándome a los ojos.

—Hoy vamos a hacer una limpieza. Aunque no te puedo asegurar que consiga que se vayan todos los espíritus que tienes adheridos, procuraré que los más problemáticos se alejen. Otros se irán por su cuenta, y alguno se quedará, pero no te preocupes por ellos, no te harán ningún daño, porque las oraciones de invocación y cierre te dotarán de protección. También procuraremos ayudar a Alan a llegar hasta ti para que pueda darte el mensaje que tanto necesita. A nuestro favor está la época del año en la que nos encontramos, cargada de energía positiva, la mayoría proveniente de millones de niños que viven esta época de una forma tan intensa que dotan al

universo de una carga extra de energía. Mi trabajo consiste en ser el crisol que recoge esa energía y la transfiere de Alan a ti. Ahora necesito que me cuentes, con toda la minuciosidad que seas capaz, cada suceso paranormal que has vivido.

Hablamos durante más de dos horas. No quería saber únicamente los hechos, sino también qué sensaciones, emociones, recuerdos y percepciones había experimentado. Iba haciendo anotaciones en una libreta y, junto a alguna de las notas, dibujaba unos símbolos que no pude reconocer.

Al terminar, estaba exhausta.

—Lo has hecho muy bien. Por favor, tráeme todo lo que Alan te ha ido entregando. Si has grabado alguna llamada telefónica, también quisiera oírla.

Le llevé las cartas, la caja en la que venía la rosa (aunque la flor la había tirado), la foto y, por supuesto, mi regalo de Navidad. No había grabado ninguna llamada.

—Me gustaría quedarme a solas con estos objetos, necesito silencio absoluto. —Miró a Rosalenda y le pidió que me prepara una tisana—. Necesita reponerse, y tus brebajes son siempre eficaces. —Dirigió su mirada hacia mí y afirmó—: Soy consciente de que, al revivir todos estos hechos, te has descargado de energía. Debes reponerla, la vas a necesitar.

—Acompáñame a la cocina, niña, vamos a revitalizar ese cuerpo y esa mente. Rosalenda sacó de la bolsa que había traído un frasco de cristal que contenía diferentes hierbas. Puso el agua a hervir y añadió una generosa porción de aquellas hojas.

—Imagino que estarás inquieta después de conocer a Daniel.

—Emplearía otro adjetivo, Rosalenda, «inquieta» me parece demasiado suave. Estoy aterrada. Hay un hombre en mi salón

diciéndome que vivo rodeada de muertos que tienen secuestrada a mi familia. Es completamente perturbador.

—No. No ha dicho eso. Vives una realidad muy dura, no es necesario aderezarla con más drama. Ya es suficientemente espeluznante.

—Pues yo es lo que he oído: que a mi alrededor hay un montón de entes y que mi familia quiere ayudarme, pero no les permiten hacerlo.

—Tómate esta infusión. Estamos aquí para buscar soluciones y las vamos a encontrar. Tranquilízate todo lo que puedas, porque una mente tranquila es más receptiva que un manojo de nervios.

—¿Cómo lo conociste?

—Es uno de mis exmaridos.

—¿De verdad? —No pude evitar sonreír—. ¿Cómo que uno? Pero ¿cuántos exmaridos tienes?

—Solo otro más. Y sí, pequeña bruja, ríete. Me estás haciendo pasar el día de Navidad con uno de ellos. ¡Ya puedes estarme eternamente agradecida!

La abracé con cariño.

—Ay, Rosi. —Suspiré—. Nunca vas a dejar de sorprenderme.

La amargura de la infusión me hacía poner muecas de disgusto.

—Lo sé, lo sé. Sabe fatal, pero enseguida notarás sus efectos.

—Resulta que eres una verdadera bruja, con pócimas incluidas. —Se rio de mi ocurrencia—. No te he contado una cosa: alguien envió una foto a Álvaro en la que se veía cómo me besaba con mi amigo Nacho. A mí también me llegó una, la habían hecho desde el salón de casa. —Con cierta vergüenza, saqué el móvil y se la enseñé.

—Corina, veo que eliges mal a tus amigos. Esta foto solo pudo hacerla el propio Nacho. Ya conoces el refrán: «El perro del hortelano ni come ni deja comer».

A la mente me vino Magiazul, tan dada a utilizar refranes populares para darme consejos. No quería ni pensar en su reacción cuando se enterase del circo que se estaba montando en mi casa el día de Navidad.

Daniel se presentó en la puerta de la cocina.

—Creo que es hora de comenzar —anunció con solemnidad. Los tres juntos regresamos al salón.

El hombre abrió su maletín y sacó un mantel blanco, que puso encima de la mesa, una campanilla dorada y tres velas.

Nos dio unas breves explicaciones.

—Es importante que nos cojamos de las manos tanto al inicio como al finalizar la sesión. Abrimos un portal que debemos sellar. Pase lo que pase, no separéis las manos cuando os lo indique.

—¿No utilizas una güija o algo parecido? —le interrumpí. Rosalenda y él se echaron una mirada cómplice.

—Corina, él no necesita el tablero para establecer conexión. Para Daniel, hablar con los muertos es como para ti hacerlo con la panadera.

—Hoy queremos invocar a Alan —retomó la palabra el médium—, un espíritu inquieto que está tomándose más licencias de las que debiera. Debemos mostrarnos firmes con él y, por supuesto, brindarle la ayuda que podamos. Como ya te dije, a tu alrededor hay multitud de presencias del bajo astral que desearán formar parte de esta sesión y vamos a darles la oportunidad perfecta para entrar en un plano que les está vetado, de ahí la importancia de que no separéis las manos a la hora de sellar la entrada. Si lo hiciésemos, aunque fuera durante un segundo, Corina se encontraría desamparada y las consecuencias serían imprevisibles.

Me estremecí pensando cuáles podrían ser esas consecuencias. Preferí mantenerme ignorante y no hacer averiguaciones acerca de

ello, pero comprendí que no soltaría sus manos bajo ningún pretexto, no necesitaba más información.

—Comenzaré con una oración, pidiendo ayuda y protección. Después invocaré a Alan. Entonces podréis realizar las preguntas que consideréis oportunas. Rosi, tú le conociste en vida, por eso quiero que le preguntes algo que solo pueda responderte él; de esa manera, nos cercioramos de que no es un espíritu burlón que quiere suplantar su personalidad.

—Me gustaría encerrar a Mirinda en la habitación, me preocupa que pueda sucederle algo.

Desde que Daniel llegó a casa, la gata estaba arisca, bufaba y tenía erizado el lomo y el rabo.

—Los animales son extremadamente sensibles a las presencias. Mucho antes de que tú sintieras a cualquiera de los que te acompañan, ella ya lo había hecho. Los animales viven en sintonía con la naturaleza, y lo paranormal forma parte de la vida, aunque para muchos de nosotros sea difícil de entender. Ella ve, oye y siente las entidades que te rodean con la misma facilidad que lo hago yo, seguramente, con mucha más fuerza. La no-vida es parte de la existencia; una forma diferente de transcurrir en tiempo y espacio a la nuestra, nada más. Guárdala, si te sientes más segura.

Así lo hice. La besé y acaricié y le hice mil promesas de volver con ella cuando todo hubiera terminado. No pude evitar recordar la cantidad de veces que se quedaba mirando a la nada con total atención, ¿estaría viendo a esas entidades de las que me hablaban?

Regresé al salón. Estaban sentados sobre la alfombra, frente a la mesa. Ya habían dispuesto sobre el mantel las velas y la campanita. Me senté en el sitio que me fue indicado y Daniel anunció por segunda vez:

—Rosi, Corina, es la hora.

Tocó tres veces la campanilla, nos ofreció las palmas de sus manos y juntos formamos un círculo alrededor de la pequeña mesa. Las velas encendidas eran la única claridad que había en la estancia, las cortinas estaban corridas y la luz eléctrica apagada. Daniel entonó el salmo.

—El que habita al abrigo del Altísimo morará bajo la sombra del Omnipotente. Señor, tú eres mi esperanza, mi fortaleza, tú eres mi Dios, en quien confío. Porque podrán caer a mi lado muchos, mas sé que a mí no me llegarán porque el universo me vela y he puesto mi esperanza en la luz blanca de los justos. Confío en ti y me siento seguro sabiendo que no me sobrevendrá ningún mal ni entrará ninguna plaga en mi morada.

La llama de una de las velas creció considerablemente, y la temperatura, como tantas veces hubiera leído en libros de terror, descendió en el salón.

Los tres manteníamos las manos cogidas. La luz de la vela me había hipnotizado y no podía apartar la vista de aquella llama díscola que ascendía proporcionando más claridad, pero también provocando más sombras en la estancia.

Daniel continuó.

—Hoy celebramos el nacimiento de Jesucristo, y el universo entero está cargado de energía, de amor y bondad, por eso os pedimos, seres oscuros, que huyáis de la luz que proyecta nuestra esencia. No sois bienvenidos a la casa de Corina, os mostramos el camino para abandonar este lugar. Ordenamos a todos aquellos que no seáis nombrados que renunciéis a este plano y que la luz que hemos encendido para vosotros os sirva para encontrar el camino de vuelta al lugar que os corresponde.

Masculló unas palabras que no pude entender y entonó una nueva oración.

—Con todo el afecto de mi alma, te ruego, Hijo de Bondad, que intercedas en favor de esas almas perdidas, abogando por la condonación de todos sus pecados y amarguras, para que puedan dejar atrás el sufrimiento y se regocijen en el cielo de la presencia amorosa de Dios.

Cuando finalizó la oración, se aclaró la garganta y exclamó con un ímpetu que me sobresaltó.

—Alan, a ti es a quien invocamos. Queremos darte respuestas para que liberes a Corina de tu presencia. Pertenecéis a dos mundos divergentes que deben convivir en armonía, pero separados. Haznos una señal si te encuentras entre nosotros.

Silencio.

Daniel retomó su petición.

—Alan, estamos reunidos para que puedas hablar con Corina y despedirte de ella. Debéis seguir vuestros caminos de forma paralela. Haznos una señal si estás entre nosotros.

Unos golpes contundentes sonaron en la sala. Me resultaba imposible especificar de dónde provenían exactamente.

—Eres bienvenido a nuestra reunión. Te presto mi voz para que puedas comunicarte con libertad.

Daniel y Rosalenda soltaron mis manos y sentí que me caía a un mar negro, profundo. Me faltaba el aire. Rosalenda me cogió la mano nuevamente.

—Tranquila, estamos contigo —musitó con dulzura.

Daniel pronunció mi nombre. Al menos, su boca era la que gesticulaba, pero hablaba de manera diferente, con otro acento y otra tonalidad.

—*Corina*.

Rosalenda intervino con prontitud.

—Alan, por protección hacia Corina, necesitamos una prueba de que eres tú realmente quien está con nosotros. Necesito que respondas a una pregunta: ¿Qué dedicatoria te escribió Leo en la carpeta del instituto?

—Afortunadamente, tu necesidad obsesiva de contarme todos tus problemas se corresponde con mi obsesiva necesidad de ofrecer consejos inútiles.

La respuesta fue inmediata. Rosalenda continuó hablando.

—Eres bienvenido, amigo mío. Estamos aquí para ayudarte. Corina está con nosotros, dispuesta a escuchar lo que le tengas que decir.

—Corina, mi dulce amor.

—Alan… —No podía responder, simplemente no sabía cómo enfrentarme a esas palabras.

—Tu padre siente un gran pesar por el daño que te ha ocasionado y pide tu perdón.

Incontrolables lágrimas brotaron de mis ojos.

—Papá —gimoteé—. Papá, te quiero mucho, te perdono, papá. Perdóname tú por mi intransigencia.

—No está con nosotros. Le llegará tu mensaje.

—Alan, ¿mamá está bien?

—Tu madre descansa tranquila, siempre ha sido así.

—¿Qué pasó aquella noche? ¿La noche que moriste?

—Recibí una llamada de tu madre, me contó que Esteban y Clara estaban juntos. Lloraba, sufría. Fuimos a buscarlos. Recuerdo un fogonazo de luz y el final del dolor.

—¿Qué esperas de mí?

—Clara manipuló a tu padre. Le engañó, igual que a mí. Asesinó a mis hijos. Mi pequeño Iván se suicidó. ¡Jamás encontrará la paz!

Unos golpes horribles retumbaron en la sala. Rosalenda habló.

—Alan, tranquilo, nosotros estamos aquí para ayudarte, para ayudaros. Los golpes cesaron. —Rosi apretó mi mano incitándome a seguir hablando.

—Yo no tengo la culpa.

—Corina, tú eres un alma pura y buena. Clara embaucó a tu padre, y antes a otros muchos. Consiguió que mi pequeña Laura viviera el infierno de las drogas, de la prostitución. Clara vestía ropa cara, y mis hijos se morían.

—¿Cómo puedo ayudarte?

—Soy yo el que puede ayudarte a ti. Prometo devolverte a tus padres. Los has visto jóvenes, sanos y felices. Te ofrezco el amor verdadero, una eternidad repleta de felicidad. Sin dolor, sin ver cómo tu cuerpo envejece. Tú y yo juntos. Déjate llevar e irás entendiendo.

Rosalenda me apretó la mano con fuerza y trató de coger la de Daniel, pero este se apartó.

—Daniel, vuelve, vuelve —suplicaba—. ¡Daniel!

—Ven conmigo, Corina. Ven. Te amo. A cambio, te daré la plena felicidad.

Las velas se apagaron de repente y fuertes golpes resonaron por toda la casa. Mirinda empezó a maullar, eran alaridos de miedo, quizá de dolor. No lo podía soportar.

—¡Quiero que termine esto! —rugí con pánico. Rosalenda encendió las velas, Daniel estaba en el suelo.

—No te muevas, niña, no podemos dejar abierto el portal.

Cogió la campanilla y, por tres veces, la hizo sonar. Un agudo tañido tras otro consiguió frenar la furia de aquellos golpes.

—Coge la mano de Daniel. Inconsciente o no, debemos cerrar el círculo. Empezamos tres y finalizamos tres.

Estiradas, en una posición que hacía aún más delirante aquella situación, cogimos las manos del hombre. Con firmeza, Rosalenda

habló.

—Agradecemos a los espíritus de alma blanca que han querido venir a comunicarse con nosotros. Con humildad, les rogamos protección y cuidado. Al despedirse de nosotros, les suplicamos que nos doten de fuerza para hacer el bien, amar al prójimo y respetar a Dios, nuestro Padre Celestial. Rogamos por el alma de aquellos espíritus que lloran, sufren o tienen el mal impreso en su interior. Les pedimos con fervor que se alejen de nosotros tras cerrar esta sesión, implorando a la misericordia divina que los guíe en su camino hacia la luz.

Al terminar, la mujer se levantó y fue junto al cuerpo de Daniel. Le llamó y agitó suavemente. El hombre volvió en sí, estaba desorientado.

Lo primero que dijo nada más abrir los ojos fue:

—Vete a abrir a tu gata, nos va a volver la cabeza loca con esos maullidos.

Corrí a la habitación y abrí la puerta. Encima de la cama estaba mi pobre gatita, escondida entre los cojines. Se había orinado.

—Rubita, estoy contigo, estamos juntas.

Apreté con cuidado su pequeño cuerpo contra al mío. Cerré los ojos y una oleada de amor por aquel indefenso ser consiguió reconfortarme. Entendí que había alguien todavía más desamparado que yo y que podía darle consuelo.

Sin soltarla, regresé al salón. Se quedó mirando fijamente a Rosalenda y empezó a bufar; saltó de mis brazos, arañándome sin intención, y corrió a refugiarse de nuevo a la habitación.

Daniel estaba sentado en el sofá, bebía un vaso de agua que Rosi le había ofrecido. Eran cerca de las once de la noche.

—Necesitamos comer algo —dijo Daniel.

—Creo que tengo algo de queso y fruta —ofrecí, confusa por la petición.

Yo no quería comer, ¿cómo podía alguien tener hambre en esa situación? ¡Quería respuestas!

—No te preocupes, vengo preparada. —Rosi sonrió.

Fue a la cocina y apareció con varios recipientes de plástico.

—En Nochebuena siempre sobra comida.

—Una sesión espiritista supone un gasto de energía enorme. Hemos tenido muchos espectadores esta noche, y ese choque de energías hace que nos sintamos vulnerables. Necesitamos comer para recuperarnos. El portal se cerró de forma precipitada, yo me encontraba inconsciente, de manera que solo dos personas vibrando en la frecuencia de los vivos estaban presentes.

Capítulo 20



Te escojo a ti

Comimos sin hablar. Asombrosamente, tenía hambre. Daniel rompió el silencio.

—A partir del momento en que Alan habló a través de mí, recuerdo poco o nada. Rosi, cuéntame qué ha sucedido, y tú, Corina, dime cómo te sientes.

Fue Rosalenda la que habló, yo todavía estaba procesando lo que había pasado.

—Tras hacer la pregunta de confirmación, Alan comenzó a hablar sobre la familia de Corina. Le dijo que su padre estaba apenado y le pedía perdón, que su madre era feliz y, ahora que había obtenido el perdón de su hija, Esteban también lo era. Hasta ahí, todo fue bien.

Rosalenda se aclaró la garganta y tomó fuerzas para seguir.

—¿Hasta ahí? ¿Qué pasó después? —apremió el hombre.

—Se puso violento. Corina le preguntaba qué podía hacer por él, y entonces Alan se puso a dar golpes, a gritar. Culpa a Clara de las desgracias de sus hijos: el chico se suicidó, y la niña cayó en las

drogas. —Con una entonación grave aseveró—: Pidió a Corina que se fuera con él.

—¿Estás segura de que el espíritu que se comunicó con nosotros hoy es Alan?

—No, no lo estoy. Es cierto que respondió correctamente cuando le hice la pregunta de confirmación, pero no me puedo imaginar al Alan que yo conocía actuando con esa violencia.

—Rosi, seguramente tú actuarías con igual furia si vieras, sin poder hacer nada, cómo tus hijos toman ese camino. —Le defendí—. Lo que no entiendo es que, cuando se comunicó conmigo la primera vez, me dijo que era un padre de familia y esposo feliz. ¿En qué momento cambió eso?

—Seguro que Rosi está de acuerdo conmigo: cuando entró en contacto con el plano terrenal, todos los recuerdos que tenía borrados se fueron haciendo más claros. Desapareció la idealización que tenía de su vida en la Tierra, hasta que pudo ver los acontecimientos que sucedieron después de su muerte. Se puso en contacto contigo porque tiene un asunto pendiente, incapaz de recordar por la diferencia de vibración energética.

»Nos encontramos ante un ente furioso, cuya cólera irá creciendo más y más a medida que vaya recordando lo sucedido con su familia. Se encuentra frustrado porque no pudo ayudar a sus hijos, lo que más quería en este mundo, y ahora, por algún motivo que se escapa a nuestra comprensión, tiene un nuevo objetivo. Ese objetivo eres tú, Corina. Alan conoce tus necesidades, tus ilusiones, y también tus debilidades. Él consigue que te sientas deseada y que alguien te necesita. Como confesabas antes, quieres que llegue la noche para soñar con él, estás con un hombre real y fantaseas con Alan, eso alimenta su ego. Ha creado un hombre fuerte, atractivo, un amante complaciente, un personaje perfecto que puede

devolverte a tu familia, lo que más anhelas. Te voy a ser sincero: lo que más me asusta de todo es que él cree estar enamorado de ti y, cuando te hace todas esas promesas, tiene la firme convicción de que puede cumplirlas.

—¡Es absurdo! La única manera de ir con él, de volver con mi familia, sería… sería que yo también estuviera muerta.

—Así es. Corina, estás en grave peligro. Yo no puedo recordar lo sucedido en las sesiones, aunque sí me quedan en el interior trazos de sus sentimientos. Es un espíritu con mucha, muchísima fuerza, y no parará hasta conseguir lo que desea para pasar al otro lado: justicia para sus hijos y tenerte junto a él.

Rosalenda me tenía abrazada, como hacía siempre que me sentía vulnerable; acariciaba mi pelo y, de vez en cuando, me besaba en la cabeza.

—Tranquila, niña, no estás sola, vamos a resolverlo.

—Rosi, te lo dije muchas veces: no prometas cosas que no sabes si podrás cumplir.

Aquel comentario me dejó helada.

—Daniel, ¿estás diciendo que no hay nada que hacer, que debo vivir a la sombra de un fantasma?

—No exactamente. Estoy diciendo que aún no sé a qué nos enfrentamos. A diferencia de Rosi, yo sí pienso que pueda ser Alan. Se siente despechado, y acabar enamorando a la hija del hombre que mantenía un romance con su mujer es una venganza perfecta. Estamos hablando de un marido leal y un padre cariñoso que ha descubierto los engaños de su mujer y el peor de los desenlaces para sus hijos. No sabemos cómo puede reaccionar alguien en esas circunstancias.

Comencé a llorar en silencio, con lágrimas gruesas, de las que ruedan por las mejillas sin querer llamar la atención, esas que son

las que más duelen porque indican que el cuerpo está tan lleno de angustia que rebosa por los lagrimales de pura tristeza.

El día de Navidad había terminado hacía una hora. Me preguntaba si toda esa energía que Daniel había dicho que había sido expulsada al universo ya se había disipado o aún mantenía su fuerza. Lancé una plegaria silenciosa, pidiendo a mis padres que recogieran parte de ese poder y me lo hicieran llegar.

—Corina —Rosalenda me sacó de mi ensimismamiento—, Daniel y yo debemos irnos. Tómate esta pastilla para dormir. —Alargó la palma de la mano abierta con una pequeña cápsula blanca.

—No quiero dormir, me da miedo cerrar los ojos, no sé si los volveré a abrir.

—Mañana lo verás todo de forma diferente. Sé que hoy han sucedido demasiadas cosas. El organismo es sabio y sabrá cómo encontrar la forma de darte el equilibrio que necesitas. Yo estaré a tu lado, pero hoy no. A Daniel y a mí todavía nos queda trabajo por hacer, y es mejor que tú no estés presente. Con el estado de ánimo en que te encuentras, eres un blanco fácil, no debes exponerte más. ¡Bastante has hecho ya!

—Rosi, por favor —le rogué—, no me dejes sola.

Daniel cogió mis manos y con firmeza me explicó.

—Hoy hemos establecido una conexión entre el mundo de los vivos y el de los muertos. Abrimos una puerta que no fue cerrada como debe hacerse. Ahora debemos hacer un trabajo para sellar el portal. Mañana tendremos que regresar aquí. Ahora debes dormir y nosotros terminar lo que hemos empezado.

—Descansa, cariño, y hazme caso: toma la pastilla, te sentirás mucho mejor. Además, mañana tienes que trabajar todo el día.

De mala gana cogí la pequeña gragea. Rosi me sirvió un poco de agua en un vaso y me lo ofreció.

—Verás cómo tienes un sueño reparador. No temas por Alan, nosotros estaremos controlándolo. —Guiñó un ojo tratando de serenarme.

Mirinda estaba en la habitación, esperándome. Cambié la ropa de la cama y la eché en el cubo de la ropa sucia. La pastilla ya había comenzado a hacer su efecto, me encontraba mareada, parecía que flotase.

Al acostarme, recé una oración y volví a pedir protección a mis padres.

Aunque no lo quisiera confesar, me sentía emocionada tras haber escuchado la declaración de Alan: me amaba. Y, por mucho que Daniel y Rosi lo pusieran en duda, le había creído. Todos necesitamos amar y ser amados. Nosotros, simplemente, estábamos en planos diferentes. Sentía una ternura infinita por aquel padre cuyo dolor traspasaba las barreras del tiempo, de la materia y de la propia vida. Un padre cuyos hijos habían caído en la desgracia del suicidio, de la drogadicción, de la prostitución. No se me ocurre mayor sufrimiento. Alan solo quería de mí comprensión, amor. Y yo se lo podía dar.

El despertador sonó con estridencia, juraría que no habían transcurrido ni quince minutos desde que cerré los ojos hasta que ese aparato infernal inició su estruendosa cantinela.

Me duché y, tras hacer las primeras labores de la mañana, me dirigí al trabajo, contenta de salir de aquella casa, pero acongojada por dejar sola a mi querida gatita con el ejército de muertos que convivían con nosotras.

Como venía siendo habitual todo el mes, Jaime y yo comimos juntos en un bar cercano. Los primeros días pedíamos el plato del día, estaba rico y era barato, pero ahora nos tomábamos un refresco

y un pincho para volver rápido a la tienda y dar el relevo a Candela. El ritmo de las ventas así lo requería.

Durante la comida, lógicamente, no hablé nada de mi jubilosa Navidad. Lo que sí le conté fue lo de las fotos subiditas de tono que habían llegado al móvil de Álvaro primero y luego al mío.

—La de casa seguro que la hizo el propio Nacho: ya te demostró que de amigos, nada; ese quería lo que quería, y punto. La que más me preocupa es la de la calle, porque solo veo dos opciones: que Nacho sea el inspector Gadget y sacara un brazo extensible para hacer la foto desde la otra acera o que alguien os estuviese espiando con la peor de las intenciones. Chica, el mundo está lleno de envidiosos. Menudo regalito de Navidad te ha hecho. —Cogió mi mano por encima de la mesa con afecto—. Siento que tu historia de amor ya no sea perfecta, aunque es probable que Álvaro se lo piense mejor y te dé otra oportunidad. En realidad, no tenéis aún una relación seria. Los principios pueden tener deslices, otra cosa son los finales, consecuencias de repetir los deslices del principio.

Siempre conseguía sacarme una sonrisa y, por un momento, me pareció que aquel era mi único problema: que el chico que me gustaba se había enfadado conmigo. Qué facilidad tenía Jaime para hacer de este un mundo mejor.

La agradable compañía de Jaime y el ajetreo del trabajo consiguieron que olvidase la macabra reunión que había tenido lugar la noche anterior en mi casa y la cita que tenía pendiente con aquel peculiar ex matrimonio.

Rosalenda me envió un mensaje a las cuatro de la tarde.

—Esta noche, a las 21:30, estaremos en tu casa.

Me sorprendió lo aséptico del mensaje viniendo de una mujer tan maternal y dada a las palabras cariñosas. Sin duda, su situación también era complicada. Tuvo que experimentar un fortísimo choque

emocional al comprobar que uno de los mejores amigos de la familia, ya fallecido, no había podido seguir su viaje y «vivía» atormentado. Anoche, además, Alan reveló que se había transformado en una entidad oscura y peligrosa. Y la única familia con la que podía compartir estos sucesos era un hermano con alzhéimer, lo que lo inhabilitaba para cualquier tipo de confidencia o consuelo.

Mi vida se reducía a trabajar, visitar el supermercado ocasionalmente y meterme en casa. Ese 26 de diciembre no fue diferente. Salí del trabajo y me encaminé a casa. Tenía ganas de comprobar que Mirinda estaba bien. Si no fuera por ella, hubiera puesto el apartamento en venta esa misma mañana con todo lo que había dentro para no volver a poner un pie en él. Esa idea fue cobrando forma todo el día en mi cabeza: en cuanto terminase la temporada de Navidad y de rebajas y volviera a tener media jornada, miraría con detenimiento la forma de vender el piso y comprar uno nuevo, más pequeño, más luminoso y, sobre todo, con menos historia. Me había forjado la ilusión de que algunos de esos espíritus que tenía adheridos, como había dicho Daniel, se quedasen a vivir en la vieja casa y me dejasen en paz.

Mirinda estaba tranquila y la casa desordenada, pero con una apariencia normal. Me entretuve adecentándolo todo acompañada de música, para evitar que el silencio me aplastase.

Puntuales, llamaron al telefonillo del portal a la hora acordada.

Encontré diferente a Rosalenda. No solo por su aspecto exterior: llevaba un pantalón negro y un jersey amarillo pálido. Estaba muy favorecida porque resaltaba su tez morena y su pelo negro. Vestía como cualquier mujer de su edad, sin complementos grotescos. También su trato era distinto.

—Buenas noches, Corina. —No acompañó el saludo de un abrazo ni de un beso, como solía hacer.

—Rosi, Daniel, no os hacéis una idea de lo agradecida que estoy. Sois lo único que tengo en el mundo. Rosalenda, si no fuera por ti… —me temblaba la voz al hablar—, creo que ya habría tirado la toalla.

—No, tú no eres de esas —opinó tajante—. Se hace tarde y yo estoy cansadísima. Anoche tu trabajo nos llevó tres horas, hoy apenas he dormido.

Su tono era recriminatorio.

—Os lo agradezco de veras. —Con cierto apuro, comenté—: Todavía no hemos hablado del precio de tus…, de vuestros —corregí — servicios. Por supuesto, pienso pagaros lo que sea necesario.

No me parecía ni el momento ni el tema más adecuado para tratar, pero algo no encajaba y no sabía qué era. Se me ocurrió que esto para ellos era un trabajo, un modo de ganarse la vida, y yo no les había preguntado cuál sería el importe ni la forma de pago. ¡Era todo tan ridículamente disparatado!

—No es el momento, Corina —espetó resolutivo Daniel—. Ahora vamos a centrarnos en lo que nos ha traído aquí.

Poco a poco fue sacando diferentes objetos de su maletín: un mantelito blanco inmaculado, que hubiera pasado por el de ayer si no fuera por el bordado de una cruz que tenía en el centro; un metrónomo piramidal de madera con la aguja de bronce, tres velas iguales a las de la noche anterior, unas varitas de incienso y un péndulo formado por siete piedras de distintos colores.

—Está formado por siete piedras que conectan con los chakras —me explicó el hombre mientras seguía ocupado sacando y colocando cosas.

Rosalenda se mantenía callada, sentada en el sillón de la salita.

—¿Queréis tomar un café o una infusión? —les ofrecí.

—No, gracias —respondieron casi al unísono.

Decidí guardar silencio, no sabía si la tensión que, de forma evidente, se notaba en el ambiente provenía de su relación como expareja o de los nervios por lo que fuera a tener lugar a continuación.

Daniel terminó de disponer en la mesa, de manera ordenada, lo que había traído. Se puso de rodillas frente a la misma y masculló unas palabras.

—Corina, ya está todo preparado. Necesito que te tumbes en el suelo. Vamos a hacer un ejercicio de relajación para despejar tu mente, liberar tus pensamientos y llevarte a un estado de paz que me permita acceder a todos esos recovecos que ha invadido la presencia de Alan.

Obedecí sin cuestionar nada.

Rosalenda seguía callada, como una mera espectadora.

—Cierra los ojos. Respira profundamente, cogiendo aire por la nariz y soltándolo muy despacio por la boca. Cada inspiración que hagas llenará tus pulmones de calma y quietud; con cada inspiración conseguirás expulsar tus preocupaciones, acallarás tu mente y confortarás tu corazón.

Lo último que vi antes de cerrar los ojos fue a Daniel cogiendo el péndulo multicolor.

Podía sentir sus manos tocando diferentes partes de mi cuerpo, presionando ligeramente las sienes, masajeándome los dedos de las manos y de los pies, arrastrándolas por mi pecho como si estuviera limpiándome de polvo la camisa.

—Continúa manteniendo la atención en cada inhalación y cada exhalación que hagas. No existe nada más para ti. Solo aire.

Me llegó el olor del incienso que había encendido, paseó por mi cuerpo una varita, impregnándome del aroma que desprendía.

Rosalenda se incorporó a la escena. Oí cómo murmuraba una letanía de la que podía entender alguna palabra suelta.

—… liberación…, familia… protección.

Por mucho que intentara concentrarme en la respiración y dejar mi mente en blanco, era imposible. Excepto la vista, tenía en alerta el resto de los sentidos. No me encontraba a gusto, estaba indefensa. Pensé en Magiazul y sus consejos sobre meter gente extraña en casa: no se me ocurría gente más rara que la que estaba ahora campando a sus anchas por mi salón.

Otro olor, diferente al incienso, comenzó a vagar por la sala. Noté el aliento cercano de alguien; después, un soplido llevó hasta mi nariz unas partículas diminutas. Abrí los ojos y vi a Daniel a mi lado, muy cerca de mi cara. Mantenía extendida una mano, que, sin duda, contenía el polvo que había inspirado. Traté de levantarme, pero Rosalenda me sujetó la cabeza y se acercó a mi oído.

—No opongas resistencia, lo harás más difícil. Estamos aquí para brindarte ayuda. Hay que reprogramarte.

Aún pude notar cómo me incorporaban y me daban un líquido que podría ser agua, no tenía sabor ni olor.

—Bebe —oí—. Debes hidratarte.

—Relax, relax, relax. Acalla tu mente, relaja tu cuerpo, déjate guiar.

Una sucesión de imágenes corrió alocada por mi cabeza.

Alan me besa.

Alan se ríe.

Mis padres me abrazan.

Un niño muerto.

Alan me mira y sonríe.

Papá regala una rosa a mamá.

Una niña vomitada, sucia, tirada en el suelo.

Alan está feliz.

Yo estoy feliz.

Una mujer muerta.

Alan me coge la mano.

Álvaro está con otra mujer.

Álvaro grita enfadado.

Álvaro besa a la mujer muerta.

Bailo con Alan.

Soy muy feliz.

Desperté en mi cama. Eran las seis de la mañana y estaba sola.

Tenía la boca seca y no recordaba prácticamente nada de lo ocurrido la noche anterior.

Mirinda no estaba en la habitación. Eso me ayudó a despertar del todo y levantarme a buscarla.

—¡Mirinda, Mirinda! —la llamé con urgencia.

Estaba en el salón, durmiendo encima de la ropa que llevaba puesta el día anterior. Movió una oreja hacia mí y me di por saludada.

No regresé a la cama, aunque quedaban casi dos horas para que sonara el despertador. Bebí un gran vaso de agua y picoteé un poco de la tarta que había sobrado del día de Navidad. Había que reconocer que Rosi cocinaba como los ángeles.

Me encontraba inusualmente alegre.

Recogí la casa, me duché y me entretuve maquillándome como hacía tiempo. Escogí un vestido ajustado que resaltaba mi figura. Aunque luego tuviera que cambiarme y ponerme el uniforme de la tienda, no me importaba, quería sentirme guapa.

Álvaro acudió a mi mente, pensé que quizá tuviera razón al decir que no estamos hechos el uno para el otro. Él no encajaba en mi vida, no en este momento, y dudaba mucho que lo pudiera hacer

más adelante. Le estaba agradecida por haberme mantenido ilusionada unas semanas que fueron complicadas para mí, pero no teníamos una relación seria, ¡ni mucho menos! Era demasiado acaparador. No me gustaba cómo me había juzgado por una foto que tampoco tenía tanta importancia, solo se veía cómo me besaba con un chico. Si hubiera visto la del salón… Aun así, él no era mi novio. No tenía derecho a enfadarse de ese modo, a tratarme como si yo fuera una cualquiera.

Sentía que era una mujer mucho más fuerte de lo que aparentaba y que había llegado el momento de demostrárselo al mundo. Hacía mucho, mucho tiempo que no tenía esa agradable sensación, creo que podría remontarme a dos años atrás, justo antes de que le diagnosticaran el cáncer a papá.

El día era soleado, aunque hacía un frío tremendo, lo que no impedía que las calles estuvieran inundadas de paseantes. Madrid siempre es un hervidero de gente y, en estas fechas, la población parece que se multiplica por diez. La ciudad se llena de turistas y visitantes que acuden a pasar las fiestas con sus familiares y amigos. La capital ya goza de una multiculturalidad asombrosa todo el año, pero la Navidad, en su faceta más amable, nos regala rostros de todos los colores, sonrisas infantiles y miradas ilusionadas.

Así veía el mundo ese día, cargado de color y optimismo.

Estaba deseando que llegara la hora del descanso para llamar a Rosi. Por la mañana, bien temprano, me había enviado un mensaje:

> Rosalenda: Espero que hayas descansado. Todo ha salido según lo previsto. A partir de ahora, las cosas van a ir muy bien.

El mundo ya no era un lugar aterrador y oscuro. Me sentía deseada por el hombre más sensual que pudiera haber. Un hombre que me prometía la eternidad de manera literal y recuperar a mis

padres. Tenían tanto que hablar con ellos, tantos besos y abrazos que dar y recibir. Estaba a mi alcance conseguir lo que siempre había anhelado, lo que cualquiera ambicionaría: amor, juventud, familia. Sabía que el precio que tendría que pagar era muy alto…, o no tanto. Total, ¿qué me retenía aquí frente a la oportunidad de encontrar el amor verdadero y recuperar a mis padres? Pensaba en mi madre, en todo lo que no habíamos podido vivir juntas, en los secretos que no había escuchado, en las ilusiones que no había compartido con ella. Volvería a oler su aroma; no lo recordaba. Le comuniqué a Jaime que no comeríamos juntos. Necesitaba estar a solas para hablar con mi amiga Rosalenda.

Marqué su número desde mi lista de contactos.

—Hola, Corina, pensé que no me llamarías nunca. Llevo pegada a este trasto toda la mañana.

Volvía a ser la misma de siempre, risueña y cariñosa.

—Ya sabes que los momentos importantes no me gusta vivirlos de forma precipitada. Hablar contigo era algo muy importante. Ya me disgusta hacerlo por teléfono.

—¿Cómo te encuentras?

—Feliz. Valoro hacer algunos cambios en mi vida. Quiero llegar a casa y pensar tranquilamente. Serán cambios importantes.

—Daniel y yo estamos muy satisfechos del resultado de nuestra labor. Hacía tiempo que no trabajábamos juntos, ha sido interesante.

—Me gustaría saber qué pasó anoche.

—Daniel hizo un trabajo de reprogramación de tu mente. Con el paso de los años, vamos cogiendo apegos a cosas, tanto físicas como ideológicas. Las fijamos de manera que nos condicionan todo: las amistades que escogemos, las decisiones que tomamos, las creencias, nuestro estado de ánimo, absolutamente todo.

—Rosi, Alan no está en mi cabeza, él es real.

—Lo sé, es real. Pero tu mente estaba bloqueada, emitía en una frecuencia que no vibraba en sintonía con tus circunstancias. Ahora está todo bien.

—Así me siento, como si hubiera encontrado la pieza del puzle debajo de la cama y por fin pudiera terminarlo. Rosalenda, lo que Alan me propone también es real, ¿verdad?

—Corina, estás pisando un terreno escabroso. Tú vives en un plano, y él en otro. Ambos sois reales, pero el mundo de los muertos y el de los vivos no deberían juntarse.

—Hay una única solución: uno de los dos tiene que cambiar de universo.

—El universo es infinito, y en él cohabitan todos los planos.

—No te pongas metafísica —me burlé—. Era un modo de expresarme.

—No estoy segura de entender bien lo que quieres decir. Solo te pido un favor: reflexiona, medita lo que vas a hacer. Eres joven, inteligente, guapa. Tienes toda una vida por delante.

—Hay un dicho que dice: «El que lee mucho y viaja mucho, ve mucho y sabe mucho». Desde niña he sido una gran lectora y no se me ocurre un viaje que me pueda proporcionar más sabiduría ni más felicidad. Rosalenda, podría ver a mi madre, la perdí cuando era muy pequeña. Dime, ¿a qué niña de este planeta le dicen que puede volver a ver a su madre y va a renunciar a ello? Esto es un cuento de hadas con príncipe incluido, con el final más feliz que puedas imaginar.

—En la mayoría de los cuentos de hadas salen brujas y ogros. Hoy me resulta imposible verte. ¿Quedamos mañana?

—¿Tienes el domingo libre?

—A partir de las tres.

—Podríamos pasar la tarde juntas —le sugerí.

—Perfecto. De todos modos, cuenta con que mantendré mi teléfono encendido día y noche por si me necesitas —me tranquilizó.

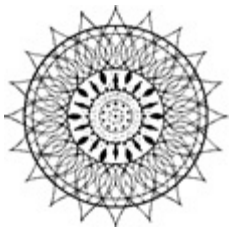
—Por cierto, ¿vuestros honorarios…?

—Los míos, no, los de Daniel. No te preocupes, ya lo arreglé con él.

—Eres mi ángel de la guarda.

—Nos vemos el domingo. Un beso, cielo.

Capítulo 21



Segunda sesión espiritista

Comencé mi búsqueda por internet. Tenía los nombres y apellidos de los hijos de Alan. Quería visitar la tumba de Iván y comprobar si podía ayudar de algún modo a Laura, si seguía con vida. Resultó infructuosa.

Me puse en contacto con el tanatorio Mémora de Sevilla. Tuve la suerte de dar con una recepcionista encantadora que no me puso demasiadas trabas. Desgraciadamente, la información que tenía era poca e inútil para mis propósitos, ya que me notificó que los restos de Iván habían sido incinerados. En sus registros no figuraba ningún otro dato.

Laura Suárez Manzano me entretuvo muchas horas delante del ordenador. Encontré unas cien mujeres con ese nombre. Nada en sus perfiles parecía encajar con la Laura que buscaba. Pensé en la posibilidad de que hubiera fallecido, igual que su hermano. La caja contenía una jeringuilla, y Alan había dicho que se drogaba. A lo mejor no solo era suyo el pintalabios; además, el espejo dejaba un

mensaje contundente: Clara era una asesina. Llamé nuevamente al tanatorio de Mémora. No figuraba ningún registro con ese nombre. Me apenó la idea de no poder presentar mis respetos ante el cuerpo de Iván ni hallar resto alguno de Laura. Era una forma de rendir homenaje a Alan, de hacer llegar a sus hijos el mensaje de que su padre los amaba y aún pensaba en ellos.

Poco a poco había interiorizado el padecimiento de Alan, un padre de familia destrozado por la muerte de sus hijos. Aquello que el día de Navidad me había estremecido y había hecho que sintiera terror, ahora me llenaba de compasión hacia un hombre maravilloso que solo expresaba sus sentimientos. Un hombre que me amaba, que quería pasar la eternidad junto a mí.

Entré en Grandesamigos.com. La verdad es que no tenía intención de hablar con nadie, simplemente lo hice por costumbre. Había eliminado la función de recibir notificaciones al móvil, así que no sabía nada del grupo desde hacía un par de semanas, quizá algo más.

Magiazul me había enviado varios mensajes. La última vez que entré, le conté que Álvaro había recibido una foto en la que me besaba con Nacho. ¡Parecía que hubiera transcurrido una eternidad!

Magialuz dice: *Siento mucho lo de Álvaro, pero no tenéis una relación seria aún, seguro que todo vuelve a ser un camino de rosas cuando os sentéis a hablar. De todas formas, quien juega con los sentimientos de una persona se gana una cita con el karma* 😉 😉.

Magialuz dice: *¿Qué tal las fiestas? ¿Has sabido algo de tu amorcito?*

Magialuz dice: *¿Va todo bien? Me tienes preocupada. No seguirás metida en rollos con la bruja esa y el fantasma, ¿verdad?*

Magialuz dice: *Feliz Navidad. Contesta, por favor.*

Resultó ser una buena amiga esta Magiazul, pero dudaba mucho de que entendiera mi situación actual. Únicamente alguien que hubiera visto lo que vi y sentido lo que sentí podía entenderlo.

No respondí a ninguno de sus mensajes.

Vivía por y para la noche. Me metía en la cama temprano tras tomar la infusión que Rosalenda me había dado. «Te ayudará a conectar», me había explicado. Ponía los audífonos y escuchaba una maravillosa música que Daniel había preparado para mí. Me había grabado dos audios diferentes. Uno, aunque conseguía relajarme llevándome casi al sueño, me gustaba menos. Las notas eran disonantes, casi como el pitido de una tetera, camufladas entre otros sonidos más armónicos. El segundo contenía, según me explicó Rosi, mensajes subliminales para activar el poder de mi mente, mi glándula pineal. No comprendí muy bien cómo funcionaban, era uno de los temas que trataría con mi amiga. Luego vagaba por el mundo onírico en busca de Alan. Cada noche que pasaba con él resultaba más increíble aún que la anterior.

—Alan, Alan. ¿Dónde estás?

—Te estoy viendo, sigue mi voz.

La música de fondo me envolvía en un mundo de sensaciones que nunca había experimentado. Los olores, el canto de pájaros tropicales me trasladaban a un paraíso en el que Alan y yo paseábamos cogidos de la mano por la arena cálida. Hacíamos el amor como si el tiempo se hubiera detenido. Acariciaba mi cuerpo con maestría, con pasión y yo…, yo me dejaba llevar por aquel éxtasis, por ese placer infinito. La música seguía marcando un ritmo envolvente, maravilloso.

Después nos bañábamos en las aguas de aquel mar cálido y tranquilo. Mis padres me recibían con amor.

—Pequeña, ¿dónde has estado? Quedamos en una estrella cerca de la Luna y no llegabas —me decía mamá.

—Mamá, te quiero tanto.

Nos fundíamos en un abrazo interminable. Papá y Alan contemplaban la escena con una sonrisa en los labios.

Al despertar, contaba a Mirinda con todo detalle mis sueños.

—Rubita, es el mejor lugar del universo. Debemos ir allí.

Llegó el domingo, tenía ganas de hablar con Rosi. Era la única persona en el mundo capaz de comprender mi situación, a nadie más le podía contar lo que me estaba ocurriendo.

Quedamos en una cafetería de aire retro de lo más chic que habían abierto esas navidades. Las tres de la tarde de un domingo no era una hora de mucha concurrencia, así que pudimos escoger mesa, una que quedaba cerca de un gran ventanal por el que se podía ver caer la lluvia.

—Dos chocolates, por favor.

—No seas mala. Tú, con ese cuerpecito que tienes, puedes tomar todos los chocolates que quieras, en cambio, yo estoy sentenciada a las infusiones. —Dirigiéndose a la camarera, rectificó el pedido—. Chocolate para ella, y una menta-poleo para mí, por favor.

En cuanto la camarera nos dejó a solas, Rosalenda abordó el tema de frente.

—¿Estás tomando las infusiones y escuchando los audios? ¿Haces los ejercicios de relajación?

—Sí. Cumplo al pie de la letra vuestras indicaciones.

—¿Has notado algún cambio?

—Los sueños que tengo son más nítidos. Hay veces que me levanto con la impresión de haber estado con Alan realmente, de haber abrazado a papá, de sentir aún los besos de mamá. Es una sensación tan placentera que me dura todo el día.

—Corina, durante mucho tiempo viviste anclada en el pasado, regodeándote en tu dolor. Tuviste relaciones que fracasaron, perdiste amigos, te encerraste en casa. Ahora descubres que ese periodo formó parte de un aprendizaje. Cientos de huellas impresas dentro de ti te han enseñado el camino que has de seguir. El pasado nos ayuda a crear el futuro, y cuando sabemos qué futuro deseamos vivir, el presente es hermoso.

Nos llevaron a la mesa el pedido.

Mi chocolate humeaba desprendiendo un seductor olor.

Soplé, con malicia, hacia Rosi, para que le llegara el irresistible aroma. Apartó la taza de infusión y llamó a la camarera.

—Señorita, por favor, tráigame una taza de chocolate.

La chica se rio mientras retiraba la menta-poleo.

—Un día es un día —la animó con simpatía.

—Eres Satanás, lo sabes, ¿verdad?

No pude más que levantarme y darle un beso.

—Anda, no seas gruñona; además, con la cantidad de azúcar que echas a tus infusiones, el chocolate es una bebida *light.* Disfruta de este pequeño pecado.

—Mala —dijo riéndose—. No eres ni la sombra de la persona que conocí meses atrás. Irradias alegría. Me hace inmensamente feliz. Daniel me ha propuesto que hagamos otra sesión la semana que viene.

—Creí que me ibas a decir que te había propuesto matrimonio de nuevo.

—Lo que digo, eres el mismísimo diablo. ¿No te parece suficiente haberme hecho pasar la Navidad con él?

—Sí, tienes el cielo ganado, Rosi, eso es innegable. Cuéntame lo de la sesión. Me encantaría repetirla.

—Lo cierto es que no es conveniente invocar a un espíritu con demasiada frecuencia, porque podemos confundirle. Podría interpretar que pertenece a nuestro mundo, y eso sería peligroso para todos. Él quedaría atrapado en una burbuja entre dos planos sin poder evolucionar. Nosotros también correríamos el riesgo de confundir la realidad con el mundo onírico. Hay que ser muy coherente con lo que se hace. Además, la última sesión fue muy intensa. Daniel estuvo en la cama un par de días con fiebre y malestar. Ahora sabe que entre el espíritu de Alan y tú existe una conexión tan fuerte que Alan se apoderó de él y no pudo controlar la situación. Lleva preparándose desde entonces para la siguiente sesión. Para un médium, encontrar a un espíritu vivo con uno muerto, que no se hayan siquiera conocido en vida, con un vínculo tan grande que lo dejen fuera de juego, es un reto. Daniel tiene muchas cualidades positivas, muchas. Es una gran persona, pero su ego es casi tan grande como su testarudez.

—Yo sigo pensando que Alan quiere algo concreto de mí. No me puedo creer que, de la noche a la mañana, un alma errante se haya enamorado de una humana.

—Para mí todo esto es tan nuevo como para ti. Me parece igual de imposible que una humana, como tú dices, se haya enamorado de un espíritu. La reacción normal sería sentir un miedo atroz.

—Y eso es lo que sentía. Pero he descubierto que existe algo más allá fuera de toda duda. Que mis padres viven, que el amor de mi vida no comparte mi mismo… ¿plano astral, lo llamáis? —Rosalenda asintió con la cabeza—. Sin embargo, esa es mi realidad.

—Espera a la siguiente sesión. Como bien dices, Alan quiere algo de ti, aparte de esa historia de amor imposible que haya surgido entre vosotros.

—¿Imposible? Nada es imposible.

—No sé si es la inconsciencia de la juventud o que eres tremendamente inocente.

—Rosi, no soy una chiquilla de quince años.

—Lo sé, Corina, pero, por mucho que te duela, Alan está muerto.

—Ya, y aun así me envía regalos, me llama por teléfono, me escribe cartas… Pocos novios tan entregados he tenido, por no decir ninguno. Entiendo lo que me dices y soy consciente de ello. Ahora entiende tú que no pueda evitar fantasear con la idea. Imagina que alguien te brinda la oportunidad de recuperar a tu hermano, de despertar y darte cuenta de que todo fue un mal sueño, que Leo está sano y sus recuerdos intactos. ¿Qué pensarías?

—Nada sería tan maravilloso como eso, pero también sopesaría lo que tengo que pagar a cambio. ¿Tú lo estás haciendo?

—Yo me estoy dejando llevar. Tengo momentos en los que lo veo clarísimo; luego me vengo abajo y creo que mi imaginación me está jugando una mala pasada.

—Por fin algo de cordura.

Terminamos nuestros chocolates y nos despedimos acordando hablar durante la semana. Me comprometí a continuar con los audios, las infusiones y las relajaciones. Y le garanticé que procuraría poner los pies en la tierra.

El fin de año transcurrió con más pena que gloria.

Los días señalados constantemente nos recuerdan, a aquellos que sufrimos la pérdida de algún ser querido, que no están. Y aunque yo contaba con el consuelo de la certeza de que estaban bien, su ausencia no me resultaba menos dolorosa.

Álvaro me envió un nuevo mensaje.

> Álvaro: Feliz año, Corina. Espero que pasadas estas fechas podamos volver a vernos tomando un café o corriendo por el parque.

Corina: Feliz año, Álvaro.

No necesitaba añadir nada más.

La semana antes de Reyes, agradecí la vorágine de trabajo que tuvimos en la tienda, sobre todo, el 3 de enero. Quería escapar de esa fecha, del monstruo que suponía para mí el 3 en el calendario en un mes de enero. Esa noche hablé con papá.

—Papá, sé que puedes oírme. Te echo mucho de menos, tanto que no quiero seguir aquí sin ti y sin mamá. Papa, ayúdame, como siempre hiciste. Guíame. ¿Qué debo hacer?

Esperé y esperé despierta, sin resultados. Ninguna señal se hizo presente.

Continué con mis plegarias, pidiéndole consejo, protección, una manifestación. Entonces se me ocurrió. Compraría una güija y, de esa forma, podría contactar no solo con él, sino con mamá y con Alan. No necesitaba esperar a Daniel para hacer sesiones de comunicación. Con esa solución llegó el sueño.

A medida que se acercaba el día de Reyes, las ventas se intensificaron aún más, de forma que acordamos turnarnos para ir a comer. Prácticamente, no podía hablar con Jaime. El pequeño comercio tenía que aprovechar las épocas de venta y permanecía abierto de nueve y media de la mañana a nueve de la noche. Candela nos agradecía nuestro esfuerzo. El día antes de Reyes, que cerramos a las once de la noche, un sobre con una más que generosa recompensa nos esperaba en el vestuario.

—Sois el mejor equipo que se pueda tener. Jaime, como siempre, me has demostrado que velas por la tienda como si el negocio fuera tuyo. Quiero agradecerte también la incorporación de Corina. Gracias a tu recomendación, contamos con la dependienta que tiene la sonrisa más bonita de todo Madrid. Corina, me parece encomiable que llegues cada día a la tienda con esa preciosa sonrisa y palabras

atentas para cada cliente. Por cierto, se me olvidaba, llegó este paquete para ti, pero con el follón que hemos tenido, no me di cuenta de avisarte.

Cogí la caja con ilusión.

—Es mi regalo de Reyes. Espero que no te moleste que haya puesto la dirección del trabajo.

—Por supuesto que no. Lo bueno que tiene autorregalarse es que siempre se acierta.

Le agradecimos efusivamente su generosidad y nos dimos un abrazo sincero.

Me acosté nerviosa, igual que cuando era niña y esperaba a los Reyes Magos. Ese año, el regalo no me lo traería Baltasar ni Melchor, tampoco Gaspar, serían Daniel y Rosalenda, que volverían a mi casa para establecer otra vez contacto con Alan.

—Mañana volverás a pasarlo mal, Mirinda. Seguro que también yo me asusto, pero piensa que vamos a volver a hablar con Alan y sabré más cosas de papá y mamá. ¿Te imaginas estar todos juntos? Ojalá encontrase la forma.

Hacía frío; incluso dentro de casa, la temperatura era baja. Mirinda llevaba gran parte del otoño y lo que llevábamos de invierno metiéndose en la cama conmigo para dormir. Mi pequeña estufita de pelo. Pensé divertida que si las centrales hidroeléctricas supieran el calor que desprende un gato dentro de la cama nos cobrarían por tenerlos.

Por la mañana, no había ningún regalo en el salón. Miento. Mirinda tenía un juguete para gatos que le había comprado. Lo había envuelto con el papel de regalo de la tienda. Lo rasgó con las uñas y lo mordisqueó hasta que dejó al descubierto el contenido. Jugamos un buen rato. Con tanto trabajo, apenas le había prestado atención en las últimas semanas.

De pronto recordé que también yo tenía un regalo de Reyes. Mi tablero de güija, pedido por internet. Las instrucciones venían en inglés, con algunas expresiones que no supe traducir, así que acudí al traductor de Google.

A las cinco de la tarde llegaron Daniel y Rosalenda.

—Feliz Día de Reyes.

Daniel vestía con elegancia un traje azul marino. Rosalenda también iba ataviada con un estiloso vestido y un abrigo de paño. Sospeché que quería impresionar a su exmarido.

Nos sentamos en el salón frente a una taza de café.

El ambiente era más distendido que en las reuniones anteriores. Daniel comenzó a hablar.

—Rosi me ha contado que tu estado de ánimo ha mejorado mucho estos días. Eso indica que has seguido nuestros consejos.

—Sí, como una niña obediente —bromeé.

—Bien. —Sonrió—. Nos estás facilitando la labor. Hoy vamos a volver a contactar con Alan. Me he preparado para ello. Esta vez no me va a coger desprevenido con su fuerza, vuestra fuerza, porque juntos originái s un vórtice entre las dos esferas que es arrollador. No sé si la palabra «amor» es la más indicada para una relación así. De lo que no cabe duda, es de que existe un vínculo especial entre los dos.

—Estoy deseando volver a contactar con él.

—Seguro que él también está deseando ser invitado. ¿Has tenido alguna manifestación estos días?

—No. Solo sueños.

—Eso quiere decir que el portal quedó sellado. Volveremos a abrirlo, y deberá cerrarse al terminar. Por muy atractiva que te resulte la idea de dejarlo abierto para contactar con él cuando

quieras, es peligroso. Ya te expliqué que vibras en una frecuencia demasiado atractiva para los entes que viven en otros planos.

De pronto se fijó en que, junto a la mesa del ordenador, estaba mi flamante tablero de güija. Su semblante cambió por completo, volviéndose muy serio.

—¿De dónde has sacado eso? —Se dirigió a Rosalenda—: ¿Tú lo sabías?

Se puso en pie e hizo ademán de irse.

No comprendí nada de lo que estaba sucediendo. Miré a Rosalenda con cara de preocupación.

—Daniel, espera. Deja que se explique.

—Dejamos muy claro que no podía establecer contacto por ella misma. Hemos invertido mucho trabajo, esfuerzo y salud en este proyecto para que lo tire por la borda sin más.

—Lo siento. No la he utilizado. Me la han regalado y la tengo como mero adorno —mentí con cobardía.

—¿Regalado? ¿Quién te ha hecho ese regalo? ¿Le has hablado a alguien de nosotros, de las sesiones?

—No, no lo he hecho. Me la regaló mi vecina, Pili, la señora que vive enfrente. También me dio varias novelas rosas que no voy a leer en la vida. Me dijo que el tablero acompañaba a una novela, de regalo, pero que tenerla en su casa le originaba mucha desazón.

No me podía creer la cantidad de mentiras que acababa de inventarme en un momento, creo que me salieron por pura supervivencia. No iba a permitir que Daniel se fuera y perder la oportunidad de comunicarme con Alan o con mis padres.

—Hoy mismo la bajo a la basura —les di mi palabra.

—Corina, debes entender lo importante que resulta que estas sesiones sean confidenciales. El mundo de los espíritus no es un juego. Rosalenda sabe de primera mano que en nuestro trabajo hay

mucho estafador. La seriedad y la privacidad son primordiales. No debes contar a nadie lo que estás viviendo, ni tampoco debes hablar de nosotros. Una vez que terminemos el trabajo, tendrás libertad para hacerlo, pero durante el tiempo que estemos juntos en este proyecto, el silencio es imprescindible.

Se dirigió a Rosalenda con aire enfadado.

—Rosi, di por hecho que te habrías encargado de hacerle ver la importancia de esto. Una vez más, demuestras que tus sentimientos están por encima de tu profesionalidad.

Traté de interceder por mi amiga, pero ambos me pidieron que dejara el tema.

Llevé el tablero a la cocina y lo puse junto al cubo de la basura, más tarde ya lo rescataría.

—Corina, antes de comenzar la sesión, necesito que entiendas una serie de conceptos básicos de física cuántica.

Daniel inició su exposición.

—Ciencia, religión y filosofía caminan en la misma dirección. Desde todos los campos, nos planteamos las mismas incógnitas. Cada ámbito trata de buscar la solución acorde a su forma de actuar y, en la mayoría de los casos, las respuestas que se obtienen son las mismas. Ahora bien, las explicaciones que cada disciplina expone se pueden interpretar de manera muy diversa.

»Una forma sencilla de entender qué está sucediendo en tu vida es tomar la teoría del espejo: el mundo se comporta como un espejo dual. En un lado está lo físico, la materia. En el otro lado está el mundo metafísico o cuántico, es decir, el mundo de las ideas. Cuando te comes un yogur, ¿qué haces al terminar?

—Tiro el envase —respondí sorprendida.

—¡Efectivamente! Tiras el envase, pero el yogur se mantiene en tu cuerpo proporcionándote las vitaminas y minerales que aporta el

alimento. Eres capaz de entender un hecho tan simple, ¿verdad? —Asentí—. Pues algo similar sucede con nuestro cuerpo: cuando la enfermedad o la vejez estropean el envase, lo tiramos a la basura, es decir, lo enterramos, lo incineramos, lo momificamos; en resumen, nos deshacemos de él. La materia se tira. En cambio, y ahora, Corina, viene lo realmente importante, el alma, el espíritu, como lo quieras llamar, se mantiene. Entonces, yo pregunto: si el envase caduca y la mente no, ¿cuál de los dos espejos es el que tiene la imagen real? ¿Aquel en el que vemos solamente lo físico, o el otro, en el que se reflejan nuestras ideas y pensamientos imperecederos?

Me quedé callada, pensativa. Nunca me había enfrentado a un pensamiento similar. Sobre todo, ahora que contemplaba la realidad desde un prisma mucho más amplio que hacía unos meses, porque era consciente de que verdaderamente existían otros planos diferentes al de la materia.

—Querida Corina, no soy yo, un donnadie, quien lo dice. La vida es una extensión de nuestros pensamientos, como defendía Platón. En *La tabla esmeralda*, del gran alquimista Hermes Trismegisto, se recogen conocimientos ancestrales: «Lo que es arriba es abajo, y lo que es abajo es arriba», y así volvemos al símil del espejo.

—Daniel, creo que sí, que lo entiendo.

—Corina, somos creadores, porque estamos hechos a imagen y semejanza de Dios, y él es creador. Tú tienes la capacidad de crear ese mundo maravilloso en el que te reencuentras con tus padres y vives una historia de amor con Alan. Es imprescindible que nos cercioremos de que es Alan quien te habla, y no un espíritu maligno. Por eso es tan importante que guardes silencio, que esto no traspase estas paredes, que no invites a otros espíritus a tu vida. El fuego

quema, y tú, con la atracción que levantas por la frecuencia vibratoria en la que te encuentras, puedes arder.

Decidí que, después de que se marcharan, sí tiraría mi precioso tablero de güija a la basura.

—Ahora necesito unos minutos de relax. Corina, tú deberías tomar la infusión de Rosalenda y guardar a esa gata que tan poco aprecio me tiene.

—De acuerdo, pero con una condición —ambos me miraron extrañados—: poder echar azúcar a ese brebaje horrible.

Unas alegres risas rompieron la tensión de la sala.

—Por Dios, Rosi, apiádate de la pobre muchacha y échale azúcar a la tisana, que bastante ha sufrido ya.

Como hicimos tres semanas atrás, nos reunimos frente a la mesa.

Daniel hizo sonar por tres veces la campanilla y, cogidos de las manos, comenzó a hablar.

—Rogamos al Señor Dios omnipresente que nos envíe buenos espíritus y aleje de nosotros a aquellos que no sean capaces de seguir la luz. Aparta de nosotros las entidades oscuras y malévolas que puedan desviarnos de la caridad y el amor. Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, ayúdanos a invocar a aquellos que necesitan nuestro consuelo. Nosotros necesitamos su consejo. Alan, nuevamente requerimos tu presencia en este plano físico. Te cedo mi cuerpo para comunicarte con los aquí presentes.

A diferencia de la vez anterior, no se hizo esperar. Un sonoro golpe anunció su llegada, y mi corazón comenzó a latir desbocado. La tenue luz de las velas procuraba un ambiente lúgubre, y los bufidos de Mirinda, encerrada en la habitación, intensificaban la tensión que se había originado en el salón.

Esta vez fui yo quien tomó la iniciativa.

—Alan, responde para comprobar que ningún espíritu suplanta tu personalidad. ¿Dónde nos vimos por primera vez?

—Es complicado, Corina, porque tú y yo nos vimos por primera vez muchas vidas atrás.

Su respuesta me dejó perpleja. Muchas vidas atrás. Rosalenda me animó a seguir preguntando.

—Corina, pregúntale lo que desees. Para Daniel es arriesgado compartir durante mucho tiempo su cuerpo con otros entes.

—¿Qué quieres de mí? —me apresuré a decir.

—Te quiero a ti. Estamos predestinados a vivir juntos. El tiempo es relativo, el amor es atemporal, la materia se descompone, el espíritu perdura.

—Alan, tú y yo no podemos estar juntos. Tú habitas en un plano distinto al mío.

—La verdadera razón por la que no podemos estar juntos es porque yo jamás podré atravesar la luz.

Rosi tomó la palabra.

—Amigo mío, ¿cómo podemos ayudarte a atravesar la luz?

—El sufrimiento de mi alma impide que cruce ese puente.

—¿Por qué sufres? —pregunté de manera impulsiva.

—Porque ella mató a mis hijos. Ella no puede seguir ahí, debe pagar.

El estrépito de unos golpes nos sobresaltó.

—Búscala. Clara debe saber lo que hizo. Es culpable.

La luz de las velas se apagó y Daniel recobró el conocimiento. Nos cogimos las manos nuevamente.

—Alan, ¿sigues con nosotros? —Aguardó unos segundos antes de insistir—. Alan, ¿estás con nosotros?

También yo le llamé de manera desesperada.

—Alan, Alan, vuelve.

Rosalenda soltó las manos para encender las velas. Nos las volvió a dar y vi cómo miraba con complicidad al médium.

—Sellamos este portal que une dos mundos. Muertos y vivos deben permanecer separados por la gracia divina. Enviamos luz a aquellas almas que están errando por la noche eterna. Pedimos perdón por los pecados que hayan cometido y rogamos por sus almas perdidas para que encuentren la paz al final del túnel. Despedimos con amor a aquel que se ha comunicado con nosotros, y para él imploramos la absolución de sus pecados.

Nos soltamos las manos. Rosalenda se levantó y encendió la luz de la sala.

Con cariño, se acercó a Daniel.

—¿Qué tal te encuentras? Lo has hecho muy bien.

—Estoy tranquilo.

—Dice que Corina y él se conocen de tiempos pasados. Le pide que encuentre a Clara.

—Necesito reflexionar sobre ello —expresó de manera enigmática.

Esta vez no hubo cena compartida. Rosi y Daniel se fueron juntos, prometiéndome que volveríamos a vernos muy pronto. Les pedí que tiraran el tablero de güija al contenedor de basura.

Daniel me acarició la mejilla.

—Al final te cogeré cariño y lo harás más difícil.

Entonces no entendí sus palabras.

Rosalenda me susurró con complicidad.

—Déjalo, es un viejo estrafalario. Mañana te llamo y hablamos.

Todo fue rápido, sin tanto ritual ni parafernalia como habían dispuesto la vez anterior. En mi interior tenía sentimientos encontrados. Alan me reiteraba su amor, pero se había sumado otra traba más. Aunque yo hiciese el sacrificio de ir a su lado,

seguiríamos en planos diferentes. Él jamás podría abandonar el lugar en el que se encontraba, porque Clara no le permitía avanzar.

De pronto, una duda horrible me vino a la mente. En la sesión anterior había dicho que su hijo estaba condenado de por vida por haberse suicidado. Si quería reunirme con él, suponía que tenía que cambiar de plano, y para ello debía quitarme la vida. Pero eso supondría que estaría condenada, significara lo que significara eso, y renunciaría para siempre a papá, a mamá y a Alan.

Necesitaba respuestas. Bajé corriendo al contenedor y recuperé la güija, que habían dejado apoyada en él.

Capítulo 22



Reprogramación cerebral

La semana transcurrió entre realizar cambios de regalos, doblar ropa y vender a gente que le habían dado dinero por Reyes o Papá Noel y había esperado, de manera muy prudente, a las rebajas de temporada.

Las noches las reservaba para mí. Me sentaba frente al tablero de güija y trataba de establecer contacto.

«¿Hay alguien ahí? —preguntaba incansablemente—. Alan, responde, ¿estás ahí?».

El puntero de madera con su burbuja de cristal permanecía estático, ni un ligero movimiento. No entendía cómo aquello que para Daniel resultaba tan sencillo estaba vetado para mí. No comprendía que fuera un ser tan atractivo para los espíritus y ninguno acudiera a mi llamada.

Internet era una fuente continua de consultas sobre técnicas de uso de la güija, pero toda aquella teoría no me servía para nada.

Escuchaba los audios y tomaba diligente la nueva infusión que Rosalenda me había preparado. Esperaba que me volviera más receptiva, más abierta a ese otro mundo que nos rodeaba. El miércoles recibí un mensaje de Álvaro.

Álvaro: ¿Podemos vernos?

No quería verle.

Mi mente estaba centrada exclusivamente en que aquella tabla con letras dibujadas me diera respuestas. De manera que no le contesté. Sin embargo, insistió.

Álvaro: Corina, me gustaría verte y disculparme por mi reacción. Me dolió mucho ver esa foto. Sé que no tenemos ninguna relación formal y no me debes nada, pero te pido, por favor, que me des la oportunidad de decírtelo en persona.

Sentí lástima y, en lo más profundo de mi ser, yo también pensaba que era necesario zanjar ese episodio de mi vida, un capítulo que fue bonito, que me dio esperanzas y que, de alguna forma enrevesada, me llevó a ser la Corina de hoy. Ahora vivía otra realidad mucho más profunda, menos mundana, pero sentía que Álvaro necesitaba mi perdón y yo el suyo para continuar nuestras vidas con serenidad.

Quedamos el jueves después del trabajo, en la cafetería del parque.

Aún no había llegado cuando entré en el bar. Deliberadamente, me senté a una mesa diferente a la acostumbrada, aunque «la nuestra» estaba libre. Era una forma de romper con el pasado, con las promesas que nos hicimos, con los besos, con la luz de la luna. Aquella mesa abría muchas puertas que yo quería cerrar. Pedí un

café y me entretuve mirando el móvil, hacía *scroll* sin más, pasando de unos titulares a otros.

Oí cómo se abría la puerta y dirigí la mirada a ella. Era Álvaro. Se quedó un par de segundos paralizado, mirándome con cara de frío y expresión triste. Yo sostenía mi taza humeante en las manos y le observé con suficiencia.

Se aproximó a la mesa y pidió un café antes de sentarse a mi lado.

—Te veo bien —dijo sin más, sin intentar darme un beso o un abrazo. Una línea imaginaria se había cruzado en nuestro camino.

—Gracias. ¿Qué tal tus abuelos? —pregunté por cortesía.

Sonrió con cariño antes de contestar.

—Como si no hubiera pasado el tiempo ni por ellos ni por mí. Me siguen tratando como a su nieto de siete años. Y a mí me encanta. Te hice caso y disfruté de su compañía al máximo.

—Me alegro, ya hablamos de lo efímera que es la vida. Además, hay que reconocer que algo de infantil queda en tu carácter. La respuesta que me diste de quitarte espinitas no fue muy acertada —le ataqué gratuitamente.

—Corina, ya te expliqué que me dolió mucho ver cómo te besabas con otro. Pero si hoy he querido quedar contigo, no es por ese motivo. Tenías razón al preguntarte quién te hizo la foto, cómo consiguió mi teléfono y con qué intención la envió. Está claro que alguien quiere hacerte daño. Desconozco ese misterio que guardas con tanto celo, pero te suplico que me dejes ayudarte.

Mi taza ya estaba vacía, quedaban únicamente las marcas de mi pintalabios en el borde. Cogí una servilleta y la limpié. Álvaro alargó una mano para alcanzar la mía. Mi primer impulso fue retirarla, pero no lo hice.

—Por favor, déjame ayudarte.

—No puedes, ni tú ni nadie. Esta es una batalla que tengo que librar sola porque, en realidad, es conmigo misma contra quien lucho. Pero me gustaría que supieras que lo que sentí por ti fue real, tanto que pensé que podría aferrarme a ello y…

No pude seguir hablando, las lágrimas me traicionaron.

—Corina, te lo suplico.

—No, Álvaro, solo te arrastraría conmigo. —Le miré con infinita tristeza y susurré—: Hiciste de mi vida algo tan maravilloso que pensé que merecía ser feliz.

Me levanté y dejé atrás a aquel hombre enamorado de una extraña cuyo secreto les separaba para siempre.

Antes de que saliera por la puerta de la cafetería, Álvaro me llamó.

—Corina —me volví—, no te quiero perder.

—Ya estoy perdida, y ni siquiera yo sabría dónde encontrarme.

Regresé a la mesa y le besé. Fue un beso amargo, en el que las lágrimas corrompieron el sabor a fresa y nos dejaba uno a despedida.

El camino de vuelta a casa no fue agradable. Una llovizna fina, molesta, me envolvía como una nube de mosquitos. Sentía frío, no solo en la cara o en las manos, que llevaba sin guantes, el frío que sentía estaba dentro de mí. Un tumulto de ideas que luchaban por ser las protagonistas de mis pensamientos, contradictorias, absurdas, otras sabias, se entremezclaban de tal manera que formaban una amalgama indescifrable. No sabía lo que quería, lo que sentía, no era consciente del daño que me estaba causando a mí misma y a los que me rodeaban. O quizá sí, tal vez lo sabía y por eso había hecho aquel ovillo incapaz de devanar para dar forma a cada pensamiento.

Las luces de las farolas se reflejaban en el asfalto húmedo y yo pisaba los charcos para romper deliberadamente aquel brillo. Destruir, eso es lo que mejor sabía hacer.

El viernes llamé a Rosalenda.

—Hola, Rosi. ¿Qué tal la semana?

—Cansada. Estas fechas para mí también son de excesivo trabajo. Hay muchas personas que están bajas de ánimo y buscan en las cartas una salida a sus problemas.

—Me gustaría que nos viéramos el domingo. ¿Te apetece?

—Claro. Pero ¡sin chocolates ni dulces!

—Te doy mi palabra.

El sábado fue una locura en el trabajo.

El frío de enero era intenso, pero sin la compañía del viento parecía haber dado una tregua y el sol había desplazado con impertinencia a las nubes para dejar un maravilloso cielo azul con una bola dorada luciendo en lo alto. El bullicio que se oía daba la sensación de que la ciudad entera se había echado a la calle.

Jaime y yo habíamos desarrollado, sin quererlo, un código de signos. Con una mirada o un gesto de las manos dejábamos ver al otro que nos había tocado el cliente pesado, el tiquismiquis, el ligón. En circunstancias normales, acudíamos uno al rescate del otro, pero esa mañana resultaba imposible, porque los tres, Candela, Jaime y yo, teníamos constantemente gente esperando a ser atendida. A mediodía, la mayoría de las veces yo prefería quedarme colocando las prendas que los clientes habían desdoblado o descolocado y continuar con las ventas. Candela insistía una y otra vez en que saliera a comer y a descansar, pero el hambre me había abandonado y me había cansado de estar sola en una cafetería frente a una taza de té. Jaime también me animaba a salir.

—Reina mora, te estás quedando en los huesos. ¿Dónde está ese culito respingón que casi consigue que me cambie de acera?

Lo decía desde el cariño y con mucho humor.

—Anda, rey moro, piensa en tu chico y deja mi culito en paz. Con tanto trabajo, es normal que haya adelgazado un poquito; también tú has bajado de peso.

—Lo sé, estoy ideal.

Siempre conseguía hacerme reír. Qué suerte haberme cruzado con él. Era la cara opuesta al resto de mi vida lúgubre, enigmática, profunda… Le adoraba, le echaría de menos.

—Corina, deberías dar otra oportunidad a Álvaro y dejar de pensar en el trabajo o en lo que sea que te tiene absorta. Me da tanta pena que hayáis roto… Era una historia de película, con villano y todo.

—A mí también me da pena, pero *c'est la vie.*

Hubiera dado lo que fuera por poder hablarle de Alan, pero mi secreto estaba sellado por muchos motivos.

Al igual que el día anterior, el domingo amaneció soleado. Tal vez por eso, por alejarse los nubarrones y ver el cielo tan radiante y, por supuesto, por la influencia de Jaime, Álvaro volvió a mis pensamientos.

Había tomado la decisión de no comentar con Rosi nuestro último encuentro. Lo consideraba demasiado íntimo, y ella parecía mostrar animadversión por Álvaro. Pensándolo bien, daba la sensación de sentir antipatía por todos los que me rodeaban. Cuántas veces me había dicho que una sombra amenazante se cernía sobre mí y era de alguien cercano ¡y vivo!

Archivé esta información para madurarla con tranquilidad y estar atenta a sus comentarios sobre mis amigos. Quería mucho a Rosi,

pero no iba a permitirle que manchara el nombre de personas como Jaime, Candela, Magiazul y, sobre todo, Álvaro.

Si ese sol hubiera brillado el fin de semana que teníamos pensado ir a Aranjuez, las cosas hubieran sido muy distintas. Un rayo de sol habría cambiado mi destino. Con ese pensamiento, cogí el móvil y le envié un mensaje.

Corina: Si este sol hubiera salido aquel fin de semana, las cosas habrían sido diferentes.

Vi los *ticks* que indicaban que el mensaje había sido leído. En la pantalla del teléfono aparecía una y otra vez «escribiendo», pero no llegaba la respuesta. Seguro que tecleaba y borraba, sin saber qué contestar. Por fin pude leer.

Álvaro: Siempre estamos a tiempo de visitar Aranjuez.

A continuación volvió a escribir.

Álvaro: O, si te parece muy lejos, de vernos en el parque.

Ahora era yo la que escribía y borraba.

Corina: Me gustaría verte, pero te haría daño.

Álvaro: No me importa correr el riesgo. Te paso a buscar en una hora.

Corina: He quedado con una amiga, pero podemos vernos, aunque sea para dar un paseo. Nos vemos en el parque.

Álvaro: Una cita con escudo. Sea como sea, me vale.

Corina: No es un escudo, realmente quedé con ella y es por un tema importante.

Álvaro: Corina, me vale quedar en el parque y pasear, coger un avión y marcharnos a París, comer pipas en un banco. Con volver a verte, me vale todo.

Busqué en mi armario algo con lo que me sintiera guapa. Opté por unos vaqueros y un jersey rojo. Al mirarme al espejo, me di cuenta de que Jaime tenía razón y mi «culito respingón» estaba a punto de desaparecer. Me quité el pantalón y lo sustituí por una minifalda con botas altas.

Decidí ir en coche. Suponía que la cita sería breve, y después había quedado con Rosi en su barrio, que distaba unos quince kilómetros del parque, tal vez más, o puede que menos, nunca se me dio bien medir las distancias.

Estaba nerviosa. Durante el trayecto había pensado mucho en qué iba a decirle, y cada cosa me parecía más absurda que la anterior. Por los altavoces de mi viejo Audi se dejaba oír el CD de *Arena en los bolsillos.* Era su música, nuestra música.

Me estaba esperando en el lugar donde nos vimos por primera vez; no hizo falta acordar un lugar de encuentro, ambos sabíamos dónde ir.

A diferencia de la última vez, se acercó a darme dos besos.

—Tenía muchas ganas de verte —me dijo con la sinceridad que me había demostrado siempre.

—Yo también.

Nos cogimos de la mano y empezamos a caminar.

Silencio. No un silencio incómodo, sino tranquilizador.

Paseábamos a través de los bancos ocupados por gente sentada charlando apaciblemente. Nos cruzábamos con otras parejas o

familias que habían ido con los niños a disfrutar del paisaje de aquel lugar, repleto de árboles y espacios verdes, que contrastaba con el urbano, cargado de enormes edificios y asfaltos.

Fue él quien rompió el silencio, que ya comenzaba a pesar.

—Quiero formar parte de tu vida, con todos los problemas que estés teniendo, con todas esas cosas que te parecen tan locas. Quiero… Necesito saber qué te pasa.

—Ya te dije que eso no era posible. Ahora mismo estoy en una encrucijada, debo tomar un camino y no sé cuál es el correcto. Por un lado estás tú —él sonrió esperanzado—; por otro, pienso en marcharme muy lejos de aquí y emprender una nueva vida. Esta opción me ofrece la posibilidad de recuperar muchas cosas que dejé atrás, más bien que perdí, pero el precio es renunciar a todo lo que me rodea.

—¿Estás pensando en irte con el chico de la foto?

—¡No! No, para nada. Nacho fue mi mejor amigo durante muchísimos años, lo que ocurrió fue un error. Vino a pasar unos días a Madrid por trabajo. No nos veíamos desde que murió papá, quedamos para tomar una cerveza, que se convirtió en unas cuantas copas, y simplemente pasó. Fue un error, nunca permití que se traspasara la línea que separa la amistad de otro tipo de relación. Me pilló con la guardia baja… Además, cuando pasó lo de la foto, se la envié para ver si él sabía algo, y me dijo que estaba casado y que no volviera a mandarle algo así.

Omití mucha información. Me avergonzaba de lo ocurrido aquella semana, y a él solo le causaría más daño. No sé si hice lo correcto.

—Entonces no lo entiendo. ¿Qué ocurrió durante las navidades para que todo cambiara?

—Me sigues gustando mucho, pero…

No me dejó continuar. Me cogió por la cintura y me besó. Le respondí con toda la pasión que tenía reprimida. Hubiéramos hecho el amor allí mismo si no fuese un lugar público lleno de gente.

—Corina, te deseo.

Nuestras miradas se fundieron como lo hicieran tiempo atrás. Me parecía que habían pasado décadas, siglos…, aunque tan solo habían transcurrido unas semanas.

Me abracé a él como un náufrago lo haría a un salvavidas, sin querer soltarle, porque sabía que, en el momento que lo hiciera, me arrastraría la marea y volvería a sentirme a la deriva.

Me cogió en brazos con la misma facilidad que cogería a un niño. Yo abrazaba su cuello, reposaba mi cabeza sobre su hombro y permitía que las lágrimas corrieran a una velocidad discontinua: cuanto más rápido caían, más fuerte lo abrazaba. Así llegamos a la salida del parque, donde tenía aparcado su coche. Con sumo cuidado, me dejó en el suelo y abrió la puerta invitándome a entrar.

Lo hice, buscando refugiarme de mí misma en aquel habitáculo conocido, donde nos besamos, donde me secó la lluvia, donde Alan me había pedido que guardara silencio.

«Chisss —había susurrado poniendo su dedo en los labios—. No hables, no me olvides, no te desvíes del camino que conduce al paraíso…». Todo eso quería decir con aquel gesto.

Álvaro entró en el coche, arrancó y condujo hasta su casa.

—Tranquila, mi amor, estás conmigo. Da igual lo que te atormente, porque estás a salvo.

Y así lo sentía. Una paz interior me permitía ver a Álvaro con los ojos de las primeras citas, con la certeza de que me merecía ser feliz.

—Tengo un regalo para ti —dijo manipulando la radio desde los mandos del volante—, sé que te va a gustar. *The sound of silence,*

de Disturbeb, comenzó con sus suaves notas: re, re, fa, fa, la, la, sol… La voz rota de Erich Awalt fue subiendo más y más e hizo que me estremeciera. Aquellos tonos melódicos en una voz tan masculina me resultaban excitantes, y el mensaje de la canción tenía tanto de mí que lo consideré un verdadero regalo, casi tan valioso como el que me hiciera meses atrás, cuando reavivó aquellas noches con mamá en las que quedábamos para vernos en sueños. Mucho tiempo después de que se fuera, lo seguí haciendo, continué buscándola en los lugares en los que solíamos quedar, una estrella brillante, un bosque mágico… Espacios solo accesibles para la infancia.

Hola, oscuridad, mi vieja amiga.
He venido a hablar contigo de nuevo,
porque una visión deslizándose suavemente
dejó sus semillas mientras yo dormía,
y la visión que fue plantada en mi cabeza
todavía permanece dentro del sonido del silencio.

—Quiero hacer el amor contigo —respondí con los últimos acordes.

—Yo quiero hacer mi vida contigo.

Llegamos al apartamento. Cogidos de la mano, me llevó a su habitación.

Con ternura infinita, me fue desvistiendo, besando cada fracción de piel que liberaba, acariciándome, enroscando sus dedos en mi pelo. Me dejé hacer, cerré los ojos para disfrutar del roce de sus dedos, de su sensual tono de voz. Mis sentidos estaban predispuestos a deleitarse con cada gesto de amor, con el manejo de sus manos expertas, de su aliento en mi cuello. Mis pulsaciones aumentaban y, con cada suspiro, con cada gemido de placer, notaba

cómo también se intensificaba su deseo, que aguardaba paciente para que yo gozase segundo a segundo. Creí que iba a morir de excitación. Delicioso, romántico, primitivo. Me tumbó en la cama, bajó la cremallera de mis botas, desabrochó mi falda y me estremecí al imaginar lo que seguiría.

Abrí los ojos para mirarle, me sonrió con una mezcla de dulzura y ardor. Volví a cerrarlos, eché la cabeza para atrás y allí, en mi paraíso terrenal, los ojos verdes de Alan aparecieron. Era él quien me besaba, quien me susurraba palabras de amor. Alan dejaba caer al suelo, con sensualidad, la camisa que había desabotonado lentamente. Me aparté con rapidez y la mirada de Álvaro se detuvo en la mía, intentando atravesarla hasta llegar a mis pensamientos, traspasando la barrera que tan bien guardaba mis secretos.

—Vuelve, Corina, vuelve —me suplicó.

—Lo siento, ya te dije que te haría daño.

Cogí mi ropa en un puñado y me vestí en el baño.

Al salir, estaba apoyado en el pasillo mirando a la puerta del aseo, sabiendo que, cuando la abandonara, supondría el último adiós.

—Jamás te mentí, aunque estuviera con Nacho, aunque mis secretos no me dejen avanzar. Te deseo, te quiero en mi vida, pero me tengo que alejar de ti. Quizá en otra misión, agente secreto; esta debo cumplirla sola.

Sus ojos, sus hermosos ojos marrones, tan reales y francos, estaban vidriosos. Lágrimas no invitadas acudían a la despedida.

—Te esperaré.

—Mi viaje es muy largo, Álvaro, no creo que puedas esperarme tanto tiempo.

Le besé con pasión, no con ternura ni con desconsuelo, con rabia y deseo, pero no por él, sino por un hombre que había muerto veinte años atrás.

Pedí un Uber para que me acercara hasta mi coche. Había quedado con Rosalenda y no quería verla, pero tampoco deseaba estar sola. Una tristeza inmensa se había acomodado en mi corazón. Lloraba por mí, por Álvaro, por todo lo que el futuro nos tenía preparado y no viviríamos juntos, porque mi sitio estaba tan lejos de este mundo que, simplemente, era imposible.

Llamé a Rosi, me disculpé por el retraso y quedé en recogerla en media hora. Debía ir a buscar a mi familia, a comprobar que Alan eran realmente quien me había prometido ser y, para ello, precisaba respuestas a las que solo Rosalenda podía responder.

También necesitaba un tiempo para mí, para Álvaro, para decir adiós a la historia de amor más hermosa que había vivido. Pero esa despedida la haría por la noche, en mi casa, junto a Mirinda, escuchando la canción que me había regalado y permitiéndome llorar hasta borrar mis dudas.

La primera parte de nuestra conversación fue banal, sobre el tiempo, el trabajo y naderías semejantes. Hoy tampoco estaba dispuesta a contarle mi encuentro con Álvaro, eso era solo cosa nuestra, de Álvaro y mía.

Tomé el toro por los cuernos y me enfrenté a la realidad, a mi nueva realidad, no a la de los anoraks para esquiar o los grados bajo cero.

—Tengo una duda. Algo que no me quito de la cabeza.

—Si puedo ayudarte, estaré encantada de hacerlo —indicó solícita. Le expuse mis temores.

—Alan dijo que su hijo jamás podría encontrar la paz por haberse suicidado.

—Corina, sé por dónde vas y no me gusta. Métete en la cabeza que Alan está muerto. Además, él tampoco vive en ese paraíso que te has creado.

—¿Yo? Yo no he creado nada, es real. Tú misma me dijiste que existen otros planos, la teoría del espejo que me explicó Daniel… Rosalenda, me estáis volviendo loca. Me decís que él está ahí, que todo es real, que el universo está formado por diferentes esferas. Luego me ordenáis que no establezca contacto, que me cierre a ese nuevo mundo que se ha abierto para mí. Ya no sé qué es verdad y qué no.

—Sí, Corina, existen otras dimensiones. Tú tienes el don de contactar con facilidad con una que no es en la que habitamos.

Me vino a la cabeza mi tablero de güija y los intentos infructuosos de usarla. Guardé silencio.

—Sin embargo —continuó—, esto no es como coger el metro y apearse en la estación que desees.

—Pero ¿y si Alan encontrara la paz que necesita? ¿Y si yo hallara la forma de cambiar de plano? ¿Y si…?

No me dejó seguir.

—Demasiados «y si». No te quiero desalentar. Es una pena que no hayas nacido veinte años antes, que hubieras vivido en mi barrio y que Alan y tú tuvieseis vuestra historia de amor: seríais la pareja perfecta. Pero ahora él es un fantasma, un recuerdo que evocamos, nada más.

—No te creo. Alan es mucho más que eso, y mis padres también.

No entendía por qué mi amiga negaba la evidencia. Lo había experimentado igual que yo, escuchó sus palabras, su historia, y Daniel confirmaba que era real.

—Quiero hacer otra sesión. Necesito que me indique el camino.

—Daniel estará fuera unas tres semanas. A la vuelta podrás hablar con él y exponerle tus inquietudes. Yo no puedo hacer más, no tengo ni los conocimientos ni la capacidad sensitiva para

ayudarte. Sigue con las meditaciones, casi siempre las respuestas están en el interior de uno mismo. Busca dentro de ti, Corina.

A finales de enero volví a recuperar la media jornada. La idea de cambiar de casa se había disipado por completo. Sabía que ese era mi sitio, rodeada de los recuerdos de papá, de objetos que pertenecieron a mi madre, de aquellas paredes que habían escuchado la voz de Alan.

De vez en cuando recibía un mensaje de Álvaro. Le contestaba con monosílabos o con frases de lo más asépticas. En tan poco tiempo había significado mucho, y lo poco que quedaba de la antigua Corina no quería hacerle daño otra vez. Quería ayudarle a olvidar. Sobre todo, no quería que me desviase del camino que había decidido tomar. Me había costado mucho comprender lo que Daniel y Rosi me explicaron, y no podía permitir que un amor pasado irrumpiera de nuevo en mi vida. No quería renunciar a lo que Alan me ofrecía: ni a su amor ni al reencuentro con mis padres.

Jaime estaba preocupado por mí. Decía, y mi ropa así lo corroboraba, que había adelgazado aún más, que tenía ojeras y que mi sonrisa parecía una mueca. En cambio, yo me sentía feliz, o al menos esperanzada, porque cada día que tachaba en el calendario era uno menos para hablar nuevamente con Alan.

La segunda semana de febrero recibí la ansiada llamada.

—Buenas tardes, Corina, soy Daniel. He hablado con Rosalenda y me ha dicho que tienes algunas preguntas que hacerme.

—Sí, las tengo. Además, me gustaría hacer otra sesión para volver a contactar con Alan.

—Yo no tengo problema. Podemos hacer todas las sesiones que quieras, eso no hará que las cosas cambien. Rosi me ha puesto en antecedentes y creo que has malinterpretado las explicaciones que te di. Alan y tú pertenecéis a mundos diferentes, hay una manera de

unir esos mundos, aunque dudo mucho que sea lo que deseas hacer. En el fondo de tu corazón, debes saberlo.

—Quisiera hablar contigo, Daniel. Por favor, ven con la mente abierta. Este mes he tenido noches en blanco, vacías, sin la presencia de Alan ni la de mis padres. En cambio, hubo otras en las que te juro que los he visto y hemos hablado. Puedo aseverarlo con la misma certeza que ahora confirmo que estoy hablando contigo.

—No me cabe duda. Si trabajases ese don, conseguirías comunicarte con la misma facilidad con la que lo hago yo. No es fácil llamar a un espíritu y que acuda con la presteza que lo hizo Alan en las ocasiones anteriores. Tú abres la puerta de tu mente de tal manera que ellos, los que están en esa esfera intermedia, la atraviesan sin problema.

Volví a pensar en el maldito tablero de güija, en su flechita de madera inmóvil, en mis ansias por ver cómo se deslizaba por el abecedario dibujando palabras, dejándome descifrar mensajes. Nada de eso me atreví a consultarlo con Daniel. Su posición al respecto había sido clara: si usaba el tablero, él se iría.

—Ayúdame a entender. Tuviste maestros que te enseñaron, gente que te hizo comprender qué te sucedía y cómo podías utilizarlo. Te pido que hagas lo mismo conmigo.

—La próxima semana podremos vernos.

Colgué el teléfono y me mantuve en silencio largo rato. Mirinda se acercó a mí y se echó sobre mis piernas. Me di cuenta de que hacía semanas que me limitaba a rellenar su comedero y ponerle agua. Se habían acabado mis conversaciones, mis caricias y nuestros momentos de juego. Me ceñía a trabajar, a mirar internet en busca del santo grial que me dijera cómo hacer funcionar aquella maldita tabla que ahora estaba considerando un fraude, pero que, a

mediados del siglo XIX, la empleaban las personas más cultas de la sociedad.

—Querida gatita, no te hago mucho caso estos días, ¿verdad?

Como si lo hubiera entendido, comenzó a ronronear.

—También yo echo de menos nuestras sesiones de lectura. La tranquilidad que vivíamos entonces la hubiera valorado más de saber lo que iba a suceder. Mirinda, me gustaría tanto que comprendieras lo que siento… Puedo recuperar a papá, a mamá, puedo conocer a Alan. Si yo me voy, no te quedarás sola, tú vendrás conmigo.

Y, como por arte de magia, como si mis palabras se hubieran convertido en una especie de hechizo, me dieron la solución al mayor de mis problemas. Había una única cosa que me ataba a este mundo: mi pequeña bola de pelo y, de una manera inconsciente, había hallado la solución. Si yo cambiaba de plano, Mirinda me acompañaría. Ojalá con Álvaro fuera tan fácil. Por mucho que lo negara, que quisiera olvidarlo, apartarlo para siempre de mi vida, su recuerdo volvía una y otra vez a mí. ¡Qué injusto era encontrar al amor de mi vida en este mundo a la par que en el otro!

—Siento molestarte —le dije apartándola a un lado y levantándome—, tenemos algo que hacer juntas.

Puse en la mesita del salón el tablero, me arrodillé en el suelo para quedar a la altura de la mesa y volví a acomodar a la gata en mis piernas. La acaricié unos minutos, hasta que su ronroneo me indicó que estaba a gusto y no se iría.

—Hay que seguir ciertas normas, ¿sabes? La primera es no jugar sola. Ahora ya somos dos.

Comencé con mi letanía. «¿Hay alguien ahí?». «¿Papá, estás ahí?». Nunca lo había invocado. Alan me había dicho que mamá se encontraba en otro plano distinto al suyo, y papá, tras hallar la paz

en mi perdón, se fue con ella. Pero necesitaba tanto, tanto, su consejo que decidí llamarle.

«Papá, papá. Ven a ayudarme».

De nuevo, el silencio.

Hacía semanas que no tenía llamadas ni cartas. El pasado era más desconcertante aún que el futuro. Tuve la oportunidad de disfrutar de su voz. ¡Cuánto me gustaría haberle dejado hablar y hablar, que mis oídos se llenasen de sus palabras! Y aquel diario. Un libro entero cargado de los pensamientos más íntimos de Alan tirado a la basura, revuelto entre la mugre y la descomposición.

Mirinda tampoco resultó ser un buen canal para la comunicación con el más allá.

—No nos queda otra que esperar a Daniel, pelirroja. Sé que no es de tu agrado, pero es lo único que tenemos.

Hice una excepción y en lugar de escuchar la sesión de meditación y tomar la infusión de Rosalenda, me quedé en el sofá viendo una película y cenando *pizza* con mi gata. No alcanzo a recordar cuándo fue la última vez que hice algo así, tan común, tan humano.

Al terminar la película, vi que tenía un mensaje de Rosalenda en el móvil.

> Rosalenda: Buenas noches, Corina. Daniel irá a verte la semana que viene. Recuerda que debes escuchar los audios y tomarte mi «pócima de bruja», aunque ya sé que no has dejado de hacerlo ningún día. Acaba de llamarme para comentarme que os ibais a ver y no quiero aguantarlo si se entera que no lo has hecho, y se enterará, que no te quepa duda de que se enterará. Descansa, cielo. Avísame si quieres que vaya yo también a la reunión.

Un súbito calor subió por mis mejillas tiñéndolas de rojo. Me sentía como una niña pequeña a la que hubieran pillado contando una mentira. Bendita Rosi. Puse el agua a hervir para hacerme la tisana. Mientras la tetera se calentaba, pensé en lo curiosas que resultan las casualidades. Era el único día que no había sido disciplinada y, si no hubiera leído su mensaje, me habría saltado la rutina. De pronto, un intenso temor se adueñó de mí. Igual que podría averiguar que me había saltado mi sesión de audio, sabría que el tablero de güija había regresado a mi casa y lo había estado utilizando. Me sentí aterrada. Daniel era mi única y verdadera conexión con Alan. En zapatillas y pijama, bajé al contenedor de basura y tiré aquel objeto inútil que solo había servido para que mi conciencia estuviera intranquila hasta el día en que Daniel volviera a visitarme.

Hacía varias noches que no soñaba con Alan. Sus ojos verdes y su sonrisa de película acudieron a mí en la madrugada. Me susurraba palabras deliciosas al oído, y sus manos cálidas acariciaban mi espalda. Le deseé más que nunca, con la misma intensidad que lo odié la última tarde que pasé con Álvaro.

El despertador cumplió su función con tanta energía que me dieron ganas de lanzarlo contra la pared y continuar durmiendo unos minutos más, una hora más. Abrí los ojos y… ¡cómo me gustaría no haberlo hecho! Así no habría visto delante de mí, apoyada en la cómoda, la tabla de güija que había tirado a la basura.

Durante todo el día estuve pensando en cómo había vuelto a mí. Cabía la posibilidad de que Alan me la hubiera devuelto, que deseara que siguiera intentando comunicarme con él. No comí, lo que se estaba convirtiendo en una costumbre. No tenía apetito ni ganas de cocinar. Tampoco me duché. En lugar de cumplir con las normas más básicas de cuidado personal, me pasé la mayor parte del día

arrodillada delante del tablero, implorando que alguien se comunicara conmigo.

Daniel llegó diez minutos antes de lo acordado.

—He pedido a Rosalenda que no nos acompañe. Hoy quiero estar a solas contigo.

Aun sabiendo lo importante que ese hombre era para mí, no me sentía cómoda con él. La presencia de Rosalenda cuando lo acompañaba, aunque siempre discreta y manteniéndose en un segundo plano, me resultaba reconfortante. No me gustaba nada de él, ni su mirada ni sus formas prepotentes, ni siquiera el aroma de su perfume.

—Hoy voy a hablarte de la reprogramación cerebral. Te explicaré qué sentido tienen los audios que escuchas cada noche.

—Me gusta oírlos, me ayudan a dormir.

—Estoy seguro de ello, pero hay mucho más detrás de cada audio. Es necesario romper el patrón mental que tienes establecido y girar hacia el mundo metafísico. La única forma de cambiar el mundo material es convencer a tu mente de que es capaz de construir el universo que deseas. ¿Recuerdas la teoría del espejo?

—Sí.

—Bien. Tu mente trata de protegerte, por eso no quiere salir de su zona de confort y cada vez que le planteas un cambio que no entiende, lo rechaza. ¿De qué manera? Comienzas a ser susceptible, desconfiada. Tus miedos te mantienen atada a una realidad que podrías modificar tan solo con el pensamiento. Lo cierto es que el mundo material es una extensión del mundo de las ideas, y no al revés, como te han inculcado.

—Suena a magia.

—No lo es. Magia es que la humanidad no se haya extinguido viviendo durante siglos en la ignorancia.

Otra vez ese tono prepotente que me hacía sentir rechazo. Tal vez tuviera razón y mi mente estaba tratando de protegerme del cambio que suponían sus enseñanzas. Quizá el motivo de mi antipatía no era sino una jugada de mi cabeza para evitar que me adentrara en ese nuevo mundo que me estaba ofreciendo.

—Una de las grabaciones está formada por sonidos *binaurales.* Su frecuencia de sonido produce un estado *vibracional* que ayuda a tu conciencia a despertar.

—*¿Binaurales?* No lo había oído nunca. Supongo que será el primer audio. Al principio me costó un poco, ahora lo adoro.

—¿Sabes lo que sucede con los sonidos *binaurales*? Son dos tonos diferentes, uno para el oído derecho y otro para el izquierdo. Existe una disonancia entre cada frecuencia. Por ejemplo, el audífono del lado derecho tiene un sonido que vibra a 220 hercios, y el oído izquierdo, a 200. El cerebro, como cualquier elemento de la naturaleza, busca un patrón simétrico, armónico, y tratará de reparar esa disonancia. La forma de hacerlo será vibrando a 210 hercios, para equilibrar un oído con otro. Por eso, al principio te resultaba incómodo; ahora, tu cerebro ha encontrado el equilibrio y te llena de bienestar.

—Me parece una explicación lógica. Domar al caos siempre es satisfactorio.

—Ahora viene la parte verdaderamente interesante del sonido *binaural.* Puede llevarte a un estado alterado de conciencia al conseguir esa sincronización de las ondas cerebrales. Es un hecho físico que las notas *binaurales* restablecen los niveles de sodio y potasio de tu cuerpo, por lo tanto, ayudan a la autosanación, a la recuperación física y mental y un largo etcétera.

—Bien. Escucho música que me reconforta físicamente y abre mi mente. Es fantástico. Mi pregunta es: ¿abre mi mente para qué? El

último día que hablé con Rosalenda, me dio a entender que el mundo de Alan era un mundo irreal creado por mi imaginación.

—Se equivocó en un matiz: el mundo de Alan, ciertamente, lo estás creando con tu psique, pero es tan real como la alfombra que pisamos. Cuando tu mente recibe información de forma consciente, la clasifica, la etiqueta y determina si la acepta o la rechaza. En cambio, la información recibida de manera inconsciente se pasa esos controles y es directamente asimilada. Alan existe, tú existes; simplemente, coexistís en planos diferentes, eso visto desde el punto de vista de la materia. Según la física cuántica, ambos sois, punto. No hay arriba ni abajo, cerca o lejos; solo el infinito, el universo que nos engloba a todos, el yo soy.

Aproveché la pausa para ofrecerle un café, que aceptó con agrado.

—Corina, ¿vas entendiendo?

—Creo que sí. Es una visión completamente nueva del mundo para mí, y mi mente trata de protegerme.

Por primera vez, le vi reírse, y con ello rompió una barrera.

—Sigue, por favor. Me atrevería a decir que es la charla más interesante que he tenido nunca. Quiero oír más.

—Me alegra comprobar que estás preparada para ello.

Bebió un sorbo de café y retomó la conversación, más bien, el monólogo.

—Con la música *binaural* conseguimos que vibres en la sintonía que queremos, en esa que te permite una apertura a otros planos, a todos los planos de existencia. De alguna manera te prepara para ser más receptiva al segundo audio. Esa melodía, ahora armoniosa, que escuchas contiene unos mensajes subliminales para inducir una sugestión, o lo que es lo mismo, para reprogramar tu mente. Percibes una serie de decretos que, de manera inconsciente, van

forjando ideas. La creatividad es la clave para resolver los enigmas del universo. Es una forma de crecimiento personal, de independencia y, sobre todo, de desligamiento de los apegos materiales.

—¿Y qué mensajes me envías?

—Querida Corina, cada cosa a su tiempo. Estás preparada para mucho más de lo que esperaba cuando te conocí, pero no para desvelarte el contenido de los mensajes. Si lo hiciera, alertaríamos a tu mente y cerraríamos el canal que has abierto; por cierto, de forma magistral, si me permites el halago.

—Hay algo que me gustaría preguntarte —declaré tímidamente—, con la condición de que no te enfadarás.

—Pregunta, prometo que te responderé.

—Me vale —repuse resignada—. Quisiera saber por qué te enfadaste tanto el día que viste el tablero de güija.

—Mi experiencia con el mundo de los espíritus me confirma que la güija es un canal muy accesible para los espíritus del bajo astral y atrae confusión y problemas. Sé que lo has estado utilizando, también sé que no te funciona.

Mis pulsaciones se aceleraron. Me había asustado la rotundidad de sus palabras. Había tal confianza en ellas que no me molesté en buscar una excusa. Simplemente asentí con la cabeza, bajando la mirada.

—Corina, entiendo tu curiosidad por todo lo que está aconteciendo en tu vida. Comprendo que te sientas «poderosa» al oírnos decir que tienes un don para comunicarte con el más allá. —Empleó un tono dramático—. Te sientes especial, porque eres especial. Pero las imprudencias se pagan. Te lo advertí una vez, hoy lo vuelvo a hacer, no habrá una tercera.

—Daniel, perdona que insista en el tema, ¿por qué no puedo hablar con ellos estando sola?

—Porque yo he bloqueado el canal. Me preocupo por ti, eres importante para esa sentimental de Rosi, y ella lo es para mí.

Tras decir eso, se terminó el café de un trago, se levantó y se despidió.

—Sé que hoy deseabas tener una comunicación con Alan. Debes esperar. No podemos interferir en el mundo de los espíritus como si fuera un *Party line.* Primero has de digerir lo que te he explicado. Después debes entender que el fuego quema y a ti te gusta demasiado prender hogueras. Por último, necesitas preparar a fondo tu pensamiento para saber tomar las decisiones correctas, llegado el momento. Voy a enviarte unas sales para que las eches en el agua. Debes tomar un baño cada dos días con ellas. Te ayudarán a despejar la mente.

—Lo haré. Solo una cosa más.

Ya se había puesto de pie para irse.

—Es tarde. ¿Seguro que no puedes esperar?

—No. Yo no puedo esperar.

—Bien, te escucho.

—La única manera de estar con Alan y volver a ver a mis padres es… —Traté de buscar una palabra que no resultase tan específica como la que me venía a la boca.

—Continúa. Dilo sin miedo —me animó. Y por un instante juraría haber visto un destello de maldad en sus ojos.

—Morir.

—Sí, Corina, debes morir.

Capítulo 23



Mi decisión

Febrero se despidió con un sentimiento agridulce.

Debía morir.

Nacemos e, irremediablemente, comienza nuestra cuenta atrás. Todos debemos morir. Pero saber que era algo inminente resultaba perturbador.

Aunque tuviera la ventaja de haber visto lo que me esperaba al otro lado, y era todo maravilloso, una parte de mi cerebro aún se agarraba con uñas y dientes a las creencias clásicas, a los conocimientos que llevaba adquiriendo desde pequeña, y me jugaba malas pasadas. Como había explicado Daniel, la angustia me invadía y me llenaba de dudas, de demasiados «y si», como decía Rosalenda.

Aquella tarde, al salir del trabajo, la llamé.

Habían transcurrido más de nueve días desde que Daniel viniera a mi casa y no había hablado con ella, no me encontraba preparada.

—Hola, bonita. Esperaba tu llamada —me saludó cariñosa.

—Rosi, siento no haberte llamado antes. Daniel me dio mucha información, necesitaba asimilarla antes de compartirla contigo.

—Me parece muy prudente por tu parte. ¿Te apetece que nos veamos?

—Muchísimo.

—Podemos quedar a partir de las seis —propuso.

—Está bien. ¿Por qué no vienes a casa? Con el frío que hace, estaremos más a gusto aquí.

—Como tú dirías: ¡genial! —Se rio divertida.

—Rosalenda, no te burles de mí, que bajo a la pastelería y boicoteo tu dieta —la amenacé burlona.

—No me cansaré de decírtelo, eres el mismísimo diablo, niña.

Rosalenda era mi bebida energética particular. Cada vez que hablaba con ella, me sentía con más fuerza y mejor ánimo.

Limpié un poco la casa. La tenía más descuidada incluso que a mí misma, y eso ya era mucho decir.

Recibí con un fuerte abrazo a mi amiga, que lo acogió un poco sorprendida.

—Pero niña, ¿qué te pasa? ¿Te ha poseído un oso?

Me reí con muchas ganas.

—Eres increíble, Rosi. Sacas una sonrisa hasta en un entierro.

—Anda, pasa —dijo, invitándome a mi propio salón.

—¿Has hablado con Daniel?

—La verdad es que sí. De hecho, es que desde Navidad hablo mucho con él. —Me guiñó un ojo.

—Uy, eso suena a romance.

—A mis años, hablar de romance resulta ridículo.

—¿En serio? Ahora me entero de que el amor tiene fecha de caducidad.

—Amor. Eso son palabras mayores. Digamos que no es desagradable que te regalen los oídos de vez en cuando.

—Tomándome muchas libertades, he de decir que el cambio te ha sentado de maravilla. Alguna empresa de cosméticos se irá a la quiebra, pero es innegable que estás mucho más guapa sin tantas capas de pintura y con tu nuevo estilo de ropa.

Rosalenda parecía sorprendida.

—¿Cómo? ¡Ah, sí! Mis modelos de pitonisa.

Se rio, me di cuenta de que no fue una risa sincera.

—Aunque me imagino que, al preguntarme si había hablado con Daniel, te referirás a si habíamos hablado sobre su visita. Efectivamente, lo hemos hecho. Y he de decirte que no estamos de acuerdo en algunas cosas.

—Lo sé. Sin embargo, el que tiene línea directa con el más allá es él y no tú.

—Sí, Corina, es él.

Me sentí mal por mis palabras, me dio la impresión de que la hicieron sentirse menospreciada, así que traté de enmendarlo.

—¿Por qué no me echas las cartas? Quizá nos aporten algo de luz.

—¿Por qué no? —respondió animada.

Saqué de un cajón la baraja que me había regalado.

Inició la tirada igual que lo hizo aquella noche, meses atrás. Las dos debimos retroceder al mismo momento, porque me preguntó:

—¿Le has vuelto a ver? No en una meditación o en un sueño, sino en persona.

—No. Nunca más. Resulta extraño lo cerca que me encuentro de él, lo conectados que estamos y, a pesar de ello, ya no tengo llamadas ni cartas, ni tampoco le veo. Simplemente, sé que está aquí, noto su presencia, sin más.

Su lectura indicaba que mi futuro cercano estaba rodeado de misterio. Veía un trío amoroso y afirmaba categóricamente que debía hacer caso a mis instintos y no dejarme llevar por zalamerías.

—¿Qué hay de tu compañero de trabajo? —preguntó moviendo un par de cartas.

—Es muy simpático. Ahora está empeñado en que he adelgazado mucho y debo cuidarme. Se preocupa por mí.

—Las cartas no dicen lo mismo. Ten cuidado, Corina, los más próximos son los que más daño pueden hacernos.

Su respuesta me dejó sorprendida. No me imaginaba qué podía hacer Jaime para perjudicarme. La falsa amistad que había servido para que Candela me contratase se había convertido en verdadera, y su interés por mí era fraternal. Nunca le había hablado de Alan. Me hubiera gustado hacerlo, pero sabía que no me entendería, que mi historia de amor con un fantasma sonaría absurda. Se interesaba por mi relación con Álvaro y me animaba a llamarle. Así se lo hice saber a Rosalenda.

—¿Álvaro te ha vuelto a llamar?

Omití nuestros últimos encuentros.

—Me ha enviado algún mensaje, pero no le respondí —mentí sin remordimientos.

—Sabes que ese chico nunca me gustó. Ya te dije en alguna ocasión que elegías mal a tus amigos.

—Tú eres mi amiga —contraataqué molesta. No entendía qué veía en Álvaro para que lo juzgase de esa forma.

—Exacto, tu amiga, no tu «amigo».

—Jaime podría ser mi amiga.

—Las cartas dicen que hay un hombre muy cercano, joven, que no es lo que aparenta y que podría hacerte mucho daño. También veo un viaje a un sitio lejano. ¿Estás pensando en mudarte?

—No.

—Pues veo con claridad cómo tomas la decisión de irte lejos de aquí y se te ve feliz.

—¿Qué hay de aquello que me dijiste de que no tenía futuro?

—El futuro no está escrito. Es voluble. Lo que hoy leo puede modificarse mañana. Se llama «libre albedrío».

El único viaje que tenía en mente era a otra esfera, fuera de este mundo, pero eso Rosi no lo quería oír, y yo no tenía ganas de rebatirle mis ideas.

—También veo a una mujer, una figura maternal que vela por ti.

—Eso es trampa, eres tú.

—Ay, Corina, qué bonito que me veas así —repuso emocionada—. Tú también eres muy importante para mí.

Me sentí afortunada por tenerla.

De forma impulsiva, solté la bomba:

—Rosi, Daniel me aseguró que debía morir.

—Nena, todos debemos morir. Tú eres afortunada por poder elegir el momento y por tener la certeza de dónde vas y qué va a suceder. Eres una elegida. Pero esa idea a mí me parte el corazón. Cuando vi el viaje en las cartas, tuve la esperanza de que me dijeras que te ibas a vivir a otra ciudad, con el impresentable ese de Nacho o con el embaucador de Álvaro. Sé que es una postura egoísta por mi parte. Nacho y Álvaro jamás te harían feliz; en cambio, Alan… —Se calló unos segundos—. Alan puede hacer de ti la mujer más feliz del universo.

Era realmente dichosa al comprobar que mi mejor amiga, por fin, había entendido cómo eran las cosas y me daba su bendición para emprender mi nuevo camino. Decir que era afortunada por tenerla a mi lado era poco.

Rosi se fue. Aun así, no me sentía sola. Sabía que él estaba conmigo. Desde hacía unos días había comenzado a hablarle como si viviera en mi casa. Me gustaba pensar que podía escucharme. Era una locura, pero más locura es vivir con alguien a quien no amas por el mero hecho de haber firmado unos papeles, o no llegar a fin de mes por pagar una hipoteca de una casa que no te gusta, o trabajar de lunes a sábado cuarenta horas. Lo mío era la persecución de un sueño. Recuperar a mis padres, enamorarme, vivir eternamente joven, sana, guapa.

Me desvestí en la habitación para meterme en la cama, el momento más ansiado del día. De pronto vi mi imagen reflejada en el espejo. No reconocí aquella figura. Era cadavérica, fea. Me acerqué hasta tocar el cristal con los dedos y encendí la luz que lo iluminaba. Esa silueta escuálida, esa piel grisácea, el pelo sin brillo, era mi reflejo. Me metí en la cama y me coloqué los cascos en los oídos. Las primeras notas sonaron y la imagen del espejo desapareció, se transformó en otra mujer, la que había sido pocos meses atrás. Me sentía bien, relajada, tranquila, feliz. Llamaría a Daniel por la mañana para concertar otra reunión; tenía que volver a hablar con Alan.

Desperté varias veces durante la noche. Había olvidado tomar la infusión de Rosalenda. A las dos y media decidí levantarme y poner la tetera a hervir. Bebí aquella tisana amarga, a la que había cogido gusto, y regresé a la cama. Di vueltas de uno a otro lado, el sueño se resistía a acudir a mí. Volví a levantarme y encendí el ordenador. No recuerdo cuándo fue la última vez que me acerqué al PC si no era para hacer alguna consulta sobre la güija. Hice clic en la pestaña de Grandesamigos.com; una campanita me alertaba de varios mensajes sin leer.

Magiazul dice: *Colonia, sigo esperando tu respuesta. Estoy preocupada.*

Magiazul dice: *Hola de nuevo. Como ves, no desisto, ¿estás bien?*

Magiazul dice: *Por favor, contéstame. Nadie sabe nada de ti hace semanas. ¿Estás bien?*

También tenía alguna invitación de amistad de chicos que, los pobres, no sabían que mi interés por las relaciones con los humanos había pasado a la historia. Ahora aspiraba a algo mucho más importante, algo que ellos jamás tendrían y no entenderían.

Me sentí con ánimo de responder a Magiazul; aunque no estuviéramos de acuerdo en casi nada de lo que me había pasado, ella siempre estuvo ahí, resultó ser una buena amiga. Se merecía una explicación.

Colonia dice: *Mi querida amiga, agradezco profundamente tu preocupación por mí, pero es en vano. Soy feliz. Estoy preparándome para hacer un viaje que cambiará mi existencia por completo. Siguiendo tus consejos, he dejado la pantalla del ordenador y los amigos cibernéticos por otros reales, unos que me han enseñado tanto, Magiazul, tanto que no podría agradecérselo ni en diez vidas. Puedo decirte que he encontrado el amor. Un amor que va mucho más allá de lo físico, de lo material. Ahora tengo que buscar el modo de reunirme con él, de recuperar lo que me fue arrebatado. Ya no siento soledad o dolor. Quisiera que algún día pudieras vivir la misma experiencia que yo. He recibido respuesta a muchas de las preguntas que la humanidad lleva haciéndose desde el principio de los tiempos. Al final, todo se resume en una palabra: «EVOLUCIÓN» o más bien, «REVOLUCIÓN», porque todos mis principios, mis creencias, se han visto alterados, modificados, y soy*

partícipe de una realidad que, para los que aún vivís en la ignorancia, suena a locura. Te aseguro, en primera persona, que la locura es otra cosa, esto es conocimiento. Pero mi maestro insistió en que no debo convencer a los demás, exclusivamente a mi mente. Y mi mente ha visto que este mundo que habitamos es tan pequeño como una insignificante hormiga. Confío en realizar mi viaje muy pronto. Sé que te alegrarás por mí, la eternidad me espera, mi familia me espera, y Alan será quien me conduzca hasta ellos. Tal vez nos encontremos en otras existencias. Me despido de ti con luz y con amor.

Releí satisfecha mi respuesta. Ella lo entendería. Después cerré la cuenta que me ligaba a Grandesamigos.com sin pena ni nostalgia. Tenía que ir deshaciéndome de los apegos materiales. La decisión estaba tomada. Cuando Daniel me explicara la forma de encontrar a Alan y ayudarlo a cruzar a la esfera en la que estaban mis padres, Mirinda y yo partiríamos.

Todavía me quedaba otra carta por escribir. Marta. Había sido tan importante en mi vida que era justo que le dedicara unas palabras. Sabía que no la volvería a ver, no compartiríamos anécdotas, no vería crecer al pequeño Esteban, y eso me dolió, pero estaba convencida de que algún día nos reuniríamos. Alan me había mostrado que los seres queridos permanecen unidos más allá de esta existencia, y esa idea me tranquilizaba.

A Marta no le escribiría un mensaje que pudiera leer en una pantalla, a nosotras nos gustaban las cartas manuscritas, aunque este año había contestado a su postal navideña a través del móvil. No estuvo bien, tenía que haberle enviado un *christmas.*

Me senté en el escritorio, aparté el teclado y comencé:

Querida Marta:

Hace mucho tiempo que no hablamos.

Mi vida ha dado un giro radical. ¡Tenías tanta razón al decirme que la felicidad puede estar a la vuelta de la esquina! En mi caso, se agazapó durante mucho tiempo, pero he logrado alcanzarla y no la voy a soltar por nada.

Te hará feliz saber que he superado lo de papá y que he conocido a alguien muy especial. Al igual que tú, debo hacer un viaje muy largo para irme con él. Este viaje nos separará para siempre, pero os llevo en mi corazón a los tres.

Te quiero muchísimo.

Metí el papel en un sobre, escribí la dirección y lo guardé en mi bolso. No quería olvidarme de enviarlo.

A las nueve de la mañana, llamé a Daniel.

—Buenos días, espero no haberte despertado.

—Soy madrugador, no te preocupes.

—Necesito hablar con él lo más pronto posible —solicité con urgencia.

—Él también necesita comunicarte algo. Nos vemos el día veinte. El solsticio de primavera es un momento idóneo para abrirse a nuevos mundos. Debemos facilitar el camino a Alan. Está perdido y necesita tu luz, Corina.

—¿Qué significa «está perdido»? ¿Por qué no me dijiste que necesitaba mi ayuda? —pregunté preocupada.

—Porque tú debes ser quien marque los tiempos. Si no estás preparada, no lograremos nuestro objetivo.

—Daniel, lo estoy. Estoy preparada.

—Lo sé, Corina, por eso sigo aquí. Recibirás en tu correo nuevos audios, te van a preparar para la gran cita. Nos vemos en un par de semanas.

Me senté en el sofá con el móvil en la mano, esperando que llegasen las grabaciones de las que me había hablado. Estuve más de una hora mirando la pantalla. Finalmente, un punto azul mostró que allí estaban. Las descargué de inmediato y no esperé a la noche para escucharlas.

El primer audio era desagradable, un sonido agudo punzaba mis tímpanos. Recordé la primera vez que escuché el sonido *binaural,* no me gustó, me sentía incómoda. Ahora no podía dormir sin él. Supuse que lo mismo ocurriría con este nuevo audio. Mi cerebro buscaría la sincronía necesaria para armonizarlo.

El segundo audio era reparador. Notas de elementos naturales calmaban la estridencia del primero.

Quince días.

Tan solo dos semanas.

Capítulo 24



Equinoccio de primavera

Un hombre y una mujer estaban reunidos en la casa de él.

Planteaban dudas sobre el proyecto.

—¿Has sabido algo de los otros grupos de trabajo? —preguntó ella.

—Sabes que no es posible mantener trato con ellos.

—No es eso lo que te he preguntado —respondió suspicaz.

—Sé que algunos sujetos han querido pasar a la fase final y les están reteniendo, esperando el día señalado.

—¡Nosotros no hemos completado la fase tres! y ya han transcurrido casi seis meses desde la primera intervención, eso sin contar mi puesta en escena tragándome reuniones y más reuniones insustanciales.

—Tú estás haciendo una labor encomiable. Incluso cuando se interpuso ese Álvaro, supiste manejar muy bien la situación.

Tranquilízate, todo va según lo establecido. La fase tres está completada, hazme caso.

—Lo estoy dando todo, está resultando agotador. Se suponía que con los audios sería suficiente —protestó la mujer.

—Y tú sabías que no iba a ser así. Una reprogramación necesita una preparación. Ya lo expuse en su momento. Por supuesto que los audios modifican la mente, pero es necesario algo más. El fin del experimento es demostrar que se puede alterar la conciencia hasta el punto de poder manejar al individuo como si fuera un autómata. Su visión de la realidad está completamente distorsionada, su confianza en lo que le decimos es absoluta, y todo gracias a tu perseverancia —la halagó tratando de calmarla—. Confía, «pitonisa Rosalenda», el equipo está trabajando según mis directrices, todo está bajo control, los tiempos serán los establecidos.

Las dudas de la mujer no quedaron disipadas del todo.

—Tenemos que aumentar los audios *binaurales,* los mensajes subliminales deben ser más contundentes y, tal vez mis tisanas también deban ser más fuertes. El fracaso no es una opción.

—Y no lo será. Pero ojito con las tisanas, eso debe quedar entre nosotros, no es parte del proyecto. —La seriedad de su tono dejaba entrever cierto temor, ya que no cumplir las reglas supondría una dura sanción.

* * *

Jaime y Candela interrumpieron su conversación cuando entré en la tienda.

—¿Ha pasado algo? —les pregunté intrigada. Fue Candela quien respondió.

—Nos tienes preocupados.

—¿Preocupados? ¿He hecho algo mal?

—No se trata del trabajo, Corina, en ese aspecto estoy muy contenta contigo. Ya te he dicho, y lo mantengo, que eres de lo mejor que ha pasado por la tienda.

—Entonces, no sé qué puede preocuparos —respondí a la defensiva. Se miraron y Jaime tomó la palabra.

—¿Estás bien?

—No me digas que vas a empezar con la letanía de lo que adelgacé y que tengo ojeras y no sé cuántas cosas más.

—Sí —contestó Candela con firmeza. Lo pensó mejor y suavizó el tono para continuar hablando—. Voy…, vamos —se corrigió— a empezar con eso. Y nos gustaría que nos escuchases. Corina, hace cinco meses que trabajas aquí. No eres ni la sombra de la chica que conocí entonces; mejor dicho, eres la sombra de esa chica. Día a día, estás más desmejorada.

—¿Te preocupa que mi aspecto moleste a los clientes?

—Por Dios, Corina, ¿cómo puedes decir eso? Me preocupa que estés pasando sola una mala racha. Jaime me ha contado que empezaste a salir con un chico y estabas muy ilusionada con él, pero que, de la noche a la mañana, se rompió la relación. También me ha dicho que ya no os reís como antes ni salís a comer juntos ni le cuentas nada de tu vida. Te pido que no te enfades con él, porque en ningún momento ha querido traicionar tu confianza, simplemente está preocupado, al igual que yo. Queremos saber si podemos ayudarte de alguna manera.

—Podéis. Dejándome en paz. Mi vida es más feliz ahora de lo que lo fue nunca. Es verdad que he adelgazado unos kilos, pero no creo que sea para tanto.

Mientras hablaba, me vino a la cabeza la imagen que había visto en el espejo de mi habitación. Aquella ya no era yo, era solo un

envase. Si pudieran ver mi alma, se darían cuenta de que vibraba en sintonía con el universo. Daniel me lo había enseñado, y yo era consciente de ello.

Intervino Jaime.

—Sí es para tanto. Echo de menos nuestras risas, ese humor tan peculiar que tenías, nuestras confidencias. Te echo de menos.

Los ojos se le llenaron de lágrimas y me enterneció profundamente.

—Jaime —le abracé—, gracias. Simplemente, he introducido algunos cambios en mi vida, pero puedo garantizaros —miré a Candela— que estoy bien.

—No queremos inmiscuirnos en tus asuntos personales. Creo que es evidente que respeto al máximo la vida privada de mis empleados. Te tendemos una mano, puedes cogerla o dejarla, nosotros no la vamos a retirar, estaremos aquí si nos necesitas.

Aquella conversación me hizo pensar que necesitaba enmascarar mi nuevo yo. Las personas que aún no habían despertado a mi realidad se mostraban reacias a comprenderla. Decidí cambiar la manera de actuar y aparentar ser la antigua Corina, aquella que no hablaba con los muertos, la que no había experimentado el amor verdadero, la que vivía sin familia. Reservaría para la tranquilidad de mi hogar la verdad en la que me encontraba, tan lejos de la de otras personas.

No me gustaba sentir a Candela y a Jaime revolotear continuamente cerca de mí, así que volví a maquillarme, me interesé por la vida de mi compañero, incluso quedamos a comer tras uno de mis turnos de mañana. Le confesé que me encontraba muy sola, le dije que echaba de menos a Álvaro, que me sentía muy dolida con Nacho, mi gran amigo de la infancia, que sentía que el mundo me

había decepcionado… Era el escenario perfecto para aparentar una leve depresión, lo que justificaría mi estado físico, mi envase roto.

—Sabía que te pasaba algo. ¿No te sientes mejor ahora que lo has dicho en voz alta?

—Sí, hablar contigo siempre me hace bien.

Se lo diría a Candela y ambos creerían que ese era el motivo de mi cambio. De ese modo, me quitaba de encima el peso de sus miradas enjuiciadoras.

Durante los días siguientes a mi confesión, Jaime, muy infantil para su edad, parecía satisfecho por haber hallado la causa de mis preocupaciones y estaba convencido de que pronto todo volvería a la normalidad. Le sorprendía mirando a Candela y sonriendo condescendiente y, entonces me hacía la tonta mientras mi mundo giraba paralelo al suyo, pero lo enmascaraba con rímel en los ojos y una sonrisa en los labios.

Álvaro pareció unirse a aquel aquelarre de amigos salvadores y me envió un nuevo mensaje.

Álvaro: Corina, te echo de menos. Me gustaría hablar contigo. ¿Podemos quedar, por favor?

Igual que Magiazul y que Marta, él también merecía una explicación, una despedida. Me acordé de que la carta de Marta aún seguía en mi bolso; mañana sin falta la enviaría.

Le contesté.

Corina: Siento decirte que sigo en un momento complicado, más si cabe que cuando te conocí. Ahora no tiene sentido que nos veamos, pronto no estaré aquí. Ya te dije que planeaba hacer un viaje que cambiaría mi vida. Has sido una pieza importante en mi evolución, me has hecho ver que puedo amar y ser amada.

Yo te he amado, pero el destino nos guía y tú no estás en mi camino. Deja que la felicidad te encuentre, yo voy en busca de la mía.

Ya no respondí a ninguno de sus insistentes mensajes, no había razón para ello.

En el calendario de la cocina iba tachando los días que faltaban para reunirme con Daniel. Cuatro días; noventa y seis horas que se me antojaban eternas.

Con celo cumplí las instrucciones que me había dado, continué con las infusiones, tomé los baños de sales y escuché los nuevos audios.

La ansiedad de los días de espera cerró del todo mi estómago, bebía solo café, lo que no era recomendable para calmar los nervios. De vez en cuando notaba fuertes palpitaciones en el pecho, y mi propuesta de mostrar una Corina «normal» ante Candela y Jaime era cada vez más complicada.

Por fin, una mañana me levanté y mi lápiz tachó el día veinte. La primavera haría su entrada de un modo triunfal, me regalaría un pasaje al más allá.

Rondando las cuatro de la tarde, recibí un mensaje de Daniel.

Daniel: A las ocho estaremos en tu casa. Media hora antes, date un baño con las sales. Dobla la cantidad, son necesarias para purificar tu cuerpo y abrir tu mente.

Daniel y Rosi se presentaron en mi casa al anochecer, aún tenía el pelo mojado y el baño por recoger.

—Cariño, ¿estás preparada? —preguntó Rosalenda con voz lastimera.

—Más que eso, Rosi, estoy ansiosa.

Cogí las manos de mi amiga mientras la miraba a los ojos. Daniel parecía incómodo ante nuestras muestras de afecto.

—Veo que has tomado el baño, como te indiqué.

—Sí, lo he hecho.

—Perfecto. Si os parece, vamos a preparar la sesión. Corina, hoy utilizaremos tu querido tablero de güija. No me mires con esa cara, sé que no lo has tirado, además es un excelente conductor si sabe utilizarse.

Había guardado el tablero en la despensa después de que Daniel me explicase que él había cerrado el canal y los motivos por los que no debía utilizarlo.

Esa noche no hubo ningún ritual inicial; simplemente prendió una vela y dejó encendida la lamparilla de lectura que tenía junto al sofá.

Nos dimos las manos, el médium agachó la cabeza buscando concentración y nos indicó que colocásemos un dedo sobre el puntero de madera.



—Alan, Corina está conmigo. ¿Nos acompañas esta noche?

La respuesta fue inmediata. El puntero se desplazó con suavidad hacia el «SÍ». Volvió a hablar.

—Ella desea viajar a tu lado. Ha tomado la decisión. ¿Estás dispuesto a ayudarla?

El puntero se movió ligeramente a un lado y regresó al punto en el que se encontraba: «SÍ».

—Corina tiene dudas. Piensa que no podrá cruzar el túnel de luz si se quita la vida.

Me trastornó la crudeza con la que habló. Así era, me quitaría la vida para estar con él, con mis padres, para alcanzar la vida eterna, joven y bonita. Esas eran sus promesas y yo las creía, pero escucharlo en voz alta seguía impresionándome: debo morir, debo suicidarme.

La pieza se movió a la izquierda señalando el «NO».

—¿Sabrás indicarle el modo de hacerlo?

De nuevo, la madera con su ojo de cristal se deslizó por la güija.

—Y — O — A — Y — U — D — O. Él te ayudará —observó Rosi tras deletrear el mensaje de Alan.

Sin haber hecho ninguna pregunta, la pieza de madera comenzó a desplazarse, llevando nuestras manos por el tablero, parándose, durante un breve segundo, en diferentes letras. Con agilidad, Rosalenda las iba leyendo.

—E — L — L — A — A — Y — U — D — A. ¿Ella ayuda?

Daniel intervino.

—¿Precisas la ayuda de Corina?

—SÍ.

Formuló la siguiente pregunta.

—¿Debe ayudarte con la tarea que tienes pendiente en la Tierra?

—SÍ.

Nuestras manos descansaron un escaso segundo sobre el pedazo de madera, como si tomara aliento, para retomar su andadura con seguridad.

—C — L — A — R — A. Clara —anunció y, con presteza, siguió verbalizando las letras—. M — U — E — R — T — A. Muerta —repitió

en un tono casi imperceptible.

—Clara muerta —repitió Daniel—. ¿Clara está muerta?

Violentamente, el triángulo de madera se dirigió al «NO» y, sin esperar otra pregunta, continuó recorriendo el tablero.

Rosi las recitaba tan rápido como podía.

—M — A — T — A — R.

—Matar —unió las letras Daniel—. Alan, ¿quieres que Corina mate a Clara?

El puntero casi salió disparado hacia el «SÍ».

Aquellas palabras me habían enviado a un abismo oscuro y profundo. Quería morir por estar con él, por recuperar a mi familia, por vivir en el paraíso, pero el precio que debía pagar no estaba a mi alcance. No podía matar.

Levanté el dedo del puntero, me retiré de la mesa y dejé de escuchar lo que Daniel y Rosalenda decían.

—No puedes abandonar la mesa, debemos cerrar la sesión juntos.

—Vuelve a la mesa, Corina —espetó con fuerza el médium.

Aquellas fueron palabras que se perdían en las paredes de mi salón y nunca llegaron a mis oídos.

Yo no estaba allí. El lugar en el que me encontraba era aterrador, porque nada es más temible que la desesperanza: a mi alrededor solo había un paisaje luctuoso y un desaliento gélido e indomable.

—Corina, Corina. ¿Estás bien, cielo?

Rosalenda estaba arrodillada a mi lado.

—Trae un vaso de agua —ordenó a Daniel.

—Corina, el día que te conocí, prometí ayudaros a ti y a Alan. Removeré cielo y tierra, si es necesario. Estate segura de que no voy a romper mi promesa. Ahora debes regresar, Corina. ¡Corina!

Humedeció mis labios acercándome el vaso con agua, yo no los abrí. No tenía sed ni hambre ni ganas de respirar. No quería existir.

—Ponle los audios.

—Pero, Daniel, está en estado de *shock* —advirtió la mujer intranquila.

—Está exactamente como debe estar. Ponle los audios.

Seria, Rosalenda obedeció al hombre.

—Los próximos días serán cruciales para nosotros. Deberás convencerla de que Clara merece morir, ha de sentir que es la justicia divina. Sabes lo que debes hacer, no puedes fallar ahora. Te dije que te estabas encariñando con el sujeto. Estamos muy cerca, Raquel, no es momento de flaquear. ¿Podrás hacerlo?

—Por supuesto que podré.

Capítulo 25



¿Dónde estás, Corina?

Yolanda abrió su correo y el mensaje que leyó la dejó trastornada. Trató de responder, pero la pantalla abrió una ventanita que le informaba de que ese usuario ya no pertenecía a la comunidad de Grandesamigos.com.

Volvió a leer el mensaje y su preocupación se acrecentó.

Magiazul dice: *Hola, chicas. ¿Habéis recibido noticias últimamente de Colonia? Hace un par de semanas que no reviso el chat y hoy he visto un mensaje bastante raro que me envió hace unos días. Respondedme, por favor, es urgente.*

A lo largo de la tarde, las componentes que quedaban del grupo fueron contestando. Ninguna sabía nada de ella desde hacía muchas semanas.

Las palabras escritas en el mensaje fueron tan alarmantes como para decidir no quedarse de brazos cruzados. Con paciencia revisó

las conversaciones que habían mantenido, buscando algo que pudiera servirle para ayudar a aquella desconocida que se había convertido en una amiga a través de la pantalla del ordenador.

Esperanzada, se detuvo ante un mensaje de finales de octubre.

Colonia dice: *No. Es una tienda de barrio: Deportes Candela. Nada que ver con esos comercios gigantes.*

Escribió el nombre de la tienda en la barra de su buscador y añadió «Madrid». Figuraban tres entradas con un nombre similar: Deportes Candela, Deporte Candela, Candela Sport.

Marcó el número de teléfono de la primera tienda. Al tercer tono, obtuvo respuesta.

—Deportes Candela. ¿En qué puedo ayudarle?

—Buenas tardes. Estoy buscando a una amiga que vive en Madrid y trabaja en una tienda de deportes, Deportes Candela, creo recordar que se llamaba. Lo he buscado por internet y me ha salido su número.

—Disculpe, pero si busca a una amiga, ¿por qué no la llama a su teléfono particular?

Yolanda pensó en mentir, en decirle que lo había extraviado; sin embargo, optó por decir la verdad.

—Es complicado de explicar. No nos conocemos personalmente, somos amigas a través de una página de internet. Me ha escrito un correo bastante inquietante y estoy preocupada por ella. Ni siquiera sé su nombre real, el de usuario es Colonia. Puedo darle algunos datos personales: su padre falleció el año pasado de cáncer, trabajó de secretaria o de contable antes de entrar en la tienda, tiene una gata que se llama Mirinda… ¡Ah, sí! Y hay otro empleado del que se hizo muy amiga que se llama Javier…, no, no, Jaime.

—Sin duda es Corina —respondió Candela con angustia.

—Entonces, ¿cree que podría ser ella? —Había ansiedad y esperanza a partes iguales en su pregunta.

—Si no, es una inmensa casualidad. Hace tres días que no viene a trabajar. La hemos llamado y no responde.

—Mire, sé que lo que le voy a contar es una locura, más por teléfono y sin conocernos de nada, pero si Colonia y Corina son la misma persona, creo que corre un grave peligro.

—Tienes razón, parece una locura, pero nosotros, Jaime y yo, llevamos preocupados por ella bastante tiempo. No sabemos en lo que anda metida, pero desde Navidad no es la misma. Cambió su conducta, por no hablar del deterioro físico que ha sufrido. ¿Cómo te llamas?

—Yolanda.

—Yolanda, ¿podríamos vernos?

—Vivo en Badajoz.

Tan resolutiva como siempre, Candela le pidió que le leyera el mensaje.

—¿Podrías decirme el contenido del mensaje?

Jaime se había acercado al mostrador y la miraba con cara de preocupación.

—Está escrito el día cuatro, no lo he visto hasta hoy. Deme un correo o su número de móvil y se lo reenvío. Creo que es mejor que lo lean ustedes mismos.

Candela le facilitó su teléfono personal a aquella extraña, con el convencimiento de que hablaban de la misma persona.

—Estaremos en contacto. Muchas gracias por tu preocupación, Yolanda.

No transcurrió ni un minuto cuando el móvil de Candela recibió el desconcertante mensaje, algo sin sentido.

—Jaime, ¿qué quiere decir esto? ¿Entiendes algo?

—Nada. Pero Corina está peor de lo que imaginamos, y esto es una carta de despedida. Debemos ir a su casa, hay que avisar a la policía.

—Tranquilízate un momento. No podemos llamar a la policía y decirles que una mujer que no conoce a Corina nos ha enviado este mensaje. Lo primero que debemos hacer es localizarla.

Con insistencia, llamaron al número de Corina. Jaime envió un nuevo mensaje, otro más que se unía a la colección que había escrito en los últimos tres días. El último intento por comunicarse con ella obtuvo la desesperanzadora respuesta de un teléfono sin batería: «El móvil al que llama se encuentra apagado o fuera de cobertura. Inténtelo más tarde».

—Jaime, ¿sabes dónde vive Corina? —Miró el reloj y repuso decepcionada—: La asesoría ya está cerrada, no podemos hablar con ellos hasta mañana para ver qué dirección figura en el contrato.

—No. Espera, tengo una idea, déjame comprobar una cosa. —Mientras hablaba, revisaba su teléfono—. Que no lo haya borrado, que no lo haya borrado, por favor —murmuraba.

Candela se mantenía expectante.

—¡Aquí está! —casi gritó—. Mira, Candela.

Con entusiasmo mostró a su jefa una captura de pantalla que Corina le había enviado casi cuando se conocieron. En ella figuraba un fragmento de una conversación que había mantenido con Álvaro; estaban tonteando. Aún no había guardado su contacto en la agenda del móvil, de manera que se veía el número de teléfono.

—Él sabe dónde vive. Sé que Álvaro la acompañó a casa varias veces.

—Llámale —decidió Candela.

—Prefiero que lo hagas tú —repuso Jaime apocado.

Con decisión, la mujer fue marcando los números que Jaime le recitaba: 4, 7, 1, 7, 9, 6…

Una voz masculina contestó al otro lado de la línea.

—Buenas tardes. ¿Hablo con Álvaro?

—Sí, ¿con quién hablo yo?

—Me llamo Candela, soy la dueña de la tienda en la que trabaja Corina. Sé que esta llamada le resultará, como poco, extraña. Usted estuvo saliendo con ella hace unos meses, ¿cierto?

—Tiene razón, realmente es una llamada extraña. No entiendo, ¿le ha sucedido algo?

—No quiero resultar alarmista, pero pensamos que Corina está en problemas verdaderamente serios. Hace tres días que no viene a trabajar. No contesta a nuestras llamadas, y hoy se ha puesto en contacto con nosotros una chica que la conoce de un chat de internet. Nos ha enviado lo que parece ser una carta de despedida. Mi compañero, Jaime, es amigo de Corina y le habló de la relación que mantuvieron. Le contó que la acompañó a casa alguna vez. Nos preguntábamos si usted ha sabido algo de ella últimamente y si podría facilitarnos la dirección para ir a su casa.

—Yo también he recibido un mensaje bastante inquietante recientemente y, por más que la he intentado contactar, me ha resultado imposible. ¿Sería posible conocernos en persona y leer esa carta de la que me habla? —preguntó el hombre con decisión.

—Por supuesto, estaría encantada.

Candela envió la ubicación del comercio al teléfono de Álvaro y, a continuación, llamó a Yolanda para informarle de lo sucedido. Agradecida, acordó remitirle las conversaciones que habían mantenido desde que Alan apareciera en su vida. Quizá ellos pudieran extraer alguna información que fuera de utilidad.

Cincuenta minutos después de haber hablado por teléfono con Candela, Álvaro se presentó en la tienda.

Con el mismo desconcierto que lo hicieran ellos anteriormente, leyó la carta de Corina.

Por su parte, les mostró el último mensaje que la chica le había enviado; al igual que el de Yolanda, era un adiós.

Jaime tenía la esperanza de que Álvaro le diera alguna interpretación coherente al texto. No fue así, pero todos estuvieron de acuerdo en que ambos mensajes eran una despedida y que el viaje al que se refería hacía alusión a un posible suicidio.

No esperaron a la hora del cierre de la tienda. Los tres se subieron al coche de Álvaro y se encaminaron a casa de Corina.

Llamaron insistentemente al timbre. Nadie abrió la puerta. Aprovechando la salida de un vecino, entraron en el portal. El ascensor se paró en el tercer piso. Se situaron delante de la puerta de Corina; fue Jaime quien llamó al timbre. Estaba nervioso, como sus compañeros, pero, a diferencia de ellos, él lo demostraba abiertamente.

—Corina, Corina, abre —gritó.

La vecina de enfrente abrió la puerta con cautela. Los tres se volvieron hacia ella. Candela, olvidando cualquier norma de cortesía, le preguntó:

—¿La ha visto? ¿Ha visto a Corina?

La señora Pilar se atusó la redecilla que recogía sus rulos y respondió negativamente.

—¿Ha sucedido algo?

—No lo sabemos.

—Algunos días se oyen ruidos raros en su casa —mencionó de manera enigmática.

—¿Qué tipo de ruidos? —se interesó Álvaro.

—Parecen golpes, movimiento de muebles, carreras por el pasillo. La última vez que oí algo así fue el fin de semana pasado. Este domingo también tuvo visita: un hombre y una mujer llegaron a las ocho de la noche. Pero esta vez casi no se oyeron ruidos. Oí su puerta otra vez hacia las doce de la noche. Imagino que se irían a esa hora. Cuando miré por la mirilla, ya no había nadie en el rellano —confesó sin pudor—. A Corina no la veo desde…, no recuerdo desde cuándo, pero han pasado días. El vecino de arriba se llevaba muy bien con el padre. Me parece que tiene una llave, no sé por qué decidieron dársela a él y no a mí. En fin, el caso es que podemos pedírsela y entrar.

Una suerte dar con una vecina cotilla.

—Iré a hablar con él, no es necesario que nos acompañe —atajó Álvaro—. Le estamos muy agradecidos por su colaboración.

Candela y Jaime subieron las escaleras detrás de Álvaro.

Un hombre mayor, de unos setenta y muchos, tal vez 80 años, abrió la puerta. Detrás de él, una mujer de similar edad, en bata, escuchaba a tres desconocidos preguntando por su vecina.

—Ya sabía yo que le pasaba algo. Nunca superó la enfermedad de su padre. Tal y como os comentó Pili, se oían ruidos, golpes, y debían ser fuertes, porque tanto María —señaló a su mujer, que avanzó unos pasos hasta colocarse a su lado— como yo estamos bastante sordos, y aun así los oíamos. Voy a coger las llaves.

El anciano los acompañó al piso, abrió la puerta de su vecina y los cuatro entraron en casa.

—¡Corina, Corina! —llamaron sin obtener respuesta.

—Qué preciosidad de salón dejó esta chica —exclamó Pilar totalmente fuera de lugar. Todos se dieron la vuelta mirando con pasmo a la intrusa.

—La puerta estaba abierta y yo quiero mucho a esta chiquilla —se excusó.

La gata apareció por el salón maullando. Con suavidad, Álvaro la cogió en brazos.

—Tú debes de ser Mirinda —dijo mientras la acariciaba—. ¿Dónde está Corina, pequeña? —El animal comenzó a ronronear agradecido por su atención.

En la mesa del comedor, un tablero de güija y una vela desgastada mostraban los restos de una sesión de espiritismo. Se dirigieron al pasillo y cada uno entró en una estancia. El baño tenía la bañera llena. El agua turbia desprendía un olor a esencias, una mezcla entre agua estancada y almizcle; las toallas estaban tiradas en el suelo, húmedas. En la habitación, una cama deshecha y un considerable montón de ropa esparcida por el suelo indicaban que nadie había recogido el cuarto en días. Entraron en otro dormitorio que denotaba que allí no dormía nadie desde hacía tiempo: se había convertido en el trastero de la casa y, paradójicamente, era la pieza más pulcra.

La cocina ofrecía el mismo aspecto desaseado que el resto de la casa: en la pila había platos y vasos sucios, olía a basura y a comida rancia. Mirinda se puso al lado de su cuenco de comida vacío a maullar. Alguien rebuscó por los armarios y le echó pienso. Lo comió con avidez. También le puso agua fresca, que bebió casi sin dejar que terminaran de poner el recipiente en el suelo.

—Si algo sé de esta niña —comentó el anciano—, es lo mucho que quiere a su gata. Jamás la abandonaría.

—Doy fe de ello —constató Álvaro. Juntos se reunieron en el salón.

—Todos estamos de acuerdo en que la situación es extraña, ¿verdad? —Quiso confirmar Candela.

—Sí —reconoció el grupo casi a la par.

—Hace tiempo, un admirador le envió una caja con un regalo. Lo sé porque se equivocaron y lo dejaron en mi casa, pero no penséis que soy una chismosa. Puede que se haya fugado con él.

Como siempre, la cabeza de la señora Pilar vagaba por mundos románticos pintados de rosa.

—No. Ella no dejaría a su gata ni el trabajo, ni tendría la casa en estas condiciones —manifestó Jaime—. Además, escrib…

Candela se apresuró a cortar a su joven empleado.

—Habría escrito un mensaje o nos habría llamado. —Lo miró con complicidad y Jaime se dio por enterado. Nadie debía saber lo de la carta por el momento. Era algo personal, confidencial. Bastante habían hecho con irrumpir en casa de Corina como para hablar, sobre todo delante de esa vecina tan cotilla, de aquella carta.

—¿Alguno de vosotros sabía que Corina practicaba espiritismo? —intervino Álvaro. Nadie sabía nada.

El anciano sugirió la que parecía ser la única solución.

—Debemos llamar a la policía.

El teléfono de Jaime recibió un mensaje.

Las cinco personas que estaban en la sala miraron aquel móvil como si fuera a estallar.

—Es ella.

Jaime sostenía el teléfono en la mano. En la pantalla, un recuadro azul informaba: «Tiene un mensaje nuevo: Corina».

—Ábrelo de una vez. —Se impacientó Candela que, sin esperar respuesta, le arrebató el teléfono y abrió el mensaje.

Corina: Hola, Jaime. Me ha surgido un imprevisto y he tenido que marcharme unos días. Siento haber faltado al trabajo, discúlpame ante Candela. Estoy bien. Te quiero.

Con decisión, Candela la llamó. El teléfono no daba señal: «El móvil al que llama se encuentra apagado o fuera de cobertura en este momento. Inténtelo más tarde».

—Me llevo a Mirinda. Dejaré una nota en la nevera para que me llame cuando vuelva de «su imprevisto» —soltó Álvaro en un tono ácido—. Voy a coger el trasportín que he visto en el cuarto del fondo.

Recogió las cosas de la gata, el pienso y los cuencos de la comida. También se llevó una camiseta del suelo de la habitación de Corina.

—Te gustará sentir su olor. Te prometo que la vamos a encontrar —murmuró al oído del animal—. Muchas gracias a todos por vuestra preocupación. Candela, Jaime, creo que debemos irnos, ya hemos molestado bastante a estas personas.

Miraron extrañados a Álvaro, no se creían que se hubiera rendido tan fácilmente.

Se despidieron con amabilidad de los vecinos y llamaron al ascensor. Candela preguntó desconfiada.

—¿Qué pensáis de todo esto?

—Pienso que este mensaje es una patraña —espetó Álvaro—. ¡Qué casualidad que, justo cuando hablamos de llamar a la policía, llegue el correo! No me extrañaría que tuviera alguna cámara en casa. No sé en qué se metió Corina ni con qué gente anda, pero esto no huele nada bien. Ese tablero de güija, la casa como un basurero, la pobre Mirinda sola. Corina necesita ayuda urgentemente.

—Espera, ¿has dicho que podía tener una cámara oculta en casa?

—Jaime, es una manera de hablar —contestó Candela condescendiente.

—No, Candela, tiene mucho sentido.

—Si eres capaz de encontrar sentido a algo de lo que está sucediendo, nos encantaría que lo compartieras con nosotros —manifestó irritado Álvaro.

—Hace unos meses, justo antes de Navidad, recibiste una foto en tu móvil de Corina con un amigo. —Álvaro se sonrojó y asintió con la cabeza—. No fue la única foto. A su teléfono enviaron otra en el sofá de su casa. Ambos supusimos que la había hecho el propio tipo. Corina lo llamó por teléfono y él la puso pingando. Le confesó que estaba casado y que lo último que quería era tener fotos con otra mujer en su móvil. Una cámara en el salón lo explicaría todo.

Álvaro sintió una punzada de dolor al escuchar que había una segunda foto, una en la que Corina estaba con su amigo de la niñez en casa y no jugando, precisamente, a juegos infantiles. De inmediato, se arrepintió de su ataque de celos. La situación parecía verdaderamente grave. Corina podía estar en manos de una secta o de una organización de videos *snuff* o trata de blancas… Su imaginación volaba por los escenarios más pútridos. No era el momento de ocuparse de esas naderías.

—Y, si tiene cámara, es posible que tenga micrófonos. La noticia de que estaba bien fue muy oportuna. Llamar a la policía y recibir un mensaje tranquilizador fue todo uno.

—Esperad, chicos, ¿de verdad estáis valorando que haya una red conspiradora en torno a nuestra Corina?

—Ya no sé qué pensar —reconoció Álvaro—, pero, sin duda, hay algo turbio en esto.

Estaban saliendo del portal cuando Jaime les pidió que se detuvieran.

—No hemos mirado su buzón. Yolanda nos dijo que recibía cartas extrañas, tal vez encontremos algo.

Candela y Álvaro se miraron y fueron directos a los buzones. Jaime consiguió abrirlo con la llave de su propio buzón, con una maestría desconocida.

Encontraron publicidad y una carta. En el remitente se podía leer: Marta.

Sin titubear, abrieron el sobre.

Querida Corina:

Te he llamado infinidad de veces y no consigo contactar contigo. Quisiera que me contaras con más detalle todas esas novedades maravillosas.

Tu carta no me deja clara muchas cosas, no entiendo por qué dices que no volveremos a vernos. Sabes que mi afición número uno es viajar, y más si es para visitarte a ese lugar tan misterioso.

Me alegro hasta el infinito de que hayas encontrado la felicidad, pero la mía sería plena si me cogieras el teléfono y me dejaras escuchar tu voz. En cualquier caso, iré pasadas las navidades. Este año han venido mis padres aquí, por eso no hemos viajado, pero te echo de menos y necesito una dosis de Corina bien grande.

Nos vemos pronto, amiga.

Te queremos.

Alexandro, Esteban y Marta

Salieron del portal, caminaban a paso ligero. No era por el frío ni por la prisa, simplemente, por las ganas de meterse en el coche, donde sabían que ninguna cámara oculta podría verlos u oírlos.

—Hubo una tercera carta de despedida —declaró Jaime.

—Así es, creo que deberíamos llamar a Yolanda, preguntarle si conoce a Marta y ponerla al día de lo que hemos visto. Ha quedado en enviarme las conversaciones que mantuvieron desde que

apareció ese Alan en su vida. Eso me dijo, no sé exactamente a qué se refiere. Jaime, ¿de verdad no recuerdas que te hablase de Alan?

—Nunca. Solo me habló de Álvaro, de lo enamorada que estaba, de lo feliz que era. Después de romper contigo —dirigió su mirada a él—, no me habló de nadie más. Le gustabas de veras. De hecho, nos conocimos gracias a ti. Entró en la tienda para comprar un conjunto deportivo, quería impresionarte. Luego vio el cartel que teníamos puesto solicitando una empleada y se quedó a trabajar con nosotros.

—Pues me impresionó, y mucho —recordó con cierta nostalgia.

—Eso es innegable; de otra forma, no estarías aquí, con el gato de una mujer que no ves desde hace meses —apostilló Candela sonriendo con tristeza. No le había pasado inadvertido que Jaime y Corina no se conocían antes, como le dijo su empleado, pero eso ahora carecía de importancia.

Marcó el número de la amiga de Corina, quien lo cogió al segundo tono. Sin permitir que se saludaran, habló atropelladamente.

—No tengo nada en mi ordenador —advirtió—. Se han borrado todas las conversaciones, las fotos que Colonia me envió. ¡Todo!

—No lo entiendo. Pero… esta tarde las tenías.

—Yo tampoco lo entiendo. Menos mal que la carta te la reenvié, si no, también la habríamos perdido.

Le resumieron los últimos acontecimientos y le preguntaron si el nombre de Marta le resultaba familiar. Le sonaba de algo, pero solo recordaba que era una amiga de Colonia, nada más. Colgaron el teléfono más preocupados aún de lo que ya estaban. Corina había desaparecido, y ella misma u otra persona buscaban la forma de eliminar cualquier rastro que hubiera por la red.

—Creo que mañana deberíamos acudir a la policía. Esto no es ningún juego, o tal vez sí, quizá tengáis razón y sea un juego para

alguien —expresó Candela con mucha menos compostura de la que solía mantener.

—Tanto es así que deberíamos ir ahora mismo. Han pasado cuatro días desde la última vez que la visteis: los tres que no acudió al trabajo y el domingo.

Para Álvaro, la seguridad formaba parte de su trabajo. Cada vez que salía de viaje a visitar a sus clientes, desde la oficina tenían un control del recorrido que hacía, de las paradas y tiempos, de los lugares en los que dormía. Llevaba una mercancía demasiado jugosa para los delincuentes y necesitaba estar localizado puntualmente. Si surgía algún imprevisto, informaba de inmediato para no alertar a sus compañeros.

—Cinco, en realidad: hoy tampoco ha venido a trabajar —corrigió Jaime con tristeza.

Cinco días sin que nadie hubiera visto a Corina. No podían esperar al día siguiente. La situación era crítica y tenían que actuar ya.

Cuarenta minutos más tarde aparcaban en las cercanías de la comisaría más cercana que les había indicado el GPS.

En el control de seguridad, un agente les preguntó el motivo de su visita.

De la manera más ordenada posible, Candela narró lo sucedido en las últimas horas y le mostró las cartas que Yolanda y Marta le habían enviado.

Les hizo pasar a una mesa separada de otras por un biombo.

Una mujer de unos 40 años, con el pelo recogido en una cola de caballo y vestida de uniforme, les recibió con un gesto amable, invitándoles a sentarse. Una muestra de simpatía que consiguió relajar al grupo.

—Buenas noches, mi nombre es Álvaro. Ellos son Jaime y Candela. Tenemos la sospecha de que una amiga está en peligro.

Poco a poco, Álvaro fue narrando los hechos acontecidos durante la noche. Jaime y Candela le ayudaban con su relato y detallaban los cambios de conducta que habían observado en Corina en las últimas semanas. Finalizaron con el último mensaje que Álvaro había recibido y las cartas que enseñaron al compañero del control. Por último, informaron a la agente de la noticia de última hora, en la que se habían enterado de que todo el material que Yolanda tenía relacionado con Corina en su cuenta de Grandesamigos.com estaba borrado.

Con profesionalidad, la mujer fue tomando nota de lo que le iban contando. De vez en cuando, incidía sobre algún detalle para, a continuación, escribirlo en su ordenador. Más de dos horas estuvieron sentados en el pequeño cubículo, narrando, respondiendo, teorizando sobre qué podría haber sucedido y defendiendo a ultranza que Corina nunca se iría así, sin avisar y, sobre todo, dejando a su gata abandonada.

La guardia les comunicó que daría cuenta al coordinador de servicios para que comisionaran un Z a la casa de su amiga e iniciaran las gestiones necesarias para localizarla.

Salieron de la comisaría cerca de la una y media de la mañana.

Entraron en el coche. Guardaban silencio, todas las palabras ya habían sido dichas, ahora necesitaban no oír nada, estaban exhaustos y desesperanzados.

Álvaro llevó primero a Jaime a su casa. Luego acercaría a Candela a recoger el coche en el trabajo. Una vez solos en el vehículo, ella volvió a hablar.

—No quería decir nada delante de Jaime. Está muy afectado —comentó Candela.

—Se ve que la quiere mucho.

—Tienen una relación muy buena… La tenían, siempre gastándose bromas y riéndose, hasta que Corina se transformó en una persona inaccesible.

—No es la imagen que guardo de ella. Más bien enigmática, misteriosa, pero cariñosa y con un gran sentido del humor. Hasta que dejó de contestar a mis llamadas. Cuando recibí su último mensaje, sentí que algo no iba bien, pero no supe actuar. Pudo más mi orgullo que la preocupación. Fui un estúpido.

—No te culpes, Álvaro. No eres justo contigo, y eso no nos ayudará en nada. También nosotros teníamos que haber actuado primero y no lo hicimos. No podemos volver atrás en el tiempo, pero sí podemos buscarla. La Corina que describes es la que empezó a trabajar con nosotros, pero no la que lo abandonó todo y desapareció.

—O se la llevaron —apostilló.

Ambos se perdieron en sus pensamientos durante un par de minutos antes de que Candela volviera a hablar.

—¿Crees que la han secuestrado?

—No sé. Me insistió tantas veces en que su vida era complicada… Se me pasan ideas horribles por la cabeza. Quiero desterrarlas para pensar con claridad, pero me resulta imposible, vuelven una y otra vez, cada vez más sórdidas.

—La policía hará bien su trabajo, y nosotros lo haremos por nuestra cuenta.

—Sí.

En al asiento de atrás, un maullido quejumbroso parecía dar a entender que Mirinda había comprendido la conversación.

Candela cogió el trasportín y se lo puso sobre las piernas. Álvaro metió los dedos entre la rejilla que servía de cierre y acarició al animal, más triste y desamparado aún que ellos.

—Tranquila, gatita, te prometí que la íbamos a encontrar.

Aquella frase, pronunciada en un tono que ahogaba lágrimas en la garganta, procedente de un hombre como Álvaro, tan decisivo, tan categórico en sus decisiones, llenó de ternura a Candela.

Álvaro no quería hablar más ni escuchar. Lo único que quería era volver a ver a Corina. Se había enamorado de ella como un adolescente casi en el mismo instante en que la vio en el parque, doblada por un dolor de flato, con la cara congestionada y el cabello revuelto. Sin saber el motivo, se sintió atraído por ella; sería cosa del destino, como había sugerido Corina. Era una mujer hermosa, pero lo que le dejó desarmado fue su sentido del humor, su imaginación, su inteligencia. Se estremecía pensando que algún depravado viera en ella lo mismo que vio él y la hubiera secuestrado para hacerle…

No podía pensar en ello, dolía demasiado.

Capítulo 26



Sujeto E006CPD

Daniel, Rosalenda, Alan y Clara, es decir, el médium, la bruja, el fantasma y la esposa infiel habían colgado sus disfraces y lucían batas de científicos. Volvían a ser Bernardo Santuci Romeo, Raquel María Teresuela, Andrés Lorquina Sánchez y Narcisa Pérez Rodilla, y estaban deseosos de completar el último apartado de su informe.

INFORME DE SOCIOLOGÍA EXPERIMENTAL E006CPD

REPROGRAMACIÓN CEREBRAL Y MANIPULACIÓN MENTAL PARA ACTUAR CONTRA LOS VALORES ESTABLECIDOS Y ALTERAR EL ESTADO DE CONCIENCIA

INTEGRANTES

- Dr. Bernardo Santuci Romeo
- Dra. Raquel María Teresuela Fernández
- Dra. Narcisa Pérez Rodilla

- Dr. Andrés Lorquina Sánchez

PROBLEMA

- ¿Pueden manipularse las creencias de un individuo a través de la reprogramación cerebral?
- ¿Puede manipularse la voluntad de un individuo a través de la reprogramación cerebral?
- ¿Puede permanecer en el tiempo la reprogramación cerebral?

HIPÓTESIS

- Manipulación del sujeto y de su entorno para conseguir una modificación de la conducta y sus creencias más profundas.
- ¿Se puede anular el instinto de supervivencia de un ser humano?
- ¿Es posible reprogramar la mente a través de audios subliminales?
- ¿Se puede condicionar a una persona para que crea en una realidad fuera de toda lógica?

GRUPO EXPERIMENTAL

- Elegimos un grupo de nueve sujetos, comprendido en un rango de edad de 25 a 35 años, con diferente condición sexual y distinto lugar de residencia.
- Ascendencia caucásica.
- Usuarios frecuentes o muy frecuentes de páginas de contactos de internet.

POBLACIÓN

- Grupo formado por seis mujeres heterosexuales, dos bisexuales y un hombre heterosexual.
- Estudios universitarios.
- Todos ellos presentan una baja autoestima y carencias afectivas. Predisposición a la manipulación y a la inestabilidad, volubles e inconstantes.
- Cada sujeto pertenece a una localidad diferente, ninguno comparte profesión ni existe conexión alguna entre ellos.
- La muestra se ha escogido a través de páginas de contactos de internet y tras un estudio de sus perfiles en la red.

TEMPORALIZACIÓN

- El experimento tendrá una duración de diez meses.
- Se dividirá en dos partes:
- 1ª. Captación y acercamiento al sujeto.
- 2ª. Trabajo de reprogramación cerebral en la que el sujeto mantendrá la percepción alterada de la realidad durante un periodo no inferior a siete meses.

Exposición Experimento Referencia: E006 CPD

SUJETO E006CPD

- Nombre: Corina Poverí Díaz.
- Sexo: Mujer.
- Edad al comienzo del experimento: 28 años.
- Estudios: Universitarios.

- Situación personal: Huérfana de madre a los 8 años, fallecida en accidente de tráfico. Padre fallecido el año pasado tras una enfermedad de larga duración.
- Desequilibrio emocional, relaciones inestables, no pertenencia a grupo de iguales.
- En el momento de comenzar el experimento, su único apego afectivo es una mascota. Estimaciones:
- Vulnerabilidad: alta.
- Autoestima: baja.
- Inestabilidad: alta.
- Maleabilidad: figuradamente alta.
- Fuente: Grandesamigos.com

OBJETIVOS

- 1.- Reprogramar el cerebro del sujeto a través de la sugestión, mensajes subliminales, puestas en escena, manipulación de la realidad.
- 2.- Alteración de la conciencia a través de ondas *binaurales.*
- 3.- Inferir en el Complejo-R: eliminar los principios básicos de supervivencia.
- 4.- Eliminar los patrones éticos y morales más elementales: respeto a la vida propia y a la ajena.
- 5.- Mantener la percepción alterada de la realidad durante un plazo establecido de siete meses.

REGISTRO DE DATOS

Fase 1.

- 1.- <u>Fuente de captación del sujeto</u>

- El sujeto E006CPV fue seleccionado por el equipo de trabajo en la página de contactos Grandesamigos.com.
- Su condición vulnerable, el sentimiento de incomprensión y victimismo, así como el profundo sentimiento de pérdida y soledad convierten a este sujeto en una muestra propicia para el experimento.
- Se observa, a través de interacciones por internet, una tendencia a la depresión, a las relaciones vacías, sentimiento de inferioridad, desorden en sus hábitos alimenticios, ausencia de amigos fuera de la red, tendencia a la melancolía, así como problemas económicos y laborales. Percibimos una necesidad de apoyarse en la fantasía para sobrellevar su vida diaria.
- Opiniones cambiantes, fácilmente manipulable.
- Con frecuencia, le cuesta disociar la realidad de la imaginación, circunstancia que resulta muy favorecedora para el éxito de esta prueba.
- 2.- Blindar emociones de autocontrol
- En el primer estadio del experimento recrearemos un entorno inseguro, inestable y temible. Para ello aprovecharemos la reciente muerte de su padre. Se sugestionará al sujeto a través de llamadas telefónicas durante la noche, escuchará susurros, voces masculinas pidiendo ayuda; recibirá notas o cartas de contenido inquietante; se le enviarán regalos que hostiguen al sujeto, que hagan que se sienta inseguro e inestable mentalmente.
- Brindaremos todo tipo de emociones que mermen su autocontrol a través del pánico, el desánimo y la culpabilidad.
- Se predispondrá al sujeto para aceptar la ayuda de la doctora Raquel María Teresuela Fernández.

Fase 2.

- 3.- Confianza
- La doctora Teresuela Fernández, adoptando el rol de una mujer con creencias esotéricas y con un perfil conciliador y maternal llamada «Rosalenda», se ganará la confianza del sujeto E006CPD. Este proceso se prolongará durante todo el experimento. Será su principal punto de apoyo. De forma sutil, alertará al sujeto de que se encuentra sola, nadie la quiere, no tiene amigos ni pertenencia a un grupo. Su labor consistirá en privar al sujeto de contactos con el exterior, se convertirá en su única amiga y figura referente.
- 4.- Estupefacientes
- De manera controlada, se proporcionarán al sujeto drogas disociativas de distinta intensidad para provocar diferentes alteraciones del comportamiento.
- Ayahuasca: se estudiarán sus efectos alucinógenos en E006CPD en distintos marcos: previa visualización de imágenes (fotos), estimulación mental, puestas en escena en situaciones vulnerables.
- Ketamina: procurará una disociación sensorial que ayudará a la inducción de imágenes acordes a cada estadio concreto del experimento.
- Mefradona/Provalerona: aplicadas como sales de baño, sugestionarán al sujeto y dispondrán su cuerpo a la manipulación (mareos, palpitaciones, decaimiento, pérdida de apetito). Conseguiremos un estado de indefensión y la necesidad de ayuda y apoyo brindada por «Rosalenda» y «Daniel».
- 5.- Recreación de imágenes
- Andrés Lorquina Sánchez adoptará el papel de «Alan», dejándose ver en diferentes escenarios. Algunas noches,

acompañará al sujeto (de forma encubierta), alterando su imaginación a través de su voz, estimulación física, incluso dejándose ver. El objetivo es que E006CPD interprete que son imágenes formadas en su subconsciente.
- Las fotografías ayudarán al sujeto a recrear escenas idílicas o dolorosas, a avivar recuerdos enterrados.

Fase 3.

- 6.- Ondas binaurales
- E006CPD escuchará, durante un periodo no inferior a tres semanas, sonidos *binaurales* compuestos por ondas alfa, lo que le procurará un estado de bienestar.
- Posteriormente, se someterá el cerebro a la sobreexposición de ondas *binaurales* beta, para, en este caso, provocar un estado de ansiedad que será falsamente aminorado por el siguiente audio que escuche con las consignas subliminales.
- 7.- Audios subliminales
- En la fase 3 del experimento introduciremos los audios subliminales.
- Se insertarán mensajes subliminales en un fondo musical compuesto por sonidos naturales, relajantes.
- Los decretos que se introducirán serán los siguientes:
- Confía en tus mentores (Rosalenda y Daniel).
- Tu vida en la Tierra carece de sentido.
- Alan borrará tu dolor.
- Rosalenda y Daniel son tus únicos amigos.
- Amas a Alan.
- Alan te ama.
- Te reencontrarás con tu familia.
- Tu padre no sufre.

- Tu familia es feliz.
- Tu madre te espera.
- Debes morir.

Tras comprobar que estos mensajes han penetrado en el subconsciente, se introducirán nuevas consignas y se afianzarán las ya existentes:

- Ama a Alan.
- Alan te ama.
- Excepto Rosalenda y Daniel, todos quieren dañarte.
- Debes morir.
- Mata a Clara.
- Clara debe morir.
- La muerte de Clara te hará feliz.
- 8.- Ilusión de la verdad I
- Realizaremos una puesta en escena, por medio de sesiones espiritistas simuladas, en las que el sujeto podrá contactar con Alan. Se reafirmarán las consignas subliminales con los mensajes que supuestamente reciba del más allá.
- Se dotará al sujeto de limitadas nociones de física cuántica que le permitan creer esta realidad inventada.
- El Dr. Bernardo Santuci Romeo encarnará el papel de un reconocido médium que servirá de guía a E006CPD en esta fase del experimento.
- 9.- Ilusión de la verdad II
- Durante todo el proceso se incorporarán diferentes elementos que ayuden al sujeto a crear y creer en su nueva realidad: movimiento de objetos, sonidos, alucinaciones, fotografías…

APARATOS

- - Cámara oculta con sensor de movimiento y batería solar: R327 YKaro
- - Micrófonos ocultos Theta47
- - Ordenador PC 220KL
- - Escáner MT Estadium
- - Impresora MT Estadium
- - Dispositivos móviles Android

CONTROL DE VARIABLES

Las variables dependientes no suprimibles, aunque sí manipulables, comunes a todos los sujetos escogidos como muestra, son elementos externos: amigos cibernéticos, personas cercanas (vecinos, conocidos…), otras personas que puedan conocer durante el experimento.

CONSIGNAS

Entre todos los mensajes, conscientes e inconscientes, que reciba el sujeto, que variarán según su desarrollo y circunstancias, existen dos comunes e invariables:

- - Debe suicidarse.
- - Debe matar.

RESULTADOS OBTENIDOS

Para que el experimento se considere exitoso, es imprescindible que el sujeto viva y cree su nueva realidad durante un periodo de siete meses. Finalizado este periodo, ha de llevar a cabo las consignas establecidas.

Pendiente de evaluar.

* * *

Corina dormía ajena a las preocupaciones que se debatían en la habitación colindante.

—¿Pensáis que la hemos llevado al límite demasiado pronto?

—¿Demasiado pronto? ¡En una semana expira el plazo! Opto por aumentar la medicación, y creo que también deberíamos dejar que viera a Alan otra vez, eso la motivará.

La doctora Teresuela protestó enérgicamente.

—Si aumentamos la medicación, nuestro estudio no tendrá valor. Los fármacos son un apoyo a la modificación de su conducta —enfatizó la palabra «apoyo»—. No quiero que una yonqui mate a una mujer y se suicide. Quiero que una mujer mate a otra y se suicide porque cree firmemente que eso es lo correcto, porque su amante fantasma la espera al otro lado, junto a su familia perfecta. Eso quiero: demostrar que, a través de los mensajes subliminales, de los sonidos *binaurales* y las privaciones con el medio, cualquier sujeto puede manipularse hasta el extremo.

—Para eso es tarde, doctora. Las drogas campan a sus anchas por su cuerpo. Su estudio carece de rigor científico, porque lo hemos alterado con la ketamina y toda la otra mierda.

—Andrés, no te permito que me hables así. Todos fuimos partidarios de «darle un empujoncito» cuando ese Álvaro se coló en su vida. Temimos que no cumplieras con tu parte: enamorar a una pasmada necesitada. A lo mejor no eres ni tan guapo ni tan seductor como te imaginas; por otro lado, bastante triste es que un aspirante a científico pertenezca a un grupo de trabajo por su físico.

Bernardo observaba divertido. Conocía a Raquel desde tiempos inmemoriales y sabía cómo actuaba bajo presión, cómo su ego le jugaba malas pasadas y cómo su lengua viperina se desataba sin

control. Pero también sabía que su compañera de proyecto era una científica tenaz, inteligente y cuidadosa.

—Vaya a hacer de mamá —la invitó con descaro el joven—, se le da mucho mejor que conseguir que evolucione el proyecto.

Bernardo se frotaba las manos, deseando ver el contraataque de la mujer. La llamada de Corina a Rosalenda salvó al imprudente alumno.

—Si piensas que esto va a quedar así, estás muy equivocado. Termina de limpiar el PC de Corina, no dejes rastro en la red. Espero que hayas borrado la foto que envió a la extremeña: salía tu cara —le amenazó Raquel mientras se dirigía al cuarto de E006CPD.

—Está todo limpio como una patena, como diría mi madre. —Oyó desde el pasillo la respuesta del falso Alan.

—Rosalenda, ¿va todo bien? Me pareció oír voces.

—Son unos tertulianos de la tele. Están chiflados, cielo. Cualquier día sucede una desgracia —mintió con soltura—. ¿Cómo te encuentras, mejor?

—Me ha sentado bien dormir.

—Fabuloso. Ahora debes comer, el cuerpo no se alimenta de aire, niña.

Corina miró a su alrededor con más atención. Era un cuarto precioso. La luz entraba con generosidad por la ventana. Los muebles, de madera clara, eran encantadores, al igual que el papel pintado de la pared. La pieza estrella la componía un magnífico buró francés, decorado con detalles elegantes, un violetero con una flor natural, un joyerito de plata y una pluma exquisita. La estancia era verdaderamente acogedora.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí? —Estaba completamente desorientada.

—Llevas dos días. Estás muy débil. En este estado no podía dejarte sola en tu apartamento. Daniel está encantado de tenernos a las dos en su casa. —Guiñó un ojo a Corina, quien trató de sonreír.

—¿Mirinda?

—Está bien, hemos ido a verla ayer y hoy. Mañana podrás ir tú —mintió. Corina cogió la mano de su amiga. La miró a los ojos y le preguntó:

—Rosi, ¿de verdad debo matar a esa mujer? —Su voz temblaba—. No sé matar.

El corazón de Raquel latía desbocado. De repente, Corina estaba reaccionando a la estimulación que había recibido. Ese ignorante de Andrés tendría que arrodillarse ante ella para disculparse.

—Cariño, matar es más fácil de lo que parece. Lo difícil es estar convencida de que haces lo correcto. La decisión es tuya y solo tuya. Pero juntas podemos tratar de comprender si la muerte de Clara sería justa o si, por el contrario, cometerías un asesinato.

—Que una persona mate a otra recibe un nombre, no trates de envolverlo en papel de seda. Me convertiré en una asesina.

—Eso depende de las leyes que sigas. En más de un tercio de los países del mundo se contempla la pena de muerte.

—En España, no, y aunque estuviera vigente, quien la aplica es el Estado, no una persona cualquiera. Imagínate, viviríamos en una guerra civil constante.

—Clara es una mala mujer. Una persona que hizo sufrir a los demás durante toda su vida. Dejó que su hijo se suicidara. Murió solo, sin tener una mano a la que agarrarse, sin nadie que le mirase a los ojos.

La expresión de Corina revelaba que la doctora había dado en el clavo.

—¿Recuerdas el último día con tu padre?

—Como si hubiera sido ayer. Pasé el día junto a su cama, en el hospital. Hubiera querido llevarle a casa, acostarlo en su habitación, con todas sus cosas; pero no pude. Estaba sedado, tenía tanto dolor que mantenerle despierto era imposible. Le mojaba los labios con una esponja húmeda, aunque estábamos en pleno invierno, porque hacía mucho calor en su habitación. Las enfermeras insistían en que estaba hidratado y no era necesario; yo no las creía. Le ponía crema en las manos, en los brazos, en la cara. El pobre tenía la piel reseca, por eso no podía creerlas. —Corina divagaba en sus recuerdos—. Papá se fue de madrugada, tranquilo. Dos enfermeras llegaron corriendo cuando llamé al timbre. Me pidieron que saliera de la habitación, que soltara su mano y le dejara a solas con ellas; decían que tenían que corroborar su fallecimiento. No lo hice, no le solté la mano.

Rosalenda miraba a Corina a los ojos. En ellos había dolor, pero también rabia.

—Imagínate lo que tuvo que sufrir Iván. Me parte el corazón. —Rosalenda la abrazó. Corina no pudo ver la sonrisa que había en su rostro mientras lo hacía.

Continuó con su estrategia.

—¿Y la pobre Laura? Una niña preciosa, prostituyéndose, con una madre casi millonaria. Corina, no quiero influenciarte, pero que el freno a tu felicidad no lo ponga esa mujer: es injusto. Bastante daño ha causado ya. Es un ser odioso, malvado. Merece morir. Sabes que nunca estuve de acuerdo con que te fueras con Alan, reconozco que es puro egoísmo, quisiera tenerte siempre a mi lado; no obstante, debes buscar tu felicidad. —La besó en la frente y salió del cuarto—. Voy a prepararte algo para comer. Necesitas estar fuerte.

—Rosi, me gustaría volver a ver la foto en la que mi padre y ella se besan.

—Pediré a Daniel que te la traiga cuando vaya a darle la comida a tu gata. Ahora descansa, enseguida vuelvo.

Daniel estaba en el pasillo. Había escuchado la conversación y se sentía eufórico. Quedaban menos de ocho días para que llegase la fecha establecida: dos de mayo. Corina debía recuperarse para cometer el asesinato; también tendría que escoger una manera de morir.

—Felicidades, Raquel, eres la mejor.

—Somos los mejores, Bernar, no lo dudes. Vamos a convocar una reunión. Avisa al tontaina de Andrés y a Narcisa, pronto llegará su gran actuación.

Dos hombres y dos mujeres se reunían en torno a una mesa vacía. Todo lo que necesitaban estaba en sus cabezas.

—¿Seguro que no se levantará?

—Completamente. Ya ha comido y ahora duerme tranquila. Además, la puerta está cerrada con llave.

Raquel miró de soslayo al joven científico. Sabía que pocas horas antes había discutido con él por no querer darle más fármacos; sin embargo, un somnífero había acompañado el postre de Corina una vez más.

Bernardo tomó la palabra.

—Nos queda menos de una semana para que finalice el experimento. Ninguno de nosotros —se quedó mirando fijamente a Andrés— ha mantenido contacto con otros grupos de trabajo, ¿cierto? —Todos asintieron—. Bien. Tengo el honor de comunicaros que la doctora Teresuela, haciendo gala, una vez más, de su increíble capacidad para tender puentes afectivos con Corina, ha logrado que acceda a ejecutar ambas consignas.

Un aplauso generalizado llenó la sala.

Con orgullo y falsa modestia, Raquel tomó la palabra.

—Gracias, Bernardo, pero el logro no es mío, es del grupo. Narcisa ha sabido identificar a la perfección sus comportamientos disfuncionales; juntos hemos hecho un trabajo de reestructuración cognitiva maravilloso; los audios subliminales y los sonidos *binaurales* son exquisitos, propios del mismo Mozart.

»¿Os dais cuenta de lo que supondría para la comunidad científica este experimento si no estuviera el mundo lleno de hipócritas? La ciencia no puede avanzar porque estamos coartados, limitados. Pese a ello, a todas las trabas éticas, morales y legales, nosotros vamos a demostrar lo que muchos no se atreven ni a mencionar.

»El cerebro humano puede reprogramarse para que renuncie a los instintos básicos de supervivencia y atente contra todas las normas establecidas. Podemos manipular el pensamiento modificando a nuestro antojo las percepciones sensoriales que el individuo ha almacenado y, con ello, crear la realidad que sea conveniente. Incluso podemos mantener esa ilusión en el tiempo. Tenemos el mundo a nuestros pies.

—Así es, querida colega, pero todavía nos queda la ejecución final. Corina debe matar a mi personaje y suicidarse.

—Narcisa, ¿eres consciente del riesgo que corres? Sigo insistiendo en que hubiera sido mejor que una mujer cualquiera fuese Clara y que el homicidio se llevase a cabo de verdad.

—Raquel, a veces das miedo. Corina estará convencida de que mata a Clara, y eso será suficiente. Yo no veo riesgo de ningún tipo, la estrategia está más que estudiada. Que Daniel y Rosalenda la adiestren bien, no hace falta nada más.

Andrés se mantenía en silencio, hecho poco habitual en él. A Bernardo no le pasó inadvertido.

—Andrés, ¿va todo bien? —se interesó.

—Estoy nervioso. Entrar a formar parte de este proyecto fue un sueño para mí. No hay palabras para agradecerles que me aceptasen en la Sociedad. Tenemos la victoria tan cerca que me asusta.

—La victoria ya la hemos conseguido: consuma o no el crimen y el suicidio, está dispuesta a hacerlo. Teóricamente, nuestra hipótesis está probada. Los audios funcionan, las ondas *binaurales* son efectivas, los efectos de la ayahuasca nos han dejado sorprendidos a todos. Podemos crear las alucinaciones que deseemos con una preparación previa del individuo. Como decía Raquel, pondremos el mundo a nuestros pies.

—Bernardo —intervino Narcisa—, no te olvides de que todo el esfuerzo que hemos hecho quedará soterrado tras la reunión general. Ningún resultado verá jamás la luz. Ese mundo que queréis poner a nuestros pies es tan imaginario como el que hemos esculpido en el cerebro de E006.

—Soy muy consciente de ello. Pero tengo la esperanza de que se trate de un descubrimiento que algún día sea aprovechado para el bien común. ¿Os imagináis reprogramar a la población mundial para un mismo fin? ¡Sería el comienzo de una nueva civilización!

—Esa es la finalidad última, Bernardo. Nosotros estamos haciendo el trabajo sucio: una reprogramación antagónica a los patrones que la humanidad lleva forjando en su cerebro durante miles de años. Tras este experimento, reemplazar las creencias limitantes por otras que vayan en beneficio de la especie será como chupar un caramelo —expuso con sencillez la doctora Teresuela.

Prolongaron la reunión aún dos horas más, fantaseando sobre las consecuencias de sus resultados, analizando una hipotética realidad, una distopía que, hasta ese momento, solo tenía cabida en los libros de ciencia ficción, pero que, en sus cabezas, cobraba unas proporciones casi bíblicas.

La manipulación del pensamiento humano constituía una realidad cada vez más cercana y sería el camino hacia una sociedad perfecta.

Capítulo 27



Organización Santosoro

Dos años atrás, se había celebrado una reunión a la que asistieron cuarenta y tres personas, científicos todos ellos, de diferentes lugares de España.

Pertenecían a una organización secreta que recibía el nombre de Santosoro, en honor a su fundador, el científico y neuroquímico Pedro del Río Santosoro.

Durante la década de los años cuarenta conoció en Londres al ocultista y alquimista inglés A. Crowley. Su visión del mundo influyó radicalmente en el doctor Santosoro.

Mantenían largas tertulias sobre la necesidad de recuperar la supremacía de una única raza. Tenían la convicción de que el ser humano había desvirtuado su esencia al mezclarse unas razas con otras, igual que perros apareándose entre sí, hasta convertirse en vulgares chuchos sin pedigrí. Este caos había dado como resultado un desorden mundial en el que deficientes, personas con taras mentales, malformaciones, fanáticos religiosos, prostitutas, drogadictos, alcohólicos y un sinfín de despojos gozaban de los

mismos derechos que personas como ellos, con un nivel cultural, un coeficiente intelectual y una dotación biológica notablemente superior.

¿Por qué no aprovechar todas esas debilidades en su beneficio? ¿Por qué no eliminar la inmundicia y crear un mundo perfecto?

Crowley fundó una sociedad que llevaba las siglas A. A. Popularmente, fue conocida como Astrum Argentum, la Estrella Plateada. Pero el verdadero significado estaba reservado solo a los miembros de la Sociedad, un grupo selecto entre los que figuraban altos cargos del Tercer Reich que, al igual que ellos, habían iniciado una lucha ferviente por hacer una limpieza étnica. «Absoluta Abolitio» era el significado real que ocultaban aquellas siglas, «Abolición Absoluta». Buscaban la eugenesia, y su fin era minimizar la reproducción de los seres humanos que consideraban biológicamente inferiores.

Querían construir una civilización pura, ligada a la raza ancestral de la Atlántida, de la que se creían descendientes por su inteligencia superior a la media, sus poderes místicos y sus conocimientos científicos.

Colaboraron con los nazis en su empeño por descifrar los grandes secretos de la humanidad. Así descubrieron que el cáliz sagrado no era la copa en la que había bebido Cristo en su última cena, como creía el pueblo llano, sino un libro en el que se habían volcado saberes inauditos, como la resurrección del cuerpo y del alma, el acceso a la vida eterna, la alquimia, cuyas raíces se remontaban a Hermes Trismegisto, una ciencia que estudiaba el arte, la medicina, la astrología y el espiritualismo, entre otros conocimientos. La orden secreta de los Rosacruces, fundada en el siglo XVII en Alemania, la adoptó y la guardó con celo, protegiendo con su vida el gran enigma

de la raza humana: el principio de la vida, originada en el continente perdido de la Atlántida.

Sostenían que un rayo divino había destruido el continente. El interés por averiguar dónde habían ido los supervivientes después del diluvio universal era tan grande que, en el año 1935, Himmler creó la Oficina de la Herencia Ancestral, una unidad secreta dentro de las SS con una finalidad muy concreta: viajar al Himalaya y realizar estudios sobre los cerebros de los habitantes del Tíbet, mediciones de sus cráneos y test de inteligencia para comprobar si eran descendientes directos de los atlantes.

Toda esa erudición perdida en el tiempo estaba en sus manos.

La limpieza racial segregaría a los elegidos de los mestizos.

Desde entonces, la idea de Santosoro por doblegar la mente del ser humano se convirtió en una obsesión.

Aunque su camino y el de Crowley tomaron distintos derroteros, mantuvieron una conexión que los ligó de por vida: restablecer el orden mundial.

Mientras Crowley siguió una vía más esotérica, con perturbadoras sesiones de magia negra, Santosoro abrió una línea de investigación científica paralela a la permitida por la ley sobre la plasticidad cerebral y neuronal.

Basó sus estudios en lo que hoy se conoce como plasticidad sináptica. Explicaba cómo el cerebro crea nuevas rutas a través del aprendizaje y la práctica de hábitos. La comunicación entre las neuronas recibe el nombre de «sinapsis», y cuanto mejor sea esa comunicación, más eficiente será la señal eléctrica cerebral. Por tanto, cuanto más entrenado esté el cerebro, más rápido y efectivo será el proceso cognitivo.

El doctor Santosoro denominaba a este proceso Educación Acelerada Cerebral (EAC). Sostenía que, a través del EAC, el sujeto,

sometido a cualquier estímulo repetitivo externo, podría alcanzar los conocimientos que se propusiera, independientemente de su coeficiente intelectual.

Para demostrar sus estudios, experimentó con un grupo de pacientes de un sanatorio psiquiátrico, y contó para ello con la colaboración del director del centro.

Sus investigaciones no obtuvieron los resultados deseados. Santosoro decidió entonces estimular el cerebro de sus pacientes aplicándoles diferentes tratamientos que se alejaban completamente de la legalidad.

Uno tras otro, sus intentos fallidos por restablecer o instaurar estructuras moleculares nuevas que modificaran el comportamiento de los enfermos fueron alterando sus neurotransmisores, hasta el punto de acabar catatónicos o muertos, pero el director del sanatorio no tenía ningún problema en sustituir a los pacientes fallecidos por nuevas cobayas humanas.

Se estima que, entre las décadas de los cuarenta y de los cincuenta, cerca de medio millar de personas fueron asesinadas en pro de la ciencia a manos de dos científicos sin escrúpulos.

Los documentos con los apuntes, los avances, los fracasos y los descubrimientos fueron pasando de mano en mano a unos pocos acólitos, que continuaron con la línea de estudio iniciada por su maestro.

Así se formó la Organización Santosoro, que tenía la finalidad de seguir estudiando la maleabilidad del cerebro humano para conseguir poner a los mestizos al servicio de los descendientes de la raza pura, evitar su reproducción o exterminar a los menos adaptados. Tenía adeptos en diferentes países. Solo los maestros de cada territorio tenían relación entre sí y coordinaban los trabajos que se realizaban en los distintos grupos.

En la actualidad, un grupo de cuarenta y tres personas conformaban la Organización Santosoro en España.

Su foco de estudio se basaba en la modificación de la conducta a través de mensajes subliminales y de las ondas *binaurales.*

Habían escogido como sujetos de estudio a nueve individuos, una pequeña representación que demostraría si sus investigaciones eran o no certeras. Si el experimento resultaba exitoso, podrían realizarlo a gran escala, lo que supondría el dominio de la población a través de las redes sociales, mediante *podcasts* o vídeos de relajación, música para favorecer el estudio o inducir al sueño. Era el canal perfecto para llegar a un gran número de personas cada vez más dependientes de los teléfonos móviles, por lo que no habría que recurrir a los medios empleados durante la Segunda Guerra Mundial.

Como sucediera durante años, los experimentos realizados por los miembros de Santosoro iban más allá de lo permitido por los principios aprobados por el Comité Ético de Experimentación y por las leyes recogidas en el Código Penal.

El doctor Bernardo Santuci Romeo, catedrático de Sociología; la doctora Raquel María Teresuela Fernández, catedrática de Psicología; Narcisa Pérez Rodilla, doctora en Bioquímica, y Andrés Lorquina, doctorado en Sociología con Excelencia y pupilo del doctor Santuci conformaban el grupo Santosoro que operaba en la capital de España. Veían cómo, tras más de dos años de preparación, fijación de objetivos, búsqueda del sujeto y aplicación de sus habilidades, el experimento de «Reprogramación cerebral y manipulación mental para actuar contra los valores establecidos y alterar el estado de conciencia» llegaba a su fin.

El próximo dos de mayo, su sujeto de estudio E006CPD amanecería muerto, con una carta escrita en la que se declararía culpable del asesinato de una mujer y dejaría claro que su muerte

fue un suicidio para estar junto al hombre que amaba, muerto veinte años atrás.

Un asesinato pasional seguido de un suicidio aparecía tantas veces en las noticias que resultaba irrelevante. Pero esta vez la Sociedad Santosoro se exhibiría delante de todos los medios, porque no pasaría inadvertida la muerte de nueve personas en las mismas circunstancias, aunque nadie sabría nunca quién había incitado a escribir las misteriosas cartas que decían claramente que se suicidaban para reunirse con Alan y confesaban haber matado a otra persona.

Si todos los grupos de la Sociedad Santosoro conseguían la manipulación de su sujeto, sería un enigma que quedaría sin resolver para la gente de la calle, las personas vulgares y corrientes, pero para ellos, científicos comprometidos, supondría un paso de gigante en la reprogramación cerebral y abriría el camino a futuras investigaciones para llegar a poder controlar el mundo.

—El treinta de abril, Corina debe asesinarla —aseveró Andrés con naturalidad, como si estuvieran hablando de ir a dar un paseo por el Retiro—. Al día siguiente se suicidará, y no pueden descubrir su cuerpo ni antes ni después del día dos.

—Lo tenemos claro, Andrés, y así será.

Narcisa estaba tranquila, sabía que todo estaba bajo control, que nada podía fallar. Era tan sencillo como ir a una cafetería y beber delante de la chica. Corina echaría dos pastillas inocuas en su refresco, que ella misma le habría proporcionado a Raquel, quien, a su vez, en su papel de Rosalenda, se las habría pasado a Corina.

El sujeto debía comenzar ya su preparación para el acto final.

Amaneció un nuevo día.

—Quiero levantarme. Me encuentro mucho mejor.

—Por supuesto, niña. Date una ducha y ponte esta ropa limpia. —Servicial, como siempre, Rosi ayudaba a su amiga—. Daniel ha ido a tu casa a ver a Mirinda. Al final, han hecho muy buenas migas, ¿sabes? Tómate tu tiempo y disfruta del baño. Estaré en el salón tomando un té. He de darte una noticia importante.

Corina se metió en la ducha, obediente. No le apetecía bañarse, mas los consejos de Rosalenda siempre habían sido buenos. Se enjabonó despacio, se lavó el cabello y comprobó que, al hacerlo, se le quedaban mechones en las manos. Corrió la cortina de la ducha, salió con cuidado para no resbalar y, con una mano, desempañó el espejo de la pared. Realmente, estaba tan delgada como Candela y Jaime le habían dicho, aún más que la imagen que su propio espejo le mostró unos días atrás, o semanas, o meses, no sabía. De pronto sintió vergüenza de aquel cuerpo, cogió una toalla y se la enrolló alrededor. Pronto no tendría que verlo más, volvería a ser guapa, se mantendría siempre joven y feliz.

Papá y mamá la estaban esperando, y también Alan. Pensar en ellos la removió por dentro, la convenció de que hacía lo correcto: ese era el camino, sin duda. No debía caer en las trampas que su propia mente le tendía, no iba a consentir que Clara continuase hiriendo a Alan ni a ninguna otra persona. En su mano estaba impedirlo.

Rosalenda vestía uno de sus llamativos atuendos y había retomado la costumbre de maquillarse en exceso. Sostenía una taza humeante entre las manos mientras veía en la tele un documental sobre el aumento de la obesidad en los países desarrollados.

—Ver estos programas hace que me sienta más delgada —explicó con frivolidad—. Trae un cepillo y siéntate a mi lado.

Sumisa, Corina regresó a su habitación, cogió un cepillo del baño y fue a sentarse junto a la mujer.

Rosalenda le cepillaba el cabello despacio, con mimo.

—No te has secado el pelo, te vas a acatarrar —continuó con su rol maternal.

—Me gustaría ver a Mirinda.

—No te preocupes, cariño, tu gata está muy bien. Daniel y ella, como te dije, se llevan de maravilla. Nos encantaría traerla, pero Daniel tiene un hijo y es alérgico a los gatos. Es de su ex, pasa temporadas aquí y justo ha venido esta semana. —La doctora Teresuela mintió con la maestría del que lleva haciéndolo toda la vida.

—A Mirinda nunca le gustó Daniel, me cuesta creer que se hayan hecho tan amigos. Quiero volver a mi casa, verla a ella y todas mis cosas.

—Te aseguro que tu gata adora a Daniel. ¡Solo hay que ver la de pelos que trae encima cada vez que viene de tu casa! —Rosalenda fingió cara de disgusto—. ¿No estás cómoda aquí? ¿No te sientes querida con nosotros?

—Rosi, me tratas como si fuera tu hija, pero debes comprender que no me siento a gusto en una casa que no es la mía, ni siquiera la tuya.

—Cielo, hasta hoy no te podías ni levantar. La última sesión fue muy intensa. Estuviste en estado de *shock* más de dos horas. Daniel insistió para que viniéramos a su casa. Tiene un jardín precioso, luego te lo enseñaré, podríamos dar un paseo.

—Sí, es buena idea —asumió con confianza.

—Corina, tengo una noticia importante para ti. He localizado a Clara… —La mente de Corina se quedó en blanco, dejó de oír, de sentir, de ver. Rosalenda continuó—: Por teléfono, me he hecho pasar por ti. Le he dicho que soy una amiga de Laura, su hija; al fin y al cabo, seréis de la misma edad. He quedado con ella el próximo

viernes en una cafetería del centro. Te presentarás, le dirás que conocías a Laura, que eráis muy amigas y que la última vez que estuviste con ella vivía en Toledo. Le contarás que te habló de su madre, que la echaba de menos y que necesitaba que supiera que la quería mucho y que la perdonaba. Dile que Laura ha fallecido y que, cumpliendo con su última voluntad, has venido a Madrid para darle su mensaje y entregarle una urna con sus supuestas cenizas.

»Te proporcionaré unas pastillas, solo tendrás que echárselas en la bebida y marcharte. A las dos horas, el fármaco hará efecto y Clara morirá. Alán, Iván, Laura y tú podréis descansar en paz.

»Antes escribirás una carta. Deberás dejar constancia de los motivos de su muerte. No es justo que se vaya sin que el mundo sepa lo que hizo y cómo tú salvaste a su marido y a sus hijos de la oscuridad. También deberás dejar por escrito que la única forma de reunirte con Alan y con tu familia es quitarte la vida. La manera de morir deberás elegirla tú. Es algo demasiado personal, demasiado trascendental para dejar que otra persona tome esa decisión por ti.

Mientras Rosalenda hablaba y hablaba, Corina trataba de asimilar sus palabras, ponía todo su empeño, pero su mente estaba tan cansada, tan drogada, que le resultaba imposible seguir el ritmo de la mujer.

—Para, Rosi, para. No puedo escucharte, me pitan los oídos, me duele la cabeza. ¡Para!

Rosalenda la abrazó.

—Tranquila, niña, yo te ayudaré. No estarás sola nunca más, te lo prometo. Vamos a dar ese paseo, necesitas tomar el aire.

El resto de la tarde no hablaron de Alan ni de Clara. Charlaron de flores, de vacaciones pasadas, de momentos felices. Corina necesitaba que esa herida abierta se curara un poco antes de volver a echarle sal encima.

La doctora Teresuela era una experta manipulando a las personas, sabía hasta dónde debía llegar, las llevaba al límite y luego las calmaba con manifestaciones de afecto. Corina suponía otra matrícula de honor que sumar en su carrera.

Al entrar en su habitación, vio encima de la cama una foto. Era el retrato que había pedido a Rosalenda el día anterior. Su padre besaba a la mujer que ella mataría el próximo viernes.

Esa noche, Corina se acostó sin saber que su amiga internauta, Magialuz, había alertado a Candela y a Jaime de sus propósitos de suicidio, que Álvaro tenía a Mirinda, que se consolaban el uno al otro pensando dónde y cómo estaría, y que la policía había iniciado su búsqueda dos días atrás. Tampoco supo que los agentes hallaron micrófonos escondidos en su salón y en la habitación, y que el desproporcionado anillo, que un día le regalara Rosalenda, contenía una cámara. Y, desde luego, no se le pasó por la cabeza que la persona que hizo la foto de la supuesta infidelidad de su padre fue su propia madre mientras se reía feliz retratando el momento en que su mejor amiga y ella le gastaban una broma a Esteban. Ambas se habían comprado el mismo vestido y Esteban confundió a Lorena con su esposa. Esta tuvo la fortuna de sacar la foto en el momento exacto, un instante feliz que Lorena, la compañera de trabajo y amiga de su madre, con nostalgia, colgó en la red.

«Han pasado más de 25 años desde que casi te desmayas del susto mientras nosotras nos reíamos a carcajadas. Aún echo de menos a Eva».

La foto etiquetaba a Esteban Poverí.

Fácil de rastrear, fácil de manipular, fácil de malinterpretar. Un hallazgo que supuso una gran baza para el proyecto E006CPD.

El último pensamiento de Corina fue una bañera llena de agua caliente, sus muñecas sangrando profusamente y una sonrisa feliz.

Capítulo 28



Dudas

Cuatro días.

En cuatro días, Corina se convertiría en una asesina, mataría a otra mujer, y lo haría de forma premeditada.

Lo iba a hacer.

Estaba tan convencida de ello como de que se iba a suicidar para reencontrarse con su familia y vivir eternamente junto a Alan.

No pensaba en el bien y el mal ni en lo que dejaba atrás. Tampoco se planteaba que pudiera estar equivocada y que todo el universo paralelo que se había imaginado no existiera. Esa no era una opción.

Sin haberse acercado a Clara, sin haberle dado aquellas pastillas de las que Rosalenda le habló, ya se consideraba una asesina, porque en su cabeza la había matado no una, sino cien veces.

Ahora necesitaba estar despejada, debía comer, relajarse, pasear por el jardín de Daniel, a quien no veía nunca. Solo estaba Rosalenda, él tenía trabajo. Pagar una casa como aquella debía requerir unos grandes ingresos. Qué mundano le parecía.

Por un momento pensó en Jaime. Había sido divertido conocerle, deseaba que fuera tan feliz con su amor de gimnasio como lo sería ella con Alan.

Conexión de ideas. Al venirle la palabra «amor» a la mente, no pudo evitar que una imagen de Álvaro se cruzase de forma fugaz. En otras circunstancias hubiera sido un excelente compañero. También a él le deseaba lo mejor. Y entonces una luz se encendió en la oscuridad de sus pensamientos. Álvaro era la solución para no dejar a Mirinda sola, ¡él la cuidaría!

En su mesita de noche tenía un cuaderno. Le gustaba anotar pensamientos, ideas sobre cómo podía morir, sentimientos que afloraban y quería dejar plasmados en papel. Allí había escrito una carta para Rosalenda. Antes de partir, le regalaría aquella libreta que recogía los últimos días en esta vida.

Pasó las páginas hasta llegar a una hoja en blanco en la que escribió con letras mayúsculas:

«COSAS PENDIENTES:

Álvaro puede adoptar a Mirinda».

Pensó varios minutos qué otras cosas pendientes tenía. No se le ocurrió nada más.

—Rosalenda, necesito pasar por casa antes…, antes del viernes. Tengo la solución para Mirinda.

—Cariño, ya te dije que todo está en orden. En cuanto se vaya el hijo de Daniel, tu preciosa gatita vendrá con nosotros.

—¿Por qué no lo he conocido?

—Le gusta pasar tiempo con su padre, y a Daniel con él. Se lo lleva a trabajar. Además, Daniel es una persona muy reservada, ya lo sabes.

—Bueno, de mí no debiera preocuparse, pronto no estaré aquí.

—No me gusta oírlo, no lo digas. Además, no te irás del todo; no olvides que Daniel podrá comunicarse contigo cuando cruces al otro lado, y para mí no deja de ser un consuelo.

—¿Cómo se llama?

—Sergio —contestó con rapidez.

—¿Cuántos años tiene Sergio?

—Veintitrés. Es estudiante de Medicina, un buen chico; un poco mimado para mi gusto. Quiere a su padre, y a mí me trata con respeto; con eso me vale.

—¿Volvéis a estar juntos?

—Cariño, si un hombre te invita a vivir con él, solo puede ser por dos motivos: porque te contrate como interna para hacer las labores de la casa o porque tenéis una relación sentimental. Ten por seguro que friego muy poco desde que vivo aquí. Así que solo nos queda la segunda opción.

—Me alegro por ti. Eres la mejor persona que se ha cruzado en mi vida.

Una punzada de remordimiento quiso aparecer en el corazón de Raquel, pero rápidamente se deshizo de aquel sentimiento.

Ella era una científica y formaba parte de una sociedad que realizaba experimentos en beneficio de la humanidad. Este estudio era esencial para ello, porque, a través de la música que sonaba machacona en la radio, de la que acompañaba a los videojuegos, de tantas vías diferentes, podrían controlar la mente de millones de personas que lo único que hacían era ocupar un sitio que no les correspondía en este planeta. Es cierto que a lo largo de la historia había infinidad de casos documentados en los que se alteraba la personalidad bajo influencias diversas: torturas, manipulaciones sectarias, chantajes emocionales…

Esto iba más allá. Habían conseguido modificar la conducta de una persona hasta el punto de conseguir que se enamorara de un fantasma. ¡Una locura! Una deliciosa locura que lograba demostrar que los audios subliminales pueden calar profundamente en la mente de un individuo y que los sonidos *binaurales* serían capaces de llevar a la paranoia a cualquier mente sana. La teoría de Santosoro sobre la EAC quedaba ratificada después de casi un siglo de trabajo.

—Estoy segura de que vosotros cuidaríais muy bien de Mirinda; sin embargo, me gustaría que se quedase con otra persona.

—Corina, esa gata es parte de ti, es lo único que me quedará cuando te vayas —alegó la doctora con argucia.

—De todos modos, tengo cosas que hacer. Me gustaría llamar a algunas personas, y mi móvil está en casa. Mi jefa y Jaime deben estar preocupadísimos, no había pensado en ellos hasta ahora. ¡Son capaces de llamar a la policía! —exclamó inocentemente con una sonrisa.

—No te preocupes por ellos, yo me encargaré de todo.

—Rosalenda, empiezo a pensar que soy tu prisionera. Quiero ir a mi casa. Quiero pasar mis últimos días con Mirinda, rodeada de las cosas que fueron importantes en mi vida, de mis recuerdos. Quiero llamar a Álvaro, hablar con él, oír su voz y pedirle perdón por mi comportamiento, decirle que significó mucho para mí, tanto que mi último deseo es que Mirinda se quede con él. Y también quiero hablar con Jaime.

Se expresaba con firmeza. En algún lugar recóndito, al que no habían podido acceder, Corina guardaba fuerzas para reivindicar sus últimas voluntades, sin sometimientos.

Raquel decidió no forzar la situación y posponerla un día más.

—¿Mi prisionera? Por favor, niña, ¿cómo puedes decir eso, si yo me desvelo por ti? Te quiero…

—… como a una hija —terminó la frase Corina—. Lo sé, pero eso no puede ser un impedimento para dejarme regresar a mi casa. Mañana me iré y me quedaré allí hasta el viernes.

—No es bueno que estés sola ahora. ¿De verdad piensas que van a dejar que te vayas con Alan? Nadie lo entenderá. Te internarán pensando que sufres una crisis nerviosa o algo peor, y entonces se acabará todo, no podrás vengarle ni reunirte con tus padres.

Sus palabras la dejaron pensativa.

—Venganza. No lo había pensado así, creía que era una liberación, no una venganza.

—Es una forma de hablar —le quitó importancia.

—No, es una forma de decir la verdad. Clara es una mala persona. Lleva siéndolo toda la vida, estoy de acuerdo. Sin embargo, yo había pensado que su muerte era el pasaje que Alan necesitaba para cruzar al otro lado, jamás imaginé que fuese una venganza. Eso sí es un asesinato.

—Creo que necesitas descansar.

—Yo creo que necesito pensar en esto.

La doctora Raquel María salió de la habitación preocupada. Recorrió el pasillo que la condujo hasta el salón arrepintiéndose de aquella palabra que había soltado sin pensar y valorando las consecuencias que podía tener. Cruzó el salón y se encaminó al despacho de Bernardo.

El doctor estaba sentado tras la imponente mesa de madera. Llevaba las gafas puestas y revisaba un dosier que dejó cerrado encima del escritorio cuando fue interrumpido por Raquel.

—Insiste en ir a su casa, en llamar a sus amigos; por lo visto, quiere pasar sus últimos momentos entre sus recuerdos. La muy

desgraciada ahora tiene dudas.

—Era previsible —reconoció con calma—. ¿Consideras necesario reunir al equipo?

La doctora Teresuela asintió con la cabeza. Sabía que la reacción de Corina iba más allá de una variable posible. Había demasiada firmeza en sus palabras, y eso contradecía la sumisión inquebrantable a la que pensaban que había sido sometida.

Daniel descolgó el teléfono y citó a los dos miembros del equipo en la sala de reuniones. Los cuatro científicos se alojaban en la casa para afrontar la recta final del experimento. Querían controlar minuto a minuto su desarrollo, y para ello nada mejor que compartir techo durante la última semana.

—Raquel, siento decirte que me parecía precipitado el hecho de traerla a casa una semana antes. Su comportamiento es normal. No puedes negarte. Además, calmará a sus amigos, a la policía.

—¡Han descubierto los micrófonos y la cámara! ¿Qué crees que pensará Corina cuando se lo digan? Narcisa, no es tu cara la que conoce la chica. Eres la única que tiene el culo a salvo. Nosotros tres estamos jodidos si la policía la interroga, y lo hará, estate segura de que lo hará.

—Raquel tiene razón —la apoyó Andrés—. A mí, además, me ha visto la amiga de internet.

—Os advertí que no dejaseis las fotos en casa. Muy teatral lo de los numeritos con las fotografías, pero le dejaban expuesto —indicó Narcisa con enojo.

—Parece que eres la única cabeza pensante de este equipo, tal vez por eso tu cara sea la única que no haya visto. A fin de cuentas, la mujer de la foto no eras tú. —Rosalenda estaba furiosa.

—Raquel, tranquilízate. Tanto tú como Bernardo, al quitaros las pelucas y el maquillaje, seréis irreconocibles; en cambio, yo… ¡Joder,

yo no tengo ningún disfraz!

—Andrés, tus ojos son tan marrones como los míos. Esos preciosos ojos verdes son unas lentillas; además, si Corina habla de ti, dirá que estás muerto. ¿Quién la va a creer?

Bernardo tomó la palabra.

—Corina no puede salir de esta casa —afirmó rotundo—. Vamos a tranquilizarnos y pensar detenidamente qué hacer, no podemos estropearlo todo a cuatro días de finalizar el experimento.

A solas, Raquel habló con el doctor Santuci.

—Bernardo, no he querido decirlo en la reunión, porque los ánimos están ya bastante alterados, pero se está replanteando la muerte de Clara. He metido la pata con una palabra, una sola palabra, y ahora quiere echarse atrás.

—Yo hablaré con ella. Descansa, Raquel. A estas alturas, estamos todos agotados y tú has cargado con el mayor peso del trabajo.

Esa mañana fue Daniel quien le llevó el desayuno a Corina.

—Buenos días. —El hombre acompañaba la bandeja del desayuno con una sonrisa poco usual en él.

—Buenos días, Daniel —respondió Corina un poco incómoda por su inesperada visita—. Qué sorpresa.

—Soy un anfitrión terrible. Siento no haberte visitado antes. Tenía mucho trabajo y me ha resultado imposible venir. Ya sabes, las obligaciones a veces nos absorben de tal manera que no nos permiten cumplir con las normas esenciales de educación

—Sí, ya me lo dijo Rosi.

Extendió las patas de la bandeja y la posó en la cama, sobre las rodillas de la chica. Se acercó a acomodar los almohadones de Corina, ella le rechazó con suavidad.

—¿Cómo te encuentras?

—Estoy perfectamente. Ya no necesito seguir en la cama ni continuar abusando de tu hospitalidad.

El doctor dio un paso atrás y se sentó en un butacón que estaba al lado de la ventana.

—No es ningún abuso, todo lo contrario, nos hace feliz que estés con nosotros.

—Todas las familias necesitan su espacio, más en estos días que está tu hijo en casa.

Su colega, ofuscada por el revés del día anterior, se había olvidado de comentar la invención del hijo de Daniel. A Corina no le pasó desapercibida la expresión de sorpresa del médium.

—No te preocupes, en cierto modo, también tú eres parte de la familia. Juntos hemos vivido algo increíble, nos sentimos muy unidos a ti.

—De verdad que me siento emocionada por el trato que me habéis dado. No quiero que penséis que soy una ingrata, pero antes de irme necesito dejar mis cosas en orden.

El doctor Santuci notaba cómo el tono de voz del sujeto había cambiado, era más firme. No podía ser que, en dos días, el trabajo de casi un año se hubiera desmoronado. Los decretos que habían instaurado en su mente eran firmes, y ella los había interiorizado. Era imposible que ahora recuperase una confianza que con tanto empeño minaron.

—Corina, ¿ha sucedido algo? Parece que ahora estés indecisa.

—Como ya le dije a Rosi, lo único que quiero es ver a mi gata y dejar arreglados algunos asuntos, nada más.

—Me duele en el alma informarte de que eso no es posible. Debo protegerte de ti misma. Te advertí que la mente sería tu peor enemigo, no puedes dejarte engañar. Corina, rozas la felicidad

eterna con los dedos. Te quedarás con nosotros y, a cambio, te ofrezco otra sesión con Alan.

Corina guardó silencio. Agachó la cabeza y Bernardo interpretó aquello como una victoria. Se levantó y, con voz solemne, se despidió.

—Desayuna. Me iré preparando para la última sesión.

Abrió la puerta y salió de la habitación. Justo antes de cerrar, Corina le llamó.

—Daniel, ¿cómo se llama tu hijo?

El hombre dudó y, finalmente, dijo:

—Se llama Daniel, como yo.

Cerró la puerta y fue a comunicar a sus compañeros lo sucedido.

—Diez meses de trabajo tirados por tierra. ¿Cómo es posible que se te pasara informarnos de la aparición de «mi hijo»? —El doctor Santuci estaba visiblemente alterado.

—No te preocupes. Le diremos que tiene un nombre compuesto Sergio Daniel, que su madre lo llama siempre Sergio y solo tú lo llamas Daniel. Eso es fácil de solucionar. El verdadero problema es que su mente no está tan sometida como pensábamos. No comprendo dónde está el fallo.

Andrés intervino:

—Está claro que el fallo está en pensar que el cerebro humano no tiene recursos para defenderse o en no haber escogido al sujeto adecuado. Ella es mucho más fuerte de lo que aparenta.

—¿Y te das cuenta ahora? Tú fuiste quien rastreó sus cuentas, su ordenador…

—Raquel, usted es la psicóloga, yo únicamente le presenté el material, no lo evalué.

—Si no recuerdo mal, tu tesis versaba sobre la alteración del comportamiento según los estímulos externos. Te vas a nutrir de

nuestro trabajo y eres doctor en Sociología, o un amago de ello. Si hubiera querido un rastreador de la red, tendríamos en el grupo un *tocateclas,* ¿no te parece?

La doctora se levantó y abandonó la mesa. Necesitaba estar sola, pensar qué hacer, qué decir a Corina para convencerla de que todo estaba bien, que ella era la única persona en la que podía confiar, que…

Les gustara o no, la verdad era que Narcisa tenía razón: había sido precipitado traerla a casa. Pero estaba tan débil que, si la hubieran dejado sola en su apartamento, no sabían qué hubiera podido suceder. Un gran desacierto, otro más, que podría echar por tierra el experimento.

Corina estaba en su cuarto, sentada en el butacón que había junto a la cama, aseada, vestida, con la habitación recogida y el desayuno intacto.

Rosalenda entró en el cuarto y le sorprendió la escena. Se quedó mirando la bandeja.

—No tenía hambre —respondió a la velada pregunta.

—Debes alimentarte, cariño, necesitas…

—A una persona que va a suicidarse dentro de dos días no le pasará nada por no desayunar, ¿no crees?

Hablaba con confianza, de manera casi desafiante, y eso no era buena señal.

—Daniel me ha dicho que haremos una sesión por la tarde.

—¿Eso te ha dicho? No me apetece mucho. Tendré toda la eternidad para hablar con Alan. Ahora prefiero hablar con aquellos a los que no volveré a ver.

—¿Qué te parece si salimos a dar un paseo?

—Estoy cansada de estar en esta habitación. En realidad, de estar en esta casa. ¿Qué te parece si ese paseo lo damos hasta mi

apartamento?

—Daniel ha salido ahora y no dispongo de coche —le explicó su falsa amiga en tono conciliador—. En cuanto llegue, le diré que nos lleve.

—Os esperaré aquí. No tengo muchas más opciones, ¿verdad?

Rosalenda se acercó a ella, se sentó al borde de la cama y le cogió las manos.

—¿Qué sucede? Entiendo tus temores. Sé que el paso que vas a dar es importante, el más importante de tu vida. Pero piensa en tu padre, recuerda cuando le aferraste la mano aquel fatídico día. Volverás a cogérsela, y esta vez podrá apretar la tuya con fuerza.

—No lo hagas, Rosi, no sigas por ahí. Deja en paz a mi padre.

En ese momento, la psicóloga supo que habían perdido. No existía un plan B para la derrota, porque nunca la habían contemplado.

Salió de la habitación pensando en la forma de enmendar esa sucesión de errores que la llevaban directa al fracaso. Desconocía las consecuencias que tendría presentar un estudio inacabado o fallido ante la Sociedad, pero cuando entró a formar parte de ella, cuando tuvo ese grandísimo honor, juró fidelidad, abnegación y dedicación absoluta a la causa. Pensar que la pudiesen expulsar le resultaba insoportable.

Había fantaseado tantas veces con aquel triunfo que no se sentía capacitada para enfrentarse a la derrota, esa no era una opción. No soportaría presentar su malogrado proyecto ante la comunidad científica, delante de la Sociedad Santosoro, la más prestigiosa organización científica que haya existido. Si hacía falta, ella misma mataría a Narcisa y simularía el suicido de esa estúpida de Corina.

Tuvo que frenar sus pensamientos, cada vez más disparatados, porque era consciente de que se le estaba yendo de las manos.

También ella necesitaba salir de aquella casa donde el ambiente era tan tóxico como el de una central nuclear a punto de explotar.

A las dos de la tarde volvió a llamar a la puerta de la habitación de Corina.

—Daniel aún no ha regresado. Voy a comer, ¿te gustaría acompañarme? —musitó dispuesta a hacer de tripas corazón. Deseaba acabar con la inepta que estaba dando al traste con sus dos años de trabajo, pero sabía que tenía una última baza y debía jugarla bien.

—Será agradable ver otros muebles —respondió con sarcasmo.

En el comedor estaba dispuesta una mesa con un mantel blanco y una bonita vajilla. El ambiente era agradable. Raquel se había molestado en poner de fondo una música suave que invitaba a la conversación.

No tuvo el efecto deseado.

La comida fue incómoda. Por mucho que la doctora se esforzara en mantener una conversación, se encontraba con monosílabos o respuestas cargadas de ironía. Fragmentos de Corina, pedacitos que fueron destruidos, se iban recomponiendo poco a poco, abriéndose paso entre los escombros que conformaban su cerebro.

La chica todavía no conseguía ver la imagen final de aquel puzle destrozado, pero muchas piezas comenzaban a encajar y tenía la certeza de que el cuadro que se formaría, una vez estuvieran todas colocadas, no se parecería, en absoluto, al mundo ideal que, hasta hacía dos días, se había imaginado.

Mientras comía, observaba la estancia con detenimiento, buscando una forma de salir de allí. No tenía las llaves de su apartamento, tampoco disponía de dinero, ni mucho menos de un teléfono móvil. Se fijó en que la puerta que accedía al patio estaba cerrada con llave y que la única salida eran las ventanas, aunque le

resultaría muy difícil, si no imposible, estar a solas en otra habitación que no fuera la suya. Al regresar a su cuarto, comprobaría la posibilidad de saltar por la ventana de su dormitorio. Se encontraba en el piso de arriba; sin embargo, no había demasiada altura. Iría a parar al jardín, tendría que trepar por el muro de piedra que bordeaba la casa y, después, correr hasta conseguir que alguien la auxiliara.

La tarde se le hizo eterna.

Rechazó las reiteradas ofertas de Rosalenda para salir a pasear por el jardín, de manera que estuvieron sentadas en el sofá de aquel salón, con la tele encendida, el parloteo de la que había considerado su amiga y los nervios de esperar a que Daniel entrara por la puerta y la llevara a su casa. Como era previsible, eso no sucedió.

La tarde cedió su lugar a la noche y todo continuaba en el mismo punto en el que se encontraba cuando amaneció.

Rehusó la invitación de Rosalenda de compartir la cena con ella en el comedor. Prefería estar a solas, en silencio, valorando los últimos acontecimientos con tranquilidad y la posibilidad de la huida.

Daniel continuaba ausente.

La ventana de su dormitorio estaba cerrada, de manera que desestimó la idea de escapar por allí, no era una opción. Se acostó temprano, deseaba que el día acabara.

¿Para qué?

¿Para matar a una desconocida?

¿Para suicidarse?

Por primera vez, en meses, no escuchó los audios esa noche. Se puso los auriculares en los oídos por si entraban en su habitación, pero sin accionar el aparato. Tampoco se tomó la infusión que acompañaba la cena. Una sospecha hizo que se levantara de la

cama y se acercara a la puerta. Intentó abrirla y comprobó que, al igual que la ventana, estaba cerrada con llave.

Los mecanismos de defensa, hasta ahora aletargados, comenzaron a trabajar con agilidad. A la cabeza le vinieron imágenes que hicieron que se replanteara todo lo que tenía asentado como una verdad absoluta; con tiento, iba añadiendo piezas al rompecabezas.

Sin saber por qué, recordó la foto que llegó a su buzón, aquella en la que estaba en Salamanca con papá. Se acordó que la había colgado, mucho tiempo atrás, en una de sus redes de internet, casi al comienzo de la enfermedad de su padre. De ahí la habían sacado. En cualquier tienda de fotografía habrían hecho una copia simulando el papel de la época, eso no era difícil.

Las dudas estaban sembradas y afloraban a toda velocidad.

«Y Rosalenda siempre tan oportuna. ¿Cómo pudo saber que no me había tomado la infusión aquella noche?».

Los pensamientos se hilvanaban unos con otros y, poco a poco, iban formando una secuencia lógica que rompía los esquemas que le habían inculcado.

Una puerta cerrada, un nombre falso, una prohibición de despedida desmantelaban el trabajo de casi un año.

También recordó las imágenes con Nacho. Era imposible que él hubiera sacado las fotos. La de la calle estaba tomada a cierta distancia, probablemente, desde la acera de enfrente. En la del salón, ambos salían tumbados en el sofá; no pudo dispararla, tampoco tuvo tiempo de preparar la cámara del móvil, buscar el ángulo adecuado y programar el disparo. Por otro lado, estaba casado, era el primer interesado en que no se supiera nada sobre su infidelidad. Había sugerido que podía tener una cámara en casa. ¿Y si era así? Rosalenda sabía dónde iban a estar la noche que

quedaron, porque le preguntó dónde iban a ir y le hizo algunas sugerencias. Tuvo que seguirla y sacarles la foto que después enviaría al móvil de Álvaro. El número de Álvaro lo habría cogido de su teléfono cuando se quedó dormida en su casa.

«Álvaro, ¿por qué dejé que te fueras? ¿Por qué no respondí a tus mensajes? ¿Por qué?».

Y la güija en la habitación tras tirarla a la basura, la fotografía de Clara a la entrada de su cuarto, el cuadro roto, el regalo de Navidad… Con toda seguridad, Rosalenda había hecho una copia de sus llaves. Todo empezaba a encajar de una manera tan sencilla que le parecía inaudito que no lo hubiera visto antes. Lo único que por mucho que se esforzase no lograba entender era el motivo para que le hicieran todo eso. No conocía de nada a esa mujer ni a Daniel, aquel personaje prepotente y brusco. Al igual que a ella, a Mirinda no le caía bien, él jamás la acarició.

«¡Mirinda, estás sola! Te he abandonado, me he ido y te he dejado abandonada». Lloraba desesperada.

Despertaba de una pesadilla y se veía inmersa en otra. Estaba atrapada en aquella casa, en esa habitación.

Su mente estaba desbocada, decenas de pensamientos oscuros atravesaban su cerebro, lo cruzaban a toda velocidad, como si fuera un kamikaze en una autopista.

«Mirinda sola. Álvaro, Jaime. Estaba dispuesta a asesinar a una mujer, a suicidarme, me iba a cortar las venas. Papá y mamá ya están muertos, probablemente igual que Mirinda».

No durmió en toda la noche.

Decidió que no iba a matar, que no iba a morir y que iba a salir de aquella casa y recuperar su vida.

Una luz muy tenue parpadeaba en una esquina del techo. Había estado tan débil, tan aturdida y drogada que no la había visto antes.

Supo con total certeza que todo lo que había vivido desde que conoció a Rosalenda era mentira, y también supo que, si se enteraban de que no les seguía el juego, no haría falta que se suicidara, ellos se encargarían de hacerla desaparecer.

Tendría que continuar con la farsa hasta el viernes. Una vez en la calle, huiría. Mientras, debía seguir siendo la desvalida y dócil Corina que habían moldeado.

Rezaba porque Mirinda siguiera con vida. No podía derrumbarse por ella misma, por su amada gatita, por recuperar su vida. Tenía que ser fuerte, más de lo que hubiera sido nunca.

Se amparó en una promesa: «Papá, mamá, estaréis orgullosos de mí».

El sol le regaló un nuevo amanecer, tan solo le quedaban tres para morir y cuarenta y ocho horas para asesinar a una extraña.

Capítulo 29



Encajan más piezas

Álvaro llamó a Yolanda. Quería escuchar lo que pudiera decirle de Corina, todo lo que había hablado con ella desde que ese Alan entró en su vida.

El miércoles se levantó antes de que amaneciera y, a las diez de la mañana, ya estaba en Badajoz. Yolanda le esperaba en su casa.

Así eran las cosas: ella, una mujer cautelosa y reservada, prudente y siempre desconfiada, recibía a un extraño en su casa porque una mujer, de la que no sabía ni el nombre, corría peligro.

El rompecabezas que Corina trataba de recomponer desde su cautiverio tenía piezas esparcidas mucho más lejos de lo que cabría imaginar, y manos amigas, invisibles para ella, estaban uniéndose para dar forma a aquella locura de la que no encontraba cómo salir.

Yolanda abrió la puerta y se encontró con un hombre de treinta y pocos años, guapo, fuerte y con cara de cansancio.

—Pasa, por favor —le invitó mientras se apartaba de la puerta. Un perro de tamaño mediano le dio la bienvenida lamiéndole las manos.

Álvaro se agachó a saludar al peludo amigo.

—Se llama Cuco, podría estar hasta mañana besuqueándote sin parar.

El salón era pequeño. Contaba con un sofá azul, una mesita de centro de madera y cristal y un mueble bajo para la televisión. Las paredes estaban cubiertas de estanterías llenas de libros, lo que conseguía que la estancia pareciese más pequeña de lo que era, pero le daba a su vez una calidez que compensaba la reducción de espacio.

Álvaro tomó asiento. Cuco se sentó a sus pies y apoyó la cabeza en su rodilla, dejando un rastro de babas en el pantalón.

—No seas pesado, ven —le ordenó cariñosamente Yolanda. Cuco corrió tras ella—. Voy a buscar café.

Yolanda fue a la cocina y regresó enseguida, dando a entender que ya tenía preparada la bandeja que sostenía mucho antes de su llegada. Unos bollitos de crema y unas pastas de té acompañaban el humeante café.

—Te has levantado temprano, supongo que tendrás hambre.

Saltándose la equilibrada dieta que llevaba, Álvaro tomó uno de los bollos.

—La verdad es que sí, gracias.

Ambos se miraron a los ojos unos segundos.

—Es ella, ¿verdad? La chica que ha desaparecido es Colonia, ¿no hay duda?

—No hubiera recorrido cuatrocientos kilómetros de no ser así.

—Lo sé, solo trataba de aferrarme a una esperanza.

—Perdona, Yolanda, no quería ser brusco. Estoy nervioso y cansado, apenas he dormido desde que leí el mensaje que me envió, tu carta y la de Marta. Son tres despedidas tan sumamente disparatadas que… —se disculpó suavizando la voz.

—Tranquilo, te entiendo.

Guardaron silencio unos instantes. Por la cabeza de ambos pasaban ideas tan peregrinas como la propia realidad que estaban viviendo.

—La policía vino a verme. Les conté todo lo que sabía y les ofrecí mi ordenador por si podían extraer algo de él. Se lo llevaron y lo examinaron; no encontraron nada. Me dijeron que tendrían que cotejar las conexiones entre los dos ordenadores, pero que el suyo no estaba en el apartamento. —Esperó unos segundos antes de afirmar—: Ella estaba muy enamorada de ti. Es importante que lo sepas.

Álvaro asintió.

Yolanda comenzó a narrar la historia de su amiga.

—A principios de octubre encontró un libro en la biblioteca. A Colonia…, Corina, le encanta leer, y todos los meses solía sacar cuatro o cinco libros. Es una soñadora. Aquel ejemplar contenía un mensaje: alguien había escrito que se llamaba Alan, que estaba muerto y que necesitaba su ayuda.

»Poco después la avisaron de la oficina de objetos perdidos. Había un paquete con su número de teléfono y su nombre. Recuerdo que era una caja que contenía un diario, unas alianzas y no sé qué más. Eran cosas que pertenecían al "fantasma".

»Lo tiró todo. Dio por hecho que había sido cosa de la hermana de su ex, una bruja de cuidado. Por lo visto, no fue así.

Yolanda se quedó pensativa, ella siempre había pensado que Sara era la artífice de todo. Luego continuó su relato.

—Empezó a recibir llamadas a las tantas de la madrugada, cartas en su buzón que siempre firmaba Alan y le decía que la necesitaba, y que su padre también. Su padre falleció el año pasado, imagino que lo sabrás.

Álvaro asintió y dejó que Yolanda continuase hablando.

—Estaba asustada, no sabía quién podía estar gastándole una broma tan pesada ni por qué. Creo que realmente llegó a cuestionarse que ese Alan fuera un fantasma. Luego te conoció a ti.

Álvaro la interrumpió.

—Cuando nos conocimos, insistió en que su vida era caótica. Decía que, si me contara lo que estaba pasándole, pensaría que estaba loca. Ahora lo entiendo.

Yolanda asintió.

—Yo le aconsejé que no hablase con nadie del tema porque no la iban a creer y la tomarían por una chiflada.

Yolanda mordisqueó una pasta de té antes de seguir.

—Consiguió trabajo e hizo buenas migas con su compañero. Entre los dos, la ayudasteis mucho…, pero no lo suficiente. Ninguno teníamos ni idea de lo que estaba pasando por esa cabeza.

»Se hizo amiga de una mujer horrible, creo que se llamaba Rosalía o algo parecido. Se dedicaba a echar las cartas del tarot. Le llenó la cabeza de pájaros. Decía que ella había conocido a Alan y que realmente estaba muerto. Le contó una historia increíble sobre su padre y la mujer de Alan. Por lo visto, la pitonisa tenía una foto del padre de Corina besando a otra mujer. Le advertí que no se fiara de ella, que me daba mala espina, pero ella la defendía a toda costa. De la noche a la mañana desapareció. En Navidad le envié varios mensajes y no contestó a ninguno. Luego llegó la carta.

Álvaro escuchaba a la chica sin dar crédito a sus palabras, pero era consciente de que todo lo que le contaba cuadraba con lo que él había vivido con Corina.

—En Navidad rompimos. Me llegó una foto bastante desagradable al móvil: estaba con otro chico. No obstante, nos volvimos a ver. Se mostró aún más enigmática que de costumbre, me dio un último

beso y se fue. Semanas después me llamó. Quedamos y parecía que todo volvía a ser como antes, pero desapareció de nuevo. Durante un tiempo, le enviaba mensajes que ella contestaba de forma muy escueta. Hasta que me llegó el último que sonaba a despedida, parecido a tu carta.

Aunque a Yolanda ya se lo habían enviado y lo había leído, Álvaro sacó el móvil y se lo enseñó.

—Claramente, Corina no estaba bien. Respecto a la foto, algo me comentó, pero ten por seguro que no significó nada para ella, ya te dije que le gustabas de veras. Corina estaba descentrada, y una banda de pirados se dedicó a meterle ideas raras en la cabeza.

Terminó su taza de café antes de continuar.

—Tienes a Mirinda, ¿verdad? —quiso saber mientras miraba cómo Álvaro acariciaba a su fiel compañero.

—Sí. Ella tampoco lo está pasando bien.

—Cuánto lamento no haber enviado a Candela las conversaciones en el momento en que se lo dije. Pienso en ello a diario. Si lo hubiera hecho, tal vez la policía habría sacado alguna información relevante.

—Las cosas son como son. También yo pienso que si hubiera pasado más tiempo con ella…

—Álvaro, estoy segura de que, si la hubieras conocido antes, nada de esto habría sucedido y, seguramente, me estaría volviendo la cabeza loca con los preparativos de vuestra boda.

Se rieron con tristeza.

—Quizá estéis a tiempo —susurró la mujer.

Se despidieron con un abrazo, sabiendo que, probablemente, no se volverían a ver.

—Te mantendré informada.

—Cuento con ello.

El viaje de regreso fue duro. Cuatro horas sin compañía en un coche dan para pensar mucho, la cabeza puede inventar infinidad de situaciones a cuál más oscura.

La carretera discurría monótona, el paisaje pasaba inadvertido a los ojos de Álvaro, que deseaba regresar a Madrid lo antes posible y poner al corriente a Candela y a Jaime de su conversación con Yolanda. No hizo ninguna parada, condujo kilómetro tras kilómetro reproduciendo en su cabeza las palabras que la amiga de Corina le había contado.

Cuando llegó a la ciudad, eran cerca de las seis de la tarde.

Mirinda le esperaba. Resultaba agradable tener a alguien que se alegrase al llegar a casa. Pensó que tendría que revisar los hoteles en los que admitían mascotas para sus próximos viajes. No tenía pensado dejarla sola una semana entera. Luego se dio cuenta de que, con ese pensamiento, daba por sentado que Corina no volvería.

Echó la ropa a lavar. Las babas de Cuco habían dejado un cerco en el pantalón que la gata olisqueaba interesada. Tras ducharse, se puso el pijama; después llamó a Candela. Le relató lo que Yolanda le había dicho y le pidió que se lo transmitiera a Jaime. Con suerte, él podría aportar algún dato nuevo. El fin de semana se verían, necesitaban estar juntos, hablar de lo que habían supuesto o, simplemente, hacerse compañía.

Jaime escribió a Marta explicándole lo sucedido y le dio su teléfono para que le llamara. Suponía que la carta no tardaría en llegar. Mientras tanto, no había dejado de indagar por internet en busca de una pista que le condujese hasta su amiga.

A treinta y seis horas de que Corina tuviera que asesinar a Clara, Jaime encontró la foto en la que su padre besaba a otra mujer.

Escribió su nombre en la barra del buscador: «Esteban Poverí». Los perfiles de sus redes sociales estaban cerrados, solo aparecían

las entradas y, al pinchar en ellos, daba error.

Sin embargo, su nombre etiquetado en un comentario le llevó hasta aquella foto.

La sensibilidad del muchacho hizo que comenzase a llorar. Descolgó el teléfono y llamó a Candela.

—Creo que es la foto a la que se refería Álvaro. Cualquiera con malas intenciones pudo sacarla de contexto para dar una sensación de lo que no es. Tiene que volver, debe saber que su padre no había engañado a su madre.

—Se lo podrás decir muy pronto, estoy segura.

Jaime nunca supo si aquellas palabras eran de consuelo o si Candela lo pensaba de veras, pero se aferró a ellas.

—Llama a Álvaro y cuéntaselo. Yo llamaré a la comisaría.

El policía que la atendió le dio paso al agente que llevaba el caso. Por mucho que insistió, no consiguió obtener ninguna información. El hombre que estaba al otro lado de la línea se mostraba firme en sus respuestas.

—Lo siento, señora, se trata de un caso abierto del que solo podemos dar información a familiares de primer grado.

—Pero si no tiene a nadie, lo más parecido a su familia somos nosotros. Si no llegamos a ir a la comisaría, nadie sabría que había desaparecido —suplicó Candela.

—Entiendo su preocupación, pero las normas no me permiten ayudarla.

Colgó el teléfono frustrada y se quedó pensando en quién podría llamar que le echara una mano para averiguar si sabían algo de su empleada. Revisó uno a uno los contactos en su móvil. Con desánimo, descubrió que ninguno parecía servirle de ayuda. Tendría que esperar a que la policía hiciera su trabajo y Corina apareciera.

El teléfono anunció que tenía un mensaje. Era de Álvaro.

Álvaro: ¿Y si a quien querían hacer daño era al padre de Corina? ¿Qué sabes de él?»

Candela se dio cuenta de lo poco que sabía de sus empleados. Desconocía la vida privada de Jaime, que llevaba con ella casi tres años y, por descontado, la de Corina, quien solo había estado unos meses.

Candela: No sé nada, Álvaro. Conmigo hablaba de trabajo. Jaime es quien puede tener más información.

Esa noche, una mujer retenida contra su voluntad, un amante, tres amigos y cuatro científicos se metieron en la cama sin poder conciliar el sueño.

La primera ideaba un plan para escapar.

El segundo se abrazaba a la gata de su amor perdido.

Los terceros imaginaban dónde estaría su amiga.

Los cuartos pensaban cómo reconducir al sujeto de estudio.

Uno de los ocho hallaría la solución con un trozo de papel y un bolígrafo.

Capítulo 30



Inhibidor

24 horas.

Corina había tomado dos decisiones: no iba a asesinar a Clara e iba a seguir viviendo. También había determinado que Rosalenda y Daniel debían pensar que todo seguía igual, que había sufrido una crisis de ansiedad, un momento de ofuscación debido a los nervios propios de la situación. Se disculparía, agacharía la cabeza y esperaría a que Rosalenda le dijera el lugar en el que tenía que reunirse con Clara. Luego actuaría.

Daniel volvió a ser quien le llevó el desayuno esa mañana.

La chica no tenía intención de comer nada, se pondría de espaldas a aquella sospechosa lucecita parpadeante y después arrojaría la comida por el retrete. Estaba segura de que contenía algún tipo de droga.

El hombre entró sin llamar. Corina se incorporó y le saludó cohibida.

—¿Cómo te encuentras hoy?

—Estoy un poco mareada.

—Siento no haber venido a verte ayer. Rosi me comentó que no estabas interesada en hacer la sesión y aproveché para resolver unos asuntos a las afueras de Madrid.

—¿Viajas mucho por tu trabajo?

—Con bastante frecuencia y por toda España.

—Ya veo, los espíritus no entienden de familia ni de horarios.

—Quería hablar contigo. Ayer estabas algo nerviosa, es lógico. Pero siempre hemos sido sinceros el uno con el otro, así debe ser hasta…

—¿Hasta el final? —completó Corina.

—No creo en los finales, deberías saberlo mejor que nadie. Iba a decir hasta que te sientas completamente segura de lo que vas a hacer.

—Tranquilo, Daniel, estoy segura. Tengo la decisión tomada. Simplemente, quería despedirme de algunos amigos y ver a Mirinda.

—Mi hijo se va el sábado. Ella vendrá a vivir con nosotros. Aquí será feliz, podrá salir al jardín y trepar por los árboles; a los gatos les gusta hacer esas cosas.

—Seguro que sí. Lo bueno de que tengas línea directa con el más allá es que, si le sucede algo malo a mi gata, me enteraré y podré vengarme de ti. Por lo visto, eso es lo que voy a ser, una vengadora.

Corina se dio cuenta de que volvía a ponerse a la defensiva; tenía que contenerse y recuperar el rol de sometida.

—No le sucederá nada malo, te lo prometo.

—¿Vendrá Rosi a verme más tarde? Quisiera disculparme con ella, ayer no me porté demasiado bien.

—Rosi vendrá. Está disgustada porque cree que te has enfadado con ella. Te quiere mucho, Corina, mucho.

—Y yo a ella. No quiero ser descortés, Daniel, pero necesito volver a acostarme. Estoy revuelta, creo que los nervios me están jugando una mala pasada —afirmó invitándole a marcharse.

—Descansa tranquila, todo está bien.

Narcisa estaba esperándole en el pasillo.

—Fue una crisis pasajera por su parte, y también por parte de Raquel. Voy a decirle que ha recapacitado y que todo sigue según lo previsto.

—¿Así de fácil? ¿De verdad la has creído? —inquirió dudosa.

—Lo he hecho. Entra dentro de la lógica que se le planteen dudas. Ayer dijiste que fue precipitado traerla aquí, y estoy de acuerdo contigo. Era de esperar que quisiera poner sus cosas en orden, despedirse de sus amigos y, sobre todo, de ese bicho pulgoso al que tiene tanto cariño.

—Convoca una reunión con el resto del equipo. Necesitamos una certeza absoluta —sugirió la mujer.

Una hora más tarde, los cuatro componentes del experimento E006CPD se reunían en la sala de juntas.

—Como todos sabéis, E006 ayer dio muestras de rechazar las estimulaciones a las que ha sido sometida. Hoy se retracta y nos comunica que quiere seguir adelante. Imagino que todos sois capaces de comprender la magnitud del problema al que nos enfrentamos.

—Si hay dudas, solo hay una opción: eliminarla.

Andrés planteó rotundo su alternativa.

—La única opción real es que no puede delatarnos. Nuestros físicos no serán reconocidos gracias al maquillaje y a las pequeñas prótesis que alteran el aspecto… —afirmó Raquel.

—Doctora, no sea ilusa, han dejado rastros por todas partes. Su casa está llena de nuestras huellas.

—No es así, Andrés —le indicó Narcisa anticipándose a la doctora Teresuela—. El último día que estuvieron en su casa se hizo una limpieza exhaustiva.

—Solo entramos en dos habitaciones: el salón y la cocina. Fuimos cuidadosos con lo que tocamos, y limpiamos nuestras huellas. Llevamos las mallas de bambú debajo de la peluca, no pudo caernos ningún pelo. Cuando íbamos contigo de madrugada, siempre nos pusimos guantes. El alquiler del piso de «la pitonisa» se tramitó por teléfono, sin contrato, sin preguntas. Pagamos por una semana el equivalente a medio año. El que nos lo alquiló tenía más que callar que nosotros, estoy segura.

—De eso puedes dar fe —contestó enigmático Bernardo.

La psicóloga continuó hablando.

—Andrés garantiza que ha limpiado su historial en la red.

Narcisa intervino intranquila.

—No eres informático, ¿estás seguro de que nadie podrá rastrearla? ¿No habrá forma de recuperar sus archivos?

—No estoy graduado en telecomunicaciones, pero mis conocimientos de informática son algo más que extensos, sobre todo, en materia…, ¿cómo decirlo?, algo ilegal, dejémoslo ahí.

—Confiemos en que el doctor Santuci no se haya equivocado contigo y cumplas los objetivos que se te asignaron tan bien como tú te crees.

El muchacho no se amilanó ante el ataque de Raquel.

—Esperemos que haya cumplido con mi labor mejor que otros. Yo la enamoré, le hice creer que veía fantasmas, conseguí que soñara conmigo y, a tenor de sus gemidos nocturnos, fueron sueños muy agradables —alardeó—. En cambio, usted ha puesto en peligro todo el experimento por dos fallos imperdonables.

Bernardo trató de calmar los ánimos.

—No es momento de reproches, sino de soluciones. El mérito es de todos por igual, pero también los errores. Si uno se equivoca, es porque los demás lo hemos permitido. Debes aprender que el trabajo en equipo es mucho más que reunirse con un grupo de personas en torno a una mesa. Tu inexperiencia es comparable únicamente con tu estupidez. Tal vez el fallo haya sido mío al querer que formaras parte del experimento. Centrémonos en lo que nos acontece en estos momentos, es muy grave y necesitamos una solución.

—Creo que yo la tengo —insinuó la doctora Rodilla. Andrés volvió a interrumpir.

—Siento resultar políticamente incorrecto, pero la solución ya os la di: hay que matarla.

—Cállate de una vez —exclamó furioso Bernardo—. Eres capaz de acabar con la paciencia de cualquiera. Narcisa, continúa, por favor.

—El control de recuerdos indeseados está vinculado a una mayor actividad de la corteza cerebral frontal izquierda. De hecho, las ondas *binaurales* de la fase tres trabajaron sobre esta actividad: jugamos con los recuerdos más dolorosos y le dimos la opción de modificarlos. Su mente no borró los malos recuerdos, simplemente, los guardó de forma disfuncional, de manera que no puedan ser utilizados.

»Recientes estudios demuestran que el cerebro tiene una ventana de tiempo, un periodo en el que los recuerdos pueden alterarse o borrarse. Es un lapso corto, los ensayos clínicos nos hablan de unos seis días. Sin embargo, E006 podría haber multiplicado ese periodo gracias a la estimulación a la que ha sido sometida. Según mis cálculos, lograríamos entre cinco y seis meses de tal confusión que puede que pierda la cordura. La medicación es completamente experimental, no puedo asegurar los resultados, pero soy partidaria

de aplicarle una dosis y comprobar los efectos antes de deshacernos del sujeto.

A Narcisa no le gustaba llamar a Corina por su nombre, prefería cosificarla. Su conciencia se quedaba más tranquila pensando en ella como un objeto en lugar de un ser humano.

—Me parece una lástima desaprovechar una oportunidad como esta para probar el fármaco. Al fin y al cabo, es lo que somos, científicos. Creo que merece la pena correr el riesgo en pro de la ciencia. Sería de una importancia comparable a la del experimento inicial, estoy segura de que la Organización valorará nuestra iniciativa.

—¿Cómo se le aplicaría? Supongo que no consistirá en una simple pastilla —se interesó Raquel.

—No. Se trata de una intervención que no debiera resultar complicada. Necesitamos dormirla, tiene que inocularse directamente en el hipotálamo.

—¿Y después?

—Después habrá que dejarla abandonada en una zona ajena a sus recuerdos para que no se estimule ningún pensamiento cercano. Le quitaremos su ropa, todas sus pertenencias, incluso podemos cambiarle el aspecto físico, cortarle el pelo… Se trata de engañar a su mente al máximo. Desorientarla.

—Es de locos. ¿De verdad nos estamos planteando soltarla sin más?

—No, Andrés —replicó con falsa paciencia Narcisa—. Primero borraremos sus recuerdos. Procura estar más atento cuando hablamos. Habría que replantearse si también tenemos que administrarte una dosis para cerciorarnos de que no metes la pata con esos nervios que, al parecer, no sabes controlar.

El joven se arrebujó incómodo en la silla y decidió no volver a opinar.

—Raquel, Bernardo, ¿qué os parece?

Bernardo tomó la palabra.

—Si bien la he visto convencida de lo que hoy decía y sus dudas eran razonables, el riesgo que entraña dejarla actuar es demasiado grande. Expondríamos no solo a este equipo, sino a toda la Organización. ¿Raquel?

—Tengo mis dudas, si he de ser sincera. Aunque parezca extraño, estoy de acuerdo con Andrés. Sé que supone un fracaso frente a los demás científicos, pero dejarla con vida me parece un suicidio profesional. Narcisa, por favor, explícanos cómo sabes que el efecto se potenciará de tal manera.

—Por la ayahuasca.

—No te entiendo. Sé más precisa, por favor.

—Cuando comenzamos el proyecto y decidimos emplear ayahuasca, ketamina, provelarona y mefradona, comencé a hacer pruebas en el laboratorio para ver cómo reaccionaban las ratas al inocularles estas sustancias e inhibir la polimerización de la acina, bloqueando la miosina. Con cada droga obtuve diferentes resultados: la ketamina proporcionaba variantes despreciables, la provelarona conseguía que el cerebro de la rata produjese un cortocircuito y muriese poco después, pero con la ayahuasca, el descubrimiento fue épico. Las ratas a las que había administrado ayahuasca directamente en el hipotálamo eran incapaces de recordar procesos aprendidos meses atrás.

»Como ya os dije, está en fase experimental, jamás se ha utilizado en humanos; sin embargo, estoy convencida de que podría funcionar. No podemos eliminar diez meses de la vida del sujeto, pero sí emborronarlos, crear tal caos en su mente que sueños,

realidad y ficción formen una argamasa que resulte totalmente inverosímil ante cualquiera. En el caso de que el sujeto quisiera explicar lo sucedido durante ese tiempo, no sabría por dónde empezar ni qué ni a quién acusar, porque su mente estará tan bloqueada que le resultará imposible encontrar una causa real.

Andrés, retractándose de su decisión de participar, intervino de nuevo en la conversación.

—De acuerdo, ella no sabrá qué sucedió, pero ¿y todas las pruebas que tiene la policía: los micros, la cámara, las declaraciones de sus amigos?

La psicóloga respondió resuelta.

—Los micros pudo ponerlos ella misma a raíz de las llamadas telefónicas. Sus amigos solo podrán decir que se había vuelto muy paranoica y que estaba convencida de que alguien la acosaba… Un muerto. Parecerá un brote psicótico.

»Dentro de dos días saldrán a la luz el resto de los casos que forman parte del experimento, al menos los que hayan llegado a su fin. Alan se interpretará como un juego de rol, la nueva Ballena Azul. Todos se inculparán de un asesinato que no se habrá llevado a cabo, serán un grupo de suicidas, mayores de edad, con plena facultad de sus capacidades, que se han quitado la vida. A nivel popular tendrá relevancia, será un caso que genere mucho morbo, y como sucede siempre que un hecho así llega a la opinión pública, saldrán decenas de tarados diciendo que ellos también se quieren suicidar por Alan. Corina puede ser una de esas chifladas. Nuestra mejor baza está en que se haga lo más viral posible.

—Además, es una oportunidad única para probar mi inhibidor. Esto podría proporcionar un giro al experimento, tan valioso como el fin principal. ¿Acordamos, pues, aplicar esta terapia? —Los tres miembros restantes respondieron afirmativamente a la doctora

Rodilla, dos con convencimiento pleno; uno, el más joven, con muchas dudas.

—Mañana se realizará la intervención. Hay que buscar un lugar apropiado para dejarla. No puede vernos cuando despierte. Borraremos los recuerdos de, al menos, cinco meses anteriores a la aplicación. Su cabeza será un caos en el que la realidad y la ficción serán uno solo. Su cerebro tendrá tal cantidad de información que no será capaz de procesarla y presentará ideas delirantes, alucinaciones, los síntomas propios de una esquizofrenia paranoide. En su cuerpo habrá restos de diversas sustancias que podrán justificar la esquizofrenia. Lo que debemos tener en cuenta es que todo lo que suceda una vez despierte del tratamiento podrá recordarlo. Por ello, es muy importante que se encuentre en un sitio que no le resulte reconocible, para que la sensación de estar perdida y confusa hagan que su mente no la relacionen, en modo alguno, con nosotros.

Capítulo 31



Adiós, Corina

Raquel se vistió con sus galas de pitonisa y fue a visitar a Corina.

La chica estaba sentada en el escritorio cuando oyó dos suaves golpes en la puerta.

—¿Puedo entrar? —preguntó una voz dulce.

—Pasa, Rosi, por favor —le pidió con humildad. Sabía que aparentar docilidad era la única esperanza de salir de esa casa con vida.

—¿Estás escribiendo?

—Sí, quiero dejar mis pensamientos en algún lugar que alguien pueda leer cuando no esté. En realidad, ese alguien eres tú, son para ti.

—Es un detalle precioso. Gracias. Al verte, creí que estarías redactando…, ya sabes, la carta de despedida.

—Ya la tengo escrita.

Raquel se acercó hasta el delicado buró y se sentó al borde de la cama. Corina dejó el bolígrafo encima de la mesa, giró la silla y se

volvió hacia ella.

—Quería pedirte perdón. He sido una desconsiderada, una egoísta. Siento mucho lo que te dije ayer, no lo pienso en realidad.

—Lo sé, niña. Es comprensible que estés nerviosa, que te entren dudas. Te dije que estaría contigo siempre que me necesitaras, y así será. ¿Sabes que no debes hacer nada que no quieras?

—Rosi, estoy convencida de mi decisión —mintió con convicción —. Daniel me dio su palabra de que cuidaréis de Mirinda. No dejes que le ocurra nada malo. Pase lo que pase, cuídala, por favor.

—Vamos a dar un paseo, no sé cómo aguantas en esta habitación tantas horas.

Corina cogió con fuerza a la doctora por una mano y le impidió que se levantase.

—Antes prométeme que cuidarás de ella. —Su súplica era sincera, pues no estaba convencida de poder salir con vida de la situación que se avecinaba.

—Pues claro que te lo prometo. Cuidaré de tu gata como si se tratase de la mía propia —declaró su falsa amiga con ternura.

Corina le siguió el juego.

—Pero si tú no tienes gato ni nunca lo has tenido.

—En eso te confundes. ¿Acaso conoces a alguna bruja que no haya tenido gato?

Las dos mujeres salieron de la habitación riéndose como si se tratase de un día cualquiera, como si Corina no tuviera que asesinar a Clara, igual que si no fuera a suicidarse cortándose las venas en una bañera.

Pasearon y disfrutaron del bonito jardín durante más de dos horas. Se sentaron en un banco de piedra, bajo un naranjo florecido que desprendía un aroma exquisito. Hablaron de cosas agradables y se rieron como buenas amigas.

Detrás de sus sonrisas, Corina trataba de encontrar un motivo, algo que llevara a Rosalenda a ser tan cruel con ella.

Le costaba pensar con claridad, estaba agotada física y mentalmente. Llevaba meses comiendo mal, tomando aquellas infusiones que contendrían algún tipo de droga y machacando su cerebro con esos sonidos infernales.

Daba gracias al cielo, a sus padres fallecidos y a su propia fortaleza por haber tenido un momento de lucidez y haber visto lo que sucedía. Se estremecía al pensar que había llegado a aceptar matar a una mujer y quitarse la vida.

Cenaron juntas en el salón. Corina no probó bocado, tan solo se sirvió agua de la misma jarra de la que bebía Rosi. Daniel no las acompañó. Según su exmujer, también trabajaba esa noche. La chica no podía imaginar que estaba en la planta de arriba, junto a la mujer que debería asesinar, equipando un sencillo quirófano para hacer una intervención que borraría de su mente los últimos meses de su vida.

—No me queda más remedio que sacar el tema que hemos eludido todo el día —declaró la pitonisa al finalizar el postre.

—Adelante, hazlo sin miedo.

Según lo acordado con el equipo, E006 debía pensar que todo sucedería según lo previsto. Era lógico que la mujer que encarnaba el papel de Rosalenda hablase con ella.

—Por la mañana te iré a buscar. Te he comprado un vestido; estarás muy bonita con él. Podemos desayunar en el jardín, la mesa que está junto a los rosales está abrigada. Disfrutaremos del sol, de las flores… Luego, Daniel nos llevará en coche. Le he pedido que sea él quien conduzca, yo quiero estar a tu lado. Al llegar a la cafetería, nos separaremos: tú te sentarás en una mesa y yo en otra, pero podrás verme en todo momento, y yo a ti. Cuando llegue Clara,

tendrás que aprovechar un descuido para echarle las pastillas; te las daré antes de entrar. Después saldremos e iremos a tu casa. Verás a Mirinda, estarás rodeada de tus cosas. Me quedaré a dormir si así lo deseas; si no, me iré. Cuando amanezca, ya no estarás aquí: te habrás ido con Alan, con tus padres, y serás feliz para siempre.

Corina no pudo evitar las lágrimas. Ese era el plan de su vida perfecta antes de que supiera que querían que asesinara a una desconocida por venganza y que, después, se quitase de en medio dejando por escrito una confesión. Lo que seguía sin comprender era la farsa que habían organizado en torno a ese retorcido plan, los meses que Rosalenda invirtió en acercarse a ella, en envolverla en una mentira imposible… Era tan inverosímil que no podía dudar.

Cuanto más grande es la mentira, más difícil es sospechar que no es cierta.

Antes de acostarse, escribió en un trozo de papel: «Me llamo Corina Poverí. Llamen a la policía. Necesito ayuda». Entró en el baño y, frente al espejo, se lo colocó en el sujetador, comprobando que no se viera. Hizo varios movimientos para observar satisfecha que no asomaba. Dormiría con él; tenía miedo de que, a la mañana siguiente, no tuviera oportunidad de hacerlo. Cuando estuviera en la cafetería, se lo entregaría al camarero o lo dejaría en el lavabo. Era un plan básico, pero no se le ocurría otra opción. «A veces, lo simple funciona», pensó tratando de infundirse ánimos.

Otra noche más a solas con sus pensamientos, con sus fantasmas particulares. Otra noche más que no se parecía en nada a las anteriores, en las que sufría por su padre o en las que, temerosa, descolgaba un teléfono que dejaba mensajes perturbadores o, mirando más atrás, en las que era feliz y llevaba una vida normal.

Era una noche en la que la luna brillaba con desgarro, entrando impertinente por su ventana, dejando ver jirones de una vida que no

comprendía, pero su espíritu guerrero no permitiría que nadie la continuara manipulando. Por fin había tomado las riendas de su vida, aunque esperaba que no fuese demasiado tarde y pudiera frenar los angustiosos acontecimientos que se avecinaban.

Los tranquilizantes, camuflados en el borde de la copa de la que bebió durante la cena, pudieron con su fuerza de voluntad y se quedó dormida. La luz parpadeante de la cámara que la vigilaba fue testigo de cómo la doctora Rodilla entraba sigilosa junto al falso médium e inyectaba en su brazo una dosis de pentobarbital mezclada con propofol para garantizar que Corina no se despertase en toda la noche.

A las nueve de la mañana subieron a E006 al improvisado quirófano.

La zona para intervenir se localiza justo detrás de la glándula hipófisis; por ello, la doctora Rodilla optaría por realizar la intervención a través de una de las fosas nasales.

Una nueva dosis de pentobarbital conseguiría entre seis y siete horas más de bloqueo absoluto en el cuerpo de la chica.

Tras la administración de la anestesia, la doctora Narcisa introduciría por la fosa izquierda de la paciente un nasofaringoscopio junto con un tubo que contenía una jeringuilla, que habría sustraído de la universidad el día anterior, cargada con los fármacos ya preparados: una solución de ayahuasca y un bloqueador de la miosina II. Previamente, habría rociado con una espuma coagulante la cavidad para evitar que se llenase de la sangre derivada de la rotura de vasos sanguíneos. Resultaría una intervención sencilla, sin contratiempos ni imprevistos.

Finalizada la operación, Raquel se encargaría de ponerle el vestido nuevo, uno que la chica nunca había visto, de un estilo que ella jamás habría escogido. También le cortaría su preciosa melena

rizada y le inocularía una dosis extra de sedante para cerciorarse de su estado inconsciente.

A las cuatro de la tarde, un coche estaría dispuesto para llevarla al lugar escogido: una zona boscosa, a dos horas de camino, lo que les garantizaría un estado de desorientación absoluta cuando E006 despertara.

Andrés y Bernardo, vestidos como Alan y Daniel por si Corina se despertaba antes de lo previsto, subirían en el destartalado coche que pertenecía a la pitonisa y lo llevarían a un desguace tras dejar el cuerpo convaleciente de la muchacha en el lugar elegido. Ella no presentaría heridas visibles, no tendría documentación que la identificase, y tardaría días en poder decir quién era, eso si conseguía salir con vida de aquella zona boscosa.

Capítulo 32



¡Te recuerdo!

Corina se despertó pasadas las siete de la tarde. La cabeza le estallaba, estaba terriblemente confusa y aturdida. Alrededor solo había matorrales, maleza y algún árbol que no supo identificar, la botánica nunca fue su fuerte.

Se levantó del suelo. Estaba mareada y caminaba dando bandazos. Se cayó una, dos, tres veces, y se levantó otras tantas porque un instinto ancestral le decía que debía hacerlo. Sus rodillas y las palmas de las manos le sangraban, también le caía un hilillo de sangre por la nariz.

Su organismo no había permitido a la mente despertar lo suficiente para tener otro sentimiento que no fuera el de supervivencia.

Se movía con dificultad. Las ortigas y las zarzas, además de destrozarle las piernas, le impedían avanzar con agilidad.

Consiguió llegar a un camino polvoriento muy largo, tanto que no veía el final. Caminó sin descanso. Sentía muchísima sed y se aferró a esa necesidad para continuar, pensando que más allá, dando solo unos pasos, encontraría el agua que tanto ansiaba.

El sol se estaba poniendo y no pudo evitar admirar su belleza. La grandiosidad tiene cabida siempre en el espíritu humano.

Todavía no se había preguntado quién era, por qué estaba allí, adónde iría. Su cuerpo solo le permitía una acción: caminar. Esa actividad lo ocupaba todo.

La noche llegó.

La luz de la luna, casi llena, tuvo a bien alumbrar el camino, provocando sombras que resultaban inquietantes, aterradoras. Dejó de andar, permitiendo así que mil tormentos se apoderasen de ella.

Una acción, un pensamiento, un sentimiento.

De uno en uno.

Miedo.

Solo eso.

Se escondió entre la maleza, buscando refugio de una forma primitiva. Y allí, entre el terrible dolor físico que la torturaba y los fantasmas que su mente veía en las sombras de la noche, surgió la pregunta: ¿quién era? No fue capaz de responderse. Su cerebro evadía la respuesta, la lanzaba lejos.

La humedad, el frío y el dolor le revelaban que estaba viva. El propio miedo le gritaba que era alguien real, una persona sin conciencia ni nombre, sin recuerdos, pero con una única prioridad: vivir.

Finalmente, la extenuación la condujo a un sopor que le permitió caer en un sueño intermitente, lo que autorizó al tiempo a ser benévolo con ella y mantenerla protegida del sufrimiento unas horas.

Despertó envuelta en oscuridad. Gritó pidiendo ayuda. Nadie la oyó. Solo estaba ella. Sus propios gritos la alertaron de que debía seguir caminando, y así lo hizo. Avanzó despacio. Llevaba unas delicadas bailarinas, por lo que las piedras del camino se clavaban sin piedad en las plantas de sus pies. De esa manera sabía que avanzaba un paso más.

La luz del día no llegaba. Vagaba entre sombras, apartaba ramas, caía y se levantaba. Un paso, otro más. Caminaba siguiendo el angosto sendero, tan estrecho en algunos tramos que la maleza se había apoderado casi por completo de él.

Sus piernas se movían de forma cíclica, exactamente igual que lo hacía el corazón o los pulmones, sin intencionalidad racional, solo mecánica.

La luna decidió apiadarse de ella y se desplazó de manera discreta hacia el oeste, dejando paso al sol que, perezoso, se negaba a alumbrar el nuevo día. Su luz atenuó el miedo, al menos el miedo irracional, y fue sustituido por el desconsuelo.

Corina hizo un alto en el camino. Necesitaba beber desesperadamente, descansar. Su cuerpo cedió al abatimiento y al cansancio. Nunca supo si se desmayó o se durmió, incluso si estuvo muerta durante un breve espacio de tiempo. La nada se acomodó en su cabeza y ella se sintió a gusto dejando de sufrir.

Dos ciclistas, con sus bicicletas de montaña, descubrieron el cuerpo de la mujer desfallecida en el suelo. Con premura marcaron en su móvil el 112.

—Hemos encontrado a una mujer inconsciente, tirada en la Senda de San Francisco —consultaron la *app* Mountain bike Force, donde dejaban reflejadas sus rutas, para determinar el kilómetro exacto—, a la altura del kilómetro nueve. Respira.

Una botella con bebida isotónica rozó los labios de Corina. El contacto del líquido con su boca fue suficiente para sacarla de su letargo.

Veintidós minutos después, una ambulancia llegaba hasta ellos.

Con profesionalidad, la cubrieron con una manta térmica y, con delicadeza, comenzaron a trabajar.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó una de las mujeres con suavidad.

Mientras lo hacía, le miraba las pupilas, comprobaba la temperatura y sostenía su muñeca para anotar el pulso.

Otra sanitaria ya le había puesto suero y comprobaba otras constantes.

—No lo sé —respondió la chica con dificultad.

—¿Cómo has llegado aquí, te has perdido?

—No lo sé.

—Vamos a auscultarte. Si no te importa, te desabotonaré un poco el vestido.

Al introducir el estetoscopio en el pecho de Corina, el papel que había escrito el día anterior asomó. Estaba doblado para que no ocupase espacio y no se lo pudieran ver.

—¿Es una papelina?

—No sé.

Con cuidado, lo retiraron, lo desdoblaron y pudieron leer el contenido. «Me llamo Corina Poverí. Llamen a la policía. Necesito ayuda».

—¿Eres Corina? ¿Eres Corina Poverí?

—Lo siento, no lo sé. No sé quién soy, pero sí que necesito ayuda.

Rompió a llorar.

—Tranquila, ya estás a salvo —le aseguró la enfermera mientras la abrazaba—. Ahora te llevaremos al hospital, te aliviaremos el dolor y

te encontrarás con fuerza para recuperarte enseguida.

No sabía el motivo, pero le provocaba rechazo aquella extraña que le brindaba palabras amistosas. Sentía que era falsa, que su acento maternal no era más que puro teatro. Decidió no volver a hablar hasta no comprobar que realmente estaba a salvo.

La habitación del hospital tenía dos camas. Corina ocupaba la que estaba al lado de la ventana, la otra sería retirada por recomendación del equipo médico. Necesitaba tranquilidad. Las paredes estaban pintadas de un amarillo pálido, su función era ofrecer una atmósfera tranquila y segura. Sin embargo, a Corina lo aséptico del lugar le provocaba una sensación de tristeza.

Las horas transcurrían entre idas y venidas a diferentes salas donde se le hacían pruebas; entradas y salidas del personal médico; control de su temperatura; análisis; exploraciones físicas para verificar diferentes aspectos… Comprobaron si había sido violada, si estaba drogada, revisaron el funcionamiento del sistema nervioso y del cerebro e intentaron que la paciente saliera del mutismo en el que se había encerrado.

Dos agentes de policía la visitaron tratando de averiguar qué le había sucedido, quién era. Corina no habló.

La segunda mañana que Corina despertó en el hospital, una cara amiga le hizo romper su silencio.

—¡Corina! —Sin esperar respuesta, Marta se abalanzó sobre ella, abrazándola entre sollozos.

—Marta, Marta, ¿qué me ha pasado?

Corina lloraba de alegría por ver a su amiga.

—Ya estoy aquí, amiga mía, estoy contigo. Todo ha pasado.

—Pero es que no sé qué ha pasado. Estaba sola en un sitio horrible, no recuerdo nada, Marta, nada. Me han traído aquí y no paran de hacerme pruebas y preguntas.

Las palabras se agolpaban, salían a trompicones, se entremezclaban con las lágrimas. Era tan patente el sufrimiento de su amiga que Marta tampoco podía dejar de llorar.

—Tranquila, debes dejar que te ayuden. Ninguno sabemos lo que te ha pasado.

Poco a poco fue contándole los acontecimientos de los últimos días.

—Recibí una carta de Jaime, ¿lo recuerdas?

Corina negó con la cabeza.

—Jaime es tu compañero de trabajo y un gran amigo.

Con calma, le narró que había contactado con ella para decirle que había desaparecido. Decidió omitir determinada información, convencida de que su amiga no estaba aún preparada para asimilarla. Le habló de Candela y de Álvaro, de lo mucho que se habían esforzado por buscarla. Le dijo que habían acudido a la policía y que, por fin, unos ciclistas la encontraron y la llevaron al hospital. Le explicó a su amiga, lo mejor que supo, que todavía no habían sido capaces de reconstruir lo que ocurrió durante los últimos días, y la animó a responder a las preguntas que le hacían.

—Pero es que no sé dónde estuve ni qué me pasó, no recuerdo nada —respondió con un hilo de voz.

—Lo sé. La policía y los médicos han hablado conmigo. Dicen que… —dudó, tratando de buscar la forma más delicada de explicárselo—, que te han secuestrado y, de alguna manera, han borrado parte de tus recuerdos. Corina, creen que fuiste parte de una especie de juego de rol. Hubo más gente como tú.

—¿Hubo? ¿Dónde están?

—Es mejor que te lo cuente la policía.

—No, Marta, es mejor que me digas lo que sabes. Prefiero oírlo de una voz amiga.

Una enfermera interrumpió a las dos chicas. Entraba con una bandeja en la que había varios medicamentos.

—¿Te ha conocido? —preguntó emocionada—. Es la mejor noticia que hemos recibido hoy en la planta —la alentó sonriendo y fue a avisar a uno de los médicos que se ocupaba del caso.

Llevaba casi tres días sin hablar, sin llorar, sin querer recordar. Le venían imágenes confusas de su casa, de su padre; sabía que había fallecido y sentía dolor por ello. También recordaba que había perdido a su madre. Mantenía intactos los recuerdos del colegio, del instituto, de la universidad… Toda una vida a sus espaldas residía en su memoria; sin embargo, no era capaz de definirse, de reconocer a la mujer que se reflejaba en el espejo del baño de su habitación. Marta era la primera persona que le resultaba conocida y la única de la que se fiaba.

El doctor entró en la habitación sonriendo.

—Corina, creo que hoy nos has dado una gran alegría a todos: la visita de tu amiga ha sido muy beneficiosa.

Sin entender el motivo, continuaba sintiendo rechazo hacia todas aquellas personas que se acercaban a ella con amabilidad y tan sonrientes.

Su rostro se tornó serio y el silencio volvió a ocupar su boca.

—No te preocupes, Corina, quieren ayudarte. Ahora estoy contigo, ya no estás sola.

Asió la mano de Marta con fuerza, como si se estuviera cayendo y necesitase agarrarse a algo.

—Quiero irme a casa —suplicó.

El doctor avanzó unos pasos y se sentó en la silla que estaba junto a la cama de su paciente.

—Corina, desconocemos el alcance de las secuelas que puedas tener por el trauma que has sufrido y por la ingesta de sustancias no

controladas. La resonancia magnética revela que has sido sometida a una intervención en el hipotálamo. Unos pequeños desgarros nos indican que te han introducido un objeto punzante a través de un seno nasal para inocularte una sustancia que no podemos reconocer. Por ello deberás someterte a diferentes pruebas los próximos días.

»Contamos con el doctor Iglesias. Eres afortunada: es uno de los mejores especialistas en estrés postraumático de España y quiere reunirse contigo para ver tu evolución. Por otro lado, estamos casi seguros de que regresar a tu casa, estar rodeada de tus pertenencias, volver a un ambiente conocido y seguro podrá ayudarte a recuperar la memoria. Tu amiga Marta es una prueba de ello. Pero vamos a ir despacio, todo a su tiempo. Y, por favor, no vuelvas a guardar silencio, tienes una voz muy bonita.

Acercó su mano a la de Corina y ella la retiró. El doctor sonrió comprensivo y se puso de pie. Marta le imitó y le acompañó hasta la puerta. En el pasillo mantuvieron una breve conversación que Corina no pudo oír.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó la muchacha preocupada cuando su amiga entró en la habitación.

—La policía quiere hablar contigo. Me ha pedido que te convenza.

—¿Y lo vas a hacer? ¿Vas a tratar de convencerme para que hable? Ese hombre acaba de decirme que alguien anduvo en mi cerebro, que me han drogado, que desconocen qué mierdas me han metido en el cuerpo. No tengo nada que decir, Marta, no recuerdo nada. Solo ese bosque lleno de zarzas y de sombras. Alguien me persigue, no sé qué quiere de mí, pero no puedo quedarme en esta cama. ¡Vendrá a por mí!

—Tranquila, tranquila —la calmó con un tono sosegado—. Estamos aquí para protegerte.

—No me dejes sola, por favor —suplicó.

—No lo haré, pero ahora procura dormir. Yo me quedaré a tu lado.

La medicación que la enfermera le había dado la indujo al sueño, aunque no fue reparador, sino uno en el que sombras sin rostro la perseguían. Tardaría un tiempo en dormir sin angustia.

Cuando despertó, ya había amanecido. Su amiga dormitaba en una silla, en una postura que parecía verdaderamente incómoda. En cuanto oyó a Corina moverse en la cama, abrió los ojos. Desde que había nacido su hijo Esteban, el mínimo ruido la despertaba.

—Buenos días, preciosa —le dijo desperezándose.

—Creo que ni tú ni yo estamos demasiado preciosas —afirmó Corina.

—Parece que recuperas el sentido del humor, eso es bueno. —Se levantó y la besó en la frente—. Ahora van a hacerte más pruebas. No me pongas esa carita de pena, debes colaborar. Voy a aprovechar para ir a casa: me doy una ducha y vuelvo. ¿Te parece bien?

—Preferiría que te quedases, pero vale. ¿Estás en casa de tus padres?

—Sí, y se mueren por verte, pero ya les expliqué que aún no. Mi madre quiere que vayas con ellos una temporada cuando salgas de aquí, para cuidarte, ya sabes. Pero tranquila, estoy en vías de convencerla de que vayas de visita de vez en cuando y sea suficiente.

—¿Vas a volver?

—Por supuesto, y te traeré una sorpresa.

Antes de dejar el hospital, Marta habló con el médico y le pidió que la policía no hablase con ella hasta que no regresara. No quería que su amiga se enterara de lo sucedido sola. Ambos estuvieron de acuerdo.

Durante la mañana, Corina fue sometida a diversas pruebas neurológicas para valorar el alcance de los posibles daños ocasionados. Respondía con monosílabos a la mayoría de las preguntas que le hacían. Marta no estaba y volvía a sentirse vulnerable.

La comida se servía a la una y media. Por primera vez comió con apetito, quizá porque sabía que el postre era una nueva visita de su amiga.

Más o menos a las tres llamaron a su puerta. La abrieron y vio a Marta acompañada de un hombre.

—Hola, Corina, soy Álvaro.

—¿Debería conocerte?

Marta intercedió por él.

—Os conocisteis en el parque, en un arranque de deportividad que te dio —lo dijo con gracia, procurando que se sintiera tranquila y a gusto—. Y creo que os hicisteis algo más que amigos. —Le guiñó un ojo e hizo sonreír a Álvaro. Corina lo miraba aún con recelo.

—Creo que sí, que te recuerdo. —Los ojos de ambos vibraron al verse.

Se fundieron en un abrazo cargado de significado. Sin palabras, se dijeron todo lo que sentían, lo que habían padecido, lo que se habían necesitado el uno al otro.

—Le recuerdo. No sé quién es ni de qué le conozco, pero sé que es alguien bueno —manifestó emocionada.

Charlaron un rato tratando de rescatar recuerdos, de conectar ideas, de recuperar un fragmento de su vida.

—Chicos, creo que es mejor que os quedéis a solas —propuso Marta—. Estaré en la cafetería por si me necesitas. Luego os veo.

Cuando quedaron a solas, el hombre sacó su teléfono del bolsillo de la chaqueta.

—Antes de nada, quiero enseñarte una foto.

En la pantalla del móvil se podía ver la imagen de una preciosa gata pelirroja junto a él.

—Ella es… ¿Ella es mía? —Dudaba de sus propias palabras, pero en su fuero interno sintió lo mismo que cuando vio a Álvaro. Aquella gata era importante para ella.

El hombre asintió con la cabeza.

—Está en mi casa, sana y salva. Mi «bonito» apartamento, como tú lo definiste, ahora lo es todavía más con la inestimable aportación de pelitos naranjas esparcidos por todos los cojines.

—¡Mirinda!

—¿Lo has recordado? ¿Te acuerdas de su nombre? —Álvaro manifestó una inmensa alegría, porque el hecho de que tuviera recuerdos, aunque confusos y embarullados, suponía que se recuperaría. Al menos, eso quería pensar.

Sin saberlo, Álvaro volvió a regalarle un recuerdo perdido, un momento feliz. Se veía con Mirinda en un sofá, con él en el parque, en una cafetería, recordaba sus besos… Pero de una forma muy vaga y tremendamente lejana, no podría asegurar que no fueran únicamente un sueño.

—Álvaro, ¿dónde he estado? ¿Dónde has estado tú? Me siento tan perdida, tan desconectada de todo… Desperté en un bosque, casi al anochecer. Me dolía todo el cuerpo, la cabeza me estallaba y estaba aterrada. ¡Jamás en mi vida he pasado tanto miedo! Cuando entraste por la puerta con Marta, reconocí tu cara, pero ¡me cuesta tanto ordenar mis pensamientos! Tengo recuerdos confusos que se agolpan en mi mente. Se solapan unos encima de otros, no soy capaz de saber si han sido sueños o realidad.

El hombre la miró a los ojos, tratando de llegar a lo más profundo de su alma. Lo único que encontró fue terror y a una mujer

asustada, indefensa. Acarició con ternura su cabeza, ahora sin aquellos rizos que colgaban con gracia hasta los hombros, y le aseguró:

—Estás a salvo.

Álvaro se descalzó, subió los pies a la cama y envolvió con su cuerpo el de la mujer. Estaba muy delgada, podía notar sus huesos a través de la ropa de la cama. Como si fuera una niña, comenzó a contarle un cuento en el que los protagonistas eran una valiente joven, un apuesto caballero y una gata pelirroja. Los tres juntos vivían aventuras fantásticas que siempre tenían un final feliz.

Marta subió a la habitación, asomó la cabeza y se retiró. Comprendió que en ese momento era con Álvaro con quien necesitaba estar.

Llegó la hora de la despedida.

—Mañana volveré, y pasado, y el otro. Cada día vendré a verte a este hospital o a tu casa, donde sea. Volveré.

La enfermera ya había administrado al suero la dosis de somnífero correspondiente para que la paciente pudiera descansar.

—Siento que debo creerte —manifestó con temor a que no fuera verdad y, de nuevo, se quedara sola.

Álvaro la besó en los labios con suavidad.

—Hazlo, volveré —prometió una vez más.

—Cuida de Mirinda, dile que la quiero.

Cerró los ojos. Esa noche también la acosarían sombras oscuras, pero tardarían en aparecer. Primero soñaría con un crucero maravilloso en el que Marta, Álvaro y Mirinda viajaban con ella.

El quinto día de permanencia en el hospital, el médico que la había atendido desde su ingreso, junto con el jefe de psiquiatría y Marta, se reunió con ella.

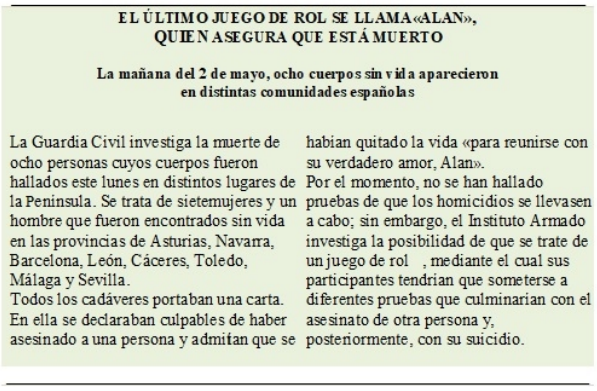
—Hay algo que debes saber —le anticipó su médico.

—La policía necesita hablar contigo, Corina —le explicó Marta—. ¿Recuerdas que te dije que hubo más gente como tú?

Corina asintió. De pronto parecía una niña pequeña, desvalida. Tenía un sentimiento de culpabilidad que no entendía, y le atormentaba la idea de hablar con la policía y enterarse de que había hecho algo horrible.

—Tranquila, amiga, te dije que estaría a tu lado. No tienes nada que temer. —El instinto maternal de su amiga parecía intuir los pensamientos de la chica. Tenía la misma cara que su hijo cuando hacía alguna travesura y esperaba una reprimenda—. Corina, no has hecho nada malo. Pero sí puedes ayudar a la policía a coger a los que lo han hecho. Confía en mí.

Dos agentes entraron en la habitación. La saludaron sonrientes y le pidieron que viera una imagen en una tableta. Se leía la siguiente noticia:



EL ÚLTIMO JUEGO DE ROL SE LLAMA «ALAN», QUIEN ASEGURA QUE ESTÁ MUERTO

La mañana del 2 de mayo, ocho cuerpos sin vida aparecieron en distintas comunidades españolas

La Guardia Civil investiga la muerte de ocho personas cuyos cuerpos fueron hallados este lunes en distintos lugares de la Península. Se trata de sietemujeres y un hombre que fueron encontrados sin vida en las provincias de Asturias, Navarra, Barcelona, León, Cáceres, Toledo, Málaga y Sevilla.
Todos los cadáveres portaban una carta. En ella se declaraban culpables de haber asesinado a una persona y admitan que se habian quitado la vida «para reunirse con su verdadero amor, Alan».
Por el momento, no se han hallado pruebas de que los homicidios se llevasen a cabo; sin embargo, el Instituto Armado investiga la posibilidad de que se trate de un juego de rol , mediante el cual sus participantes tendrian que someterse a diferentes pruebas que culminarian con el asesinato de otra persona y, posteriormente, con su suicidio.

Uno de los agentes tomó la palabra.

—Corina, imagino que ya sabrás que fueron tus amigos quienes dieron la alerta de tu desaparición y nos proporcionaron información sobre tus últimos meses. Todo parece indicar que tú eras la novena víctima de Alan.

A la cabeza de Corina llegó de forma fugaz la frase «Me llamo Alan y estoy muerto».

—Estaba convencida de que había sido una pesadilla, una larga y horrible pesadilla —masculló más para sí misma que para el agente.

El doctor Iglesias le confirmó lo que el policía le había comunicado.

—Fue real. Tenemos que ir desenterrando poco a poco esos recuerdos para saber qué te sucedió.

—¡No quiero desenterrarlos! Sé que no era feliz, que me quería morir. No quiero volver a sentirme así. Ahora quiero salir de aquí, volver a mi casa, aunque prácticamente no la recuerdo. Me han robado parte de mi vida, ni siquiera sé cuánto tiempo he olvidado. Lo que sé es que me quitaron las ganas de vivir, pisotearon mi cerebro hasta convertirlo en una masa gris incapaz de pensar por sí mismo. No quiero saber qué me pasó ni revivir la angustia que aún tengo dentro. Quiero olvidarlo todo e intentar recuperar mi vida.

—Podrías salvar a otros.

—Usted no está en mi cabeza. No recuerdo lo que me sucedió; sin embargo, sí las sensaciones. Le aseguro que ni usted ni yo ni nadie querría experimentar lo que siento.

—Corina —intervino el doctor Iglesias—, las probabilidades de que recuerdes lo sucedido con el paso del tiempo son muy altas. Permítenos ayudarte a hacerlo de manera que no te causen más dolor.

—Doctor, para eso es tarde. La expresión «más dolor» para mí no existe. Además, su compañero ya me ha explicado que estuvieron hurgando en mi cabeza, que me metieron drogas que ustedes no conocen; en definitiva, que no tienen ni idea de qué me pasó. Por lo tanto, tampoco saben si recuperaré la memoria. No pienso servir de conejillo de Indias a nadie más.

Mientras hablaba, se arrancó de un tirón el suero y se levantó de la cama.

—No quiero más drogas en mi cuerpo, solo quiero volver a mi casa. ¿Es tan difícil de entender?

—Corina, como ya te expliqué, no sabemos cómo puede reaccionar tu organismo.

—Y también me dijo que, cuando me viera rodeada de mis cosas, sería más fácil recordar. ¿Quieren que les ayude? Déjenme ir. Necesito abrazar a mi gata, ver a mis amigos, dormir en mi cama, desayunar en mi taza: recuperar mi vida. Marta, ¿tú me entiendes?

—Por supuesto. —Su semblante, sonriente por naturaleza, se había endurecido—. Y estoy segura de que estos señores también te entienden, pero les cuesta comprender por lo que has pasado. Mi amiga colaborará con ustedes cuando esté preparada, y está claro que no es ahora. Por favor, preparen el alta voluntaria. Nos vamos a casa.

Los cuatro hombres abandonaron la habitación. Las dos mujeres se abrazaron, sintiéndose más unidas de lo que nunca habían estado.

—Cori, no sé si los recordarás, pero tienes unos amigos excelentes que han luchado por ti día y noche. No volverás a estar sola, ¿me entiendes? —Corina asentía con su mirada infantil—. Hay mucha gente que te quiere, ¡mucha!

Al cabo de unos minutos, su doctor regresó.

—Dentro de un rato, la enfermera te traerá el alta. Debes prometerme que vendrás a todas las revisiones, ¿lo harás?

—Lo haré, se lo prometo.

—Siento lo que te ha pasado. Estoy de acuerdo contigo en que necesitas tiempo para recuperarte, para volver a tu vida y, para ello, debes dejarte ayudar, Corina. La policía se pondrá en contacto

contigo. Te necesitan para progresar en la investigación. Aunque no te lo creas, eres una superviviente.

—Soy consciente de ello, y sé que eso me ayudará a superar esta situación. No le quepa duda, realmente soy una superviviente.

Le cogió la mano. Esta vez, Corina se lo permitió. Al instante volvió a sentir rechazo hacia el médico.

—Poco a poco. —Comprendió el hombre, respetuoso, soltándole la mano.

Cuando se quedaron a solas, Corina se echó a reír.

—¿Te das cuenta de lo que me han hecho y aquí estoy?

Marta rio con ella.

—No eres una superviviente, eres una superheroína.

La habían manipulado, secuestrado, drogado, torturado… Tenía mil preguntas en la cabeza; sin embargo, de momento, no quería conocer la respuesta a ninguna de ellas. Solo quería vivir, disfrutar de cada instante.

Era consciente de que tendría que enfrentarse a sus recuerdos y de que debía someterse a una terapia larga y dolorosa. Pero también sabía que se lo debía a las ocho víctimas que, a diferencia de ella, no consiguieron salir de aquel macabro juego. Lo haría, lucharía con todas sus fuerzas para ayudar a dar con sus torturadores. Aunque antes tendría que reunir esas fuerzas de las que ahora carecía por completo.

El juego no había terminado, simplemente habían cambiado las reglas y ahora ella sería el lobo y ellos los corderos.

Pero todo a su tiempo.

Era viernes, lucía el sol y llevaba puesto uno de sus vestidos favoritos.

Jaime lo había escogido, junto a unas sandalias, y se lo entregó a Álvaro para que se lo llevase al hospital.

Yolanda había llegado esa misma mañana. Quería poner rostro y voz a su amiga.

Candela y Jaime recogieron y limpiaron la casa de Corina cuando obtuvieron el permiso de la policía para entrar en el apartamento. No podía llegar a su hogar y ver la güija en el salón ni la casa sucia y desordenada.

Corina abrió la puerta y se encontró un apartamento luminoso, alegre y lleno de amigos que la querían.

Capítulo 33



Las ocho víctimas

Sandra, Ana, Alba, Lucía, Erik, Brenda, Leticia, Zoraida.

Una carta era el legado que dejaban a este mundo.

Tan solo un sencillo papel que habían escrito en sus últimas horas de vida, con temor, con sufrimiento, cargado de mentiras inducidas y de promesas inalcanzables.

Para cada uno de ellos, Alan había sido la salvación a sus problemas, la respuesta a sus plegarias, el final de su dolor.

Cada cual tenía sus motivaciones, y los grupos de trabajo de la Organización Santosoro habían escudriñado en sus vidas hasta descubrir cosas que ni ellos mismos sabían, que no se habían atrevido a confesarse, que estaban tan ocultas en sus subconscientes que no tenían noción de su existencia.

Con el mismo ahínco que pusiera Rosalenda, ocho guías les habían convencido de la necesidad de romper las normas que habían seguido hasta entonces. Justo hasta que apareció Alan en sus vidas.

Un aborto en la adolescencia, un padre alcohólico, una carrera fracasada, un corazón roto, una vida de hostigamiento y burlas, un amor infiel, la angustia de la soledad, una niñez cargada de abusos… Recuerdos encerrados, reprimidos, que fueron sacados de sus guaridas con tal fuerza que inundaron sus corazones y sus mentes de una desesperanza oscura y profunda. Un mundo de fantasía, de ensoñaciones maravillosas, los llevó a hacer un pacto con la muerte: con el asesinato y el suicidio.

Alan supuso para ellos el hijo perdido, el padre amoroso, el amor platónico, la aceptación. Calmó sus corazones dándoles aquello que necesitaban. Eso que no supieron pedir, que no creyeron que se merecieran. Les ofreció el amor verdadero, en cualquiera de sus formas, a cambio de dejar sus vidas vacías y castigar al culpable.

Tan simple como irreal, pero ahí estaba. Tenían pruebas físicas que demostraban que Alan existía. En su camino se cruzó la persona que les haría ver lo merecedores que eran de gozar de esa felicidad vetada hasta el momento. Eran mentes manipuladas hasta el punto de confundir la realidad con la ficción, hasta romper con el instinto más básico del ser humano: sobrevivir.

Fueron los elegidos por un ser divino que había viajado a través de otras dimensiones, atravesando el tiempo y el espacio, rompiendo las barreras de lo oculto, por ellos; solo por ellos.

Se dejaron llevar por su lazarillo, un amigo fiel como nunca habían tenido, alguien en quien confiar, una persona que les valoraba y entendía, que los escuchaba sin juzgarles: alguien que los quería.

Poco a poco se fue forjando una amistad que sería tan letal como el veneno de una mamba negra.

Los ocho se convencieron de que aquellos sonidos extraños que su nuevo amigo les pedía que escuchasen les ayudarían a contactar

con Alan en un espacio entre la vida y la muerte. Y él, como un mesías, les guiaría en su camino hasta el paraíso, donde solo encontrarían armonía y paz.

Tres de las ocho víctimas llevaron a cabo realmente el asesinato de una persona, alguien de su pasado que Alan trajo al presente.

Cinco, al igual que hubiera hecho Corina, creyeron que habían matado a la persona que Alan les indicó que debía morir para alcanzar el paraíso, pero fue tan solo una pantomima elaborada por el grupo de trabajo.

Nada de esto saldría a la luz, tan solo la idea del juego de rol.

Corina lo tenía guardado en algún lugar de su cerebro, tan torturado y adulterado que no podría cobrar forma nunca más para desenmascarar a los culpables.

Aun así, Corina seguía siendo un cabo suelto para la Organización Santosoro, y ellos no dejaban nada al azar.

Capítulo 34



La Sala del Silencio

En algún lugar de Toledo, cuarenta y dos personas fueron convocadas por la maestra de ceremonias.

El experimento había llegado a su fin y suponían que la reunión sería para evaluar los resultados de la «Reprogramación cerebral y manipulación mental para actuar contra los valores establecidos y alterar el estado de conciencia». Pero nunca habían sido congregados en la Sala del Silencio. Eso le daba al acto una solemnidad que originaba, en cada uno de los invitados, una inquietud que no querían mostrar ante los demás, pero que les comía las entrañas.

La junta se celebraba en una fortaleza del siglo XI.

La gran estancia que recibía el nombre de la Sala del Silencio esperaba paciente a ser ocupada para cumplir con su misión de salvaguardar las confidencias que en ella se revelaran.

Sus muros, dispuestos de forma circular, contaban con más de ciento cincuenta centímetros de grosor y estaban construidos con piedras berroqueñas, desafiantes al tiempo.

Parte del castillo había sido reconstruido en las últimas décadas. En cambio, las mazmorras, el foso y alguna sala, como esa, escondida en la parte subterránea de la fortaleza y cuya función en el pasado no estaba definida, se conservaban prácticamente intactas.

La pieza mantenía una temperatura no superior a los cinco grados. Era espaciosa, oscura, exenta de hornacinas o tragaluces que permitiesen la entrada de la luz ni la fuga de los secretos.

El suelo estaba formado por losas y, entre sus juntas, la arcilla del terreno se abría camino, dotándola de una humedad que la hacía aún más fría e inhóspita.

El techo, abovedado, de al menos cinco metros de altura, confería a la estancia una majestuosidad que contrarrestaba con la sobriedad de sus arcos libres de adornos, de la falta de luz y de la escasez de mobiliario.

No cabía duda de que la función para la que había sido construida era acaparar la atención de los ocupantes. Por ello, no había lugar para ornamentos que diesen lugar a distracciones.

El centro lo ocupaba una mesa de piedra, similar a un altar. Frente a ella, una sucesión de otros sillares pulidos, erosionados por el uso y el tiempo, conformaban una grada semicircular donde los asistentes a las reuniones tomarían asiento. A lo largo de los siglos, centenares de personas habían ocupado alguno de esos honorables puestos.

En esta ocasión, entre las gradas y el altar, cuatro sillas de madera, que reflejaban la misma robustez que la propia roca, esperaban enigmáticas a sus ocupantes. Pero lo más llamativo, lo

más aterrador de aquellos asientos, era su parecido con las antiguas sillas eléctricas. Contaban con un respaldo alto, una pieza articulada que, a modo de yugo, atraparía la cabeza para dejarla inmovilizada; dos reposabrazos anchos y, en la parte inferior, una pequeña tarima donde el ocupante pondría los pies. En cada una de esas partes, unas correas de cuero, grueso, fuerte, con hebillas metálicas, colgaban de manera siniestra. A la altura del pecho, se sumaba otra cincha, que no dejaba lugar a la imaginación.

Treinta y nueve de los componentes de la Organización llevaban su capa negra con la insignia Santosoro grabada en el lado izquierdo del pecho, y un antifaz del mismo color ocultaba parte del rostro.

Uno por uno fueron ocupando un sitio en las frías piedras desgastadas. En cada asiento había un pañuelo de algodón blanco con el distintivo Santosoro, otro misterio que no tardaría en ser desvelado.

Sus ojos solo podían atender a aquellas sillas, a la función para la que fueron construidas, a las correas colgantes y a la coyunda que sujetaría la cabeza.

Nadie hablaba, tan solo miraban e imaginaban.

La maestra de ceremonias y tres discípulos, envueltos en una capa púrpura que indicaba un rango superior, estaban frente a ellos, como exigía el protocolo.

En la sala, repleta de los mejores científicos del país, paradójicamente, no había luz eléctrica. Los avances más elementales no habían llegado a aquella estancia estancada en el medievo.

Antorchas vibrantes, con los fustes introducidos en soportes de hierro toscamente forjado, proporcionaban una iluminación que la hacía aún más enigmática. Luces y sombras palpitaban formando

imágenes inexistentes, figuras irreales o tal vez recuerdos de antaño impregnados en la piedra.

Desde que se fundó la Organización Santosoro, esta era la octava vez que sus adeptos, en distintas etapas de la historia, habían sido convocados a una reunión en la Sala del Silencio, y siempre había sido para tratar temas de extremada importancia.

A excepción de la maestra de ceremonias el día de su investidura, ninguno de los allí presentes había participado en una reunión en aquel lugar. Algunos, incluso, dudaban de su existencia, porque la Sala del Silencio era un tema tabú, no se nombraba, no se hablaba de ella.

De forma ordenada, cada miembro ya había ocupado su posición.

Las cuatro sillas continuaban vacías.

—Bienvenidos a la Sala del Silencio a todos los discípulos de nuestro maestro, el doctor Pedro del Río Santosoro —comenzó hablando la dirigente—. Esta Organización, sus estudios, experimentos y descubrimientos se los debemos a él, un hombre adelantado a su tiempo que dejó un legado importantísimo para la ciencia, aunque, por desgracia, no pueda ser reconocido públicamente. —Su voz era pausada, y la acústica de la sala permitía que las palabras recorriesen cada rincón—. La congregación de hoy tiene un carácter muy especial. Primero debo felicitaros por los esfuerzos realizados para conseguir demostrar nuestra teoría de la plasticidad sináptica. La considero un éxito. He leído minuciosamente cada informe y me han llenado de satisfacción, no lo puedo negar. Comentaremos los detalles en una asamblea posterior en la sede de Soria.

Los asistentes se miraron unos a otros con asombro.

Tras esa declaración, el nerviosismo de uno de los grupos de estudio se acentuó, pues no les cabía duda de que el requerimiento

en aquella sala les ocultaba una sorpresa nada halagüeña. Sabían que no habían llegado al final del experimento y que los descuidos que habían cometido no quedarían impunes. Y aquellas sillas, con sus correas amenazantes, los mantenían totalmente hipnotizados.

Cuatro sillas, cuatro miembros.

—Por desgracia —continuó la maestra—, el motivo que hoy nos reúne es de mucha más envergadura. De manera que no prolongaremos más los preámbulos. Da comienzo la sesión.

El silencio en aquel espacio de más de once siglos de antigüedad e inaccesible para quien no supiera llegar a través del intrincado camino de la fortaleza era sepulcral. Parecía, incluso, que la temperatura hubiera descendido bruscamente, y se podría decir que la tensión era tan visible como la niebla espesa.

Sus paredes guardaban los secretos de cientos de reuniones clandestinas organizadas a lo largo de la historia. Y siempre conservó el temple y la fidelidad necesarios para que no saliera a la luz nada de lo que ocurría entre sus muros.

La sala subterránea había sido testigo de conspiraciones, de estrategias de los templarios, de rituales masónicos, de confidencias de reyes, de engaños y mentiras.

Todos los que entraban en ella hacían un juramento de sangre y eran plenamente conscientes de las consecuencias que tendría hablar más de la cuenta. Nadie había desvelado jamás ni una conversación ni una muerte ni un acto de tortura.

—Ha llegado el momento de sellar con vuestra sangre los acontecimientos de esta noche. Extended el brazo izquierdo.

A través del antifaz podía verse la mirada de terror de cada seguidor de la Orden. Las bocas permanecían en silencio, pero los ojos emitían señales de alerta que paseaban entre las gradas saltando de unos a otros.

Dos de los miembros de capa púrpura se situaron en los extremos del anfiteatro, uno a la derecha y otro a la izquierda.

Un puñal, con una hoja de unos veinte centímetros, afilada por ambos lados, fue dibujando un corte que pronto se teñiría de rojo al permitir la salida de la sangre. La incisión era tan profunda como para dejar una cicatriz que les recordase que lo que sucediera esa noche quedaría allí, entre las paredes de piedra, jamás vería la luz.

La sangre que emanaba de la herida dio respuesta al misterio del pañuelo.

Con paciencia, la maestra aguardó a que cubrieran el corte. Al terminar, los encapuchados púrpura regresaron junto a su líder.

Nuevamente, el silencio reinó en la sala.

—Llamo a cuatro personas —anunció con autoridad la líder—: doctor Bernardo Santuci, doctora Raquel Teresuela, doctora Narcisa Pérez Rodilla y doctor Andrés Lorquina.

Los cuatro acólitos se levantaron y salieron del semicírculo.

Sus pasos rompieron el mutismo de la grada y les dirigieron frente a la mujer; una distancia que les parecía abismal, pero que recorrieron en apenas unos segundos.

—Quitaos la capa, retirad vuestro antifaz y sentaos —ordenó señalando las turbadoras sillas—. Exponeos ante todos los miembros de la Sociedad, ya que, a partir de hoy, dejaréis de pertenecer a nuestra Organización.

Desconcertados, acataron la orden.

La mujer continuó hablando.

—Los errores cometidos han arriesgado la continuidad de nuestra hermandad. Habéis transgredido las reglas, tomasteis decisiones sin consentimiento, errasteis en la forma, en la elección del sujeto y en el desempeño del proyecto. Los cabos sueltos traen problemas, y

vosotros, con total negligencia, permitisteis que el sujeto E006CPD no solo no concluyera el experimento, sino que quedase en libertad.

Susurros casi inaudibles recorrieron la sala. La maestra esperó a recuperar el silencio para proseguir.

—Lo que aquí se juzga hoy no son los resultados de vuestra investigación, pues los fracasos son nuevos puntos de partida, como nos enseñó nuestro maestro. Sentenciamos la absoluta falta de rigor, la osadía de realizar un experimento paralelo y la flaqueza de consentir que E006CPD continúe con vida. ¡Habéis expuesto a la Organización! —Hizo una pausa—. He reflexionado sobre el tema y solo existe un posible desenlace.

Uno de los hombres de capa púrpura dio un paso al frente. Tan solo su altura y su complexión corpulenta ya imponían. La capa le cubría por completo, sin permitir ver lo que ocultaba entre sus manos.

Se acercó a la maestra, quien le tocó el hombro en señal de aprobación.

A continuación abrió la capa y permitió ver una espada.

La empuñadura estaba embellecida con un símbolo similar a la insignia que todos lucían en el pecho, lo que demostraba que había sido forjada exclusivamente para la Organización.

El mejor acero toledano proporcionaba la singular forma a la falcata que algún herrero, un siglo atrás, había forjado con mimo. La hoja contaba una historia con sus grabados, entre los que figuraban símbolos cabalísticos, como una cruz con la rosa de los Rosacruces, el sol negro nazi y la cruz gamada de brazos curvos. Con primor, todas las insignias descendían por la curvatura de la hoja, como una enredadera mortal, dispuesta a cumplir su misión sin indulgencia.

Los dos acólitos púrpura ya se habían situado al lado de las doctoras Rodilla y Teresuela.

Un murmullo de desconcierto se dejó oír en el recinto, el desasosiego iba en aumento y algunos se removían en sus asientos.

—¡Silencio! —ordenó con severidad la mujer.

Se dirigió a los dos hombres de capa púrpura y asintió con la cabeza.

Cada uno de los encapuchados, situado al lado de las sillas ocupadas por las dos mujeres, accionó una pequeña palanca situada en el lateral de la parte superior. La cabeza de las infortunadas quedó presa por un pequeño yugo que limitaba sus movimientos. Con presteza, se dirigieron a las sillas del doctor Santuci y del joven que personificó a Alan.

Antes de que pudieran accionar el yugo de Andrés, este comenzó a llorar, se levantó de la silla y se dirigió a la mujer.

—Por favor, por favor, piedad. Yo hice lo que me mandaron. Yo no estaba de acuerdo con ellos. Insistí en que teníamos que matarla, pero no me quisieron escuchar, sabía que era un error dejarla viva.

La voz de la maestra de ceremonias se elevó por encima de sus lamentos.

—Cumple con tu obligación, mantén la compostura y regresa a tu sitio. Al entrar en la Organización, sabéis que tendréis dinero, buena posición y las mejores oportunidades, al igual que sois conscientes de que los errores se pagan en función de su gravedad. ¡Verdugo!

Aquella figura diabólica dio un paso al frente.

Al oír la temible palabra, el joven se puso de rodillas delante de la maestra, con las manos suplicantes y los ojos llenos de lágrimas.

—Si ese es tu deseo, morirás de rodillas.

Los de capa púrpura lo sujetaron por los hombros y lo levantaron. La mirada infantil de Andrés, aterrada y desesperanzada, se hundió en el corazón de la maestra, pero no podía dar marcha atrás: la

sentencia era justa y debía cumplirse. Lo llevaron hasta su silla y el yugo cayó sobre su cabeza.

—No tenéis derecho a réplica, no tenéis derecho a defensa, solo tenéis derecho a morir y, siendo clemente, lo haréis de un modo digno, con la espada Santosoro.

Mientras hablaba, las cinchas de las sillas se iban apretando.

—¡No, no, esto es un error! ¡No puede ser, están equivocados! —balbuceaba el doctor Santuci al comprobar que aquello era una realidad y que sus ataduras le dejaban inmovilizado, a merced de un futuro que tenía los minutos contados.

—En nuestra Organización no hay lugar para equivocaciones —exhortó con voz regia la suprema—. La máxima que nos ha mantenido protegidos a lo largo de más de un siglo ha sido la discreción, y vuestras decisiones han supuesto una amenaza para la continuidad de nuestra Sociedad. Somos privilegiados por haber sido escogidos como miembros de esta Organización. Todos los que estamos hoy aquí somos sabedores de nuestra condición, descendientes directos de la raza original, superiores, intelectual y biológicamente, al resto de los mortales. Llevamos décadas estudiando cómo mejorar la raza humana, estudiando de forma incansable la ciencia, el arte, el espíritu. Tenemos una misión clara: restablecer el orden mundial, recuperar la pureza de nuestra raza y devolver a su lugar a los impuros.

Un silencio dio paso al alzamiento de todos los ocupantes de la sala, que extendieron el brazo derecho y llevaron la mano, con la palma abierta, a su insignia, al lado del corazón.

Con un gesto de aprobación, la maestra indicó que se sentaran.

El portador de la espada la sostenía visible, cogida con ambas manos a la altura de su cintura, orientada hacia el suelo. Aún no había llegado el momento de ser alzada.

El brillo del acero refulgía como una estrella en mitad de la noche, una luz que, lejos de librar de las tinieblas, conducía directamente a ellas.

Los cuatro miembros sabían que, por mucho que se esforzasen en explicarse, en rogar por su vida, en suplicar clemencia, la sentencia era inamovible. Su destino era la muerte.

Las lágrimas rodaban por las mejillas de la doctora Rodilla. Sentía que era la máxima culpable de aquel desatino. Sin quererlo, sin poder evitarlo, el llanto silencioso se convirtió en audible, cada vez más intenso y suplicante. Sus cinchas ya estaban apretadas, de manera que los movimientos que podía hacer eran mínimos.

La que encarnara a Rosalenda se negaba a derramar sus lágrimas, pero se le agolpaban en los ojos hasta desbordarlos. Con rabia, trató de levantar las manos sujetas por aquellas correas de cuero fuerte, cuya finalidad era impedir que su presa escapase. La respiración se aceleró y, con ello, perdió la compostura y comenzó a gritar:

—¡Suéltenme, suéltenme inmediatamente! Nuestro estudio va más allá de cualquier otro, hemos descubierto cómo borrar los recuerdos, cómo manipular el cerebro hasta conseguir que alguien crea lo increíble. Nuestro trabajo es oro puro, y ustedes son un panda de incompetentes que no ven…

Una bofetada cruzó la cara de la doctora Teresuela e hizo que se callase de golpe. La misma mano dio un último tirón a la cincha que le sujetaba el pecho, oprimiéndola hasta el punto de impedir que el aire entrara y saliera de los pulmones de su cautiva con naturalidad.

En la grada de piedra, los roces de las capas insinuaban un nerviosismo patente. Sabían que cualquiera de ellos podría haber ocupado una de esas sillas.

Los ojos de súplica, de pánico, de sus colegas hacían que muchos agachasen la cabeza para no verlo, como si, de esa forma, no fuesen partícipes de la ejecución que se iba a llevar a cabo frente a ellos.

El verdugo se acercó a Bernardo.

—Como líder del grupo, será el primer ajusticiado —sentenció la maestra.

Aun sabiendo que era imposible moverse, se retorcía, tratando de librarse de aquellas correas más propias de la Edad Media que del siglo XXI.

La espada se alzó y, cuando descendió, una cabeza rodó por el pavimento.

Los gritos de sus compañeros ocuparon toda la sala.

En las gradas, el desconcierto pasó a la conmoción. Muchos se llevaban las manos a los ojos, otros gritaron de pánico, algunos se sumieron en un mutismo absoluto, incapaces de asimilar lo que acababan de ver.

Los gritos, los ruegos y las lágrimas resultaban inútiles. El verdugo, sin piedad alguna, se dirigió a la siguiente víctima.

—¡Silencio! —volvió a rugir la suprema—. Respeto. Responsabilidad. Obediencia. No toleraré muestras de flaqueza entre los componentes de nuestra Sociedad. Abrid lo ojos y mirad lo que las malas elecciones pueden provocar.

El temor a ocupar un lugar en aquellas sillas hizo que los testigos acallasen sus sentimientos.

—Doctora Narcisa Rodilla, usted propuso el experimento paralelo, actuando a espaldas de la Organización. Será la segunda ajusticiada.

La doctora Rodilla silenciaría sus lágrimas para siempre. El acero seccionó la cabeza de la mujer con un acierto sobrecogedor.

Dos cabezas permanecían inmóviles en el suelo, teñido de sangre, a la vista de todos. Los cuerpos presentaban pequeños movimientos en las manos y las rodillas, espasmos musculares que hacían de la escena algo más grotesco y aterrador si cabe.

Sollozos ahogados por el miedo a ser considerado un cobarde, a no ser dignos de su rango, hacían que, en las gradas, no se exteriorizase el verdadero pavor que sentían. Las palabras de la suprema maestra habían sido claras: la clemencia no tenía cabida en la Sociedad, pero presenciar la decapitación de unos colegas era algo para lo que ninguno estaba preparado.

A continuación se dirigió al miembro más joven del equipo, que continuaba llorando. En breves instantes, el silencio sería ensordecedor. La cabeza del que fuera Alan, con sus ojos verdes, se desprendió del cuerpo.

El verdugo avanzó unos pasos.

La doctora Teresuela no tenía que recurrir a sus dotes de pitonisa para saber que la última carta estaba echada y era la muerte.

Había sustituido el llanto por un susurro ininteligible. Puede que rezase, quizá maldijese o, simplemente, pidiera perdón por el daño que había causado a Corina o a la Organización. Nadie supo qué letanía había escogido para despedirse en sus últimos instantes de vida.

El filo de la espada y la destreza de su portador concluyeron con rapidez el trabajo. Su cabeza fue seccionada con habilidad, el verdugo era benevolente.

El terror de los integrantes de la Organización ocupó la sala al completo, nadie se movía. Las respiraciones estaban contenidas. Los gritos, ahogados, elevaban a un grado superlativo el nombre de la sala. Respeto, responsabilidad, obediencia, eso es lo que se exigía a los que ocupaban la fría grada de piedra.

La Sala del Silencio guardaba un nuevo secreto.

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, quiero dar las gracias a mi familia. A mis padres, que me enseñaron a amar la literatura, a creer en la magia y a cuestionarme el porqué de todo lo que nos rodea, lo que vemos y lo que nos es invisible a los ojos, pero no a los sentidos. A Pablo, mi marido, que me pone los pies en la tierra y cree en mí mucho más que yo. A Samuel y Candela, mis pequeños críticos literarios, que llenaron el despacho de gritos de emoción con cada capítulo que les leía. Por supuesto, a Mirinda y al resto de mi numerosa familia peludita de cuatro patas.

Gracias a mi representante, pero, sobre todo, amiga, Ángeles. La vida nos dio una segunda oportunidad para reencontrarnos y comenzar esta andadura juntas. Espero que la senda que recorramos sea bonita, sin tropiezos y muy muy larga.

A mi editora, Ade, quien llegó a mi vida en el momento justo. Las cosas no suceden porque sí, todo tiene una justificación, y nosotras encontraremos la nuestra, estoy segura.

A Click Ediciones y su maravilloso equipo, que me abrió sus puertas de par en par y me dejó entrar hasta la cocina.

Y, por último, a ti, lector, que sostienes tu libro electrónico entre las manos o escuchas mi voz a través de tus cascos; o que, quizá, eres uno de los primeros que pasa una a una las hojas de papel. Gracias, porque tú eres mi motivación, mi motor y mis ganas de que

Alan vuelva a morir una vez más y nos dé a conocer a su siguiente víctima.

Biografía



Beatriz Sánchez Ocampos estrenó su primera novela, *Nocturno en Fa Menor,* en 2017, y dos años más tarde se editó una segunda edición.

Con anterioridad había escrito varios cuentos y obras de teatro infantil.

En la actualidad trabaja como maestra y grafóloga, pero continúa con su gran pasión, la literatura, escribiendo tanto novela, en la que mezcla novela negra con tintes paranormales, como cuentos enfocados al público infantil.

Me llamo Alan y estoy muerto
Beatriz Sánchez Ocampos

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra.
Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© Beatriz Sánchez Ocampos, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.planetadelibros

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2025

ISBN: 978-84-08-29842-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

CLICK EDICIONES es el sello digital del Grupo Planeta donde se publican obras inéditas exclusivamente en formato digital. Su vocación generalista da voz a todo tipo de autores y temáticas, tanto de ficción como de no ficción, adaptándose a las tendencias y necesidades del lector. Nuestra intención es promover la publicación de autores noveles y dar la oportunidad a los lectores de descubrir nuevos talentos.

https://www.planetadelibros.com/editorial/click-ediciones/94

Otros títulos de Click Ediciones

La caja dormida
Javier Jiménez Medina

El mañana nos pertenece
Jaime Pérez de Sevilla y Bautista

En la venganza, como en el amor
Juan Gallardo
Rafael Avendaño

Lágrimas de ceniza
Rubén Aído Cherbuy

El báculo y la serpiente
Osvaldo Reyes

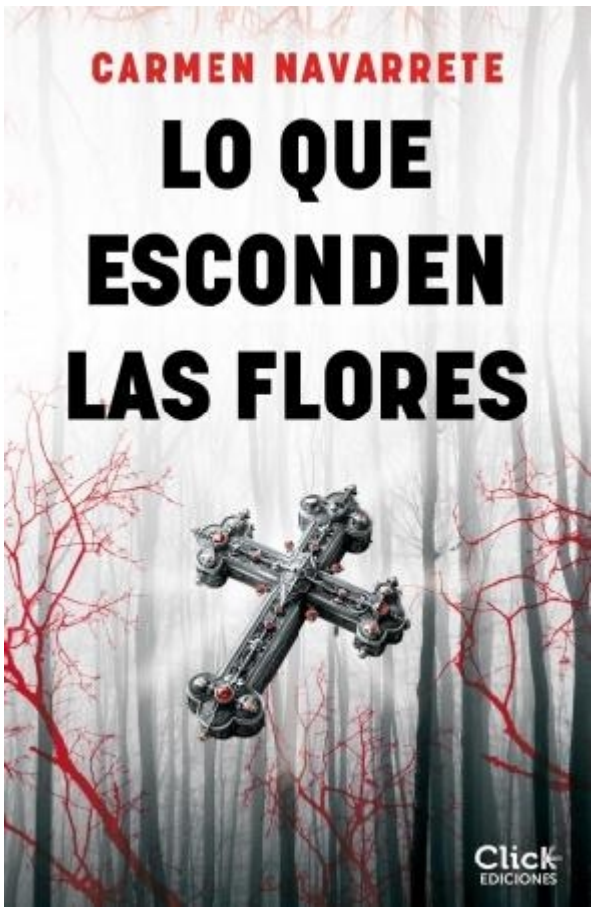
Los girasoles indolentes
Max Ibarrola

Jaque al rey
Carmen García-Gancedo

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!



Lo que esconden las flores

Navarrete, Carmen

9788408291336

290

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Descubre el siniestro secreto oculto tras las paredes del Monasterio del Escorial en un emocionante thriller policíaco. El inspector Alberto Moreno, aún marcado por la tragedia del suicidio de su amada

Emma, se ve obligado a salir de su letargo cuando se le asigna un caso que sacudirá su mundo: el asesinato de dos compañeros policías, María y Ramón, en el Monasterio del Escorial. La investigación se torna cada vez más turbia cuando las pistas señalan hacia reliquias históricas y una ambición desmedida que amenaza con destruir todo a su paso. María Adánez, una apasionada del arte, parece haber estado tras la pista de algo mucho más grande y peligroso de lo que nadie sospechaba. Su amiga y compañera de piso, Sandra Sanlúcar, se convierte en una aliada crucial para Moreno. Juntos, desentrañarán secretos que se esconden en las sombras del pasado y que están estrechamente ligados a una de las familias más poderosas y adineradas, no solo del país, sino a nivel mundial. A medida que la investigación avanza, Moreno descubre que María estaba cerca de revelar una conspiración que no solo abarca tesoros históricos, sino también un descubrimiento científico capaz de cambiar el curso de la humanidad. La insaciable sed de control y riqueza sin límite de los más poderosos, pondrán a Moreno y sus colegas en una carrera contrarreloj para desenmascarar la verdad y hacer justicia. Carmen Navarrete teje una intriga policíaca donde los asesinatos se mezclan con secretos históricos, revelando una conspiración oculta entre reliquias antiguas que mantendrá al lector cautivado hasta el final.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Todo lo que nunca hiciste por mí

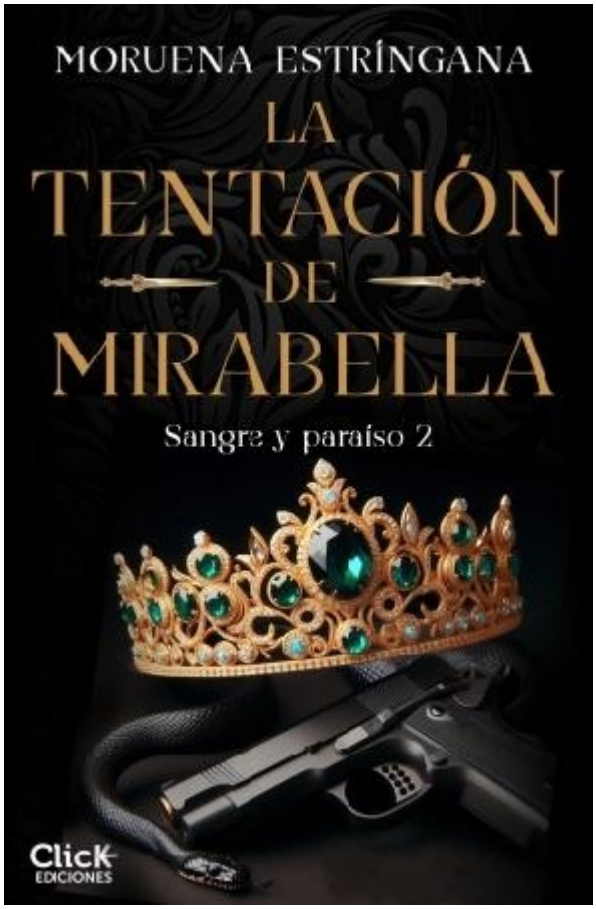
Avendaño, Rafael
9788408127512
623

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Recuerda, cada vez que miras internet, alguien te está observando. La historia de Eva Luna podría ser la de una chica cualquiera que tristemente haya sufrido abusos en su infancia. Pero no lo es. Cuando Eva decide que es hora de dejar de ser una víctima, las

fichas de dominó comienzan a caer una tras otra. Carla, brillante informática experta en redes sociales, sabe bien cómo protegerse de los peligros de internet. Sin embargo, cuando descubre a una nueva clase de asesino en serie nunca catalogado por la ciencia criminalística hasta el momento, un ciber acosador tan ingenioso y despiadado que es capaz de matar desde el otro lado de la pantalla, Carla tendrá que emplear toda su inteligencia para evitar ser ella misma la siguiente víctima del despiadado asesino. Todo lo que nunca hiciste por mí, aunque se puede disfrutar en sí misma, cobra una dimensión inesperada en sus últimas páginas, abriendo el fuego de la sagaHyperlink, que recorre la historia reciente, en la que los antiguos mitos que se consideraban inamovibles comienzan a resquebrajarse a tenor de fake news, redes sociales, y grandes jugadas estratégicas entre las grandes potencias, obligando al lector a cuestionarse su propia realidad y la verdadera naturaleza de los grandes acontecimientos mundiales de los últimos años. Todo lo que nunca hiciste por mí combina el thriller, el misterio, el amor y el nuevo orden mundial a través de la historia de unos personajes que quedarán para siempre en el recuerdo del lector. CUANDO LEAS "TODO LO QUE NUNCA HICISTE POR MI", NO PODRÁS PARAR HASTA COMPLETAR LA SAGA HYPERLINK, QUE CULMINA CON LA NOVELA "EN LA VENGANZA, COMO EN EL AMOR" (Click Ediciones, 2021) NO HAS LEÍDO NUNCA UN THRILLER COMO ESTE

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



La tentación de Mirabella

Estríngana, Moruena

9788408298410

230

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Una novela intensa de amor y venganza donde el pasado y el presente colisionan en un mundo de poder, traición y redención. Traicionar a un capo de la mafia es una sentencia de muerte… y Mirabella lo sabe mejor que nadie. Criada en la sombra de un padre

al que detesta, ha aceptado su destino: un matrimonio impuesto con un hombre al que odiará cada día de su vida. No hay escapatoria. O al menos, eso cree… hasta que Salvatore regresa de entre los muertos con una oferta inesperada. Él quiere casarse con ella, pero su padre tiene sus propias condiciones: aceptará la unión si Mirabella lo traiciona. Salvatore no es un hombre de fácil persuasión, pero por su hermana Gineva haría cualquier cosa, incluso unirse en matrimonio con la hija de su enemigo más acérrimo. Ahora que él es el capo de los Giordano, cada decisión es un movimiento en el tablero del poder, y esta jugada podría cambiarlo todo. Lo que ninguno de las dos esperas es que, entre estrategias y traiciones, la pasión se convierta en su mayor debilidad. En un mundo donde la lealtad se compra con sangre y el deseo es un arma letal, Mirabella y Salvatore están a punto de cruzar una línea de la que no habrá vuelta atrás. Moruena Estríngana cierra esta bilogía Mafia-Romance, que comenzó con "El mordisco de Gineva" con una narrativa arrolladora y construye una historia que atrapa desde la primera página, logrando un equilibrio perfecto entre la tensión, la pasión y la emoción, envolviendo al lector en un torbellino de sensaciones.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



La fuerza de la atracción

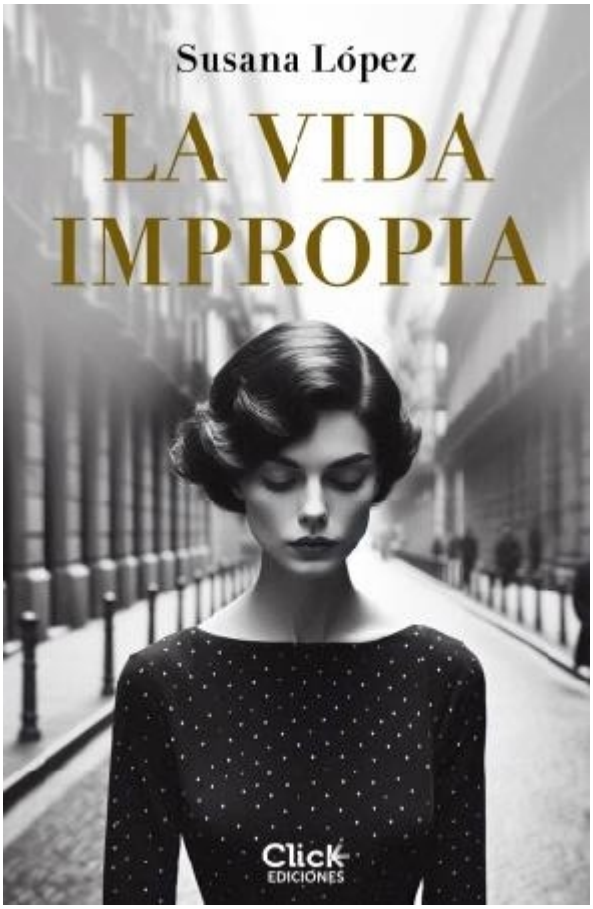
Estríngana, Moruena
9788408286325
260

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

¿Quién puede ser capaz de amar a una bestia? Becky no ha tenido una vida fácil. Guardar el secreto de los inmortales desde su infancia, la ha hecho ser una niña solitaria y rarita. Pero ahora ya es adulta y tiene como meta comerse el mundo y no dejar que nadie la

detenga. Y mucho menos su jefe, un inmortal del siglo XIX con sangre real que además de estar muy bueno, es un capullo integral. Va listo si piensa que, por ser un príncipe, inmortal, y su jefe va a doblegarla. Becky piensa hacerle la vida imposible al vikingo. Derick por su parte perdió hace años al gran amor de su vida y lleva desde entonces deseando la muerte. Algo que no llegará siendo inmortal. Su vida es gris, sin color ni ilusión, hasta que Becky aparece como un huracán y pone todo patas arriba. La desea con tanta fuerza que a su lado olvida a su gran amor y eso es algo que no quiere que pase. Ahora toca saber si es más fuerte el nuevo deseo que ese amor del pasado que no le deja avanzar. Y mientras descubre qué camino tomar los Lidelse esperan entre las sombras para acabar para siempre con su vida. Moruena Estríngana regresa con una novela en tono romantasy que gustará a todos los lectores y lectoras que buscan un apasionado romance en un mundo en el que los seres mágicos campan a sus anchas por el mundo.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



La vida impropia

López Pérez, Susana
9788408298250
360

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Una novela poderosa y conmovedora que revela las luchas internas de una mujer atrapada entre las expectativas sociales y su búsqueda de libertad personal. Simona ha vivido siempre bajo el peso de lo que se esperaba de ella. Desde su infancia en el Bilbao de la

posguerra hasta su matrimonio con un hombre que la ha relegado a un papel secundario en su propia vida, ha acumulado silencios, sacrificios y renuncias. Ahora, a sus ochenta años, enfrenta su último desafío: despedirse sin cargas, sin secretos y sin miedo. En el refugio de la casa de su hermana, repasa las sombras y luces de su existencia, cuestionando los pilares que la sostuvieron y enfrentándose a verdades que siempre evitó. "La vida impropia" es una historia de resiliencia y coraje, un retrato íntimo y descarnado de una mujer que, al final del camino, busca reconciliarse con su pasado para encontrar su propia libertad. Susana López logra construir un relato íntimo y desgarrador, con una prosa elegante y reflexiva que sumerge al lector en la complejidad emocional de su protagonista, ofreciendo una visión honesta y profunda sobre el peso de las expectativas sociales y los silencios heredados.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

